

EL DESPERTAR CHILENO

REVUELTA Y SUBJETIVIDAD POLÍTICA

Rodrigo Ganter, Raúl Zarzuri,
Karla Henríquez y Ximena Goecke (Comps.)
Prólogo de Geoffrey Pleyers



Universidad de Concepción



UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE INICIACIÓN CRISTIANA



El despertar chileno

El despertar chileno: revuelta y subjetividad política / Alejandro Tsukame... [et al.]; compilación de Rodrigo Ganter Solis... [et al.]; prólogo de Geoffrey Pleyers.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Concepción: Universidad de Concepción; Santiago: Escuela de psicología, Universidad Bernardo O'Higgins; Escuela de Sociología - Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-094-1

1. Chile. 2. Represión. 3. Violencia. I. Tsukame, Alejandro. II. Ganter Solis, Rodrigo, comp. III. Pleyers, Geoffrey, prolog.

CDD 323.04

Otros descriptores Clacso:

Chile / Movimientos sociales / Estallido / Subjetividad política

Fotografía de tapa: Felipe A. Flores Salgado

Arte de tapa: Ramiro López Crespo

Diseño interior: Eleonora Silva

El despertar chileno

Revuelta y subjetividad política

**Rodrigo Ganter, Raúl Zarzuri,
Karla Henríquez y Ximena Goecke
(Comps.)**

Prólogo de Geoffrey Pleyers



Universidad de Concepción



UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE HUMANISMO CRISTIANO



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

El despertar chileno. Revuelta y subjetividad política (Buenos Aires: CLACSO, febrero de 2022).

ISBN 978-987-813-094-1



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | [<clacso@clacsoinst.edu.ar>](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar) |

[<www.clacso.org>](http://www.clacso.org)



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Prólogo. La vida en contra del neoliberalismo	15
<i>Geoffrey Pleyers</i>	

Presentación	27
--------------------	----

Introducción. De fracturas políticas y condiciones de posibilidad en el Chile post revuelta de octubre. Futuros en disputa y agendas de re-existencia	39
<i>Rodrigo Ganter, Raúl Zarzuri, Karla Henríquez y Ximena Goecke</i>	

Cuerpo I. Arqueologías de la revuelta

De fracturas a recomposiciones. Interpretaciones del 18-O.....	59
<i>Raúl Zarzuri Cortés</i>	

Subjetivación política y revuelta de los que sobran. Digresiones en torno a la dimensión generacional del 18-O en Chile.....	87
<i>Rodrigo Ganter Solís</i>	

¡Arriba las que luchan! Feministas y discursos feministas en la revuelta.....	131
<i>Ximena Goecke</i>	

Adhocracias y repliegues reflexivos. La calle y las introspecciones personales en las actorías sociales del 18-O	163
<i>Karla Henríquez</i>	

Lo que octubre se llevó. Estallido social y crisis de representación en Chile.....	181
<i>Violeta Montero Barriga</i>	

Asambleas territoriales. Reinventando lo político en las ciudades chilenas post revuelta	197
<i>Katia Valenzuela</i>	

Violencia contra niños, niñas, adolescentes y jóvenes. 18-O, antes y durante	217
<i>Alejandro Tsukame</i>	

Haciendo caer los ídolos de barro. Apuntes sobre rebelión y desmonumentalización en Chile y en el mundo.....	239
<i>Julio Cortés Morales</i>	

Cuerpo II. Viñetas del despertar

Chile despertó.....	255
<i>Carlos Reyes y Augusto Mora</i>	

Cuerpo III. Revuelta y narrativas juveniles

Viviendo la revuelta en las narrativas juveniles	263
<i>Karla Henríquez, Rodrigo Ganter, Ximena Goecke y Raúl Zarzuri</i>	

Cuerpo IV. Acción conectiva y artivismos de la revuelta chilena

Piezas artísticas y activismos. La práctica gráfica en el frontis del GAM como acción política.....	331
<i>Mónica Salinero</i>	

ResisteArte. El arte de disputar y *okupar* la ciudad durante
el estallido social chileno en Concepción 361
Javiera Briones Bello

Los medios de la revuelta durante el 18-O en Chile.
Reflexiones sobre el activismo virtual de estudiantes
secundarios chilenos 387
*Catalina Mendoza Riquelme, Óscar Basulto Gallegos
y Sebastián Fuentealba González*

El textil como soporte de identidad, memoria y resistencia
feminista en La Serena 411
André Álvarez Oliva y Paula Jeria Tapia

Cuerpo V. Poemario

Poemas escritos durante el estallido 433
Colectivx Piño Choroy

Sobre los autores y autoras 447

*Entre tanta noche y entre tanta muerte
Regalé mis ojos para que la gente despierte.*

Nano Stern, 2021.

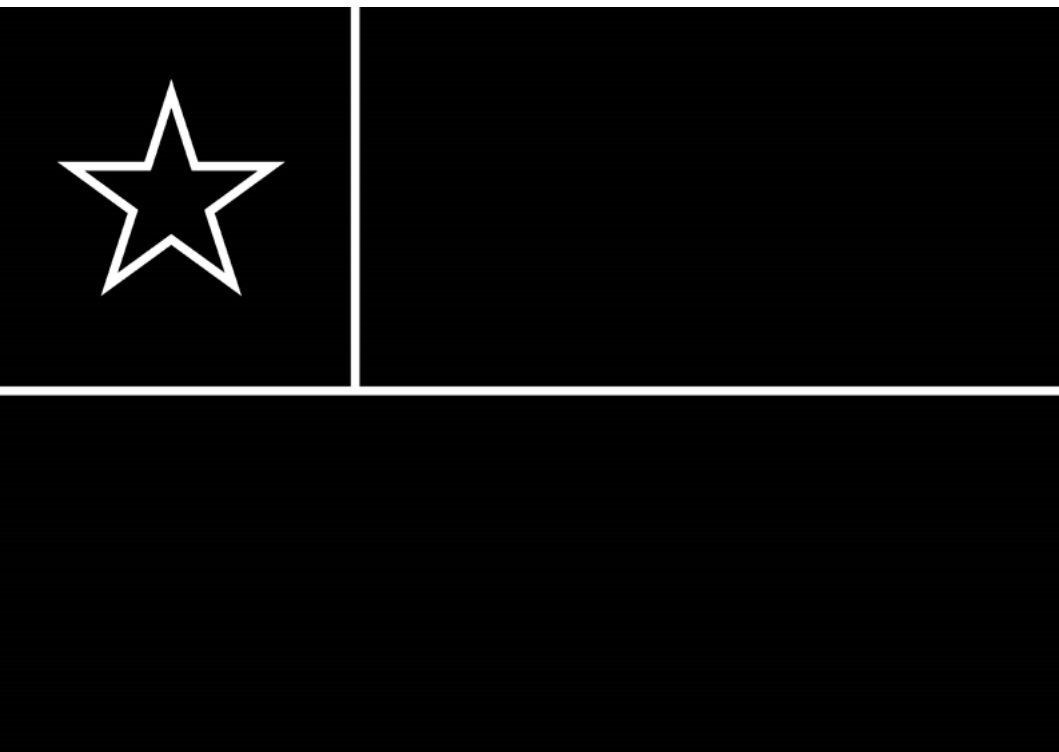


Imagen:
Noche, de Martín Gubbins (2016/2019).

Prólogo

La vida en contra del neoliberalismo

Geoffrey Pleyers

Desde el 18 de octubre de 2019, Chile ha sido sacudido por una revuelta ciudadana de una magnitud que no se había visto desde el retorno de la democracia en 1988. Más de tres millones de personas salieron a las calles en distintos lugares del país el 25 de octubre de 2019. Un millón doscientas mil personas se manifestaron en Santiago, más de un quinto de la población de la ciudad. En las semanas siguientes, y hasta el comienzo de la pandemia de coronavirus, miles de ciudadanos se reunían cada noche en la emblemática Plaza Italia en el centro de Santiago, rebautizada *Plaza de la Dignidad*, así como en numerosas plazas del país cada viernes. En las semanas que siguieron el estallido se organizaron también marchas sindicales multitudinarias, se formaron asambleas populares en los barrios del país y se llevaron a cabo acciones simbólicas, notablemente en centros comerciales en contra de la cultura de consumo y para denunciar las condiciones de trabajo de los empleados.

Esta revuelta, que inició el 18 de octubre de 2019, es parte de una ola histórica de movimientos sociales que estallaron en decenas de países en 2019 y, en muchos aspectos, de una nueva etapa de los movimientos ciudadanos para la democracia, la justicia social y la dignidad que marcaron la década de los 2010. El despertar chileno

se inscribe también en una serie de movimientos que rompieron el consenso de la concertación, desde los movimientos de secundarios en la primera década del siglo hasta el movimiento en contra de las AFP, y de la cual el movimiento estudiantil que estalló en 2011 fue una etapa mayor. También se inscribe en una ola histórica de movimientos ciudadanos que ha marcado la década de los 2010, desde las revoluciones árabes hasta las movilizaciones del año 2019 en decenas de países. Cada uno se inscribe en un contexto nacional particular y tiene sus especificidades. Comparten, sin embargo, mucho más que tácticas y un uso eficaz de las redes socio-digitales. En todos los continentes, y bajo regímenes políticos muy distintos, piden más democracia, justicia social y, sobre todo, dignidad.

Movimientos sociales y cambio político

Al contrario de lo que ocurrió en muchos países, la revuelta chilena tuvo impactos políticos consecuentes y evidentes, por ejemplo, con la demanda popular de cambiar la Constitución impuesta por Pinochet, y que fue posible de observar en la victoria alcanzada en el reciente referéndum, con un amplio triunfo de la opción Apruebo que pocos esperaban. Estos alcances políticos son importantes para consolidar el proceso de democratización de la sociedad y de sus instituciones, y serán bienvenidos los estudios que analicen por qué el despertar chileno logró este impacto en la política institucional en un plebiscito.

Cuando se celebra el impacto de la movilización ciudadana como el inicio de un proceso político para remplazar la Constitución de 1980 y a un año de las elecciones nacionales, es importante que recordemos que el impacto de las revueltas y de los movimientos ciudadanos en la política institucional es rara vez directo y a menudo no va en la dirección de los movimientos. Cabe recordar que unas semanas después de mayo de 1968, con la más amplia huelga obrera en Francia desde la Segunda Guerra Mundial y la revuelta estudiantil

que se volvió un símbolo global, las elecciones nacionales de junio de 1968 entregaron la más amplia victoria a los partidos de derecha desde 1945. En la historia más reciente de las Américas, cabe recordar que cinco años separan las protestas multitudinarias de *Junho 2013* de ciudadanos que pedían un Brasil más justo y democrático de la victoria electoral del líder de la extrema derecha Jair Bolsonaro. Cinco años es también el lapso que separa Occupy Wall Street de la elección de Donald Trump en Estados Unidos. En Chile, la sucesión de movimientos sociales históricos y en su época sin equivalente desde la dictadura, como el movimiento estudiantil de 2011 y el movimiento No+AFP, no impidió el regreso a la Moneda de Sebastián Piñera, el hombre que más encarna el sistema que denunciaron estos movimientos.

Durante el auge de las movilizaciones en 2011, muchos intelectuales públicos anunciaron que el movimiento había puesto un fin al conservadurismo y al modelo neoliberal que predominaba en Chile desde 1973. Un par de años más tarde, los libros dedicados al movimiento ya no hablaban del fin del modelo, sino de *brechas* en el modelo. En 2016, el sociólogo Manuel Antonio Garretón analiza que, si bien la matriz sociopolítica fue cuestionada y afectada por el movimiento, esta sigue vigente, y que unos años después del auge de las protestas es otra vez esta matriz la que produce el sentido dominante de la realidad política y social. Finalmente, un año después, las elecciones generales otorgan un segundo mandato a Sebastián Piñera, esta vez en alianza con actores más reaccionarios y que apoyaron a la dictadura de Pinochet. Cinco años después del movimiento estudiantil, el camino fue muy distinto del *fin del modelo neoliberal chileno* que algunos proclamaron prontamente en 2011.

Recordar estos acontecimientos sirve para matizar el entusiasmo inicial de las fases de efervescencia de los movimientos, así como la fuerza de resistencia al cambio del aparato político institucional como de la sociedad y de sus ciudadanos. No debe llevar a la conclusión del fracaso o la falta de impacto del movimiento estudiantil en Chile. El resultado de un movimiento no se puede medir en su

impacto en las elecciones. El movimiento de 2011 generó transformaciones importantes en la vida y la subjetividad de muchos ciudadanos, cuestionó la legitimidad del modelo neoliberal y abrió un ciclo de contestación durante el cual emergió un movimiento feminista profundo y muy creativo en 2018, el movimiento en contra del sistema de pensiones por capitalización individual (No+AFP), el cual juntó a 800 mil personas en las calles de Santiago y a un número similar en las otras ciudades del país y el estallido de 2019. Por otro lado, la recomposición de una fuerza política de izquierda que se comprobó en la primera vuelta de las elecciones de 2017 también forma parte de los resultados indirectos del movimiento estudiantil.

Sin embargo, el regreso de un empresario neoliberal a la presidencia seis años después del movimiento estudiantil y de los cambios que generó apuntan también a matizar el impacto de los movimientos progresistas y a comprender los mecanismos y los actores que lograron limitar la profundidad de los cambios sociales que se proponían para mantener, en su lugar, la *matriz sociopolítica chilena*, después de la más amplia movilización que hubo desde la transición democrática y a pesar del surgimiento de nuevos actores políticos y sociales. El sistema político y los actores dominantes del modelo socioeconómico hegemónico supieron integrar algunos elementos de las reivindicaciones y a algunos actores de las protestas sin transformarse en profundidad, como lo exigían los actores del movimiento de 2011. La reforma educativa adoptada después de eso, por ejemplo, permite a muchos estudiantes de sectores populares el tener acceso a la educación superior mediante un programa de becas sin cambiar la lógica de mercado que rige la educación superior en Chile y a la cual se oponía con tanta fuerza el movimiento de 2011. Entender el impacto de los movimientos sociales requiere, por lo tanto, mayor atención y análisis a los procesos sociales y políticos que reproducen la sociedad y dificultan o impiden los cambios sociales, como son las matrices sociopolíticas (Garretón, 2016), las instituciones, los *habitus* y o las costumbres, la cultura nacional, las aspiraciones de la población y sus representaciones de lo que es justo y de lo que consideran

una *buena vida*. Esta perspectiva no nos lleva a abandonar el planteamiento de Touraine, pero sí a matizarlo: los movimientos sociales *contribuyen* a producir la sociedad, junto con otros actores, instituciones y mecanismos sociales.

El sesgo del impacto en la política institucional

Cuando los investigadores y analistas que se interesan en los movimientos sociales se enfocan en su impacto en la política institucional, con las perspectivas de los procesos políticos, de la *contentious politics* o de las estructuras de oportunidades políticas, es esencial recordarnos que los vínculos entre revueltas sociales y políticas institucionales no son tan sencillos, y que los movimientos sociales son mucho más que la búsqueda de influir la arena política institucional.

Más importante aún es recordar que la primera fuerza y el primer propósito de los movimientos sociales no es cambiar la política institucional, pero sí cambiar la sociedad, producirla para retomar la formulación de Alain Touraine. Si bien es cierto que junio de 1968 dio la más amplia victoria electoral a la derecha francesa, el impacto histórico de estas elecciones fue menor que la del movimiento social y cultural de 1968, nadie se acuerda de las elecciones de junio 1968, mientras mayo de ese mismo año marcó a profundidad la sociedad francesa, quedando como un punto de inflexión y una referencia global.

Mi propósito no es negar la importancia de la batalla parlamentaria o de la preparación del proceso constitucional. La llegada al poder de líderes reaccionarios como Trump y Bolsonaro tuvieron impactos funestos sobre la vida de millones de estadounidenses y de brasileños, y resultó en la muerte de decenas de miles de víctimas adicionales de la COVID-19. Sin embargo, reducir los movimientos sociales a sus impactos en la política institucional o al ámbito electoral es un sesgo analítico que impide entender algunas dimensiones fundamentales de estos actores y una parte importante del cambio

que impulsan. Por ejemplo, el impacto del movimiento feminista no se resume en una serie de leyes que afirmaron la igualdad de género, otorgaron el derecho a votar o permitieron el aborto. Ha contribuido a transformar la subjetividad y el comportamiento de las mujeres y de los hombres en la vida cotidiana, en la esfera profesional y en el espacio público y privado.

Resumir los movimientos sociales a sus resultados en la política institucional es un sesgo particularmente problemático, especialmente cuando el propósito de muchos de los movimientos democratizadores de esta década fue precisamente cuestionar la centralidad de la política institucional en las democracias del siglo XXI. Una dimensión fundamental de movimientos y revueltas como el Mayo de 1968 en París hasta el 15M y los indignados es, precisamente, cuestionar la centralidad de la política institucional en los mecanismos de cambio social. No que no cuentan, pero el cambio principal no vendrá de allá. Los movimientos progresistas de la década de los 2010 nos recuerdan que la democracia no solo radica en las instituciones y en las elecciones. Se trata de vivir la democracia como una experiencia, en las prácticas cotidianas, y como un requisito personal (Pleyers, 2018). Los activistas implementaron otras formas de relacionarse con los demás y alternativas concretas a la sociedad dominante. Estos activistas vinculan, al mismo tiempo, la democracia con el respeto a los ciudadanos por parte del Estado y a una lucha contra los poderes políticos y económicos, en tiempos en que las desigualdades son tales que el “1%” de la población más rica posee más recursos que el resto del mundo y tiene un peso determinante en las decisiones políticas. En las plazas ocupadas, en las asambleas de los movimientos estudiantiles y en las múltiples iniciativas en los barrios se pretendía implementar formas múltiples de participación y acción, un cambio social por otras vías, creando *espacios de experiencia*, mostrando en las prácticas cotidianas que existen alternativas y que estas empiezan por nuestra manera de actuar a nivel individual y colectivo.

En esta perspectiva, el proceso de la nueva constituyente es también una manera de volver a centrar la atención de la sociedad –y la energía de muchos activistas– en los mecanismos de la política institucional, en arenas que dominan otros actores, celosos de sus prerrogativas y que no dejan entrar fácilmente al pueblo y los actores sociales, solo que al precio de un proceso de institucionalización en el cual pierde muchas de sus dimensiones de revuelta popular y se distancia del movimiento.

Hasta que valga la pena vivir

Lo que ocurrió en Chile a partir del 18 de octubre 2019 es mucho más que una movilización ciudadana que busca influir en el escenario de la política institucional. Es una revuelta ciudadana, social y democrática que, además de su carga política, tiene dimensiones expresivas, creativas y profundamente subjetivas. Por lo tanto, en complemento a los análisis del impacto del movimiento en el ámbito de la política institucional, una tarea urgente de los investigadores en ciencias sociales es documentar, visibilizar, analizar y proporcionar una mejor comprensión de estas dimensiones. Es la tarea que se proponen los autores del presente libro.

Como todos los grandes movimientos contemporáneos, la revuelta chilena es un movimiento que atraviesa todas las dimensiones de la sociedad chilena, pero también los individuos que participan en él. En esta perspectiva, se trata menos de la afirmación de sujetos políticos que de su constitución, tanto a nivel colectivo como individual. Juntándose en las plazas, compartiendo sus experiencias, los ciudadanos *abren los ojos*. Ven de manera distinta la sociedad chilena, formateada por el proyecto neoliberal y los intereses de las élites económicas (Moulian, 1997). Lo que se transforma en ellos no es solo su relación con el Estado, también es su relación con los demás y con ellos mismos.

Afirman su voluntad de volverse actores de su sociedad frente a los poderes que invisibilizan sus experiencias cuando hablan del *modelo chileno* y del milagro económico. También afirman su voluntad de volverse autores de su vida, de retomar en sus manos el curso de su vida después de dedicar la mayor parte de su energía al trabajo (Araujo y Martucceli, 2012). Producirse como actor de su sociedad y como autor de su vida fueron procesos estrechamente vinculados y articulados por los actores de este movimiento histórico. La revuelta también pasa por una dimensión personal, por una transformación de la relación con uno mismo, con los demás, con el Estado y con el mundo. Al mismo tiempo, contra la subyugación y por la afirmación de uno mismo como sujeto y como actor. Un proceso de subjetivación entendido como la construcción de uno mismo como actor de la propia vida, que se combina durante las manifestaciones y la fase de *evento* de los movimientos con la convicción de ser un actor de un cambio social, de la sociedad.

La creatividad y la afirmación de la subjetividad no son solo medios utilizados en el compromiso con una causa. Constituyen el corazón mismo de la resistencia frente a la invasión del mundo experimentada por las fuerzas de la globalización neoliberal. La reivindicación de esta subjetividad se opone al proceso de sometimiento y formateo por parte del sistema, que es tanto económico como cultural. Más allá de la traducción de algunas de las reivindicaciones del movimiento a la política institucional, el movimiento trata sobre todo de esta afirmación de las subjetividades y del mundo de la vida frente al sistema. La revuelta chilena es, a la vez, profundamente colectiva y personal.

Es tanto el resultado como el lugar de una profunda transformación personal, de la relación con uno mismo, con los demás, con la democracia y con el Estado y la forma en que han sido transformados por un movimiento que nos invita a repensar lo que significa ser chileno en el siglo XXI. Por lo tanto, uno de los aspectos relevantes pasa por la forma en que el movimiento es experimentado por algunos de estos participantes y en cómo los está transformando mucho

más allá de su participación semanal en reuniones en la Plaza de la Dignidad o en asambleas de barrio.

Los autores de este libro buscan, precisamente, dar cuenta de las resistencias desde la subjetividad, que permite visibilizar una propuesta interseccional en la manera en que se presentan distintas caras del movimiento a partir del 18 de octubre. Una de ellas es la mirada de los *artistas* que destacan la creatividad cultural y festiva de las protestas. Por otra parte, se presenta la revuelta desde la voz de los jóvenes, al mismo tiempo que se muestra la participación extendida de distintas generaciones de personas y una diversidad de actores sociales, que vienen a reforzar las voces que relevan la transversalidad de demandas y el malestar generalizado que afecta la vida de la mayoría de los chilenos y chilenas que han luchado incesantemente por una vida digna.

Nos muestran que lo que ocurrió en las plazas chilenas a partir del 18 de octubre de 2019 tiene que analizarse, también, como el inicio de algo mucho más profundo y de largo alcance que la nueva asamblea constituyente. Es probable que será visto como un punto de inflexión, que tendrá un impacto fuerte en la vida y la construcción de sí mismo de miles de ciudadanos y un impacto no menos grande pero difuso en la sociedad chilena que se construirá en las próximas décadas. Enfatizar algunos resultados inmediatos en la vida de los actores, en su manera de ver su país, de conectarse con los demás y con el Estado, en su concepción de lo que es una *vida buena* y lo que esperan de la democracia no debe llevarnos a minimizar la amplitud de la tierra, a caer en la ilusión de un impacto inmediato e irremediable del movimiento en la sociedad y la política chilena. El 18 de octubre los chilenos abrieron otro capítulo de una larga lucha, una lucha que prometieron llevar hasta que la dignidad se haga costumbre.

Bibliografía

Araujo, Kathya y Martucceli Danilo (2012). *Desafíos comunes*. Santiago de Chile: LOM.

Garretón, Manuel Antonio (coord.) (2016). *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM.

Moulian, Tomás (1997). *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.

Pleyers, Geoffrey (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.



Fotografía:

Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Presentación

El siglo XXI se inicia en Chile con una serie de movilizaciones de los/as estudiantes secundarios. A primera vista, mostraban preocupaciones por cuestiones reivindicativas sectoriales, o sea, preocupación solo por intereses estudiantiles. Así, una lectura simple de las movilizaciones que se inician el 2001 con el llamado *mochilazo* indicaba que solo se estaba luchando por el pase escolar y las becas de alimentación. Lo que no se alcanzó a ver es que en esas demandas se incubaba un malestar mayor, que inicialmente se enfocó en los problemas estructurales del sistema educativo chileno, para avanzar de forma rauda a una interpelación de la forma en que se había construido la sociedad chilena, cuestión que recorre todo el inicio del siglo XXI.

La incipiente escena de movilizaciones estudiantiles que irrumpe supuso dejar el *inmovilismo* de los años noventa, que se habían caracterizado por un tiempo donde no se observan grandes movilizaciones. Esto no quiere decir que no las hubo, pero estas tuvieron un carácter fuertemente reivindicativo sectorial (salud, transporte, educación/profesores, mapuche, entre otros) y no ponían necesariamente en entredicho todo el sistema construido desde la dictadura militar. Esta década es acompañada por la instalación de un *relato de la superación de la pobreza*. La batalla es esa, cuestión que cambia a comienzos del nuevo siglo y se reemplaza con el llamado *relato de*

la superación de la desigualdad y que tiene como base la equidad y la movilidad social.

Así, en un mar societal en relativa calma, algunas olas se levantaron, pero no para generar algún tipo de tsunami como los que se observaron posteriormente en las movilizaciones estudiantiles del año 2005-2006, 2011, 2018. Estas olas mostraban que el modelo ya no estaba rindiendo; la promesa de la movilidad comienza a estancarse y, junto con eso, comienza un fuerte ciclo de movilizaciones que cristalizan en lo que se denominó el *levantamiento del 18 de octubre (18-O)*.

Este texto/artefacto cultural se inscribe en un intento por tratar de entender y describir uno de los puntos culmines de las movilizaciones sociales en Chile. Señalamos uno, porque no hay que desconocer, por ejemplo, el movimiento feminista, que potencia una alicaída escena de movilizaciones inyectando energía en un momento a finales del segundo decenio y con posterioridad al 18-O cuando se observaba una cierta baja producto de la pandemia del COVID-19.

El artefacto libro

Lo que se presenta es más que un libro. Es un artefacto libro, también un artefacto visual y por supuesto un artefacto cultural. No solo se construye con la palabra escrita que quizás es la predominante, sino también la imagen está presente a través del comic y la fotografía. No menor es la poesía que surge de colectivos que intentan expresar la vivencia de ese único momento, que en palabras de Marcel Mauss puede ser catalogado como un *hecho social total*, dada las características de trastocarlo todo.

El artefacto surge a partir de una investigación realizada por un equipo compuesto por Rodrigo Ganter, Ximena Goecke, Karla Henríquez y Raúl Zarzuri, quienes venían trabajando, unos más otros menos, desde hace tiempo en temas de jóvenes y deciden postularse a un concurso que lanza la Fundación Rosa de Luxemburgo en América Latina, para intentar comprender y describir el rol de los

jóvenes en las movilizaciones sociales que se desplegaron en el continente, al igual que en Chile, a partir de octubre.

El equipo fue seleccionado, junto con otro equipo chileno. Se suman además tres equipos de Nicaragua, Colombia y Ecuador, los cuales se abocaron a tratar de describir y entender la participación de los jóvenes en esas movilizaciones. Fruto de esto, una próxima publicación por parte de la fundación dará cuenta de sus resultados.

La investigación supuso un ejercicio de reflexión sobre las movilizaciones del 18-O que algunos miembros del equipo ya venían realizando y que se habían traducido en reflexiones a partir de artículos y columnas en medios de comunicación nacionales e internacionales. Evidentemente, las reflexiones que surgieron en ese proceso de investigación sobrepasaban la propia investigación –centrada solo en los jóvenes–, y se avanzó en una variedad de tipos de reflexiones. Así, surgió la idea de intentar sistematizarlas e invitar a otros/as colegas a sumarse al desafío de escribir sobre la revuelta del 18-O desde diferentes perspectivas y posiciones disciplinares.

El artefacto que se presenta contiene una polifonía de voces que invitan al *lector* a realizar una aproximación que *sea irrespetuosa*; donde la lectura no tenga el carácter *sagrado*. Al contrario, como dirían Deleuze y Parnet (1997) en su libro *Diálogos*: “Una buena manera de leer, hoy en día, sería tratar un libro de la misma manera que se escucha un disco, que se ve una película o un programa de televisión, de la misma manera que se acoge una canción: cualquier tratamiento del libro que reclame para él un respeto, una atención especial, corresponde a otra época y condena definitivamente al libro”, cuestión que dos de los compiladores venían postulando a inicios del nuevo siglo, señalando que la escritura y los textos son *asignificantes* y, por lo tanto, el artefacto que tiene el lector a su disposición no pretende fundar nada, sino ver si funciona para un lector/a, “por lo tanto, no tenemos pretensiones de fundar nada, solo poner en circulación una escritura balbuceante” (Zarzuri y Ganter, 2002).

Los cuerpos del artefacto

Lo que se presenta no apela necesariamente a un orden, aunque como *cuentistas sociales* eso está siempre presente, cuestión que nos ha llevado a intentar, en su diseño, a realizar distinciones que, quizás, no sean lo suficientemente afortunadas, pero que inicialmente intentan hacerse cargo de formas de entrada a la lectura.

El artefacto comienza con un prólogo a cargo del destacado sociólogo Geoffrey Pleyers, “La vida en contra del neoliberalismo”, y una introducción a cargo del equipo compilador, que intenta situar a grandes rasgos un marco interpretativo provisorio sobre la revuelta del 18-O, que intenta situar la discusión que se avecina en el texto a partir de una polifonía de voces. Posteriormente, se visibilizan cuatro cuerpos que intentan organizar el artefacto.

El primer cuerpo se titula *Arqueologías de la revuelta*. En él, varios autores intentan analizar la revuelta desde diferentes puntos o focos de interés como también de diferentes actorías. Parte con un texto de Raúl Zazuri titulado “De fracturas a recomposiciones. Interpretaciones del 18-O”, donde el autor señala que existe una fractura de la sociedad chilena que ha venido creciendo y que precisamente muestra la falta de cohesión social. Más adelante, realiza un ejercicio interpretativo sobre las razones que originan la revuelta. El capítulo cierra con la relevancia del ninguneo o la falta de respeto que se va a constituir en ira, la que movilizara a cientos de miles de personas ese octubre de 2019.

El segundo texto, de Rodrigo Ganter, se titula “Subjetivación política y revuelta de los que sobran: digresiones en torno a la dimensión generacional del 18-O en Chile” y busca indagar en las relaciones entre subjetivación política, la revuelta social y el componente generacional implicado en el octubre chileno. Pretende realizar un trabajo de contextualización de la revuelta social, poniendo en perspectiva lo ocurrido durante el 18-O en Chile, particularmente desde lo que el texto denomina las implicancias generacionales puestas en juego en

este acontecimiento. Sumado a lo anterior, se postula la emergencia de una subjetivación política de nuevo tipo para el actual escenario social y político chileno, que se encontraría en curso, abierta a un conjunto de desafíos y tensiones, siempre contingentes y sinérgicas entre lo que se conoce como la *potestas* y la *potentia*, sobre todo en el escenario latinoamericano actual.

El tercer texto es “¡Arriba las que luchan! Feministas y discursos feministas en la revuelta” de Ximena Goecke, que aborda la participación de las mujeres en la revuelta, y destaca la activa participación de mujeres jóvenes así como también de diversas organizaciones feministas y la presencia significativa del feminismo en sus consignas y prácticas sociopolíticas, cuestión que para la autora tiene que ver con “la fuerza que los feminismos han ido adquiriendo en el último tiempo en la juventud y, más aún, el fuerte entramado de las demandas de estos feminismos chilenos con el malestar social, por medio de la transversalización de sus demandas, que lo entroncan significativamente con el reclamo hacia la creciente precarización generalizada de la vida, que ha sido especialmente sentida y resistida por las mujeres”.

El cuarto texto, escrito por Karla Henríquez y titulado “Adhocracias y repliegues reflexivos: la calle y las introspecciones personales en las actorías sociales del 18-O”, busca responder a las preguntas ¿cómo se organizan las personas que van a las protestas en la calle? y ¿cómo interpela la calle a las personas que transitan por ella? A lo largo del texto se muestra la importancia de las huellas que dejan las manifestaciones en la calle y la repercusión que tienen las expresiones culturales en las reflexiones personales sobre mundos alternativos, cómo se va transformando el sí mismo, cómo se tensionan las relaciones familiares y una forma alternativa de organización que promueve relaciones horizontales, lazos de solidaridad y de confianza. Estos aspectos configuran formas de resistencia al control de la subjetividad neoliberal que se ven expresados a través de acciones de creatividad y despliegue de expresiones culturales que promueven otros mundos posibles.

“Lo que octubre se llevó. Estallido social y crisis de representación en Chile” de Violeta Montero es el quinto texto de este cuerpo e intenta profundizar la relación entre estallido social y sistema político institucional. Se pregunta por los problemas y desafíos de la representación política, ante el malestar y crítica social que concitan los actores políticos formales en Chile, explorando el contexto previo y los efectos políticos del estallido social, pensando la relación entre gobierno y sociedad en Chile. Discute, bajo esta perspectiva, los efectos de octubre 2019 y la crucial coyuntura política que se abre con la discusión y el eventual cambio constitucional en Chile, además de la elección de gobernadores regionales.

En sexto lugar, se ubica el texto escrito por Katia Valenzuela titulado “Asambleas territoriales: reinventando lo político en las ciudades chilenas post revuelta” donde se explora el fenómeno de las asambleas territoriales autoconvocadas, surgidas al calor de la revuelta del octubre chileno durante el año 2019. Para situar la reflexión, se analiza la crisis del neoliberalismo y de la democracia representativa en Chile, para luego revisar las maneras en las que el asambleísmo y la horizontalidad han estado presentes en experiencias recientes de lucha a nivel global y latinoamericano. Para concluir, se presenta un análisis de las asambleas territoriales y su rol en la reinención y radicalización de la democracia en el Chile contemporáneo.

Finalmente, el primer cuerpo cierra con dos capítulos. El primero escrito por Alejandro Tsukame y titulado “Violencia contra niños, niñas, adolescentes y jóvenes: 18-O, antes y durante” donde se aborda la violencia represiva ejercida por las fuerzas policiales y se analizan, al inicio, algunas razones de las movilizaciones de octubre (el talante conservador de la sociedad chilena como el gran obstáculo para los cambios y la construcción del enemigo interno), para entrar de lleno al tema de la violencia hacia las NNA, cuestión que no solo es de ahora, y de la criminalización que se erige con fuerza sobre los derechos.

El capítulo que cierra este cuerpo se titula “Haciendo caer los ídolos de barro: apuntes sobre rebelión y desmonumentalización en Chile y en el mundo” de Julio Cortés, quien señala en sus páginas

que la oleada mundial de rebeliones en las cuales se inserta nuestro país es comparable con otras oleadas como las de 1848, 1917 y 1968. Posteriormente, da cuenta de algunas acciones de desmonumentalización que ha vivido el país (1957) y de otras ocurridas a partir de octubre en el mundo. Cierra señalando que desde la Primavera árabe las revueltas o revoluciones son siempre de *final abierto* y cita a Hamid Dabashi “no se trata de una simple revuelta, pero tampoco de una revolución consumada, sino de un híbrido que excedió tanto la noción de revuelta como la de revolución” (2004).

El segundo cuerpo del libro se denomina *Viñetas del despertar* y está dedicado al comic. Se presenta la historieta *Chile despertó* escrita por Carlos Reyes, uno de los destacados narradores de historias en nuestro país y autor de *Los años de Allende*, y el conocido historietista e ilustrador mexicano Augusto Mora, quienes relatan los principales hechos acaecidos entre el octubre y diciembre en formato reportaje de historieta. Originalmente, se publicó en la revista de sátira política mexicana *El Chamuco*.

El tercer cuerpo se titula *Revuelta y narrativas juveniles* y contiene el capítulo “Viviendo la revuelta en las narrativas juveniles” de los compiladores de este artefacto, que da cuenta de una parte de los resultados de la investigación encargada por la Fundación Rosa de Luxemburgo, sede Ecuador, en el marco de una serie de estudios que tenían como objeto aportar en la construcción de trabajos que permitieran profundizar la comprensión de los procesos de levantamientos y protestas que se dieron durante 2019 en algunos países de América Latina. Se intenta realizar un ejercicio comprensivo de las movilizaciones, tomando como sujetos a jóvenes que no tenían militancia en partidos políticos y que participaban o no en organizaciones.

El cuarto cuerpo se titula *Acción conectiva y activismos de la revuelta chilena* e intenta aproximarse a las experiencias del 18-O desde las disputas por el espacio público y las del espacio virtual, como también al uso del textil en las marchas y las prácticas gráficas.

Comienza con un capítulo titulado “Piezas artísticas y activismos: la práctica gráfica en el frontis del GAM como acción política” de

Mónica Salinero, quien estudia las prácticas artísticas de la revuelta popular chilena del 2019 como construcciones activas de lo político, entendidas como las definiciones de las identidades amigo/enemigo y sus significaciones para la contienda y la acción colectiva. A través del análisis del registro de las gráficas del frontis del Centro Cultural Gabriela Mistral observó la existencia de categorías y subcategorías asociadas a los grupos amigo/enemigo, que aluden a las percepciones estereotípicas que se encuentren en la base de tal distinción.

El segundo texto de este cuerpo está escrito por Javiera Briones y lleva por título “ResisteArte: el arte de disputar y *okupar* la ciudad durante el estallido social chileno en Concepción”, en el cual busca comprender las disputas por los espacios públicos desde la propuesta del derecho a *la ciudad* y el rol del arte urbano para generar relaciones dentro del estallido social en Concepción. Específicamente, el objetivo principal es analizar la relevancia que tuvo la *okupación* artística ResisteArte durante este periodo.

A continuación, los autores Catalina Mendoza, Oscar Basulto y Sebastián Fuentealba en el texto titulado “Los medios de la revuelta durante el 18-O en Chile: reflexiones sobre el activismo virtual de estudiantes secundarios chilenos” realizan una aproximación a la relación entre juventudes y redes sociales, particularmente en los diversos usos activistas que ellos/as hacen e hicieron de las plataformas digitales en el contexto de la revuelta social; a partir de un estudio de caso específico que intenta dar cuenta de las principales narrativas y prácticas político-discursivas que tomaron las voces activistas de estudiantes secundarios/as en dicho escenario. Asimismo, el texto identifica pistas interesantes en torno a las formas de interacción y coordinación entre la calle y las redes sociales en el escenario del octubre chileno, reconociendo repertorios de acción conectiva y de contrainformación en este contexto; y aborda cómo investigar y aproximarse al campo de la comunicación política y redes sociales en Latinoamérica.

Cierra este cuerpo el texto “El textil como soporte de identidad, memoria y resistencia feminista en La Serena” de las autoras André

Álvarez y Paula Jeria, quienes abordan los lienzos textiles y las capuchas feministas utilizados como forma de protesta durante la revuelta del 18-O, por organizaciones agrupadas en torno a la *Asamblea Feminista de La Serena*, focalizándose en aquellos que emergen dentro de la colectividad política feminista referida, y destacando el carácter de *actuancia* de las autoras en esta propuesta y organización. Además, se incluyen algunos antecedentes del textil político en Chile y se describen dos experiencias de intervención callejera en La Serena, donde tiene primacía la propuesta textil, como en *La ropa sucia no se lava en casa* y *En Chile se viola, tortura y mata por luchar*.

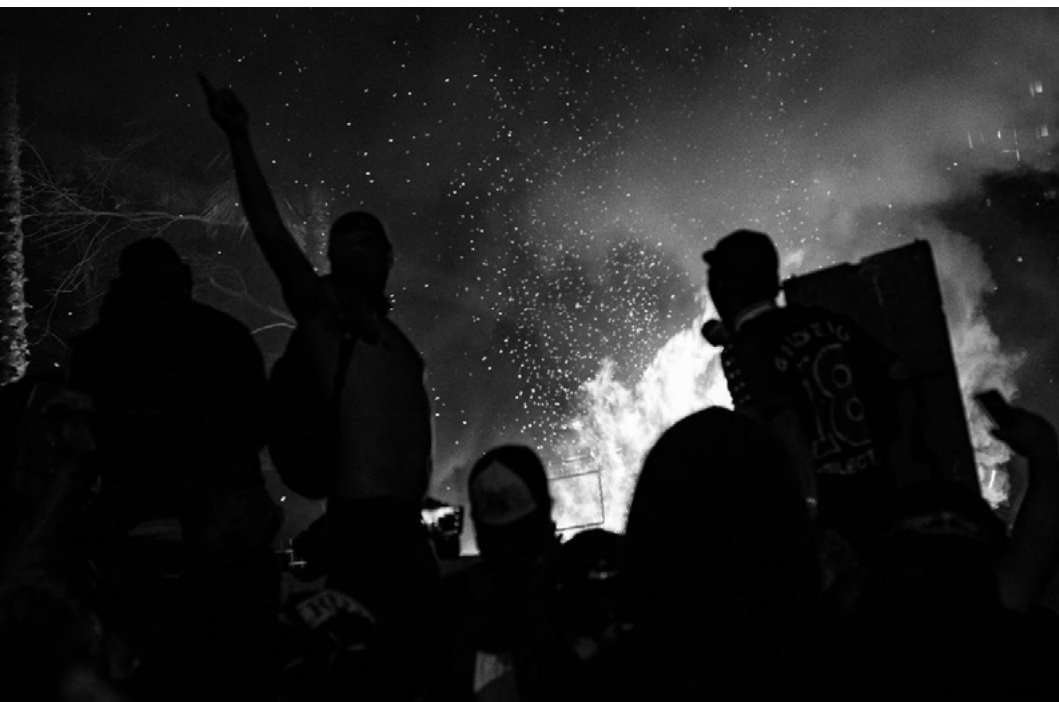
El quinto cuerpo está dedicado a la poesía, y pone en circulación poemarios escritos por los participantes del Colectivx Piño Choroy, el cual emerge luego del estallido social del 2019, al tratarse de un grupo de poetas que espontáneamente se congregaron para generar instancias de resistencia en las calles del centro de Santiago.

Por último, el artefacto que presentamos es atravesado por *fotos del estallido* que inauguran las portadillas de los cuerpos y los capítulos a través de la presentación de fotografías tomadas por el fotógrafo Paulo González Mollo, quien a través de su ojo capturó escenas de la revuelta.

Bibliografía

Deleuze, Gilles y Parnet, Claire (1997). *Diálogos*. Editorial Pre-Textos.

Zarzuri, Raúl y Ganter, Rodrigo (2002). *Culturas juveniles, narrativas minoritarias y estéticas del descontento*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Católica Silva Henríquez.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Introducción

De fracturas políticas y condiciones de posibilidad
en el Chile post revuelta de octubre.

Futuros en disputa y agendas de re-existencia

Rodrigo Ganter, Raúl Zarzuri, Karla Henríquez y Ximena Goecke

La actual *multi-crisis* del capitalismo que define nuestro momento presente y el proyecto *civilizatorio* vigente, nos plantea un difuso e incierto horizonte de futuro. Para muchos/as asistimos a una especie de *condición póstuma* (Garcés, Marina, 2018), donde la idea de progreso se desvanece, el crecimiento se hace cada vez más insostenible, los ecosistemas y su diversidad se extinguen, la desigualdad en la región se incrementa, junto con ello se expande la crisis hídrica y el calentamiento global, el encarecimiento de los alimentos nos empuja hacia una emergencia alimentaria, se excavan cráteres gigantescos para extraer solo el 0,1% de cobre que contiene el suelo, etc. (Lang, 2011). Por lo mismo, más que preguntarnos ¿hacia dónde vamos? y ¿cuál será el curso que tomarán los acontecimientos? empieza a ganar fuerza la pregunta por el ¿hasta cuándo vamos a continuar en este rumbo? ¿hasta cuándo tendremos un planeta habitable?

En este escenario definido por el despojo y el colapso civilizatorio (Lang, 2011; Svampa, 2017; Reguillo, 2017), todo se hace bajo la sombra del ¿hasta cuándo? Incluso ¿hasta cuándo podremos soportar como especie las condiciones de vida que se nos han impuesto? donde

predomina la lógica extractiva del capital, la precarización biográfica y estructural, el abuso, el secuestro de la democracia por parte de las elites políticas y económicas, la necro-política, etc. ¿Por qué si estamos vivos/as aceptamos este escenario y estilo de vida post mortem? y ¿hasta cuándo? (Garcés, 2018). Son algunos de los aspectos e interrogantes que el proyecto editorial plantea e intenta cartografiar a partir del escenario abierto por la revuelta del 18 de octubre del año 2019 en Chile.

En esta perspectiva, proponemos cuatro líneas de lectura que el proyecto editorial busca instalar, en tanto preguntas abiertas para los debates colectivos y las conversaciones por venir.

Sobre la fractura política

Observamos una fractura importante y progresiva entre el mundo de los actores institucionales de la política y el mundo de la ciudadanía, sus redes de autoorganización cotidiana y participación autoconvocada. Fenómeno descrito como *la gran ruptura*, crisis de legitimidad y agotamiento de las formas predominantes de la autoridad política y de la democracia representativa (Svampa, 2010; Garretón, 2016; Castells, 2019). La política convencional se disocia de lo social, erigiéndose como espectáculo de los acuerdos *por arriba*, y como gestión exclusiva de saberes técnicos y expertos. Esto es, la auto referencialidad y la fetichización del poder político (Dussel, 2006). Proceso que también se ha descrito en la región como secuestro del Estado y la política por parte de las elites y las oligarquías financieras (Cañete, 2018).

Esa imposición de la voluntad propia del político y su partido (porque *saben*, porque *quieren lo mejor para el país*, porque *conocen y hacen las leyes*, como nos ha recordado la reciente campaña electoral sobre el plebiscito constitucional), por sobre la de los electores que los llevaron hasta allí, se suma a numerosos casos de corrupción que han salido a la luz en los últimos años y a otros numerosos casos

de evidente colusión de los políticos con el gran empresariado. La conclusión popular no puede ser otra que este grupo constituye más bien parte del problema que de la solución y, claramente, un grupo de interés opuesto, y no solo incapaces de comprender y traducir las demandas de cambio y el lenguaje destituyente de la ciudadanía.

Junto con ello, los formatos de coordinación popular que esta ciudadanía adopta son diferentes a los *tradicionales*: se definen por estructuras horizontales, con participación más directa y no jerarquizada, que hacen buen provecho político de las tecnologías de la información y comunicación digitales. Entre estas estructuras de proceso, se observa especialmente el auge de colectivos, coordinadoras y redes activistas pertenecientes a las nuevas generaciones, feministas, estudiantes y temas socioambientales (Svampa, 2010; Bringel y Pleyers, 2017); los cuales se articulan en torno a temas relativos a sus propias zonas de interés, pero también son capaces de converger en torno a núcleos comunes, como en este caso: la crítica al sistema neoliberal, extractivista y patriarcal, la pregunta por los bienes considerados comunes, el buen vivir, etc.

La principal novedad que representan estas estructuras, para el espacio político chileno, es que actúan desacopladas de los partidos políticos y sus estructuras oligárquicas, y más aún los rechazan abiertamente. Este rechazo se funda en una desconfianza fundamental, que es el resultado, sin duda, de un aprendizaje histórico. La ciudadanía entiende que deben evitarse los acuerdos entre las oligarquías de partido, sin participación ni representatividad de las demandas e intereses predominantes.

Son precisamente estos tópicos los que resuenan en un espacio que siempre ha sido considerado como no-político o no completamente político, y que algunos autores han llamado peyorativamente *sub-política*, apartándolo del sentido que U. Beck (2002) le dio: la vida cotidiana. Allí, precisamente, donde se reúnen esos dos mundos que han sido racional y artificialmente separados por la política tradicional. Y es allí donde se produce la fractura, que provoca el *acontecimiento*, si seguimos la propuesta de Badiou (1998) de la revuelta

iniciada el 18-O. Una fractura fundamental con la forma en que la política venía desarrollándose por varias décadas, reducida a una práctica donde imperaba el cálculo instrumental y una gestión sin ninguna vinculación con la ciudadanía. Este carácter de acontecimiento del 18-O, radica también en la complejidad de poder *predecirlo racionalmente*, aun cuando –de un modo u otro– se veía venir, puesto que las críticas fundamentales que lo justificaron eran por todos conocidas.

Sin embargo, nadie hubiera pensado que un *simple gesto* –como la evasión del pago del pasaje en Metro de Santiago– se constituiría en un episodio que catalizaría la irrupción de una forma de acción política *desde abajo* y del modo que lo hizo. Ni tampoco, que una simple frase: *No son treinta pesos, son treinta años* haría converger la rabia, el grito de dignidad ante el “ninguneo” y el abuso acumulado, y la salida a las calles que provocó tal grieta en el entramado construido desde la dictadura y profundizado durante todo el período de la postdictadura. La perplejidad ante este quiebre político, de proporciones similares a un megamovimiento telúrico, no emergió desde una estructura de poder o aparato político, sino que vino a romper las reglas de enunciación establecidas para los sujetos políticos, a reclamar la voz y la soberanía más elemental –aquella fundante de todo sistema político– *desde abajo*, desde lo cotidiano, desde las experiencias de agobio y precarización acumuladas durante décadas por la gente común y corriente, las y los ignorados por un modelo y sistema que institucionalizó en Chile el privilegio, el abuso y los múltiples rostros de la desigualdad.

Sobre las condiciones de posibilidad que gatilla el 18-O en Chile

Planteamos que, el reciente movimiento de protesta que irrumpió en Chile el año pasado, sumado a la ola de revueltas sociales desatadas durante el año 2019 en Latinoamérica, han generado ciertas

condiciones de posibilidad que permiten plantear provisoriamente el ocaso de un largo ciclo histórico y político de hegemonía neoliberal y la emergencia de diversos activismos y sujetos políticos, en un escenario abierto a transformaciones estructurales y a nuevas agendas de futuro con potencial de sincronización, articulación y convergencia transversal en Chile. Con especial énfasis en una política de alianzas desde lo cotidiano hacia arriba, que –como aprendizaje histórico– eviten los acuerdos desregulados entre las oligarquías de partido. Para lo cual se requiere una nueva cartografía política, abierta, con nuevas estructuras, redes, *actores*, agentes con otras formas de interlocución, que impliquen nuevas conversaciones y temas, que incluyan otros lenguajes entre mundos que en principio no se reconocen, con nuevas formas de ejercer y vivenciar la autoridad, con otras políticas de alianza al interior del campo contestatario. La actual coyuntura constitucional y lo que se derive de ella, puede eventualmente constituirse en una oportunidad para iniciar ese trayecto.

Así, desde el Sur Global, pensamos a la subjetividad política (Lechner, 1988) a partir de diversas experiencias históricas y contemporáneas en América Latina, asociadas con la irrupción de formas de vida, deseo y cooperación social, que no solo impugnan y resisten activamente al dispositivo neoliberal, sino que tienen el potencial de prefigurar re-existencias colectivas, imaginar y producir –participativamente– relaciones y mundos alternativos a la actual hegemonía del capital y sus históricas estructuras extractivas y predatorias, particularmente evidentes en el Chile *tardopinochetista*. Ejemplo de ello, lo configuran las recientes luchas contra el neoextractivismo y las zonas de sacrificio, los activismos y disputas desde el movimiento feminista, los levantamientos estudiantiles, las luchas territoriales y por la autonomía, los movimientos regionalistas, el eje estructurante y persistente de reclamo configurado por la disputa entre capital/trabajo, los nuevos *artivismos*, los movimientos urbanos por la activación del patrimonio y el derecho a la ciudad, etc. Aquí destaca el impulso y difusión de concepciones diversas sobre el *buen vivir*, los

comunes, la justicia ambiental y territorial, la autonomía cultural y territorial, la interculturalidad, la *democracia comunitaria*, etc.

Para ello, más que analizar hechos sociales y políticos encapsulados en una burbuja académica, proponemos acompañar –de modo activo e implicado– el devenir de los acontecimientos y las múltiples disputas territoriales, *arenas de subjetivación*, que se vienen desplegando en el Chile reciente. Cartografiar experiencias de cooperación y autonomías diversas, más que operar como agentes *extractivos* en el proceso de acumular y capitalizar datos, disociados de las comunidades, del *para qué* y de las éticas implicadas en ese proceso. Ello, poniendo en valor nuestra propia trayectoria como activistas en diversos espacios y momentos históricos, ya sea formando parte del movimiento contra la dictadura cívico-militar durante los años ochenta, en temas de derechos humanos, colaborando en campamentos populares, y más recientemente participando en el movimiento feminista, en el movimiento estudiantil, impulsando la asamblea constituyente, reactivando demandas por el derecho a la ciudad y el patrimonio en diversas zonas y barrios, etc.

Los cambios habidos en los planos del espacio y del tiempo, y de las relaciones, hay también una discusión sobre el impulso vital para implicarse con las realidades que toca estudiar. Hasta qué punto los observadores son los que eligen los temas de estudio o se dejan elegir por estos [...]. Es decir, son los hechos quienes provocan las situaciones y aquellos puntos de arranque sobre los que reflexionar. Las tareas de los investigadores son siempre referentes a las situaciones que se han construido históricamente. La lógica entonces es más de *acción-reflexión-acción*, que de *ver-juzgar-actuar* o de aquellas otras formas que empiezan por las hipótesis más que por las pasiones por el conocimiento. La reflexión tiene que venir, y con mucho rigor, pero una vez que hay una acción por la que apasionarse (Villasante, 2000, p. 31).

Lo anterior, reconociendo diversas experiencias, trayectorias, perspectivas y lugares de enunciación; por lo mismo, privilegiamos –desde el año 2000– un enfoque de frontera (De Sousa Santos, 2003) y

dialógico con los nuevos activismos y las desobediencias *moleculares* y *molares* al dispositivo neoliberal, de esta manera también nos interpelamos como investigadores e investigadoras. Habitar la frontera supone un intercambio horizontal entre saberes y narrativas heterogéneas, desde el feminismo, los estudios de género, el psicoanálisis, los saberes populares, la perspectiva decolonial, la investigación participativa y militante, la etnografía colaborativa, la historia social, los estudios culturales, el urbanismo crítico, el arte, los estudios generacionales, el posestructuralismo, el posmarxismo, los imaginarios sociales, los estudios del cuerpo y las emociones, entre otras.

De entre las principales características de la vida en la frontera [...] distingo las siguientes: uso muy selectivo e instrumental de las tradiciones llevadas a la frontera por pioneros y emigrantes; invención de nuevas formas de sociabilidad; jerarquías débiles; pluralidad de poderes y ordenes jurídicos; fluidez de las relaciones sociales; promiscuidad entre extraños e íntimos; mezcla de herencias e invenciones (De Sousa Santos, 2003, p. 396).

Sobre la interseccionalidad

Al interior de esta matriz fronteriza, surge la pregunta por lo interseccional como clave de lectura, con sus impactos en diversos ámbitos de la complejidad social, más urgente aún en esta coyuntura política e histórica post progresista, que demanda nuevos desafíos y retos articulatorios. De ahí la opción coral, colectiva y colaborativa de este proyecto editorial, esto es, por ensamblar voces plurales, paritarias desde el punto de vista del género y lo intergeneracional; pero que también incluye narrativas visuales y estéticas; y el diálogo entre saberes disciplinares y saberes activistas desde el 18-O.

Compartiendo el diagnóstico con Maristella Svampa (2021) sobre los principales logros de la revuelta social de octubre en Chile, aparece de modo significativo la hipótesis referida al carácter

interseccional de las luchas y los antagonismos, tanto en la forma de enjambre de cuerpos ocupando y convergiendo en los espacios públicos y plazas de zonas urbanas y rurales, como en la forma de horizontes compartidos y agendas de lucha sincronizadas desde una amplia diversidad de posiciones de sujeto o *arenas de subjetivación*: clase, etnia, género, territorio, orientación sexual, discapacidad, edades y generaciones, etc.

Desde un punto de vista político, la interseccionalidad cumple un papel estratégico en la lucha y articulación de los movimientos sociales en los diversos ciclos de protesta. Sin embargo, durante buena parte del siglo XX y hasta bien entrados los años sesenta en Chile, más allá de las alianzas y cooperaciones evidentes entre movimientos sociales, tanto el movimiento obrero, campesino, de mujeres, como de pobladores o estudiantil tendieron a segmentar su accionar y privilegiar ejes exclusivos de confrontación por sobre otras agendas de lucha más transversales y plurales. O bien, tendieron a ser subsumidos por un sujeto trascendental y/o universal (Nun, 1984).

Así pues, si durante los años ochenta en Chile, observamos el destacado papel de movimientos por los derechos humanos, estudiantil, de mujeres, sindical, de pobladores, articulados de modo transversal a partir de la meta común de derrocar la dictadura cívico-militar y recuperar la democracia; en los noventa observamos una desactivación de los movimientos sociales y la participación ciudadana, privilegiando estrategias políticas de corte institucional, con énfasis en la política profesional y de consenso entre cúpulas partidistas, afectando la sinergia entre la energía social y el procesamiento institucional de esa energía.

Durante los años noventa vemos cómo surgen voces desde los márgenes de la política, como el movimiento de liberación homosexual MOVILH, el movimiento unificado de minorías sexuales MUMS, la demanda ecológica y la versión más radicalizada del movimiento Mapuche; con agendas propias que necesariamente reivindican la identidad, la autonomía territorial y cultural, pero con muchas dificultades en ese momento para integrarse con otras

desigualdades, opresiones o exclusiones históricas a partir de una misma plataforma.

Sin embargo, es evidente que, en estas dos primeras décadas del siglo, se ha producido la irrupción de nuevas formas de subjetivación política en Chile. Así lo evidencian las versiones *recargadas* del movimiento estudiantil (2001, 2006, 2011), la llamada tercera ola del movimiento feminista chileno (sobre todo desde el 2018) y los movimientos socioambientales y antiextractivos (con más de 1.100 eventos de protesta entre 2012 y 2017), todos ellos con un fuerte componente generacional y con dinámicas políticas de autonomización de los partidos y actores institucionales, cuyas culturas políticas incluyen de modo incipiente: visiones, imaginarios, lenguajes y activismos de carácter interseccional, donde además se sincroniza la protesta callejera y el activismo de redes sociales; que ponen en juego la interacción entre clase, género, etnia, generación, territorio, orientación sexual, esto es, la *máquina de lucha interseccional*, como lo ha denominado Maristella Svampa (2021). Desde nuestro punto de vista, no fue sino hasta la revuelta social del 18-O donde dicho componente se expresó de modo más nítido, tanto en la composición social de los y las manifestantes, como en sus agendas de lucha.

El principal carácter de estas agendas, y que las distingue de otros momentos históricos, se expresa menos en reivindicaciones particulares y en la defensa de una identidad exclusiva, y más en temas comunes y horizontes compartidos, como: la dignidad, la asamblea constituyente, la regeneración democrática, los derechos colectivos garantizados, la plurinacionalidad, el repudio al abuso y la desigualdad en todas sus formas, etc. Reconociéndose, entonces, no tanto como comunidad política autodefensiva y parapetada sobre puntos fijos de subjetivación, sino de forma más amplia, transversal e interconectada, esto es, como movimiento popular, como movimiento ciudadano, y sobre todo como Sociedad en Movimiento, tal cual lo pudimos observar durante la revuelta de octubre.

Sobre la cuestión generacional

Sostenemos que lo que constituye a una generación no se asocia tanto con compartir la fecha de nacimiento, sino con el ser parte de un proceso histórico, del cual los y las jóvenes contemporáneos son testigos vivenciales. Desde esta comprensión de lo generacional, son distintos los elementos básicos que se comparten, entre ellos está la presencia de acontecimientos que rompen la continuidad histórica y marcan un antes y un después en la vida colectiva; y la consecuente producción de lazos sociales. Por ejemplo, en el caso chileno están los ciclos de protestas de los años 2006, 2011, 2018, 2019, la pandemia global, etc.

También encontramos el hecho de que estos acontecimientos son experimentados por individuos que buscan tener mayor protagonismo en sus construcciones identitarias y a su vez están llanos a involucrarse con otros modos de comprender la cotidianidad, por lo cual los esquemas mentales utilizados para aprehender la realidad no están clausurados o enteramente formateados por el statu quo, por lo mismo sus marcos de acción e interpretación del mundo aún son flexibles y porosos (Leccardi y Feixa, 2011); y quedan grabadas a fuego en la memoria esas primeras impresiones sobre la experiencia colectiva.

Sin duda, en el caso chileno la generación más joven –digamos, sub 40– comparte la fuerte vivencia y energía colectiva y creativa de los ciclos de protestas estudiantiles de los años 2006, 2011, 2018 y 2019, que ha generado una zona de lenguajes, símbolos, formas de sociabilidad y praxis política *generacional*, en definitiva, un espacio-tiempo vital donde ellos y ellas han sido sujetos de una progresiva, intensa y efectiva transformación de la imaginación y la cultura política nacional, en medio de profundas transformaciones históricas (y muy probablemente civilizatorias). Asambleísmo, vocerías revocables y rotativas, paridad, feminismo, vinculación territorial, descentralización y configuración en red, uso de redes sociales

y lenguajes asociados a las TIC, entre otros, caracterizan no solo la práctica política, sino que son una forma de pensar, sentir y hacer de estas unidades generacionales, que impulsa una ética y una política diferente a la de generaciones anteriores (Zarzuri et al., 2021). Lo anterior nos permite afirmar que la condición juvenil y generacional, con sus diversos y desiguales modos de vivirla, se constituye en un factor potencial para detonar la revitalización de lo social, para poner en común ciertos bienes colectivos expropiados por las fuerzas del mercado, en el marco de ciertas condiciones sociales e históricas de existencia, y de la acumulación de luchas y aprendizajes intergeneracionales en determinados escenarios históricos.

Al mismo tiempo, como hemos planteado, su localización en el inter-reino, en la frontera (De Sousa Santos, 2003), entre lo instituido y lo instituyente, en la cohabitación con formas de vida otras, la hace potencialmente más desafiante con el orden social vigente y más proclive, entonces, al reconocimiento, la participación y la intersección con comunidades escasamente integradas al orden social (Mannheim, 1966). Mundos sociales que experimentan exclusión, precarización, invisibilización o que impugnan activamente el consenso político-económico y los imaginarios hegemónicos, como los colectivos feministas, las comunidades LGTBIQ+, las coordinadoras mapuches, colectivos artistas, antiespecistas, estudiantiles, movimientos socioambientales y ecologistas, movimientos de derechos humanos, etc. Como lo pudimos observar para la revuelta del 18-O.

Asimismo, poner en valor que otra de las cualidades de este nuevo ciclo de repolitización y de la propia revuelta social de octubre del año 2019, no estuvo únicamente asociado con el despliegue de activismos sincrónicos y convergentes, incluido el de la calle y el digital, sino que las propias demandas y las agendas de distintas generaciones también tendieron a sincronizarse. Lo cual marca una diferencia importante con otros ciclos de protesta, puesto que estaban más centrados y protagonizados por UNA *unidad generacional*, mientras que lo ocurrido en el 18-O respondería más bien a una expresión de complicidad y colaboración sincrónica ENTRE generaciones diversas

y REVUELTAS (abuelos/as; madres/padres; hijos; nietos/as), pero con repudios, demandas y agendas convergentes (Ganter y Zarzuri, 2020).

Coda

En materia de derechos humanos, los resultados de los informes emitidos por organismos nacionales e internacionales indican que los afectados por la violencia directa en este movimiento de protestas masivas, extendidas y sostenidas en el tiempo, incluyen a una muy amplia gama de víctimas, y consideran desde pérdidas de vidas humanas, mutilaciones, violencia sexual y malos tratos, hasta alteraciones en la salud mental de la población. Las estadísticas del informe de Human Rights Watch para Chile 2019, muestran que desde el 18-O hasta el 22 de noviembre 2019, existían 11.564 casos de personas heridas en manifestaciones, de preferencia los más afectados pertenecen al segmento joven y adolescente. En diciembre del año 2019 el INDH presentó querellas por 617 casos de torturas y tratos crueles. En ese mismo sentido, el reporte de la Sociedad Chilena de Oftalmología (21 de noviembre de 2019) señala la existencia de 220 personas afectadas por traumas oculares, donde el 77% tiene su origen en impacto por perdigones disparados por Carabineros, concluyendo que se trata mayoritariamente de jóvenes entre los 14 y los 28 años, de los cuales el 87% son varones y el 13% mujeres. Según el INDH, esa cifra subió durante el mes de diciembre a 334 personas con traumas oculares y 23 con pérdida ocular. Eso indica prácticas punitivas selectivas, que no son aisladas ni recientes, y en el caso del 18-O asociadas a graves, masivas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos por parte de agentes del Estado cuyas responsabilidades políticas en esta materia, hasta ahora, han quedado pendientes.

El balance final, a un año del denominado estallido social, según el informe de Amnistía Internacional (2020), señalaba que al menos 347 personas resultaron con lesión ocular, en su mayoría

por impacto de balines. La fiscalía nacional, por su parte, contabilizó 5.558 víctimas de violencia institucional, de las cuales 1.938 eran personas lesionadas por armas de fuego y 674 por lesiones graves. Entre las víctimas, 834 eran niños, niñas o adolescentes. También se constataron 246 víctimas de violencia sexual, 6 por penetración sexual con un objeto y 2 por violación sexual, una de ellas por violación múltiple, y existían 134 investigaciones por tortura y 4.158 por apremios ilegítimos. Por su parte, los mandos operativos y los mandos estratégicos de Carabineros de Chile habrían tenido conocimiento de la forma en la que sus subordinados estaban operando, y el tipo de lesiones que estaban provocando. Los mandos estratégicos habrían tenido numerosa información interna que permitía conocer los detalles de las operaciones, así como identificar alertas sobre irregularidades cometidas por sus subordinados. Según el informe de Amnistía Internacional (2020), lejos de sancionar los comportamientos violatorios, estos fueron no solo permitidos, sino que habrían sido respaldados por el alto mando de Carabineros.

Desde el inicio del brote pandémico, en marzo del año 2020, la ola de manifestaciones se ralentizó, pero no desapareció totalmente, a pesar de las estrictas medidas de confinamiento que se adoptaron en distintas regiones del país y de los diecisiete meses (de marzo 2020 a septiembre 2021) de Estado de Excepción constitucional y el consiguiente toque de queda. En varios sectores las manifestaciones siguieron, no solo en Chile, sino también en distintos lugares del mundo, situando las protestas a una escala más local y promoviendo acciones de solidaridad y ayuda mutua (Pleyers, 2020). Apenas se abrían ventanas que permitían cierto movimiento en la ciudad, o cuando ciertos hechos provocaban inquietud social, aparecían actos de manifestación del descontento.

Del mismo modo, las fuerzas represivas siguieron actuando, de forma selectiva, con su brutalidad habitual, amparadas en cierta *atmosfera* de impunidad, tal como lo pudimos observar durante las manifestaciones del día 2 de octubre de 2020 (cuando un funcionario de Carabineros empujó desde el puente Pío Nono, a pasos de

Plaza Dignidad en Santiago, a un joven manifestante de 16 años, que terminó cayendo boca abajo al lecho del río Mapocho desde varios metros de altura, quedando herido de gravedad, y sin que el piquete de Carabineros bajara a prestarle primeros auxilios frente a una situación donde estaba en juego la vida del joven) o recientemente, en las manifestaciones en torno al 12 de octubre, donde no solo hubo una fuerte represión a los manifestantes, sino que fue muerta –en circunstancias aún no aclaradas– la Observadora de derechos humanos Denisse Cortés (quien parlamentaba con Carabineros respecto de los detenidos en la manifestación, y recibió *una explosión* que hirió su cuerpo).

Todos estos episodios subrayan que, ante la masividad de las protestas, el *tratamiento* para gestionar el orden público que impuso y privilegió el Gobierno chileno fue peor que el descontento de base y, existe consenso entre analistas, que estas medidas punitivas desreguladas, pasaron de ser un efecto del estallido social a configurarse en un elemento estructurante de la furia y el rechazo ciudadano hacia la brutalidad policial y el Gobierno. Hasta ahora hay escasa claridad en torno a una urgente reforma estructural de Carabineros, como de los nuevos protocolos de actuación de las policías en diversas zonas del país, y en escenarios de protestas ciudadanas post revuelta de octubre. Elementos centrales que inciden poderosamente en las imprescindibles y urgentes acciones institucionales, multidimensionales, encaminadas a desactivar las violencias históricas, estructurales y recientes en Chile.

Es importante hacer notar que, a dos años de la Revuelta, no solo persiste la impunidad respecto de las agresiones ya mencionadas, sino que también se ha agregado una cantidad significativa de nuevas violaciones a los derechos humanos, esta vez producidas por prolongadas detenciones de los manifestantes (¡aún quedan detenidos en cárceles chilenas!) quienes no han recibido un justo proceso. Evidencia de esto lo constituye también el hecho de que los casos que han llegado a ser conocidos por tribunales, finalmente, han sido mayoritariamente desestimados, debido a la falta de pruebas. La

demanda social por una liberación de los presos en el contexto de la pandemia y, más tarde, debido a la injusticia de las condiciones de su arresto, no ha tenido eco en el Gobierno.

Finalmente, es importante hacer notar que el legado más tangible a nivel institucional de la movilización, hasta ahora, ha sido la implementación de la Convención Constitucional, paritaria, con escaños reservados y una (sorpresiva) amplia representación de independientes, que escribe la nueva Constitución chilena. Pese a todos los intentos por restringirla, la Convención ha persistido en modelar una forma de trabajo que no solo responda a las demandas de la amplia mayoría de la población, sino que también abra espacios de participación más activa de la ciudadanía en la generación del documento, a través de mecanismos como, por ejemplo, las audiencias públicas. A pesar de las dificultades y numerosos escollos puestos a su funcionamiento por parte del gobierno, los partidos oficialistas, y otros grupos interesados en su fracaso, la Convención Constitucional continúa trabajando, mostrando que un ethos diferente pugna por instalar una nueva cultura política en Chile. Tal vez la mejor muestra de ello sea, que en uno de sus primeros actos después de inaugurada, la Convención hizo una declaración en favor de los presos de la revuelta; organizó una Comisión de Verdad Histórica y Derechos Humanos que en un breve plazo escuchó 300 audiencias y, simbólicamente, después de un par de meses de trabajo organizativo decidió comenzar a discutir el nuevo texto constitucional, como tal, el 18 de octubre de 2021, fecha conmemorativa, a dos años del inicio de la Revuelta.

18 de octubre de 2021.

Bibliografía

Amnistía Internacional (2020). Informe. Ojos sobre Chile: violencia policial y responsabilidad de mando durante el estallido social. www.amnesty.org

Araujo, Kathya (2019). *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago de Chile: Colección IDEA/Ediciones USACH.

Badiou, Alain (1998). Conferencia sobre el ser y el acontecimiento y el Manifiesto por la filosofía. *Acontecimiento*, 8(15).

Beck, Ulrich (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.

Bringel, Breno y Pleyers, Geoffrey (2017). *Protestas e indignación global. Movimientos sociales en el nuevo orden mundial*. Buenos Aires: CLACSO.

Cañete, Rosa (2018). *Democracias capturadas: el gobierno de unos pocos*. Oxford: Oxfam International/CLACSO.

Castells, Manuel (2019). *Ruptura: la crisis de la democracia liberal*. Madrid: Alianza.

De Sousa Santos, Boaventura (2003). *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer. http://www.boaventuradesousasantos.pt/media/critica_de_la_razon_indolente.pdf

De Sousa Santos, Boaventura (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Trilce.

Dussel, Enrique (2006). *20 tesis de política*. México: Siglo XXI/CREFAL.

Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (2020). Rapsodia para una Revuelta Social: retazos narrativos y expresiones generacionales del 18-O en el Chile actual. *Revista Universum* (Universidad de Talca), 35(2).

Garcés, Marina (2018). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.

Garretón, Manuel Antonio (2016). *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: Ediciones LOM.

Lang, Miriam (2011). Crisis civilizatoria y desafíos para las izquierdas. En Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, *Más allá del Desarrollo*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo/Abya-Yala.

Leccardi, Carmen y Feixa, Carles (2011). El concepto de generación en las teorías sobre juventud. *Última Década*, (34), 11-32.

Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: Ediciones FLACSO.

Mannheim, Karl (1966). *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: FCE.

Nun, José (1984, mayo). La rebelión del coro. *Punto de vista* (Buenos Aires), (20), 6-11.

Pleyers, Geoffrey (2020). The Pandemic is a battlefield. Social movements in the COVID-19 lockdown. *Journal of Civil Society* [DOI: 10.1080/17448689.2020.1794398].

Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Svampa, Maristella (2010). *Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Svampa, Maristella (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa.

Svampa, Maristella (2021). Interseccionalidad y sujetos del 18-O chileno. En Breno Bringel, Alexandra Martines y Ferdinand Muggenthaler (comp.), *Desbordes. Estallidos, sujetos y porvenires en América Latina*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo. <https://www.rosalux.org.ec/pdfs/desbordes-estallidos-sujetos-y-porvenires-en-america-latina.pdf>

Villasante, Tomás (2000). *La investigación social participativa. Construyendo ciudadanía/1*. Madrid: El Viejo Topo.

Zarzuri, Raúl et al. (2021). Revuelta y juventudes políticas de lo pre y posfigurativo del 18-O en Chile. En Breno Bringel, Alexandra Martines y Ferdinand Muggenthaler (comp.), *Desbordes. Estallidos, sujetos y porvenires en América Latina*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo. <https://www.rosalux.org.ec/pdfs/desbordes-estallidos-sujetos-y-porvenires-en-america-latina.pdf>

Cuerpo I

Arqueologías de la revuelta



Fotografía:

Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

De fracturas a recomposiciones

Interpretaciones del 18-O

Raúl Zarzuri Cortés

No era depresión, era capitalismo.¹

Hace algunos años atrás con motivo de la quema de la figura de un cristo crucificado en pleno centro de Santiago, escribí una columna titulada “El Cristo roto” (2016) donde a partir de esa acción realizaba una reflexión sobre la violencia acaecida en esos días de protesta, pero también de un tema sociológico relevante: *la cohesión social* o, mejor dicho, la falta de ella.

Señalaba en esa columna que el Cristo Roto era la metáfora perfecta que mostraba un país que estaba fracturado, casi roto. Un país que había entrado en un proceso lento de descomposición, y en el cual, muchos miembros de ese cuerpo se estaban desprendiendo, separando, y la tendencia era intentar coserlos al cuerpo a como dé lugar, construyendo un cuerpo a lo Frankenstein. El punto central de todo esto, era que el actual cuerpo (nuestra sociedad) no aguantaba

¹ Título del cortometraje dirigido por la actriz y cineasta Chamila Rodríguez y co-dirigido por el realizador Galut Alarcón. Se presentó en el Festival Internacional de Cine de Valdivia (FIC Valdivia 2020) en la nueva sección Resistencias, como también en el Festival de DD. HH. en Berlín.

más y ya no eran posibles más suturas e injertos. En el fondo, las cirugías cosméticas que se habían realizado durante los últimos decenios habían llegado a su fin. Y esto es precisamente lo que nos muestra el 18-O.

Pasado algunos años, nuevamente tenemos una situación similar pero amplificada miles de veces que nos muestra nuevamente este cuerpo en situación de descomposición. La analogía del *cuerpo en descomposición* refiere a lo que podría llamarse la disolución del vínculo social que permite dar cierta cohesión social a una sociedad.

Habría que señalar que, desde la recuperación de la democracia en nuestro país, se comenzó a vivir –producto del tránsito a la modernidad–, un proceso de individualismo, que, en muchos casos, no nos conecta con unos otros; mejor dicho, los aleja de esos otros. Esto se fue acrecentado con la mantención de las políticas económicas neoliberales que se heredaron de la dictadura militar y que no se modificaron lo suficiente durante los gobiernos de la concertación. Así, se instala entonces un tipo de construcción de ciudadanos y de sociedad que no guarda relación con las viejas formas de construir la ciudadanía y la sociedad. Somos ciudadanos/consumidores en una sociedad que vive en el consumo, o como diría Bauman, una *sociedad de consumidores* que produce una *vida de consumo*, donde *el consumo nos consume* (Moulian, 1996) lo cual necesariamente tiene que realizarse individualmente y bajo las reglas del mercado.

Sin embargo, esta construcción societal comienza a ser interpelada a inicios del nuevo siglo, dejando atrás, la década de los noventa, una década caracterizada por cierta estabilidad, y por un discurso o relato que tenía como eje la superación de la pobreza y la instalación de una promesa de movilidad social que se instala particularmente entre los más jóvenes y que comienza su estancamiento al comenzar el nuevo siglo. Un decenio sin grandes movilizaciones sociales.

Así, al iniciar el siglo XXI, se comienza a observar en Chile un incremento exponencial de las movilizaciones sociales y expresiones de protesta colectiva que comienzan a mostrar un cierto malestar y descontento. Un análisis de la información entre los años 2005 y

2012 recopilada por el Observatorio Social de América Latina (OSAL) perteneciente a CLACSO realizado por Aguilera y Álvarez (2015) mostraba una sociedad que entraba en efervescencia registrándose en esos años, un total de 1.852 eventos de conflicto, siendo sus principales protagonistas: estudiantes, trabajadores, indígenas y activistas urbanos. Habría que señalar que a partir del año 2016 se suma una nueva actoría, las mujeres, particularmente mujeres jóvenes que nutren una nueva ola de movilizaciones feministas en todo el mundo. Esta efervescencia se entroncaba con movilizaciones de protesta a nivel mundial que se intensificaron desde el año 2010.

Ganter y Zarzuri (2020) señalan que el caso chileno no constituye una excepción en el contexto global y latinoamericano, pero señalan, que las cuatro causas de movilización que señala el informe *World Protests 2006-2013* (Ortiz et al., 2013): justicia económica; crisis políticas y del modelo de democracia; resistencia frente a organismos internacionales o tratados de libre comercio; defensa de los derechos humanos y a los bienes comunes, para el caso chileno, se presentan de modo simultáneo y sincrónico durante el año 2019 y se influyen mutuamente. Junto con esto, se observaba un distanciamiento de los ciudadanos con la política tradicional (adhesión a los partidos políticos, militancia y abstención electoral), cuestión que se manifestaba con mucha mayor fuerza en los jóvenes (Zarzuri, 2016, 2020a).

Interpretando el 18-O

La explosión social que se vivió en Chile a partir del 18-O se podría denominar de muchas maneras: un estallido, explosión o revuelta social o bien una *rebelión antineoliberal* como señala el Movimiento Revolucionario 18 de octubre (2020), pero lo que caracteriza esta movilización es ser el primer *gran estallido social/político* desde el inicio del llamado proceso de transición a la democracia (Zarzuri, 2019), que no se veía desde las protestas nacionales durante los años ochenta en plena dictadura militar. Si bien a lo largo del proceso de transición

ha habido grandes movilizaciones, las cuales han sido conducidas principalmente por jóvenes, sean estudiantes secundarios o universitarios, estas no han tenido las características de la ocurrida el 18-O, o sea, una explosión con una rápida onda expansiva que impacta la estructura política, económica, cultural y social, y que moviliza recursos (humanos y materiales) de una magnitud inusitada. Algunas de las características que tiene este estallido son lo espontáneo de su origen, sin una conducción centralizada y el uso de la violencia directa del Estado y de una parte de la ciudadanía como respuesta (violencia reactiva).

Por otra parte, hay que señalar que este tipo de movilizaciones se inserta en lo que autores como Olivier Fillieule y Danielle Tartakowsky (2015) han llamado *un nuevo ciclo contestatario frente a la globalización neoliberal*, que muestra acciones que se insertan más como *performances* que acciones ritualizadas y que muestran la plasticidad de los sujetos y las movilizaciones.

Este ciclo, que también podría llamarse una ola de protesta, muestra que se está en presencia de un momento altamente político. Las movilizaciones producto del estallido han atacado directamente la línea de flotación del sistema y de la sociedad que se había construido, la que se adjetivaba como un *modelo exitoso*, un *paraíso*, un *oasis*, entre otros conceptos. Y esto es muy relevante, porque la revuelta supuso atacar e interpelar el sistema completo y no una parte de él, como se venía realizando hasta la fecha.

Podemos señalar que lo que ha emergido con fuerza el 18-O, pero también en otras movilizaciones, es un tipo de acción colectiva desarrollada “por gente que carece de acceso regular a las instituciones, que actúa en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conduce de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros” (Tarrow, 1997, p. 19). Este tipo de acciones, pueden ser entendidas desde la teoría elaborada por Sidney Tarrow (2011) como un espacio donde la *política contenciosa* se revela.

Brevemente, el concepto de política contenciosa alude al “levantamiento de demandas colectivas que interpela intereses de otras

personas e implica al gobierno como demandante, objeto de demandas o terceras partes” (Tilly y Tarrow, 2007, p. 23). Los autores distinguen dos tipos. La primera es la contienda que refiere a demandas institucionalizadas; la segunda, que es la que se ha observado en el 18-O y en otras oportunidades, es la transgresiva, donde los actores y las formas de levantar demandas no estaban institucionalizados. Tarrow señala que ese tipo de política se manifiesta: “cuando la gente común, a menudo en alianza con ciudadanos más influyentes y con cambios en el estado de ánimo público, une fuerzas confrontándose a las élites, autoridades y opositores” (Tarrow, 2011, p. 6). Así, cuando cambian las oportunidades políticas, señala Tarrow, la política contenciosa se desencadena.

Otros autores señalan que la política contenciosa se manifiesta cuando se asisten a *olas de protesta*, que crean lo que se denomina un ciclo de contención (Koopmans, 1993, cit. en Inclán, 2017). Así una serie de olas daría lugar a un ciclo según Inclán, quien siguiendo a Koopmans (1993) señala que:

Un incremento significativo en la actividad de protesta señala el comienzo de un ciclo de contención. Por lo tanto, un ciclo de protestas comienza con una ola de eventos de protesta. Este repentino surgimiento de actividad de protesta puede durar varios meses, pero Koopmans señala que usualmente es seguido por una resaca (Inclán, 2017, p. 194).

Las olas o ciclos a los cuales se ha enfrentado el país muestran que estamos en presencia de una crisis que se ha instalado en el nivel de la vida cotidiana de los individuos, que expresa un mundo extremadamente vital, porque precisamente es en ella donde se produce y se reproduce la vida material y simbólica de todos nosotros y que nos entrega sentido. Cuando esta se ve afectada, como es lo que ha ocurrido en el país a lo largo de todos estos años, debido a los bajos sueldos, las bajas pensiones, la precariedad en los accesos a la salud entre muchas otras cosas, la vida cotidiana se rebela y adquiere una productividad política que puede ser un potente detonante de acciones

políticas. Eso lo saben quienes estudian los movimientos sociales o acciones políticas de nuevo cuño.

Así, lo que se observó durante el 18-O fue la confluencia de una multiplicidad de indignaciones, algunas más grandes y otras más pequeñas, que estaban circulando desde hace tiempo (30 años). Esto originó un gran movimiento (olas) que retomó un llamado que un activista francés llamado Stéphane Hessel había lanzado cuando la Francia ocupada tuvo que enfrentar a la invasión nazi y había que luchar y no quedar indiferente a esa situación, y que, hoy tiene plena vigencia: *¡Indígnate!* Para Hessel, la indiferencia era la peor de las actitudes. Y precisamente, esto último, luchar contra la indiferencia es uno de los detonadores que permitió, por ejemplo, que vastos sectores de nuestro país que no tenían problemas serios con la producción de la vida cotidiana, se hayan sumado. Esto nos mostró que estábamos frente a una *máquina de lucha*, en la cual convergieron una multiplicidad de deseos y afectos que se unieron, y lo más interesante, sin que se suprimiera lo diverso o lo heterogéneo de los intereses de quienes concurrieron a las manifestaciones.

Habría que señalar, también, que dentro de la indignación podemos encontrar uno de los más poderosos movilizadores de la política actual: la ira, la rabia. Es precisamente este tipo de emociones lo que ha movilizó a cientos de miles de personas en las manifestaciones actuales y que expresan un sentimiento de frustración mayoritario: la falta de reconocimiento por las preocupaciones de los ciudadanos. La novedad es que nos muestra que la política actual se está moviendo por cuestiones afectivas; y constituye una “*nebulosa afectual*” (Maffesoli, 1998) que aglutina y moviliza.

Esbozando algunas interpretaciones/consecuencias que originan la revuelta

Es en este marco donde se puede situar la revuelta del 18-O, la cual supuso una tremenda bofetada al modelo económico que se instaló

en el denominado proceso de transición a la democracia, y también a todo el andamiaje que ha sustentado una forma de hacer política que no considera a los ciudadanos como parte de ella, salvo cuando se los convoca a votar cada cuatro años.

Las interpretaciones para la emergencia pueden ser variadas. A continuación, esbozaré algunas cuestiones que considero que están en la base de la revuelta y que no intentan ser exhaustivas. Al contrario, solo son pinceladas a ciertas causas de un fenómeno que es multicausal.

Parto señalando que uno de los problemas más graves que vive la política en nuestro país es *la absoluta desconexión de la política llamada clásica, aquella política que se puede llamar también tradicional, esto es, la vieja política, con la vida cotidiana* de todos nosotros. Habría que señalar, que la vida cotidiana ha comenzado a constituirse en la base de lo que podemos llamar “la nueva política”. En el fondo, hemos llegado o estamos llegando al fracaso de una cierta práctica que ha sido la base de la democracia en nuestro país. Ahora, esto es también es algo que ocurre en otras partes del mundo y que se ha denominado *crisis de representación*.

Hay que recordar, que la democracia que actualmente vivimos es la democracia que heredamos de la dictadura militar, por lo tanto, no fue una nueva democracia en sentido estricto, porque fue “*la democracia de la dictadura militar*”, cuya base era y es la Constitución de 1980, la cual, a pesar de una serie de modificaciones realizadas, mantuvo su impronta no democrática y sobre la cual se sentaron las bases de lo que se llamó el proceso de transición a la democracia.

Esta emerge fruto de un proceso de negociación entre los partidos políticos a quienes se les había cedido los espacios de negociación con la dictadura militar. Este espacio es el llamado Acuerdo Nacional (1985) y que fue firmado por 11 partidos más organizaciones sindicales, estudiantiles y profesionales, los cuales acuden al llamado de Monseñor Fresno, en esa época, la cabeza de la iglesia en nuestro país. El acuerdo fijaba de alguna manera un tránsito hacia el restablecimiento de la democracia en nuestro país. Sin embargo,

esto tuvo grandes consecuencias que en mi opinión están en la base de la revuelta del 18-O.

La primera consecuencia, y creo que es la central, es de tipo político y se puede resumir en *la instalación de un concepto de democracia y de política de tipo reducido, minimalista* podríamos llamarla. Respecto de lo primero, se debe señalar que lo que se denominó tránsito hacia una nueva democracia, quedó solo en eso. Es un tránsito que todavía estamos haciendo y que precisamente el 18-O nos lo recuerda.

Habría que señalar que la denominada *democracia* que se instaló fue una democracia protegida, no plena; una democracia coja, porque no tenía como eje un Estado que protegiera derechos sociales mínimos cuestión que está en el centro de las revueltas del 18-O. Muchos podrán decir que es “la democracia que se pudo conseguir”, que es una democracia porque se realizaron dos procesos de votación masiva que la validaron: el plebiscito del 88 y la elección presidencial del 89. Pero ya pasaron más de 30 años, esto ya es imposible sostener.

En relación con lo segundo, la política, habría que señalar que ella se redujo a entenderla como una simple función de administración de las cosas, de competencias por el poder y el establecimiento de relaciones instrumentales y de una lógica tecnocrática. Se instala una política que fue despojada de todo valor, lo cual supuso la exclusión/expulsión social de la participación y de la ciudadanía. Así, un número mayoritario de sujetos tuvo que vivir el “exilio político”, apartados de la política, a lo más, convocados cada cuatro años a votar. Esto se sumó a otros “exilios”: económicos, sociales, culturales, entre otros que comienzan a profundizarse en la sociedad chilena. La política queda así reducida a una mínima expresión y, quizás lo más preocupante, absolutamente desconectada de la vida cotidiana, olvidando un elemento relevante, eso que se llama afectividad vinculante.

Una segunda cuestión que está en la base de la revuelta dice relación con *la mantención del sistema económico de la dictadura* el cual transitó a lo que se denominó inicialmente a *una economía social de mercado*. Habría que señalar que este modelo, no era más que una economía de libre mercado con algunas correcciones sociales. La

matriz se mantuvo, esperando que la equidad y lo que se denomina seguridad social llegaran por sí sola, o sea, por *chorreo*. Si bien hay que reconocer que hubo logros, como bajar los niveles de pobreza a un dígito, aumentar la cobertura de la educación terciaria entre otras cosas, el modelo no rinde lo suficiente para mejorar la situación económica de millones de chilenos/as. Así, si en los noventa se instala un relato llamado el *relato de la superación de la pobreza*, a comienzos del nuevo siglo se modifica y se reemplaza con el llamado “*relato de la superación de la desigualdad*” (Barozet, 2020) y que tiene como base la equidad y la movilidad social.

Sin embargo, este nuevo relato comienza a tambalear. A mediados del primer decenio del siglo XXI se observa que el modelo de la equidad centrado en la movilidad social comienza una fase de estancamiento. Barozet describe esta situación como un atasco que podría explicar la revuelta del 18-O: “se observa un atasco en la movilidad social intergeneracional. Descrita como desigualdad, pero fluida al inicio del 2000 (Wormald y Torche, 2004) destacando que existe mucho movimiento entre la parte baja y media baja de la estructura social, la movilidad social se estanca a finales de la década” (2020, p. 91). Habría que señalar que esto también venía siendo observado por otros investigadores desde inicios del año 2000. Así, por ejemplo, Núñez y Risco en estudios realizados sobre movilidad intergeneracional llegan a la conclusión que se está en presencia de una baja movilidad, al igual que la distribución de oportunidades:

Primero, Chile exhibe un nivel particularmente bajo de movilidad intergeneracional en comparación con la evidencia internacional. De este modo, Chile no solo exhibiría una desigual distribución de ingresos, hecho ya bien documentado, sino que también exhibiría una particularmente desigual distribución de oportunidades en el país, y un elevado grado de transmisión de la condición socioeconómica de los padres a sus hijos (Núñez y Risco, 2004, p. 1).

De hecho, Núñez llega a señalar que en nuestro país no existe la meritocracia, sino el clasismo, al analizar la discriminación y la meritocracia

en el mercado laboral: “por otra parte, desde una perspectiva normativa la discriminación por origen socioeconómico impide la igualdad de oportunidades y la meritocracia, restringe la movilidad social y perpetúa la desigualdad económica” (2004, pp. 4-5).

Esta situación tendrá un fuerte impacto en las nuevas generaciones de jóvenes y los constituirá como una nueva generación que los llevará a emprender dos décadas de movilizaciones que sacudirán al país, convirtiéndose en el primer movimiento social desde la instalación del proceso de transición a la democracia.

Una tercera consecuencia es que lo que podemos denominar *la pérdida de la comunidad*. La comunidad que se genera para enfrentar la dictadura tenía como característica central, ser una comunidad integradora, de iguales, contenedora de manifestaciones contrarias a sus fines, con un fuerte ejercicio del control social, todo en aras del logro de un objetivo macro, como era la recuperación de la democracia. Esta nueva comunidad se enfrentaba a la comunidad que José Bengoa describe tan acertadamente. Una comunidad de desiguales en referencia al peso de la hacienda en la cultura social chilena. “Los lazos que allí se constituyeron son la base hasta hoy de la capacidad de vivir juntos y a la vez son la base de las diferencias; es por ello que, si bien se trata de una comunidad, por otra parte, está marcada por la desigualdad” (Bengoa 2015, p. 13).

Precisamente, lo que se observa en los años ochenta, y antes, son los intentos de construir un estar juntos que permita la cohesión, la integración y la construcción de identidades comunitarias, sobre las cuales se levanta una gran estructura basada en los lazos afectivos, con relaciones cara a cara, establecimientos de redes marcadas fuertemente por solidaridades. Sin embargo, esta situación se modifica una vez que la democracia retorna a nuestro país. Al parecer todos esos rasgos individualistas que se habían visto marginados en torno a este gran proyecto comunitario emergen con fuerza, generando grandes cambios en las formas que las personas empiezan a relacionarse con el mundo. Así, se asiste al deterioro de las relaciones comunitarias, con la emergencia de un fuerte individualismo.

Una cuarta consecuencia es *la desmovilización social y la falta de protagonismo de las organizaciones y movimientos sociales*. Hay que señalar que cuando se negocia la construcción de la llamada *nueva democracia* o *democracia de la transición*, su caracterización es la de una democracia frágil, la cual había que cuidar de cualquier viento u oleaje fuerte. Eso supuso que la participación sociopolítica que se venía dando desde las primeras protestas de los años ochenta, y los movimientos sociales, debían abandonar la participación y la movilización para proteger la fragilidad de esta nueva democracia. Así, los movimientos sociales y las organizaciones de base (el tejido social) que se habían construido para enfrentar la dictadura, tuvieron que desaparecer o invisibilizarse en el llamado proceso de transición.

Hay que recordar que gracias a estos movimientos fue posible que los actores políticos tradicionales (los partidos políticos) pudieran ocupar un lugar y reclamar para sí la conducción del proceso de transición. Entonces, no hubo más movilizaciones ni movimientos, porque no calzaban con el nuevo orden democrático o, mejor dicho, porque ponían en riesgo la frágil democracia y su estabilidad.

Un quinto elemento tributario del anterior es *la falta de organizaciones y redes sociales*. Al inicio de la transición –o, mejor dicho, antes–, el diagnóstico que se elaboró para proteger y garantizar exitosamente este proceso de recuperación democrático, catalogado como frágil, supuso el desmantelamiento de la organización social, que con tanto éxito había enfrentado la dictadura militar y había posibilitado su caída. De esta forma, el desmantelamiento, supuso minar la capacidad de contención y de control social que tenían estas organizaciones. La revuelta del 18-O vuelve a desnudar esto. No hay organizaciones que pudieran de alguna forma contener o canalizar el tipo de energía que se manifestó en ese momento.

El ninguneo. O como la falta de respeto se constituyó en ira

Hasta que la dignidad se haga costumbre.

(Cita voceada por los manifestantes).

Mención aparte, y de suyo relevante como una, quizás central, causa de la revuelta es lo que se puede denominar como la falta de respeto de las autoridades hacia la ciudadanía.

Habría que señalar que uno de los problemas más serios que ha tenido el Gobierno del presidente Sebastián Piñera son –por decir lo menos– las desafortunadas frases que sus ministros u otras autoridades utilizaron para dar cuenta de una serie de situaciones que afectaban la vida cotidiana de todos/as nosotros/as. Si bien esto parte el año 2018, en octubre del año 2019 los dichos del ministro del Trabajo llamando a levantarse más temprano para evitar los tacos, o del ministro de Economía a hacer lo mismo para evitar el alza del pasaje se constituyeron en un detonante que junto con las movilizaciones que venían realizando los estudiantes secundarios cristalizan en acciones para evadir el pago del metro, instalándose un fuerte llamado a evadir el pago a través de la consigna: ¡Evade!

La gota que rebalsa el vaso, para el caso de los jóvenes, son las declaraciones de la ministra de Transportes, Gloria Hutt, quien manifiesta en plena jornada masiva de evasiones que “me cuesta entender que cuando hay evidencia de un esfuerzo tan grande por mejorar el transporte público, se atente contra él, más aun en el caso de los escolares que no tienen un argumento, no aumentó la tarifa para ellos”. Lo que señala la ministra es que los/las jóvenes no deben entrometerse en los problemas que tenemos como sociedad, cuestión solo permitida a los adultos, como si ellos en su posición de hijos/as (no adultos) no tuvieran derecho a inmiscuirse en los problemas de sus familias, cuestión insólita, ya que a ellos/as les tocaba vivir en

carne propia las situaciones de privación económica que sufrían sus familias, siendo ellos/as parte de ellas.

Lo que no comprendieron las autoridades es que estos jóvenes no son una unidad aislada, no actúan como sujetos individuales, sino que se encuentran conectados a redes afectivas entre pares que posibilitan realizar acciones del tipo antes señalado, pero también, y es una obviedad, a vínculos familiares (familias), donde sus padres, sus madres, viven aquejados de situaciones de precariedad. Así, al habitar en muchos casos una vida cotidiana precaria, los efectos del alza de pasaje no solo afectaban la vida material económica sino también lo simbólico, que se tradujo en una reacción a la forma en que las autoridades respondieron a las críticas al alza: ninguneo, desdén, bromas, entre otras cosas, que llevó a los jóvenes secundarios a reaccionar ligando una acción específica con el malestar acumulado por treinta años. Así, se construyó el lema: *no son 30 pesos sino 30 años*. Entonces, no era cierto que los jóvenes no estuviesen afectados, pero al contrario del mundo adulto que no podía salir directamente a protestar, porque tenían que cuidar sus trabajos, por ejemplo, fueron los jóvenes, como en otras oportunidades, los que tomaron el relevo y el llamado a salir a la calle. Llamado al cual se sumaron otros jóvenes y adultos, porque estas movilizaciones son transversales generacionalmente y también a nivel de estrato económico.

Estos ejemplos se pueden condensar en una palabra o, mejor, dos. La primera usada en sentido coloquial: *el ninguneo*, que alude al menosprecio, indiferencia o desconsideración hacia otras personas y que trae aparejado, hacer invisible a las personas, cuestión que ha sido la tónica de todo el llamado proceso de transición por parte de la política tradicional. El segundo concepto es algo que ha trabajado muy bien el sociólogo Richard Sennet (2003) y refiere a lo que él denomina *la falta de respeto*, cuestión que socava la dignidad de las personas y hace que ellas se sientan faltos de reconocimiento. Así, las personas son construidas como un otro/a al que no se lo reconoce como un ser humano integral, dice el autor. Esto es uno de los

grandes problemas en las sociedades modernas, porque el respeto se ha transformado en un bien escaso.

La falta de respeto, aunque menos agresiva que un insulto directo, puede adoptar una forma igualmente hiriente. Con la falta de respeto no se insulta a otra persona, pero tampoco se le concede reconocimiento; simplemente no se le ve como un ser humano integral cuya presencia importa.

Cuando la sociedad trata de esa manera a las masas y solo destaca a un pequeño número de individuos como objeto de reconocimiento, la consecuencia es la escasez de respeto, como si no hubiera suficiente cantidad de esa preciosa sustancia para todos. Al igual que muchas hambrunas, esta escasez es obra humana; a diferencia del alimento, el respeto no cuesta nada. Entonces, ¿por qué habría de escasear? (Sennet, 2003, p. 18).

La reacción a esto es intentar visibilizarse a como dé lugar. Uno de los mecanismos movilizadores para esto es acudir a una de las emociones que más moviliza: la rabia/ira. Y esto es precisamente a lo que se asistió durante la revuelta que comenzó el 18-O. Una ola de ira y rabia que se transformó en un potente movilizador político. Al son de la indignación que recoge expresiones que a nivel internacional habíamos visto en la llamada Primavera árabe, el movimiento indignados y también Occupy Wall Street, y para el mismo mes de octubre, movilizaciones en América latina (Colombia, Ecuador, Bolivia) y en otras partes del mundo, se puso en movimiento una ola de indignación que cual tsunami, atravesó toda la epidermis de la sociedad, para reclamar por los bajos sueldos, por las bajas pensiones, por la precariedad en los accesos a la salud, por la continua alza en algunos servicios básicos. La gente comenzó a expresar su descontento porque precisamente no había bolsillo ni vida que resistiera. Así, una consigna brotó: ¡Indígnate!

El detonante: otra vez los jóvenes

Solo faltaba una chispa (cualquier chispa) que, crispando la piel de los adolescentes de Chile, que vienen mostrando más sensibilidad histórica e irritabilidad política que cualquier otro sector de la sociedad, hiciera estallar todo. Esa chispa llegó con el aumento del metro y la represión que sucedió al movimiento por la “evasión masiva”.

(Gabriel Salazar).

Toda revuelta tiene algún(os) detonante(s). Más arriba hemos hablado de detonantes que están en el ámbito de la política, la cohesión social, el tejido social u otros. Sin embargo, detonantes puede ser también actores que se movilizan generando olas de movilizaciones, que pueden converger en un tsunami, o sea, movilizaciones que desestabilizan de alguna forma los entramados sociales contruidos, que fue lo que precisamente sucedió el 18-O. Uno de esos actores, y en mi opinión el más relevante, han sido los jóvenes, particularmente los jóvenes estudiantes secundarios.

Se puede señalar que, a principios del nuevo siglo, reaparecen los movimientos sociales de la mano de los estudiantes secundarios y también de los universitarios. Un hito relevante que permite la emergencia de este actor es la formación de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) que inaugura una nueva forma de hacer política, rompiendo con las lógicas tradicionales. Aparece el asambleísmo ligado a la ausencia de protagonismos individuales con preeminencia del colectivo y de la horizontalidad en la conducción. Esto provocó, un desmarque de estructuras institucionales como fue el parlamento juvenil, por ejemplo. Junto con esto, se privilegiaba la acción directa.

Así, la ACES es el puntal de las nuevas movilizaciones que parten con el nuevo siglo dando relevancia a la participación de los jóvenes en el quehacer político, social y cultural del país. Habría que

señalar, que las juventudes actuales y particularmente los jóvenes secundarios se han convertido en una actoría relevante. Desde la llegada del nuevo siglo, han sido precisamente los jóvenes quienes se han comenzado a movilizar en Chile y a mostrar preocupación por las desigualdades existentes. Primero con las movilizaciones por una educación de calidad, sin lucro, sin endeudamiento y con acceso gratuito, criticando el modelo económico. Y hace más o menos cuatro años, al visibilizar la violencia, el acoso y el abuso sexual que sufren las mujeres, desatando lo que se denominó una *nueva ola feminista*, para cerrar con las movilizaciones actuales del 18-O y las críticas hacia la prueba de Selección Universitaria (PSU).

Lo que se observa es la construcción de una nueva generación de jóvenes, cuestión que no habíamos visto desde los años ochenta. Así, la clave generacional es central y se hace necesaria cuando queremos hablar del malestar juvenil que ha llevado a cientos y miles de jóvenes a movilizarse a lo largo del nuevo siglo, poniendo en jaque a la política tradicional. Las actuales generaciones de jóvenes, insertas en el marco de las transformaciones que está viviendo la sociedad chilena, son quienes han ido sacudiendo las barreras culturales, políticas y valóricas, introduciendo críticas al sistema que han permitido generar nuevos nudos de conflicto social.

Esto ha llevado también a la constitución de prácticas políticas nuevas centradas, por ejemplo, en los llamados *nuevos feminismos*; la vida cotidiana; territoriales y ambientales; veganismos –entre otras–, sumado a los nuevos repertorios de acción colectivas (redes sociales y movilizaciones callejeras de diverso cuño) y a intentar reconfigurar las formas tradicionales de participación política. Esto supone también poner en juego no solo las miradas de los/as jóvenes sino también las miradas adultas para ver cómo convergen o se diferencian, viendo las posibilidades de diálogos intergeneracionales.

A modo de hipótesis, se puede esbozar que las movilizaciones que comenzaron el año 2001 (*mochilazo*) y se intensificaron el 2005/2006 (revolución pingüina) y el 2011, y que alcanzaron su punto culmine con la emergencia de la llamada marea feminista del año 2018 a la

cual se suma el 18-O, configuran un momento original generacional inédito, o sea, hay una(s) generación(es) de jóvenes que han construido y han vivido su juventud en un momento (que no es un solo momento) histórico de grandes movilizaciones estudiantiles. Momento que ha aportado a la reconfiguración de la política tradicional y ha dotado a los jóvenes de un discurso y épica generacional que les permite constituirse en una generación nueva.

Ellos/as son parte de una generación de jóvenes que ha movilizó sentidos, recursos, imaginarios que han congregado a la ciudadanía y han logrado instalar una preocupación país (qué país y sociedad queremos construir), más allá de reivindicaciones específicas que tenían que ver con la calidad de la educación, que de por sí era y sigue siendo relevante (Zarzuri, 2020a, 2000b).

Cuando hablamos de generación nos referimos primero, siguiendo a Dilthey (1875, cit. en Longa, 2016), a un grupo que creció y se conformó homogéneamente “por la dependencia de los mismos grandes hechos y variaciones que aparecieron en su época de receptividad, a pesar de la diversidad de otros factores agregados” (p. 37). En segundo lugar, hay que señalar que esta homogeneidad generacional está atravesada por movimientos de ruptura –con otras generaciones– que suceden a partir de un problema (Lewkowicz, 2004). Lo que se quiere decir es que, una generación se constituye porque tiene la capacidad de identificar un problema, más que por la edad. Como señala Lewkowicz: “Si nos constituimos subjetivamente como agentes de lo problemático del problema, advenimos como generación. Si este problema es nuestro patrimonio, ahora sí, generacional, entonces la hegemonía de la generación previa cae sin que medie asesinato, ni plan, ni sustitución: se abre otro mundo, habitamos una situación inédita, fundamos un espacio de subjetivación. El ser problemático es la condición de la generación”.

Para la generación de los años ochenta, el problema era la dictadura militar y la represión que se implementa como política de estado. Para esta generación el problema es la desigualdad y la falta de movilidad social. En ese sentido, el diagnóstico de estas generaciones

se traduce en una sensación de que los han estafado. Les dijeron que si estudiaban (se insertaban en la educación terciaria) podían tener movilidad, o sea, acceder a otras posiciones en la estructura social y escapar a las posiciones de sus padres. Sin embargo, esto no es así.

Ya se ha dicho más arriba que a mediados del primer decenio del siglo XXI comienza un proceso de estancamiento y la movilidad disminuye en nuestro país (Barozet, 2020; Núñez, 2004). Junto con esto, se instala en el imaginario –y no solo juvenil– una idea de futuro que es de una horrorosa precariedad. No es solo sentir que no hay futuro, que este se escapa, sino que el único futuro es de una precariedad que se adjetiva como horroroso, cuestión que precisamente es una de las causas del estallido. Es el horror ver que, a pesar de haber estudiado y para hacerlo han tenido que endeudarse (Crédito con Aval del Estado, por ejemplo), van a recibir remuneraciones que no les van a permitir salir de la condición de juventud: casarse o emparejarse, tener hijos, acceder a una vivienda entre otras cosas. En muchos casos serán clasificados y denostados como Ni-Ni.

A pesar de esto, este nuevo momento generacional ha permitido la construcción de una generación más empoderada, que contiene una vitalidad que les permite pararse de igual a igual ante el mundo adulto. Son jóvenes qué, por ejemplo, han roto en sentido simbólico, con los estereotipos de género y han hecho propio los feminismos que circulan, militando con fuerza en ellos. Por lo tanto, son más radicales al momento de enfrentar las desigualdades de género y enfrentar las violencias cotidianas que viven.

Como paradoja, y como se ha señalado, las movilizaciones sociales en el nuevo siglo han sido organizadas por jóvenes que eran estudiantes (principalmente secundarios y después universitarios), precisamente un actor minusvalorado por la sociedad chilena; un actor secundario que no tenía posibilidad de acceder a roles centrales en el escenario societal y político chileno. Sin embargo, paradójicamente, ellos han incidido de forma relevante. Varias de las transformaciones a nivel cultural, educacional y político que se han

llevado adelante en los últimos años, no habrían sido posibles sin esas movilizaciones.

El 18-O y el rescate de la política

No estamos frente a la quiebra de la política. Al contrario, ¡se trata de la persistencia de la política!

(Giuseppe Coco).

Hay que señalar que el actual contexto se caracteriza con la preeminencia de lo que se denomina la *democracia liberal*, la cual solo se remite a procedimientos y relaciones funcionales e instrumentales y donde la participación debe ser mínima. Mouffe (1999), criticando a Rawls, señala que en las democracias liberales los ciudadanos solo deben compartir creencias sobre procedimientos procedimentales y reglas sobre el vivir juntos entre otros. En esa misma línea Amna y Ekman (2014) señalan que los modelos tradicionales de participación basados, por ejemplo, en Weber y también Schumpeter, denominados en sociología y ciencia política, *modelo de participación pasiva* o *modelo minimalista de participación* postulan que la participación democrática no debe ser masiva. Es más, en este tipo de modelo, los ciudadanos deben estar al margen de la política y deben ser convocados solo cuando hay elecciones.

Sin embargo, lo que se observa actualmente es que se quiere ir más allá del establecimiento de relaciones funcionales cuando se participa en política. Esto lleva a una reconfiguración de las modalidades de participación política que son más propias del siglo XXI evitando las formas tradicionales: “[Los ciudadanos posmodernos] evitan las formas tradicionales de participación política, pero también desarrollan nuevas formas de comportamiento político y se mantienen interesados en los asuntos sociales (cf. Inglehart, 1997,

1999; Norris, 2002; Dalton, 2004)” (Amna y Ekman, 2014, p. 265). Así, emergen novedosas formas de participación política: militancias transitorias; participación en redes sociales; vigilancia del acontecer político a través de lectura de medios de comunicación entre otros) que dan cuenta de un ciudadano activo, donde la participación se realiza de manera fuertemente individualizada. Un autor como Schudson postula que, en la actualidad, las personas no son necesariamente pasivas políticamente porque no participan dentro de los cánones de la política tradicional (Hooghe y Dejaeghere, 2007; Amna y Ekman, 2014). Es lo que se observa en el uso de redes, donde es posible encontrar altos niveles de participación que configuran distintos niveles de activismo digital (Millaneo y Velasco, 2013; Ramírez, 2019).

Se asiste a un cambio de paradigma en la participación política actual, que se manifiesta fuertemente en la revuelta del 18-O. Así, se puede señalar, que el compromiso con la política ya no estaría anclado a las formas tradicionales de participación, o sea, adhesión a los partidos políticos, militancia y participación electoral (Araujo y Martucelli, 2012; Zarzuri, 2014; PNUD, 2017). Como señala el PNUD en el análisis de los Informes de Desarrollo Humano (IDH) a pesar de este distanciamiento o de desafección política se observa también un proceso de *ciudadanización de la política*. Así, “la gente se distancia de los mecanismos formales de participación, pero confía en su capacidad de cambiar las cosas y presenta un alto potencial de asociatividad” (PNUD, 2017, p. 29). Ese proceso de ciudadanización política estaría potenciando una serie de novedosas formas de participación política donde se asiste a una diversidad de formas de actuar políticamente a partir de una variedad de adscripciones

Las movilizaciones de la revuelta han hecho emerger una política que había estado confinada en los subterráneos y que ahora ha emergido cual tornado y cuya característica principal es y ha sido la falta de conducción política (de la tradicional), lo que está demostrando el estado actual de la política en Chile. Otra manifestación, es la ocupación permanente del espacio público como una reivindicación de la autonomía y la recuperación de espacios o las acciones

carnavalescas de reminiscencias tribales. En esta línea, se ubica también el proceso de desmonumentalización y la utilización de una bandera chilena de color negro con la estrella blanca, que nos muestra que lo que se entiende tradicionalmente por nación o patria, hoy ha perdido su sentido, o sea, la patria que muestra la bandera colorida (rojo, azul y blanco) no representa ya esos conceptos. Al contrario, la proliferación de banderas mapuches da mejor cuenta del sentido de pertenencia que ronda actualmente en todos/as nosotros/as.

Así, las movilizaciones nos muestran la crisis de nuestra actual democracia; de una que no puede sustentarse solo con ir a votar cada cuatro años (que la llamaré democracia de mínimos) como si eso es la única forma de participar y despreocuparse del bien común. Una democracia real, es la que se preocupa del bienestar de sus ciudadanos, cuestión que hoy no estaría ocurriendo, porque precisamente ella, en opinión de la mayoría de la ciudadanía, se encuentra *secuestrada* por una política y políticos que no están conectados con la vida cotidiana (las preocupaciones de la ciudadanía) y por los empresarios que son dueños de los sistemas de pensiones, de salud, del agua y un gran etcétera, que no permiten la reproducción de la vida cotidiana. Como diría Atilio Boron,

Para la cultura política dominante en las así llamadas democracias latinoamericanas la política es un asunto de elites y de instituciones, no de pueblos movilizados, y la ciudadanía debe moderar sus ansias de participación: ir a votar, pero no masivamente, y evitar inmiscuirse en las transacciones y componendas realizadas por políticos y gobernantes (Boron, 2007, p. 23).

Precisamente, la revuelta nos muestra que hay que repensar la política, la democracia y la ciudadanía. Las revueltas del 18-O muestra que esa otra política ha abandonado los subterráneos y ha salido a la calle, cuestión que para Boron es una amenaza a las democracias liberales: “la deslegitimación de la política y los partidos abrió un espacio para que *la calle* –esa metáfora tan amenazante para las democracias liberales– adquiera un renovado y acrecentado protagonismo en la

mayoría de los países” (Boron, *ibid.*, p. 20), cuestión que lleva a pensar en otros sujetos políticos. Atilio Boron continúa diciendo que “no se puede pensar en *otra democracia* sin también pensar en *otros sujetos, distintos al individuo abstracto del liberalismo cuya productividad política se agotó hace rato*” (p. 18).

Bibliografía

Aguilera, Oscar y Álvarez, Javier (2015). El ciclo de movilización en Chile 2005-2012. Fundamentos y proyecciones de una politización. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (29), 5-32.

Amnå, Erik y Ekman, Joakim (2013). Standby citizens: diverse faces of political passivity. *European Political Science Review*. [<https://doi.org/10.1017/S175577391300009X>].

Araujo, Kathya y Martuccelli, Danilo (2012). *Desafíos comunes. retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo I*. Santiago de Chile: LOM.

Barozet, Emmanuelle (2020). Del pueblo desigual unido a la ruptura del modelo: el rol de la desigualdad en el estallido del 18-O. En Gloria de la Fuente y Danae Mlynarz, *El pueblo en movimiento. Del malestar al estallido*. Santiago de Chile: Catalonia.

Beck, Ulrich (1999). Hijos de la libertad: contra las lamentaciones por el derrumbe de los valores. En Ulrich Beck, *Hijos de la libertad*. México: FCE.

Bengoa, José (2015). *Historia rural de Chile Central, Tomo I. La construcción del Valle Central de Chile*. Santiago de Chile: LOM.

Boron, Atilio (2006, mayo-agosto). Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: notas para una discusión. *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), 7(20), 289-304.

De la Fuente, Gloria y Mlynarz, Danae (2020). *El pueblo en movimiento. Del malestar al estallido*. Santiago de Chile: Catalonia.

Fachin, Patricia (11 de octubre de 2017). Revuelta Brasileña: entrevista a Giuseppe Cocco. *Lobo Suelto*.

Fábrega, Jorge (2013). Activismo digital en contexto. En Salvador Millane y Patricio Velasco, *Activismo digital en Chile. Repertorios de contención e iniciativas ciudadanas*. Santiago de Chile: Fundación Democracia y Desarrollo.

Fillieule, Olivier y Tartakowsky, Danielle (2015). *La manifestación, cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (2020). Rapsodia de un estallido social: retazos narrativos y expresiones generacionales del 18-O en el Chile actual. *Revista Universum* (Talca), Dossier ¡Chile despertó! Crisis neoliberal y esperanza social.

Garretón, Manuel Antonio (coord.) (2016). *La gran ruptura. institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Hessel, Stéphane (2011). *¡Indignaos! ¡Comprometeos!* Barcelona: Ediciones Destino.

Hooges, Marc y Dejaeghere, Yves (2007.) Does the 'Monitorial Citizen' Exist? An Empirical Investigation into the Occurrence of Postmodern Forms of Citizenship in the Nordic Countries. *Scandinavian Political Studies*, 30(2).

Inclan, María de la Luz (2017, primer semestre). *A la sombra de Sidney Tarrow. Conceptos básicos para el estudio de los movimientos de protesta. Política y Gobierno* (México), 24(1).

Lewkowicz, Ignacio (7 de abril de 2004). La generación pérdida. *El Sigma.com*.

Maffesoli, Michel (1988). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria.

Millaneó, Salvador y Velasco, Patricio (2013). *Activismo digital en Chile. Repertorios de contención e iniciativas ciudadanas*. Santiago de Chile: Fundación Democracia y Desarrollo.

Mouffe, Chantal (1999). *El retorno de lo político (comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical)*. Barcelona: Paidós.

Núñez, Javier (2004, mayo-junio). Discriminación y meritocracias en el mercado laboral chileno. *Revista Economía y Administración* (Santiago de Chile: Universidad de Chile).

Núñez, Javier y Risco, Cristina (2004). Movilidad intergeneracional del ingreso en un país en desarrollo: el caso de Chile [Documento de trabajo N° 210]. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

Ortiz, Isabel et al. (2013). *World Protest 2006-2013*. Nueva York: Friedrich Ebert-Stiftung.

Ramírez, Franklin (2019). *Distanciados pero conexos: jóvenes y política en Ecuador*. Quito: Grupo Forum/PUC Ecuador/Esquel.

Salazar, Gabriel (27 de octubre de 2019). *El “reventón social” en Chile: una mirada histórica*. CIPER (Santiago de Chile).

Sennet, Richard (2003). *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.

Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

Tarrow, Sidney (2011). *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.

Tilly, Charles y Tarrow, Sidney (2007). *Contentious politics*. Londres: Paradigm Publishers.

Uribe Fernández, Mary Luz (2014, enero-junio). La vida cotidiana como espacio de construcción social. *Procesos Históricos* (Mérida: Universidad de los Andes), (25).

Urrutia, Miguel; Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (2000). *Movimientos sociales en la postdictadura chilena. Autopercepciones, rupturas y continuidades*. Santiago de Chile: Universidad Católica Blas Cañas. [Inédito].

Zarzuri, Raúl (2014). Análisis sobre participación juvenil y ciudadanía (1994-2012). Proyecto Anillo Juventudes (2013-2016) [Documento de Trabajo]. Santiago de Chile: Centro de Estudios Socioculturales (CESC).

Zarzuri, Raúl (2016). Las transformaciones en la participación política de los jóvenes en el Chile actual. En Manuel Antonio Garretón, *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM.

Zarzuri, Raúl (2019, noviembre). La oportunidad de ir a un nuevo pacto social. Días de furia. *Le Monde Diplomatique*. <https://www.lemondediplomatique.cl/2019/11/dias-de-furia.html>

Zarzuri, Raúl (2020a). De la despolitización a la repolitización: política, juventud y vida diaria (2019). En Manuel Antonio Garretón (ed.), *Política y movimientos sociales en Chile hoy*. [En prensa, título provisional].

Zarzuri, Raúl (2020b). Explorando las concepciones de militancias en mujeres jóvenes feministas de organizaciones políticas emergentes en Chile. En AA. VV., *Acción colectiva, movilización y resistencias en el siglo XXI. Vol. 1 Teoría*. Mendiola: F. Betiko/FES.

Zarzuri, Raúl y Ganter, Rodrigo (2020, enero). Juventudes y 18-O: más allá de la anomia y el binomio exaltación o estigmatizaciones juveniles. <https://www.eldesconcierto.cl/2020/01/15/juventudes-y-18-omas-alla-de-la-anomia-y-el-binomio-exaltacion-o-estigmatizaciones-juveniles/>



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Subjetivación política y revuelta de los que sobran

Digresiones en torno a la dimensión generacional del 18-O en Chile

Rodrigo Ganter Solís

La verdadera participación es la invención de ese sujeto imprevisible que hoy día ocupa la calle, ese movimiento que no nace de otra cosa que la democracia misma. La garantía de la permanencia democrática [...] pasa por la renovación de los actores y de la forma de su actuar, por la posibilidad, siempre abierta de una emergencia de ese sujeto que eclipsa.
(J. Rancière).

Presentación

El presente texto forma parte de la reflexión teórica sustentada en la evidencia acumulada por 20 años de trayectoria e investigación en el campo de Estudios de Juventudes en el Chile reciente. El objetivo básico del capítulo es presentar el trabajo de contextualización de la revuelta social del 18-O, la discusión bibliográfica y las hipótesis

de trabajo provisorias, enmarcada en un proyecto de investigación sobre subjetivación política durante el año 2019 y 2020 en Chile,¹ poniendo en perspectiva lo ocurrido durante el 18-O en Chile, particularmente desde lo que aquí llamamos las implicancias generacionales puestas en juego en este acontecimiento. La metodología responde a lo que se conoce en ciencias sociales como multi-método, lo que incluye una variedad de técnicas para levantar datos que van desde la aplicación de entrevistas, observación participante, revisión de prensa, etc. Los resultados de proceso plantean un fenómeno de repolitización de la política que se viene fraguando de modo paulatino y progresivo en Chile, particularmente visible desde inicios del siglo XXI. Sumado a lo anterior, se postula la emergencia de una subjetivación política de nuevo tipo para el actual escenario social y político chileno.

Contextos, escenarios y subjetivación política

*Nadie nos va a echar de más
Nadie nos quiso ayudar de verdad
Únanse al baile, de los que sobran.*
(Los Prisioneros, 1986).

A partir de la coyuntura definida por el movimiento estudiantil del año 2006 y el año 2011 en Chile, se viene experimentando un incremento exponencial de las movilizaciones sociales y expresiones de

¹ Este capítulo constituye parte de la reflexión y la difusión de resultados provisorios al interior del Proyecto de Investigación Multidisciplinar financiado por Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Concepción (Proyecto Vrid N° 120/20; período 2020-2022); sobre Subjetividad Política en el Chile post 18-O. Y también se enmarca en el Programa de investigación posdoctoral en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales, Fundación CINDE Y CLACSO (2021-2022).

protesta colectiva. A partir de esa evidencia, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (PNUD, 2012a, 2012b) inicia una reflexión en torno a dicho tópico, intentando generar respuestas a preguntas como: ¿qué explica las movilizaciones sociales masivas en un contexto de crecimiento económico? Y ¿de dónde surge el malestar social que experimenta la sociedad chilena? Más paradójica aún, en un escenario donde Chile se ubica en los primeros lugares en América Latina y el Caribe en indicadores de Desarrollo Humano (PNUD, 2012a, 2012b). En ese plano, se advierte la estructura de una insatisfacción o un malestar social determinado por el modelo de sociedad configurado en los últimos treinta años. En la mayoría de ellos aparece como telón de fondo el fenómeno de la desigualdad. Hay que señalar que a fines de los noventa el malestar social en Chile era difuso, contenido y no se expresaba socialmente, mientras que ahora es explícito, activo y se expresa de modo colectivo y transversal, esto se aprecia en el notable incremento de las protestas y movilizaciones sociales (PNUD, 2012a, 2012b, 2015).

Otras expresiones de este malestar social se manifiestan en la evaluación/percepción negativa y crítica de la ciudadanía hacia su sociedad. Los indicadores son múltiples, ya sea en relación con las instituciones sociales, el sistema político, el modelo económico, las interacciones cotidianas, entre otras cosas. Se observa críticamente la desigualdad social, la concentración del poder, la representatividad de las instituciones, la discriminación, el abuso y desconfianza predominantes en las relaciones sociales. En síntesis, los chilenos en su gran mayoría no confían en las instituciones de la sociedad (PNUD, 2012a, 2012b, 2015). Esta corriente y percepción de carácter ubicuo se hace mucho más radical y evidente en las nuevas generaciones.

La irrupción explosiva de ese malestar social, bajo la inédita forma de protesta multiforme o revuelta social extendida durante el denominado estallido social, no es una cuestión que no haya sido advertida. Ya había signos importantes de un malestar ubicuo, no solo frente a las cuestiones asociadas con el extremismo en la aplicación del modelo neoliberal y las cuestiones de abuso, el

sobreendeudamiento de las familias, el agobio interpersonal, la precariedad y el ensimismamiento por parte de las elites económicas y políticas, sino con el ethos que sustenta esas estructuras, esto es, una forma naturalizada de construir el lazo social mediante la cual todo malestar y fragilidad humana es resuelta a través de la gestión de agentes privados y/o expertos, esto es, mediante la racionalidad técnica y mercantil, o bien, apelando a las competencias personales, la resiliencia individual, el empresariado de sí y las gramáticas de la autoayuda. Sin embargo, por más que se haya secuestrado o puesto límites importantes en treinta años al poder ciudadano de incidir de modo activo y participativo en los asuntos públicos, y a pesar del mantra de que la *sociedad no existe*, esta no solo dio pruebas de su existencia en una versión (inter)generacional, sino que mostró su lado más oscuro y disruptivo, acumulado por un ciclo largo de descontentos latentes.

La aspiración por una mayor incidencia ciudadana en el control de los principales recursos para la producción y reproducción de la vida social es una aspiración de escala global y de demanda localizada. Sostenemos que estos *enjambres de malestar ciudadano* no son meramente reactivos a los acontecimientos o a las crisis sistémicas, sino que constituyen sedimentos socio-afectivos y de memoria social crítica que en algún momento –como el magma de un volcán– estallan y se funden las antiguas rabias y aspiraciones populares con la actualización del descontento social, potenciado esto último por la viralización operada por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación del momento actual, y cuyo uso no se agota en el simple y puro consumo, sino que deviene en creación de vínculos de nuevo tipo y redes socio-afectivas que promueven la desestabilización de las estructuras sociales que nos rigen (Ganter y Vergara, 2015, p. 166).

Asimismo, habría que agregar que a partir del año 1988 y luego de modo más evidente a fines de los años noventa, N. Lechner y el PNUD (1998), quienes venían indagando acerca de la dimensión subjetiva

de la política, muestran una profunda inquietud y preocupación por el problema del malestar en la sociedad chilena. Este fenómeno, pasa de ser un magma silencioso y de perfiles fragmentarios, muchas veces subsumido, sublimado y naturalizado por la sociedad chilena, a tener un carácter colectivo, extendido y transversal, cuestión que también lo testeó con fuerza el PNUD en 2012 y 2015, pero esta vez con un carácter más radical y multiforme, asociado con temas de abuso, agobio, desigualdad, precarización, desconfianza, ensimismamiento de las elites, etc. Estas últimas, observan con resquemor estas nuevas dinámicas sociales advirtiendo en ellas la posibilidad de un escenario de demandas sin control. La ciudadanía, por su parte, desconfía de todos los actores institucionales que tienen poder en los distintos ámbitos de la vida social (PNUD, 2015; Moulian, 1997; Garretón, 2016; Ruiz, 2015; Araujo, 2019; Güell, 2019; Mayol, 2019).

Pero ¿cómo se puede entender este tipo de rebeliones, que no solo se han manifestado en nuestro país? Si se analiza el informe sobre Protesta Social en América Latina (2012) realizado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, se observa que en los países más desiguales y con altos índices de desconfianza interpersonal y en las instituciones (como el caso chileno), hay una mayor propensión a que se desaten acontecimientos como los iniciados el 18-O, con episodios que involucran protestas masivas y violencias de diverso origen. El informe *World Protests 2006-2013* (Ortiz et al. 2013), realizado en 84 países, muestra como a partir del año 2010 las protestas se intensifican, identificando cuatro grupos de causas: justicia económica (488 episodios); crisis políticas y del modelo de democracia (376); resistencia frente a organismos internacionales o tratados de libre comercio (311); defensa de los derechos humanos y los bienes comunes (302); (Ortiz, 2013).

El caso chileno no constituye una excepción en el contexto global y latinoamericano. Lo que sí es importante reconocer, a manera de distinción, es que las cuatro causas que señala el *World Protests* se presentan de modo simultáneo y sincrónico durante el año 2019 y se influyen mutuamente. Más allá de esta explosión sincrónica de

octubre, el primer semestre del año 2019, con el llamado Tratado Integral y Progresista de Asociación Transpacífico (TPP-11), se habían experimentado, particularmente en escenarios universitarios, señales de esa energía *volcánica* que se venía acumulando por más de 30 años. Lo propio ocurría con el movimiento de resistencia del pueblo Mapuche y los ciclos de protesta ligados a las movilizaciones estudiantiles que parten con el *mochilazo* el año 2001, la revuelta pingüina del año 2006, el movimiento estudiantil del año 2011; y el mayo feminista chileno del año 2018.²

La revuelta de octubre evidencia que estamos en presencia de una transformación de la acción política, la cual se caracteriza por su forma inicialmente inorgánica, además de transversal desde el punto de vista de su composición social. No responde a la lógica de izquierdas y derechas, sino más bien al eje vertical donde se ubica, por un lado, la élite, y por otro, los de abajo, los que sobran. Tampoco responden a la dinámica de un movimiento social clásico, con la conducción de líderes. No predominan las ideologías, sino las causas de diversa procedencia, lo que se conoce como activismo sincrónico y acción conectiva intergeneracional (Reguillo, 2017; Botero, 2011); donde lo importante no es tanto quién emite el mensaje, sino quiénes lo reciben y qué hacen con ese mensaje. De ahí la proliferación de redes con escasa estructura, las comunidades autoconvocadas, asambleas barriales, los cabildos ciudadanos, etc. sin relación directa con actores políticos convencionales. Al final, no hay un actor que represente demandas, ni peticiones definidas y jerarquizadas con claridad, por lo cual se hace más complejo procesar institucionalmente el clamor *co-ral* de la calle y la *multitud*. Elementos que nos indican algo más profundo que un colapso o derrumbe del modelo, por lo cual estaría más

² Parafraseando a P. Güell (2019), el relativo silencio o negación recurrente de muchos centros de investigación chilenos para anticiparse parcialmente al estallido social, a pesar de su investigación sistemática por casi una década, indica que parte importante de la investigación sobre conflictividad social en Chile está en deuda con el debate público, y por tanto sus esquemas, métodos e incentivos de producción de conocimiento deben ser reconsiderados, dado el relativo fracaso en sus objetivos prioritarios de mediano y largo plazo.

asociado con una crisis de régimen político, esto es, del Estado, del sistema político en su conjunto y de los modos mediante los cuales se ha construido, legitimado y ejercido la autoridad. De ahí también el predominio de las banderas chilenas teñidas de luto utilizadas por la ciudadanía durante las protestas del 18-O.

Ahora, más allá de lo expresado hasta aquí, convengamos con el filósofo J. Rancière, a propósito de la revuelta de los *chalecos amarillos*, que:

Las revueltas no tienen causas o razones, sino que tienen una lógica. Es decir, no se trata tanto de explicarlas (sociológicamente, etc.), como de explicar a partir de ellas el mundo. Menos *a priori* y más escucha de la acción concreta [...]. Ya no se trata de demandas que busquen ser satisfechas, sino de un choque entre mundos: el mundo de la igualdad –el de cualquiera que toma la palabra y actúa– y el mundo de la desigualdad –el monopolio de la voz y la decisión por parte de unos pocos [...]. En este sentido los movimientos no tienen un fin, no van a ningún sitio, ellos son su propio fin [...]. No hay estrategia que enseñe cómo colmar el abismo abierto entre dos mundos (*El Diario*, 08 de febrero de 2019).

Así, más que instalar en el centro del análisis las causas, efectos y razones de la revuelta de octubre, habrá que ir haciendo espacio para las preguntas por aquello que este estallido, este *reventón social*, nos dice sobre el Chile actual y sus herencias, como una especie de *hecho social total*, un analizador cultural y político complejo y profundo, que contiene muchos pliegues, capas y variada información sobre nuestra condición social actual, sobre el orden imperante de las cosas, las formas de vida que predominan y el modo cómo nos relacionamos. Dicho esto, compartimos la hipótesis con J. Rancière (2019) de que las revueltas en principio más que obedecer a causas y razones, responden a lógicas, y la revuelta de octubre constituye un lenguaje, una manera de comunicar y expresar un cúmulo de elementos, por lo cual esta revuelta posee su propia lógica, mediante la cual colapsan los marcos interpretativos tradicionales y convencionales sobre

los cuales se sustenta lo que se percibe naturalizadamente como orden y desorden.

En este marco, J. Rancière (1996) propone una noción de política como disenso y antagonismo permanente, esto es, una actividad que va más allá del arte de los pactos o la gestión del aparato del estado. Para Rancière la política no está referida al ejercicio del poder, a un régimen jurídico o político determinado, a la gestión y administración de la ciudad o al ámbito de la acción estatal y el sistema político convencional. Desde esta perspectiva lo específico de la política corresponde a la expresión de un desacuerdo y a la actividad humana que persigue la igualdad y su incesante verificación, ratificación y expansión.³ Aclaremos que no se trata de un desacuerdo puramente lingüístico o comunicativo, sino que también refiere a la situación misma de quienes hablan, quiénes pueden y tienen derecho a hablar, pero también hay desacuerdo respecto de cuál es la lógica que posibilita la comprensión del mundo y qué es lo común entre mundos que en principio no se reconocen.

La política, en esta concepción, obedece siempre a la acción de sujetos que experimentan una des-identificación, una fuga, una des-afiliación con una determinada lógica de distribución de los lugares, los nombres, las tareas y la palabra, por tanto, interrumpe e irrumpe súbitamente como acontecimiento en el espacio público, esto es, en el orden jerárquico de los que mandan y los que obedecen, para participar de las decisiones comunes a todos. En ese sentido, la política para Rancière (1996) no pasa por encontrar una conciencia que se ajuste mejor a las condiciones de una realidad concreta, sino por desidentificarse de un determinado universo de significados y modos de hacer mediante un proceso de subjetivación.

³ Por ejemplo, mediante el mecanismo de la huelga o el vehículo de la marcha o la irrupción y ocupación masiva de los espacios públicos, las asambleas barriales, la “primera línea”, etc. Parafraseando a Rancière (1996), lo propio de la igualdad reside menos en unificar que en desbaratar la supuesta naturalidad de los órdenes, haciendo aparecer las figuras polémicas del disenso, las formas de lo social que eclipsan el orden político y el consenso.

Aquí definimos subjetivación, parafraseando a Rancière (1996), como la capacidad de producir escenarios polémicos y paradójicos, mediante una singularidad colectiva, esto es, formas de enunciación y de hacer, que irrumpen de modo imprevisto al interior de un campo de experiencia dada, haciendo aparecer la contradicción y la fractura entre el mundo de los que forman parte y el mundo de los que sobran, al postular existencias que son al mismo tiempo inexistencias. De ahí que la subjetivación, ante todo, responde a la capacidad relacional de un colectivo social para des-conocer, des-obedecer y desidentificarse (en tanto enjambre de identidades) del código sobre el cual se organiza la comunidad, el espacio, la experiencia sensible, eclipsando siempre todo orden público, todo orden político (Ganter, 2017).

De lo anterior se desprende que un pueblo no estaría preconfigurado y nombrado de antemano por alguna doctrina u organización política convencional, esto es, antes del acontecimiento político, sino que *despierta*, como lo observamos en el caso del 18-O, se construye y ensambla heterogéneamente en el mismo acto del desacato, la desobediencia y el levantamiento frente a la lógica dominante del reparto y la distribución de los lugares y la palabra. Aquí, la noción de pueblo respondería más a un punto de llegada que a un punto de partida, una carta de navegación, por lo mismo no se constituye como punto de arranque a partir de un atributo esencial, como la etnia, la clase, lo popular, etc.

De ahí su potencial, en tanto singularidad común (pueblo entendido como equivalencia inestable), para convocar, interpelar y emocionar a cualquier ser parlante, a *los cualquiera* (Fernández-Savater, 2016), a la gente común, a los que transversalmente han *sobrado* todas estas décadas,⁴ los sin nombre, los que crearon y se sumaron a la épica de la *multitud* encarnada por los activistas de la primera línea, los que durante las protestas callejeras enarbolan una bandera

⁴ No es casual que la canción *El baile de los que sobran* del año 1986, de la banda chilena Los Prisioneros, haya sonado innumerables veces en las calles como himno de los y las manifestantes, en el contexto de la revuelta de octubre.

teñida por el luto, los y las abusadas, los y las precarizadas, más allá de su identidad prescrita, más allá de su domicilio político o frente político, más allá de los lugares y las tareas asignados en el orden asimétrico del reparto y las distribuciones imperantes. Orden que Rancière (1996) reconoce como de la Policía, dado que resguarda y custodia el diseño y el modo de funcionamiento de un determinado sistema de relaciones sociales, económicas, políticas y culturales.

Para Rancière (1996), el concepto de Policía, en un sentido neutro y no peyorativo, refiere fundamentalmente al orden de lo visible y lo decible; y al modo cómo se dispone, organiza y segmenta lo sensible, esto es, la distribución de los cuerpos en la comunidad, con sus respectivas jerarquías y disposiciones entre los modos del ser, del hacer y del decir, que hace que tales cuerpos sean designados por su nombre al lugar y la tarea que le corresponde, en la geometría general del poder y la desigualdad.

De esta forma, a modo de hipótesis de trabajo, la revuelta de octubre estaría siendo la expresión de un proceso de subjetivación política destituyente en el Chile del neoliberalismo turbo, que irrumpe para alcanzar y reparar el daño causado a la igualdad en sus múltiples expresiones, y que podríamos asociar con lo que se conoce como *la política de los sin parte* (Rancière, 1996; Ganter, 2017), la política de las y los que sobran, la política de los y las que durante muchas décadas no fueron contabilizados como parte constitutiva al interior de la geometría política imperante.

En el actual escenario, esta *parte de los sin parte*, no está relacionada necesariamente con los grupos políticos marginados y excluidos dentro del sistema, no está relacionada necesariamente con la parte que dentro del propio *tablero* protesta y reclama, en la lengua y las reglas del amo y del propio sistema imperante. Bajo esta concepción, es importante no asociar de modo automático esta subjetivación con un sujeto político con una identidad específica (pre-existente), o bien, con un grupo social o político concreto, un actor *a priori* y previamente constituido al instante de la revuelta. Los sujetos políticos no preceden a la política, se constituyen a partir de ella, esto es, a

partir de sus propias acciones y de los efectos desbordantes que esas acciones alteradas y alterantes ocasionan en el reparto de lo sensible y en la propia topografía de las asimetrías imperantes. Así, la política no estaría siendo la manifestación y la forma en que un actor o sujeto preconstituido se expresa, sino lo que en sí mismo produce la subjetivación, esto es, lo que incuba y genera nuevos sujetos y agentes antagonicos. Lo que supone asumir dicha subjetivación en permanente apertura y configuración, un viaje, una carta de navegación más que un resultado estático y previsto, un entrecruzamiento transversal y heterogéneo de nombres (Rancière, 1998), la *política de cualquiera* (Fernández-Savater, 2016), por ello se puede universalizar, porque interpela a cualquiera que pugna por lo común, a cualquiera que pugna para que *la dignidad no sea un privilegio*.

Cuando en Chile una parte de la sociedad, en este caso unas elites determinadas, unos *dueños* (Segato, 2016) de lo *común*, se negaron y no estuvieron disponibles, durante muchas décadas, a reconocer el clamor colectivo y la participación activa de una *otra* parte importante de la sociedad en los destinos del país, entonces esa *otra* parte, la parte de los sin parte, los olvidados crónicos, irrumpió súbitamente en los espacios públicos, en tanto comunidad polémica, como fue el caso de los jóvenes que protagonizaron la denominada primera línea, para hablar sin autorización, a partir de una lengua destituyente, y demandando –soberanamente– reconocimiento, dignidad, igualdad y un nuevo reparto de lo sensible. Recién entonces, podemos afirmar que irrumpe y se instaura la política, esto es, luego de desmonumentalizar las figuras patriarcales y coloniales erigidas en las plazas públicas chilenas, siempre como interrupción y fractura en el orden asimétrico de la Policía, de las jerarquías y la distribución entre los que mandan y los que obedecen, entre el mundo de los que forman parte y el mundo de los que *sobran*, entre el mundo de los que cuentan en la *ciudad* y el mundo de los que no cuentan en la *ciudad*. Los cualquiera, la gente común que vemos habitualmente en el transporte público, en las calles, los y las que normalmente no tienen el hábito de protestar en las calles, la mayoría gente anónima que no

participa en organizaciones que hagan valer su voz en espacios de influencia:

Hay política porque quienes no tienen derecho a ser contados como seres parlantes se hacen contar entre estos e instituyen una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión, que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo; el mundo en que son y aquel en que no son, el mundo donde hay algo entre ellos y quienes no los conocen como seres parlantes y contabilizables y el mundo donde no hay nada (Rancière, 1996, p. 42).

Ese mundo, el de las y los cualquiera, el de las inexistencias existentes, los que sobran, los que desde el orden asimétrico de la *policía* se encuentran aparte, dado que para dicha lógica no constituyen seres parlantes, se hicieron contar durante la revuelta de octubre, dejando de ser un mero ruido al interrumpir los espacios públicos, y también de autoconvocarse para ocupar las plazas de los diversos barrios, zonas rurales y ciudades a lo largo de todo Chile, con el objeto de participar en asambleas y cabildos vecinales, en el que se sumaron ciudadanos/as anónimos, de todas las edades, clases, género, orientación sexual, ideologías políticas, etc. instituyendo una subjetivación, un movimiento destituyente, una comunidad en desacuerdo con el modo como se organiza la vida y las relaciones en el Chile neoliberal.

De esta forma, la política de los sin parte hace aparecer lo que comparten estos dos mundos, instituye una comunidad de iguales por el hecho de compartir una herida, una distorsión, una mutilación, el daño infringido a la igualdad originaria, trauma que se expresa en un orden que legitima la partición arbitraria y puramente contingente entre los que forman parte y los que están *aparte* en el orden de lo sensible. Ello, con el propósito de expandir y democratizar la democracia constantemente,⁵ reapropiándose de su potencia,

⁵ Por ello, la comunidad de iguales, nos plantea Rancière (1996), es permanentemente actualizable en diversos espacios sociales, siempre y cuando existan dos condiciones: que la igualdad no sea la finalidad por alcanzar, sino el punto de arranque para su

como práctica transformativa radical, para disputar la privatización de lo común por parte de las actuales oligarquías y los *dueños* del país (Segato, 2016), en fin, para abrir y sostener nuevos desacuerdos colaborativos frente al consenso extractivo y neoliberal, los neoautoritarismos y la posdemocracia.

Subjetivación generacional 3/D: detonante, difusora y destituyente

Todos los callados (todos)
Todos los omitidos (todos)
Todos los invisibles (todos)
Somos africanos, latinoamericanos,
Somos este sur y juntamos nuestras manos.
(Ana Tijoux, 2014).

Reconociendo que el fenómeno del denominado estallido social es un fenómeno inédito en la historia de Chile, dado su carácter masivo, explosivo, nacional, sostenido en el tiempo, pero especialmente inédito por su carácter interseccional y transversal en sus modos de participación, involucramiento, demandas y composición interclasista; estamos en condiciones de afirmar que en rigor obedece a múltiples causas y otros tantos efectos desencadenantes, por lo cual no puede explicarse exclusivamente por una situación extendida de malestar colectivo, ni tampoco por una aceleración exponencial de las expectativas de integración por parte de la ciudadanía y que el

incesante expansión; y que dicha comunidad de iguales no adquiera consistencia bajo la forma de institución de la sociedad (el sueño imposible de una comunidad unificada y reconciliada de una vez y para siempre, donde la política quede erradicada), sino que se recree y reinvente constantemente, sin suprimir la ambivalencia, las disputas y las paradojas propias del compartir y el existir colectivo. De ahí que los antagonismos sean constitutivos de las relaciones sociales, resultando imposible renunciar, rehuir o escapar a ellos.

modelo no pudo absorber con la suficiente velocidad (Araujo, 2019). Dicho eso, reconozcamos entonces en su propio mérito lo que aquí hemos denominado el factor generacional y sus vasos comunicantes con el 18-O.

Partamos aclarando que la generación más joven (o cualquiera de sus facciones) actúa como barómetro de las nuevas tendencias culturales, políticas, económicas, etc. donde la aceleración de las tendencias sociales se deja ver más penetrante en estos componentes de la población, debido a que poseen una inédita capacidad para asimilar, procesar e integrar transversalmente la información y los códigos sociales desanclados que hoy circulan por todo el planeta (Margulis, 2003). Rossana Reguillo (2000) habla de *metabolismo acelerado*; una condición mediante la cual los y las jóvenes actuales introyectan y reproducen de modo más intenso los patrones discriminatorios de la cultura dominante, como el sexismo, el hedonismo, la auto referencialidad, la descalificación del otro, etc. Pero, en simultáneo, también se pueden observar en las nuevas generaciones procesos de agenciamiento y subjetivación política importantes, donde se reelaboraban activamente e impugnan con la misma fuerza esos patrones de la cultura hegemónica, mediante complejas operaciones cognitivas, socioemocionales, estéticas y simbólicas, de colaboración y denegación de la política oficial (Reguillo, *ibid.*).

Así, sostenemos que lo que constituye a una generación no se asocia tanto con el compartir fecha de nacimiento, sino con el compartir esa parte del proceso histórico, de la cual los y las jóvenes contemporáneos son testigos vivenciales. Entre los elementos básicos que incluye ese compartir se encuentra: a) la presencia de acontecimientos que rompen la continuidad histórica y marcan un antes y un después en la vida colectiva; y que la consecuente producción de lazos sociales. En el caso chileno: la participación en los ciclos de protestas de los años 2006, 2011, 2018, 2019, una pandemia global, etc.; b) el hecho de que estos acontecimientos sean experimentados por individuos que se encuentran en una situación de liminalidad social, es decir, fronteriza y formativa desde el punto de vista de su

socialización (jóvenes), por lo cual los esquemas mentales utilizados para aprehender la realidad no están clausurados o enteramente alineados con el statu quo, por lo mismo sus marcos de acción e interpretación del mundo aún son flexibles y porosos (Leccardi y Feixa, 2011); quedando grabadas a fuego en la memoria esas primeras impresiones sobre la experiencia colectiva.

Ser joven equivale a ser un hombre marginal, un extraño en muchos aspectos [...] esta posición de extrañamiento es un factor mucho más importante que la agitación biológica en la producción de las tendencias favorables al cambio y a la inquietud intelectual y que tiende a coincidir con las actitudes de otros grupos e individuos marginales que por otras razones viven también en las fronteras de la sociedad, como lo son las clases oprimidas, los intelectuales independientes, el poeta, el artista, etc. [...] esta situación solo es, como he dicho, una potencialidad, y en las influencias directivas externas depende su supresión o la posibilidad de su movilización e integración dentro de un movimiento (Mannheim, 1966, p. 55).

Esa posición de liminalidad, extrañamiento, *fronteriza* (De Sousa Santos, 2003), que no es un atributo moral ni determinista, hace que la condición juvenil y generacional, con sus diversos y desiguales modos de vivirla, se constituya en un potencial para su constitución como agente revitalizador de lo social, en el marco de ciertas condiciones sociales e históricas de existencia, y de la acumulación de luchas y aprendizajes colectivos en determinados escenarios históricos. Al mismo tiempo, dicha localización, en el inter-reino, en la cohabitación con formas de vida otras, la hace potencialmente más desafiante con el orden hegemónico y proclive a la empatizar y colaborar con comunidades escasamente integradas al orden social, el mundo de los que sobran, los y las que experimentan exclusión, opresión, invisibilización o que directamente impugnan el actual consenso político-económico-cultural: colectivos feministas, activistas de la *primera línea*, comunidades LGTBIQ+, coordinadoras mapuches,

colectivos culturales, estudiantiles, movimientos socioambientales, *artistas* (Ganter, 2017), etc.

En ese sentido, Mannheim (1993) plantea que el primer requisito para que puedan aparecer formas compartidas de ver, sentir y experimentar la vida, común a un conjunto de individuos, es que cohabiten una misma *situación generacional*, que es el punto donde converge el tiempo histórico y las condiciones biográfico-sociales e históricas de existencia.

Lo anterior permite la configuración potencial de *unidades generacionales*, y por tanto la elaboración de nuevas visiones de mundo (Mannheim, 1993), es decir, gérmenes de una subjetivación generacional, una nueva forma de pensar, sentir y vivenciar la vida, que en algunos casos específicos, tienen el potencial de convertirse en *espíritu de época*, una *sensibilidad vital* particular e influyente en el devenir histórico y cultural de una sociedad (Leccardi y Feixa, 2011; Botero, 2011; Mannheim, 1993; Ghiardo, 2004; González, 2013; Muñoz, 2011; Santibáñez, y Ganter, 2016).

Desde una perspectiva histórica y relacional, el factor generacional, sin asumirlo de modo determinista, constituye un factor relevante al momento de pensar no solo los cambios y recambios al interior de un tablero político determinado, o bien, los cambios al interior de un régimen político hegemónico, sino que muchas veces ha implicado rupturas gravitantes, la vuelta completa del tablero, un cambio histórico de régimen y sus bases de sustentación, la irrupción de la *parte de los sin parte* (Rancière, 1996). Cuestión que hemos podido observar progresivamente para la coyuntura histórica del 18-O, por ejemplo, con la demanda de una nueva Constitución política vía asamblea constituyente.

Lo anterior no viene sucediendo de la noche a la mañana, sino que ha implicado un proceso largo de disputas, alianzas y aprendizajes intergeneracionales (Botero, 2011) a partir de diferentes *situaciones generacionales*, la mayoría de las veces con altos costos personales y duros fracasos colectivos, donde las soluciones a las demandas –hasta ahora– habían sido resueltas a través de comisiones con control

de expertos, medidas correctivas y sectorializadas, como en el caso de la *revuelta de los pingüinos* el año 2006 y la comisión presidida por Carlos Peña. El correlato de aquella *situación generacional* inevitablemente no fue solo el aumento de la sensación de derrota y frustración para el caso de esa *unidad generacional* en particular, sino también el inevitable aumento de la presión sobre el propio sistema político, su legitimidad y sus actores, con la consecuente acumulación subterránea de fuerzas evidentemente explosivas.

No obstante, esas alianzas y aprendizajes intergeneracionales (Botero, 2011) también han estado repletos de sueños y deseos cargados de otros mundos posibles, que muchos denostaron, se negaron a ver o simplemente se mofaron, sobre todo cuando se les repetía cotidianamente el mantra de que no había alternativas por fuera del orden oligárquico y neoliberal. En palabras de N. Lechner:

Para llevar a cabo reformas políticas necesitamos realizar, ante todo, una reforma de la política. Ello implica mirar más allá de la política institucional [...]. A menudo se analizan la dinámica institucional, la estrategia de los actores y los condicionamientos económicos sin considerar debidamente la experiencia diaria de la gente, sus miedos y sus deseos. Las callejuelas de la vida cotidiana son frecuentemente callejones sin salida, pero a veces permiten vislumbrar la cara oculta de las grandes avenidas (1988, p. 18).

Lo que demuestra, a nuestro juicio, que el rol detonante, difusor y destituyente (3/D) que han venido jugando estas *unidades generacionales* durante este proceso no ha sido menor, dado que han contribuido a precipitar una metamorfosis en los imaginarios políticos, corriendo el límite de lo posible y poniendo en cuestión el motor de la propia subjetivación neoliberal y el estilo de vida que esta lleva implícito.

En este caso es muy probable que los estudiantes secundarios agrupados en ACES o Cones, constituyan parte de una misma *unidad generacional* en el contexto de la revuelta de octubre, lo propio respecto de los jóvenes que han participado en la denominada primera

línea durante el mismo escenario. Lo anterior implica la construcción de lazos sociales y de pertenencia, una visión compartida de mundo.

Con ello, destacamos el rol de estas unidades generacionales que se han expresado protagónicamente en estos últimos 20 años, en tanto agentes portadores de una otra cultura política, que irrumpe para señalarnos lo que hay que desaprender, para poner todo nuestro esfuerzo en conquistar –colaborativa y participativamente– lo que aún tenemos como deuda social y política pendiente en nuestra urgente agenda de país. Aquí, observamos un proceso de subjetivación activa (Rancière, 1996) que vienen jugando un gran número de jóvenes en el actual escenario, en tanto agentes públicos detonantes y difusores de demandas que exceden sus propios intereses particulares, poniendo en la agenda temas que las generaciones que los anteceden no pudieron empujar con mayor énfasis ni alcanzar: pensiones dignas, garantías y coberturas colectivas de salud, nueva Constitución política, educación no sexista, reconocimiento y autonomía del pueblo Mapuche, protección de los recursos y bienes comunes, etc.

De ahí que el factor y la condición generacional, junto al género, pueda ser pensado como uno de los motores de cambio sociocultural y revitalización histórica más gravitantes, como en su tiempo lo pudo ser la clase social. Lo que no significa, y en esto quiero ser enfático, que lo generacional constituye un fin en sí mismo (Faletto, 1986), un a priori, un atributo intrínseco adscrito a cierto grupo de edades específico (la reserva moral del provenir),⁶ sino más bien una cierta condición latente, una posición fronteriza (Mannheim, 1966) entre lo instituido y lo instituyente (Ganter y Zarzuri, 1999), que potencialmente podría configurarse en factor detonante de procesos de transformación social y política, en intersección –por cierto– con otras condiciones sociales e históricas que permitan producir nuevas

⁶ Parafraseando a Mannheim (1993), nada más impertinente en este escenario que suponer analíticamente que “*la juventud*” sea en sí misma progresista y “*la vejez*” en sí misma conservadora.

tramas de sentido compartidas entre múltiples posiciones *antagónicas* de sujetos/as (Laclau y Mouffe, 1987). Cuestión que, de un modo u otro, se observó en el caso de las nuevas generaciones y las mujeres, particularmente en el rol que desplegaron para ensamblar y articular –de manera inédita– reclamos, demandas y agendas de grupos sociales, generacionales y políticos heterogéneos, en el marco de la revuelta social de octubre.

Sobre la (re)politización de la política y los nuevos activismos sincrónicos

A diferencia de las certezas y las creencias, la revuelta permanente es ese cuestionamiento de sí mismo, del todo y de la nada que, evidentemente, ya no tiene lugar ni razón de ser.

(J. Kristeva, 1998).

Sobre el fenómeno de la repolitización de la política y la vida cotidiana en particular, que muchos consideran como un fenómeno reciente (PNUD, 2015), ya se venían identificando sus primeros signos al interior del campo de estudios en juventudes en Chile,⁷ justo antes de que estallara la revuelta pingüina, durante los años 2004 y 2005:

Uno de los rasgos más significativos de este cambio cultural, se juega en el giro político que hacen los jóvenes en el mundo contemporáneo, en el reemplazo de modelos políticos representativos decimonónicos por modelos de autorepresentación colectivo-juvenil, o bien, de modelos partidocráticos de gestión política, por modelos de democracia directa desde la base. Esto también puede ser leído como un desplazamiento del paradigma militante que caracterizó a las máquinas políticas centralizadas en burocracias administrativas, hacia

⁷ Ver Ganter (2004). Otros materiales en esta línea de hallazgos en Ganter (2005), Ganter y Zazuri (2005), Muñoz (2006).

modelos ciudadanos de raigambre comunal, configurados por redes locales descentralizadas y autogestionadas, no jerarquizadas estructuralmente, con participación activa en la toma de decisiones, donde se privilegia la acción directa sobre objetivos concretos e inmediatos, y cuyo trabajo se orienta principalmente a la re-politización de la vida cotidiana (Ganter, 2004, p. 256).

Más recientemente, observamos –empíricamente– un aumento importante y sostenido de la movilización colectiva en Chile, particularmente desde inicios del siglo XXI (PNUD, 2012b, 2015), y protagonizada por jóvenes pertenecientes a diversas unidades generacionales vinculadas con las distintas mareas del movimiento estudiantil: el llamado *mochilazo* (ACES) el año 2001, la revuelta pingüina por la educación pública el año 2006, el No + Lucro en la educación del año 2011, el mayo feminista que partió en contextos estudiantiles universitarios el año 2018, y el rol detonante del 18-O con las evasiones masivas de estudiantes secundarios en el Metro de Santiago, luego el sabotaje/boicot a la Prueba de Selección Universitaria (PSU) en enero del año 2020, y el papel que han desplegado estas *unidades generacionales* en la sostenibilidad de una agenda de cambios estructurales y de la propia movilización callejera post estallido social, particularmente a través del proceso de subjetivación –intergeneracional– conocido como *la primera línea*.

Esta poderosa inyección de politicidad generacional hacia la sociedad chilena, no se observó de modo explícito durante toda la década de los noventa y la transición a la democracia en Chile, aun cuando estamos conscientes que esas dinámicas de repolitización responden de modo más fuerte al quehacer de lo que se conoce como minorías activas dentro del segmento juvenil, esto es, a *unidades generacionales* específicas asociadas con el protagonismo desplegado al interior de cada ciclo de protesta (2001, 2006, 2011, 2018, 2019).

Ahora, si observamos de manera más amplia que la pura referencia a la *unidad generacional*, la evidencia sostiene que el segmento entre 18 y 30 años figura como el que mayoritariamente

participa en protestas y manifestaciones, con el 46% (Somma, 2015). Evidenciándose que las nuevas generaciones tienden a simpatizar más fuertemente con la agenda de cambio impulsada por movimientos sociales, mostrando mayor interés por participar –sin mediación alguna– en actividades que se divorcian de la política institucional (orden de la Policía para Rancière) y de las modalidades tradicionales de participación, aspirando con ello a cambios más radicales y estructurales que las generaciones que los anteceden (PNUD, 2015; Zarzuri, 2016; Ganter y Zarzuri, 2020).

Lo anterior obedece, a nuestro juicio, a múltiples causas, dentro de las cuales podemos destacar la irrupción de nuevas formas de subjetivación política, esto es, aprendizaje/socialización que impugna la política oficial, y que vienen sedimentándose de modo progresivo en las nuevas generaciones, preferentemente desde inicios del siglo XXI en Chile. Estas formas de aprendizaje/socialización política se asocian con el involucramiento masivo por parte de jóvenes en eventos contenciosos como: marchas, protestas, *tomas* sistemáticas de liceos y universidades, asambleas de diversa índole, cabildos autoconvocados, producción de talleres y frentes culturales, participación en foros y redes sociales ciber-activas, generación de espacios de interacción feminista de carácter separatista, creación de repertorios performativos de acción e interacción colectiva en el espacio público, con alto impacto simbólico y socioemocional (Ganter, 2017), entre otras.⁸

Dicha corriente social, ha contribuido a cuestionar los límites actuales de la política convencional en la sociedad chilena, precipitando una agenda extensa y heterogénea de politización, asociada con asuntos que antes no tenían necesariamente un carácter político (PNUD, 2015); como por ejemplo: el rol público en la educación, la

⁸ Muy importante resulta aquí, insistir, que no se trata de pensar reduccionistamente a las juventudes como sujetos redentores un escenario de crisis civilizatoria; sino de asumir un enfoque interpretativo donde lo generacional, y más precisamente lo intergeneracional, pueden ofrecernos pistas significativas en el marco de diagnósticos y propuestas más relacionales y multidimensionales para comprender –gramscianamente– una época donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer.

impugnación del lucro en la educación, el cuestionamiento del sexismo en la educación, la denuncia del abuso y el acoso sexual en las universidades, la despenalización del aborto, la legalización de la marihuana, la crisis climática, las zonas de sacrificio, la protección y el cuidado de los bienes comunes, la soberanía alimentaria, la precarización de la vida y el sobreendeudamiento de las familias, las luchas contra el especismo, los derechos de las comunidades LGTBIQ+, el cuerpo y los afectos como territorio político (Ganter, 2018; Rolnik, 2019), la denuncia de la brutalidad policial y las violaciones a los derechos humanos en contextos de movilización ciudadana, las luchas por la dignidad, el reconocimiento y el respeto. Todas, dimensiones que ya se habían puesto en valor desde fines de los años noventa (Zarzuri y Ganter, 2018).

Este nuevo ciclo de politización, impugnaciones y acumulación de malestares colectivos al que hacemos referencia, llegó a su clímax durante el reciente ciclo de protestas masivas del 2018-2019, poniendo en jaque al propio sistema político y sus bases de sustentación, pero sobre todo prefigurando, a modo de hipótesis, una subjetivación política en curso (Rancière, 1996), con un importante componente generacional (en ensamble con otros componentes sociales); y que se expresaría en tres niveles básicos y relacionales de la experiencia compartida por activistas (Pleyers, 2018): a) una visión alternativa de mundo, que implica nuevas concepciones de lo público, lo político y la democracia; b) una forma alternativa de vivenciar-estructurar la organización y la participación ciudadana, que implica una fuerte despartidización de la política en beneficio de otras orgánicas menos jerárquicas y más rizomáticas; y, c) la escenificación innovadora de repertorios de acción colectiva de fuerte contenido simbólico y emocional, que implican una potente interacción ritual entre el arte, el cuerpo, lo festivo y lo digital como herramientas al servicio de lo que aquí llamamos activismos de tipo convergentes, donde se sincronizan múltiples causas y agendas ciudadanas heterogéneas al interior de una subjetividad colectiva o singular.

Sobre este último aspecto, la literatura actual sostiene que las emociones y los afectos colectivos se hacen relevantes para comprender los diferentes ciclos de la movilización y repolitización de la sociedad (Ganter, 2005); dado que configuran elementos detonantes para el reclutamiento, la participación en protestas y la propia inmersión de los movimientos sociales. Siguiendo el trabajo de Poma y Gravante (2017, 2018), destacamos que las emociones constituyen: 1) parte de la cultura (Jasper, 1997); 2) parte de la cognición, en tanto complejidad que incluye lo emocional y lo racional; y, 3) pueden ser gestionadas táctica y estratégicamente por individuos y colectivos humanos. Así, en el estudio de la acción colectiva, es central la relación entre el sentir, el pensar y el actuar, tres procesos inseparables, dado que las emociones pueden ser consideradas como *formas de pensar* (Jasper, 2014; Poma y Gravante, 2015 y 2018).

En este punto, sostenemos que las emociones han jugado un papel central como herramienta política de alto voltaje colectivo en el contexto del denominado estallido social a pesar de que durante gran parte del siglo XX, tanto el marxismo como las teorías de la movilización de recursos no incluyeron en sus propuestas el componente emocional para el análisis de la acción colectiva y los procesos de repolitización, enfatizando una mirada centrada en la estructura social o en la preminencia de un actor racional, descartando con ello los aspectos simbólicos y expresivos presentes en los movimientos sociales (Collins, 1990; Jasper, 2012; Ganter, 2017; Poma y Gravante, 2015, 2017, 2018),

Actualmente hay consenso en la literatura que las emociones, como la indignación frente a episodios de abuso de poder o la solidaridad frente a la vulneración de derechos básicos, estimulan la participación de la ciudadanía en los movimientos sociales y en los hechos de protesta callejera, creando un ambiente social que propicia y diversifica el activismo ciudadano (Flam, 1990; Aminzade y McAdam, 2001; Goodwin, Jasper y Polletta, 2000, 2001; Della Porta, 2011). H. Flam (1990) identifica a las *emociones movilizadoras*, en tanto estados de ánimo que influyen en las decisiones que la ciudadanía toma para

involucrarse o no en los movimientos de protesta. Y a la *liberación emocional* (Flam, 2005), como el proceso mediante el cual la ciudadanía logra liberar y *despertar* emociones de modo catártico, que un sistema político mantenía dormidas, anestesiadas o en estado de hibernación, tal cual ocurrió durante el 18-O en las marchas-carnavales (Ganter, 2017), durante la ocupación de las plazas, durante las asambleas barriales autoconvocadas, etc.

Teniendo presente estos elementos, podemos evidenciar una renovada centralidad y presencia de los componentes socioemocionales en las dinámicas actuales de ocupación de la calle y el espacio público en contextos de protesta y movilización ciudadana en Chile, particularmente desde inicios del siglo XXI. Esta renovada centralidad de los elementos emocionales al interior de la movilización social ha tenido como protagonistas a los y las jóvenes estudiantes, más precisamente a lo que observamos, a partir de cuatro ciclos de manifestaciones masivas, como mareas generacionales, representadas por la *generación pingüina* del año 2006; la *generación del No + lucro en la educación* del año 2011; la *generación de estudiantes feministas #CompañeraYoTeCreo* del año 2018, y las unidades generacionales que se constituyeron en activistas del 18-O.

Por último, poner en valor que una de las novedades de este nuevo ciclo de repolitización y de la propia revuelta social de octubre del año 2019, no estuvo únicamente asociado con el despliegue de activismos sincrónicos y convergentes, incluido el de la calle y el digital, sino que las propias demandas y las agendas de distintas generaciones también tendieron a sincronizarse, lo que marca una diferencia importante con otros ciclos de protesta, que estarían más centrados y protagonizados por UNA *unidad generacional*, mientras que lo ocurrido en el 18-O respondería más bien a una expresión de complicidad heterogénea y sincrónica, ENTRE generaciones diversas (abuelos/as; madres/padres; hijos; nietos/as), esto es, generaciones en movimiento sincrónico, con repudios, demandas y agendas convergentes (Ganter y Zarzuri, 2020).

Consideraciones finales: balance de proceso en América Latina (o más allá de lo existente)

*Las ideas justas sobre la lucha contra la opresión
se forman en la práctica de los oprimidos y no
en la cabeza de los eruditos marxistas.*

(J. Rancière).

El siglo XXI se inaugura en la región con ciclos de protesta derivados de la progresiva acumulación de las luchas populares contra el dispositivo neoliberal y sus políticas globales de mercantilización de bienes comunes, protestas que se observan en el caso de Bolivia (2000 y 2003), Argentina (2001), Ecuador (2005) y Chile (2006). Generando una expansión de los procesos de democratización y recuperación de la esfera pública en la región, repolitizando temas como el medio ambiente, el territorio, el reconocimiento y las autonomías indígenas, la democracia participativa, el papel de la educación pública, etc. Con ello, sobre todo después de la experiencia zapatista en los años noventa, se iniciaba una interesante renovación transfronteriza de los imaginarios y las prácticas políticas populares, aspecto que se hizo patente en las vivencias, aprendizajes y culturas políticas inscritas en las comunidades de base y activistas. Así, se van consolidando diversas experiencias de gobierno de matriz nacional-popular, generando procesos de democratización y coberturas en materia de derechos sociales y accesos más equitativos a bienes y servicios para grupos excluidos de la población en países como Uruguay, Brasil, Venezuela, Ecuador, Bolivia, etc. (Svampa, 2008, 2010, 2017; Seoane, Taddei y Algranati, 2006).

El último decenio en la región estaría definido al menos por tres procesos estructurantes que interaccionan entre sí, definiendo un cierto clima sociopolítico y epocal. En primer lugar, esta nueva fase estaría caracterizada por: a) la expansión y profundización de

la matriz extractivo-exportadora y de financiarización de la economía –que amenaza territorios y ecosistemas, y que expulsa poblaciones y formas de vida ancestrales– lleva a la región a una situación de emergencia climática y profundización de la desigualdad. Junto a ello, en el nivel de los gobiernos, se observa; b) el repliegue de la matriz nacional-popular y una arremetida de neoautoritarismos y populismos de derecha. Los indicadores económicos positivos registrados en décadas pasadas se debilitaron, y en muchos países se observa una baja en el PIB, acompañada por un aumento de la desigualdad, el desempleo y la precarización. Y, por último, c) se verifica en una relegitimación y expansión de los movimientos de protesta y ciudadanos, particularmente los que ponen en agenda temas como la dignidad, el fin de la violencia machista, la justicia ambiental y territorial, los bienes comunes, los derechos colectivos garantizados, la regeneración democrática, entre otros (Svampa, 2010, 2017; Bringel y Pleyers, 2017).

De este modo, la acción colectiva y los movimientos sociales en América Latina se han diversificado aceleradamente estos últimos 10 años, tanto en sus agendas de lucha, descontentos, composición social, formas de organización/coordinación, repertorios de interacción en el espacio público y digital, como en sus imaginarios y relatos sobre lo político, la democracia, el Estado y las estrategias para alcanzar sus objetivos de transformación, particularmente los que impugnan la desigualdad y el predominio de la lógica extractivo-mercantil del neoliberalismo en la región.

También existe consenso en la literatura respecto al reciente incremento de los movimientos de protesta ciudadana y la radicalidad de sus demandas a nivel global y regional. La evidencia reconoce que estas revueltas incluyen el rechazo al aumento del costo de la vida y su precarización, la desmercantilización de los bienes comunes, el cambio climático, la autonomía territorial, una mayor incidencia y participación ciudadana en los asuntos públicos, etc. Fenómeno que se ha visto acompañado de una revitalización de la práctica del asambleísmo a nivel territorial, vecinal y comunal. Junto con ello, se

observa el avance de formatos de coordinación popular –presencial y digital– definidos por estructuras adhocráticas (Henríquez, 2020) desacopladas de los partidos políticos y sus estructuras oligárquicas, con participación más directa y desjerarquizada desde las bases, especialmente en activistas pertenecientes a las nuevas generaciones, feministas y socioambientales (Zibechi, 2007; Svampa, 2010, 2017; Bringel y Pleyers, 2017; Billion y Ventura, 2020).

El año 2019 será reconocido en la región como el año de las revueltas y estallidos sociales, toda una geografía de la protesta desatada en países como Paraguay, Bolivia, Nicaragua, Colombia, Ecuador, Chile, etc. Abriéndose nuevas incertidumbres en este reciente e inestable escenario postpandemia, junto con nuevas encrucijadas a nivel de la regeneración democrática y del papel del estado y la ciudadanía en este contexto de urgentes cambios estructurales de la sociedad, más aún frente al avance de nuevas formas de autoritarismo político en la región (Unda, 2020; Pino, 2020; Ospina, 2019).

Lo anterior configura un primer campo de fuerzas en fricción, altamente dinámico y rico en heterogéneas formas de emancipación, lo que abre renovadas oportunidades de cambio sociopolítico en América Latina y el Caribe. Sin embargo, este escenario nos precipita al mismo tiempo, a un importante reto *epistémico-político*, asociado con la definición relacional y el análisis comparado de las complejas, inestables y contingentes experiencias de articulación/coordinación en el campo contestatario. Más aún en el actual contexto post revueltas 2019, donde se evidencian potentes dinámicas de despartidización y autonomización de la protesta social (Somma y Bargsted, 2015), particularmente en el caso de activismos de nuevo tipo, que desconfían, cuestionan y se desmarcan de las lógicas jerarquizantes que tienden a prevalecer al interior de las organizaciones sociales y políticas convencionales (Bringel y Pleyers, 2017).

Como segundo campo de relaciones en tensión en el actual escenario, observamos una fractura importante y progresiva entre el mundo de los actores institucionales de la política y el mundo de la ciudadanía, sus redes de autoorganización y participación cotidiana.

Fenómeno descrito como *la gran ruptura*, crisis de legitimidad y agotamiento de las formas predominantes de la autoridad política y de la democracia representativa (Svampa, 2010, 2017; Garretón, 2016; Castells, 2019). La política convencional se divorcia de lo social, erigiéndose como espectáculo de los acuerdos y como gestión exclusiva por parte de saberes técnicos y expertos. Proceso que también se ha descrito en la región como secuestro del estado y la política por parte de las elites y las oligarquías financieras (Cañete, 2018).

Planteado esto, sostenemos que las oportunidades de articulación de las nuevas luchas, no obedece tanto a la definición de un gran y único eje de conflictividad trascendental, sino al modo en cómo se tejen, a nivel de la experiencia cotidiana y las culturas políticas de base, las tramas socio-afectivas y de confianza por parte de la ciudadanía y de las propias comunidades activistas (horizontes comunes), que han ido definiendo –descentralizadamente– la actual agenda política translocal y liderando dinámicas de impugnación al dispositivo neoliberal, en sus diversos niveles de operación y expropiación. Prefigurando, *desde abajo* hacia arriba (Dussel, 2010), nuevas formas de autoridad social y subjetivación política (Rancière, 1996), que desatan una potente ola de cuestionamientos populares a las formas de organización y representación autoritarias y oligárquicas, abriéndose alternativas para pensar y vivenciar colectivamente nuevas formas de activismo y política (Chávez, 2017); que, en el marco de las recientes revueltas sociales del siglo XXI en la región, se pueden caracterizar como movimientos difusos, o bien, *movimientos rizomáticos* (Deleuze y Guattari, 2010; Ganter, 2005), dentro de los cuales observamos al menos 7 componentes (Gil, 2011; Rovira, 2017, 2018):

- a) Sus agendas son más *tácticas* que estratégicas, dado que están menos programadas de antemano; y tienen más foco en la irrupción de un acontecimiento *destituyente* en el espacio público que en la estructura del movimiento social propiamente tal.

- b) Las formas de *organización*, sobre todo entre la generación joven, se muestra proclive a dinámicas de coordinación más flexibles, horizontales y porosas; donde convergen participantes de diversos orígenes, generaciones y clases sociales, con heterogéneas trayectorias militantes. Asimismo, se evidencia una progresiva feminización de las formas y las orgánicas de estos movimientos, lo que implica una creciente participación de mujeres en eventos de protesta en los espacios públicos, dejando atrás los liderazgos clásicos y los modelos heroicos, centrados en la visión patriarcal de la tradición revolucionaria.
- c) *Operan en red*. Uso generalizado de las redes sociales como dispositivos de contrainformación y coordinación de la calle y lo digital. La forma habitual de organización de las luchas populares ha sido la estructura jerárquica o la red en estrella. Las formas organizativas más horizontales y decoloniales, como las asambleas, suelen formar una red como entramado, donde se tiende más al encuentro comunitario y socioemocional que al espacio racional deliberativo (Baer, 2016; Boix, 2015; Blanco, 2014; Rovira, 2017; 2018; Gil, 2011).
- d) Se inclinan y articulan por *repertorios de acción/interacción* colectiva de carácter creativo y de alto contenido simbólico y socioemocional en espacios públicos emblemáticos de las ciudades, sus barrios y plazas.
- e) No se movilizan por una ideología específica, un programa con objetivos estratégicos o un proyecto político alternativo, que incluya la disputa por el aparato del estado; sino que combinan sincrónicamente *múltiples agendas y causas*: feminismo, emergencia climática, justicia ambiental y territorial, diversidad sexual, soberanía alimentaria, regeneración democrática y respecto a los derechos humanos frente al abuso y la brutalidad policial, etc.
- f) Los *marcos de acción y sentido* de estos nuevos activismos, también se han ido feminizando, dado que ponen en el centro lo

común, la política de los cuidados, el medio ambiente y el territorio, los vínculos afectivos y colaborativos, etc.

- g) Promueven la irrupción de subjetividades alternativas con nuevas culturas políticas autoorganizadas, con énfasis en una *política prefigurativa*, donde se combina la impugnación, con lo experimental y lo lúdico, además de la ausencia de liderazgos unipersonales y de organizaciones burocráticas, generando una ruptura con el *ethos* militante tradicional del siglo XX.

Para Guiomar Rovira-Sancho (2017 y 2018) el activismo tomó un carácter directamente comunicativo y destituyente a partir de los movimientos altermundista, donde la acción colectiva se vuelve más prefigurativa que programática, lo que se conoce como *acción conectiva* (Gil, 2011; Reguillo, 2017; Bennett y Segerberg, 2012; Baer, 2016; Boix, 2015; Blanco, 2014; Rovira, 2017, 2018; Billion y Ventura, 2020).

La literatura reconoce que estos movimientos de protesta han abierto canales innovadores para la expansión de la ciudadanía y la redemocratización de la democracia en la región, en un marco de crisis estructural de la globalización neoliberal y de la propia democracia representativa, pero también plantea que los riesgos de desgaste e implosión pueden ser altos, abriéndose espacio corrientes autodefensivas y neoautoritarias (Billion y Ventura, 2020), si es que en el corto y mediano plazo no logran articularse orgánica y narrativamente las fuerzas del campo contestatario, y si es que no hay sinergia entre culturas políticas en principio problemáticas, en otras palabras, entre la *potentia* y la *potestas*.⁹

Aquí nos sumamos de modo importante a los aportes y miradas de autores/as latinoamericanos/as como Sara Victoria Alvarado (2009), Maristella Svampa (2017) y Santiago Castro-Gómez (2015), en el

⁹ En este punto, E. Dussel (2006) distingue a la *potestas* como poder organizado, con sus mediaciones y procesos de institucionalización; y a la *potentia* como poder en-sí, la soberanía, el poder de la comunidad. Complementariamente, en J. Holloway (2002) la *potestas* correspondería al “*poder-sobre*”, mientras la *potentia* correspondería al “*poder-hacer*”.

sentido de asumir que una política emancipatoria para el siglo XXI en la región,¹⁰ no solo supondría la multiplicación de los ejes de impugnación al interior del tejido *molecular* de la vida cotidiana (*potentia*), repolitizando nuevos espacios y pliegues de la subjetividad; sino también disputar y conquistar la dimensión *mola* e institucional de la política (*potestas*). Teniendo muy presente que los cambios institucionales y políticos (*por arriba*), en el campo de fuerzas contestatarias, no deberían precipitarse antes que las transformaciones en el campo de la vida cotidiana y la construcción de mimbres entre ethos militantes heterogéneos, cuyo tejido común, se fragua a fuego lento, *desde abajo* hacia arriba (Dussel, 2006), esto es, *molecular* y también horizontalmente¹¹

El reto actual, estaría definido por incorporar los aprendizajes observados durante los diversos ciclos de protestas y logros contra el dispositivo neoliberal en los últimos 20 años, pero sin clausurar, al interior de los *aparatos* donde opera la *potestas*, a las incesantes mareas de desobediencia que fluyen desde la *potentia*, esto es, la irreductible heterogeneidad, las arenas de subjetivación, el *exceso de sentido* (Laclau y Mouffe, 1987), lo que *sobra* y erupciona desde lo social, pero que no puede ser ni extinguido, ni representado, ni integrado del todo por la precaria y contingente institución de la sociedad. Lo que supone

¹⁰ Aquí se asume la emancipación, tal cual lo plantea el psicoanalista Jorge Alemán (2016), como una apuesta por empujar un proceso de liberación singular y colectiva –sin garantías– del neoliberalismo, de la des-simbolización, esto es, como una fuerza política contingente que no dispone de ninguna metafísica histórica o fundamento último que sobredetermine y asegure su devenir. Por lo cual, dicha emancipación siempre será inacabada, nunca será ni total ni final, y tampoco podrá liberar al sujeto de la opacidad y la fractura ontológica que lo constituye, y que habita de modo irreductible en cada uno de nosotros. La razón también es pulsional. De este modo, tanto la conformación del orden social como la propia constitución del sujeto político configuran procesos inconclusos y precarios, siempre abiertos ante la doble imposibilidad fáctica de conformar una identidad plena (sujeto autosuficiente) y un orden social (sustantivo), completamente autónomo y clausurado sobre su propia arquitectura.

¹¹ Lo molecular y lo horizontal aquí no es puramente retórico, sino que obedece a una operación de ensamble rizomático de localizaciones diversas al interior de un campo contestatario determinado, precisamente para evitar esencializar ese “*abajo*” como un reduccionismo “*abajista*”, esto es, como lugar y posición de sujeto moral, trascendental e inmaculado.

asumir la política no tanto como relaciones de poder o de fuerzas en tensión al interior de una geometría política determinada (Foucault, 1992), sino como relaciones antagónicas entre mundos. En otras palabras, aquí la política no se expresa tanto en la oposición de un sector político contra otro sector político en el marco de una topografía determinada, sino en la disputa y el conflicto entre mundos; el mundo de los que cuentan e importan y el mundo de los que no cuentan y sobran, las existencias inexistentes (Rancière, 1996).

Lo que implica un desafío –ético, político e intelectual– de mantener una tensión sinérgica permanente, siempre abierta y contingente, entre la *potestas* (lo que fija y consolida el sentido) y la *potentia* (lo que se fuga, lo que eclipsa el consenso). Esto es, nuevos acoplamientos rizomáticos y puentes –sin garantías– entre el arte de lo posible y arte de lo imposible (Castro-Gómez, 2015); sin pretender que en esta travesía la una subordine a la otra, sin convertir en fetiche esta o aquella. Para lo cual habrá que ir desterrando la hasta ahora dominante matriz cupular, patriarcal, estado-céntrica y partido-céntrica, (escasamente abierta a otras formas de participación más descentralizadas y decoloniales), que ha venido privilegiando históricamente la tradición de la izquierda al interior del campo contestatario. Desplazando, la mayoría de las veces, la *praxis* autoorganizada de las culturas políticas de base y las actuales redes alter-activistas en la región, sobre todo presente en jóvenes y las nuevas generaciones, hoy en día, mucho más movilizadas por iniciativas concretas de cooperación diversa, donde la experiencia del activismo local y la construcción de mimbres afectivos e intergeneracionales (Botero, 2011) desde la sociedad civil, constituyen un motor polifónico para una nueva articulación de fuerzas contestatarias¹² y la transformación histórico-estructural de lo *realmente existente*.

¹² Más allá del modelo purista de la lucha de clases, sobre el cual se sostienen pensadores como Slavoj Žižek, que desde nuestro punto de vista no posee a priori un estatuto superior a otras agendas de luchas y antagonismos (Laclau y Mouffe, 1987).

Aspectos que se ven potenciados con los aprendizajes históricos acumulados al interior de los movimientos sociales y la actual coyuntura constituyente por la que atraviesa Chile, donde eventualmente puede abrirse camino la creación colectiva de otros mundos posibles; con derechos sociales garantizados; con otras cartografías de deseo y nuevas maneras de estar juntos; con imaginarios políticos alternativos; con nuevos agentes, coordinaciones y prácticas participativas; con nuevos símbolos y afectos; con otras legitimidades y formas de ejercer la autoridad; asociadas con la propia *refundación del Estado* en la región (De Sousa Santos, 2014), con nuevas formas de habitar las instituciones, mucho más permeables al *mandar obedeciendo* y también al *desobedecer mandando* (Castro-Gómez, 2015). Evitando así, tanto la fetichización del poder político, como la deserción y el éxodo de la *multitud* a sus santuarios de redención en el afuera del sistema, relegados a posiciones puramente defensivas y con escaso impacto en las vidas de las grandes mayorías. Ello, con el propósito de construir una visión alternativa del mundo, nuevas voluntades colectivas, contingentes y relacionales (nunca dadas ni garantizadas a priori), capaces de imaginar y empujar la expansión radical y plural del horizonte democrático (Rancière, 1996), frente al poder empírico de las actuales élites (la *dueñidad*), la oligarquización de las instituciones políticas y las fuerzas extractivo-predatorias del capital en la región.

Siendo los jóvenes en cierta medida actores sociales, el interrogante es cómo pueden definir con novedad el problema de la democracia, aun en condiciones de una coyuntura poco favorable. Un sistema democrático, además de lo que implica como forma institucional, es el reconocimiento del juego entre opciones posibles y diversas. Aquí el papel de la juventud es clave: podría decirse que es a ella a quien corresponde la elaboración de lo distinto, de lo diferente de lo que ahora existe. El tema de la democratización –desde la perspectiva de la juventud– no es tan solo el de ampliar la posibilidad de inserción en lo existente, sino también el de abrir camino a nuevas opciones y modos de constituir la relación social (Faletto, 1986, p. 277).

Por último, en momentos de confinamiento social, donde la agenda de la revuelta del 18-O en Chile coincide con la agenda de la pandemia del COVID-19, sobre todo en materia de desigualdad, precarización de la vida, desfondamiento del poder político, etc. la potencial salida a esta fractura social y política, esto es, una convención constituyente paritaria y con escaños reservados para pueblos originarios, se dibuja como una alternativa en el horizonte próximo, quedando pendiente para los siguientes años sus múltiples pliegues y derroteros, sobre todo en lo que respecta a la puesta en juego de nuevos activismos políticos y generacionales, con sus respectivas agendas de lucha y desafíos articulatorios y hegemónicos al interior del campo contestatario.

Concepción, octubre de 2020.

Bibliografía

Alemán, Jorge (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Buenos Aires: Grama Ediciones.

Alvarado, Sara Victoria (2009). La producción de conocimientos sobre subjetividad política desde los jóvenes: aportes conceptuales y metodológicos. *Cuadernos del CENDE*, 26(70), 127-140.

Aminzade, Ronald y McAdam, Doug (2001). Emotions and contentious politics. En Charles Tilly et al. (eds.), *Silence and voice in contentious politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Araujo, Kathya (2019). *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago de Chile: Colección IDEA/Ediciones USACH.

Baer, Hester (2016). Redoing feminism: Digital activism, body politics, and neoliberalism. *Feminist Media Studies*, 16(1), 17-34. [https://doi.org/10.1080/14680777.2015.1093070].

Bennett, Lance y Segerberg, Alexandra (2012). The logic of connective action. Digital media and the personalization of contentious politics. *Information, Communication & Society*, 15(5), 739-768. [https://doi.org/10.1080/14680777.2015.1093070].

Billion, Didier y Ventura, Christophe (2020, marzo-abril). ¿Por qué protesta tanta gente a la vez? *Nueva Sociedad*, (286). <https://nuso.org/articulo/por-que-protesta-tanta-gente-la-vez/>

Blanco, Antonio (2014). Mito análisis del 15M: de la revolución de Prometeo (mayo de 1968) a la red de Hermes (mayo de 2011). *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, 27(75), 15-34.

Boix, Montserrat (2015). Desde el ciberfeminismo hacia la tecnopolítica feminista. *Revista Pillku*. <http://pillku.org/article/desde-el-ciberfeminismo-hacia-latecnopolitica-fem/>

Botero, Patricia (2011). Movimientos generacionales a partir de cinco experiencias de acción política en Colombia. *Revista Nómadas*, (34), 61-75.

Bringel, Breno y Pleyers, Geoffrey (2017). *Protestas e Indignación global. Movimientos sociales en el nuevo orden mundial*. Buenos Aires: CLACSO.

Cañete, Rosa (2018). *Democracias capturadas: el gobierno de unos pocos*. Oxford: Oxfam International/CLACSO.

Castells, Manuel (2019). *Ruptura: la crisis de la democracia liberal*. Madrid: Alianza.

Castro-Gómez, Santiago (2015). *Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. Madrid: Akal.

Chávez, Josefina (2017). La revuelta mundial de las mujeres: un nuevo movimiento. *Cuadernos Feministas*, 20(34), 23-27.

Collins, Randall (1990). Stratification, emotional energy, and the transient emotions. En T. D. Kemper (ed.), *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Albany: State University of New York Press.

De Sousa Santos, Boaventura (2003). *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer. http://www.boaventuradesousasantos.pt/media/critica_de_la_razon_indolente.pdf

De Sousa Santos, Boaventura (2014). Refundación del Estado en América Latina. En José Luis Coraggio, *Reinventar la izquierda en el siglo XXI: hacia un dialogo Norte-Sur*. Los Polvorines: Ediciones UNGS.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2010). *Rizoma*. Valencia: Pre-Textos.

Della Porta, Donatella y Diani, Mario (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas/Editorial Complutense.

Dussel, Enrique (2006). *20 tesis de política*. México: Siglo XXI/CREFAL.

El Diario (8 de febrero de 2019). Las virtudes de lo inexplicable: Jacques Rancière a propósito de los chalecos amarillos. https://www.eldiario.es/interferencias/chalecos-amarillos-jacques-ranciere_132_1708256.html

Faletto, Enzo (1986). La juventud como movimiento social en América Latina. *Revista de la Cepal*, (29), 185-191.

Fernández-Savater, Amador (2016). La política de los despolitizados. *Lobo suelto*. <http://anarqui coronada.blogspot.com.es>

Flam, Helena (1990). Emotional “Man”: I. The emotional “man” and the problem of collective action. *International Sociology*, 5(1).

Flam, Helena (2005). Emotion’s map: a research agenda. En H. Flam y D. King (eds.), *Emotions and social movement*. Londres: Routledge

Foucault, Michel (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Ganter, Rodrigo (2004). Micropolíticas de lo juvenil y saberes inconclusos. En N. Richard (ed.), *Revisar el pasado, criticar el presente, imaginar el futuro*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad ARCIS.

Ganter, Rodrigo (2005). El estallido de lo político (o la infra-política). Conflictos urbanos e insumisiones ciudadanas: el caso de la “okupa” de calle República en Santiago centro. *Sociedad Hoy* (Concepción: Universidad de Concepción), (8-9), 39-57.

Ganter, Rodrigo y Vergara, Constanza (2015). Fisonomías del mal-estar juvenil: ubicuidad y radicalidad generacional. En O. Basulto, Diálogos sobre juventud en Iberoamérica. Santiago de Compostela: Editorial Universidad de Santiago de Compostela.

Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (1999). Tribus urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades juveniles. *Revista Perspectivas* (Santiago de Chile: UCSH), (8), 5-19.

Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (2005). Metamorfosis de lo político-cultural y colectivos urbanos juveniles emergentes. En M. Sepúlveda (comp.), *Nuevas geografías juveniles*. Santiago de Chile: Ediciones UDP.

Ganter, Rodrigo y Zarzuri, Raúl (2020). Rapsodia para una Revuelta Social: retazos narrativos y expresiones generacionales del 18-O en el Chile actual. *Revista Universum*, 35(1), 74-103. [<https://dx.doi.org/10.4067/S071823762020000100074>].

Ganter, Rodrigo; Carrasco, Daniela y Pinto, Pablo (2018). Corpografías juveniles y generaciones en contexto de incertidumbre: subjetivación, divergencia e industria de la felicidad en el Chile actual. *Última Década*, 26(49), 59-100.

Ganter, Rodrigo; Vergara, Constanza y Fuica, Inti. (2017). Caleidoscópolis: signos de cambio en los repertorios de protesta callejera en Concepción. *Revista Universum*, 32(2), 81-105.

Garretón, Manuel Antonio (2016). *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM.

Ghiardo, Felipe (2004). Generaciones y Juventud: una Relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset. *Última Década*, 12(20), 11-46.

Gil, Silvia (2011). *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*. Madrid: Traficantes de sueños.

González, Yanko y Feixa, Carles (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina. Bohemios, rockanroleros y revolucionarios*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.

Goodwin, Jeff; Jasper, James y Polletta, Francesca (2001). *Passionate politics: emotions and social movements*. Chicago: University of Chicago Press.

Güell, Pedro (2019). El estallido social de Chile: Piezas para un rompecabezas. *Revista Mensaje*, (685).

Henríquez, Karla (2020, octubre). Participación juvenil con centralidad en el sí mismo: adhocracias en un grupo de estudios chileno. *Revista Estudios Avanzados* (Santiago de Chile), (33), 40-51.

Holloway, John (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires: Herramienta.

Jasper, James (1997). *The art moral of protest: culture, biography and creativity in social movements*. Chicago: University of Chicago Press.

Jasper, James (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 46-66.

Jasper, J. M. (2014). Constructing Indignation: Anger Dynamics in Protest Movements. *Emotion Review*, 6(3), 208 -213.

Kristeva, Julia (1998). *El porvenir de la revuelta*. Buenos Aires: FCE.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Leccardi, Carmen y Feixa, Carles (2011). El concepto de generación en las teorías sobre juventud. *Última Década*, (34), 11-32.

Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.

Mannheim, Karl (1966). *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: FCE.

Mannheim, Karl (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (62), 193-242.

Margulis, Mario (2003). *Juventud, cultura, sexualidad: la dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.

Mayol, Alberto (2019). *Big Bang. Estallido social 2019 modelo derrumbado*. Santiago de Chile: Catalonia.

Medel, Rodrigo y Somma, Nicolas (2016). ¿Marchas, ocupaciones o barricadas? Explorando los determinantes de las tácticas de la protesta en Chile. *Revista Política y Gobierno*, 23(1), 163-199.

Moulian, Tomás (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.

Muñoz, Víctor (2011). Juventud y política en Chile. Hacia un enfoque generacional. *Última Década*, (35), 113-141.

Muñoz, Víctor (2006). Condiciones “post” y asociatividad juvenil: Preguntas por lo político en México y Chile. *Última Década*, 14(25), 113-141. [https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362006000200006].

Naciones Unidas (2019). Informe sobre la misión a Chile, 30 de octubre - 22 de noviembre. En Informe Derechos Humanos. Oficina de Alto Comisionado. Ediciones ONU.

Ortiz, Isabel et al. (2013). *World Protests 2006-2013*. Nueva York: Initiative for Policy Dialogue/Friedrich-Ebert-Stiftung.

Ospina, Pablo (2019). *El levantamiento de octubre en Ecuador*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo. <https://www.rosalux.org.ec/ellevantamiento-de-octubre-en-ecuador/>

Pino, Christian (2020). Estado de excepción y violencia estatal, pp. 221-248. En G. Ramírez (ed.), *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario*. Buenos Aires: CLACSO.

Pleyers, Geoffrey (2018). *Movimientos sociales del siglo XXI. Perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: CLACSO.

Poma, Alice y Gravante, Tommaso (2015). Las emociones como arena de la lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales. *Ciudadanía Activa. Revista Especializada en Estudios sobre la Sociedad Civil*, 3(4), 17-43.

Poma, Alice y Gravante, Tommaso (2017). Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, (74), 32-62.

Poma, Alice y Gravante, Tommaso (2018). Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política. *Estudio Sociológico*, 36(108), 593-616.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1998). Desarrollo humano en Chile: las paradojas de la modernización. En *Informe de desarrollo humano en Chile*. Ediciones PNUD.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2012a). Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo. En *Informe desarrollo humano en Chile*. Ediciones PNUD.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2012b). La protesta social en América Latina. En Fernando Calderón (coord.), *Cuaderno de Prospectiva Política 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2015). Los tiempos de la politicidad. En *Informe desarrollo humano en Chile*. Ediciones PNUD.

Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rancière, Jacques (1998). *Política, identificación y subjetivación*. www.catedras.fsoc.uba.ar/heler/poliyidenranciere.htm

Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.

Reguillo, Rossana (2017). *Paisajes insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. Madrid: NED ediciones.

Rolnik, Suely (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rovira, Guiomar (2017). *Activismo en red y multitudes conectadas*. Barcelona: Icaria.

Rovira, Guiomar (2018). El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas. *Teknokultura*, 15(2), 223-240.

Ruiz, Carlos (2015). *De nuevo la sociedad*. Santiago de Chile: LOM.

Santibáñez, Pablo y Ganter, Rodrigo (2016). Representaciones sociales de lo político: Convergencias y divergencias del relato generacional en el gran Concepción. *Última Década*, 24(44), 39-70.

Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara (2006). Movimientos sociales y neoliberalismo en América Latina. En Emir Sader et al. (eds.), *Latinoamericana: Enciclopedia contemporánea de América Latina*. Río de Janeiro: Boitempo.

Somma, Nicolás (2015, octubre). Protestas y conflictos en el Chile contemporáneo: quince tesis para la discusión. *ResearchGate*. [10.13140/RG.2.1.3820.6161].

Somma, Nicolás y Bargsted Matías (2015). La autonomización de la protesta en Chile. En Juan Carlos Castillo y Cristián Cox (Comps.), *Socialización política y experiencia escolar: aportes para la formación ciudadana en Chile*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile/Centro de Estudios de Políticas y Prácticas en Educación.

Svampa, Maristella (2008). *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI.

Svampa, Maristella (2010). *Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Svampa, Maristella (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo, y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa.

Unda, René (2020). Ecuador: levantamiento popular y democracia en crisis, pp. 351-366. En G. Ramírez (ed.), *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario*. Buenos Aires: CLACSO.

Zarzuri, Raúl (2016). Las transformaciones en la participación política de los jóvenes en el Chile actual. En Manuel Antonio Garretón, *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM.

Zarzuri, Raúl y Ganter, Rodrigo (2002). *Culturas juveniles, narrativas minoritarias y estéticas del descontento*. Santiago de Chile: Editorial UCSH.

Zarzuri, Raúl y Ganter, Rodrigo (2018). Giro cultural y estudios de juventud en el Chile contemporáneo: crisis de hegemonía, mediaciones y desafíos de una propuesta. *Última Década* (Valparaíso: Cidpa), 26(50).

Zibechi, Raúl (2007). *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Lima: Fondo Editorial UNMSM.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

¡Arriba las que luchan!

Feministas y discursos feministas en la revuelta¹

Ximena Goecke

Las feministas en la revuelta

El levantamiento popular iniciado el 18-O contó con una activa participación de mujeres de todas las edades, pero particularmente jóvenes, en los distintos espacios, acciones y marchas, en alianzas, producción de campañas, en las comunicaciones y en las expresiones artístico-culturales que expresaron y acompañaron este proceso. Dentro de esta activación generalizada de las mujeres, observamos claramente la activa participación de las diversas organizaciones feministas y la presencia significativa del feminismo en sus consignas y prácticas sociopolíticas. Una de las explicaciones posibles es la fuerza que los feminismos han ido adquiriendo en el último tiempo en la juventud y, más aún, el fuerte entramado de las demandas de estos feminismos chilenos con el malestar social, por medio de

¹ Se incluyen fragmentos de entrevistas y grupos de discusión realizados en el marco del Proyecto “Sujetos de Levantamiento” financiado por Fundación Rosa Luxemburgo. Asimismo, se incluyen pasajes seleccionados de entrevistas realizadas por la autora, de forma independiente, a mujeres feministas jóvenes.

la transversalización de sus demandas, que lo entroncan significativamente con el reclamo hacia la creciente precarización generalizada de la vida, que ha sido especialmente sentida y resistida por las mujeres.

Un breve recuento

Es importante tener en cuenta que los feminismos chilenos se han potenciado en las dos últimas décadas (Lamadrid, 2016), fundamentalmente como resultado de su vigorización por parte del movimiento estudiantil y, por ende, por el impulso de liderazgos y organizaciones juveniles y universitarios. Esta fuerte vinculación – que implicó un desarrollo progresivo y politización del feminismo a lo largo de dos décadas hasta llegar a hacer de él *algo necesario* en la política estudiantil (Follegati, 2018) se manifestó, por ejemplo, en el llamado Mayo Feminista del 2018, y en la creciente feminización de los liderazgos universitarios, así como también estimuló la diversificación de su composición social y de las estructuras organizativas que a todo nivel se definieron como, y se aliaron con, el feminismo.

El reposicionamiento del feminismo dentro de la política y el movimiento social, fuera del espacio meramente estudiantil, se venía produciendo desde un par de décadas antes por medio de *corrientes subterráneas* que en 2018 comenzaron a hacerse visibles con nitidez (Contardo, 2020). La argentina Verónica Gago (2019) ha escrito que el camino del feminismo hacia transformarse en un movimiento de masas e intergeneracional, en Argentina, requirió de años de luchas, donde progresivamente fue tejiéndose un entramado común. Ella establece para ese contexto cuatro luchas fundamentalmente entrecruzadas que alimentaron ese proceso. De ellas, compartimos dos como hitos fundamentales para nuestro propio tejido entre feminismo y lucha social: el movimiento de derechos humanos contra la dictadura (y luego por la verdad y justicia), y el movimiento en torno a los derechos LGBT. Y, además, agregamos sin lugar a duda el movimiento estudiantil, la creciente movilización por los derechos

reproductivos, la creciente organización social contra las AFP (que afectan gravemente a las mujeres), las zonas de sacrificio y la defensa medioambiental y particularmente el movimiento contra las violencias hacia las mujeres que, como señala Alejandra Castillo:

[...] volvió visible la violencia patriarcal en la silenciosa inercia de las instituciones, en la cotidianeidad de la vida privada y en el daño que produce el modelo económico neoliberal al cuerpo de la sociedad [...] la política en Chile recobró, de tal modo, un olvidado radicalismo de la mano de un feminismo lejano de las moderadas políticas liberales de mujeres [...] (Castillo, 2019, p. 36).

Una nueva subjetividad política

Durante las dos primeras décadas de este siglo, se podía ya percibir una tendencia importante a un creciente malestar colectivo y a una transformación de las subjetividades políticas, que estaban anunciando la necesidad de cambio en esta esfera de la vida social. El origen la crisis y transformación de la política chilena, que hoy se agudiza en la ruptura que instala la revuelta, tiene diversas interpretaciones posibles (Luna, 2017; Zarzuri, 2018; Mayol, 2019; Ruiz, 2020; Tironi, 2020; Gómez Leyton, 2020; solo por mencionar algunos), pero en los hechos, es evidente que fue no solo acelerado sino expandido en sus posibilidades por esta. Si en un principio parecía que iba más que nada a llevar a modificar el sistema de partidos políticos, alentando el recambio generacional e ideológico tan postergado, hoy apreciamos que ha derivado en un impulso a la transformación más comprehensiva; como el que hoy sabemos implicará el proceso constituyente iniciado, involucrando orientación y estructura de lo político, tanto como estableciendo un nuevo horizonte social aspiracional hacia el futuro próximo. Estamos ante una nueva revolución de las expectativas y un significativo desplazamiento de las hegemónicas ideológico-culturales de las mayorías, que no obstante aún

deben enfrentarse a los sólidos (y violentos) muros del poder económico-social de las oligarquías neoliberales y conservadoras.

En las generaciones politizadas sub 40, particularmente aquellas insertas en el movimiento estudiantil y en la organización popular territorial, hace años que ya se observaba una fuerte tendencia hacia la radicalidad democrática, que busca formas de representación y participación más horizontales; conectadas a territorios o problemas concretos; organizaciones no jerárquicas con liderazgos rotativos, identitarios o especializados; transparencia en la toma de decisiones, en las decisiones de alianzas, actos de representación pública y el uso de los recursos; ayuda, contención y protección mutua (*apañe*), militancias múltiples, coexistentes y de activación intermitente; y, por supuesto, una valoración y aceptación de la diversidad de géneros y repertorios performativos de lo político, junto con un reconocimiento a la llamada *interseccionalidad*, es decir, a los cruces de variables que atenúan o exacerban las condiciones de asimetrías, explotación o precarización de la vida. Esta subjetividad política es altamente sensible a aquello que restringe la libertad y la justicia (Ruiz, 2020), rescata la memoria feminista y en lo intelectual y artístico, apunta a una experiencia crítica, antineoliberal, de radicalidad creativa y expresiva.

En el movimiento feminista, esto ha significado la proliferación de numerosas colectivas y redes *de nuevo cuño* –incluso profesionales feministas–, que encarnan esa nueva subjetividad y que se han abierto un espacio en el movimiento, junto a las organizaciones tradicionales frente a las cuales actúan con cierto grado de colaboración y tensión (ONG e incluso partidos políticos tradicionales y emergentes que han declarado hacer suyo el pensamiento *feminista*). Estas organizaciones no solo reflejan la gran vitalidad del movimiento actual, sino que al mismo tiempo expresan una amplia gama de feminismos que han tendido a encontrarse en torno a dos ideas fuerza: la lucha contra la violencia hacia las mujeres (*todas las mujeres contra todas las violencias*) y contra la *precarización de la vida*; así como la voluntad de

introducir el feminismo y transformar lenguajes y prácticas en las más diversas áreas de la vida social.

Feminismo en la política

Esta renovada politicidad y voluntad de cambio también se ha expresado en el ámbito de la política organizada, con la emergencia de numerosos proto partidos que se declaran feministas, o al menos introducen el género como categoría fundamental y organizativa a través de frentes, secretarías y agendas ligadas al tema; como ha sido el caso de la mayoría de aquellos ligados al Frente Amplio, otros en la izquierda extraparlamentaria. Pero también se ha manifestado en algunas de las juventudes y partidos de fuerzas políticas tradicionales, como el PPD, el PS y las JJ. CC.

A pesar de esta significativa presencia declarativa del feminismo, estas estructuras partidarias distan mucho aún de lograr articular una clara transformación de su política hacia una plena comprensión y adopción del feminismo, y más bien podemos hablar de que se encuentran antes que nada en un proceso de negociación y experimentación de una *política feminista*, intentando en una multiplicidad de formas de integrarlo a lenguajes y prácticas que tienden a la inercia, bajo el peso de la cultura política y partidista que predomina en nuestro país (Ver Zarzuri, Goecke y Álvarez, 2018).

Por otra parte, es importante señalar que esta rama del feminismo más *partidista* no tuvo una fácil incorporación a la movilización iniciada en octubre de 2019. En primer lugar, porque los partidos políticos –incluidos los del Frente Amplio– no fueron bienvenidos con sus líderes, banderas y símbolos en la revuelta. En segundo lugar, porque las feministas que participaron en la revuelta optaron por hacerlo en su calidad de tales, antes que como militantes o representantes de un Frente Feminista asociado a un partido. Esta opción también demuestra, como lo hemos señalado en otros escritos, la distinción que existe entre los jóvenes entre la acción política movimientista y la acción partidista, viviéndose ambas como una suerte de militancia,

donde se respetan ciertos códigos de colaboración, pero también de *no contaminación o separación de identidades*, para respetar la autonomía que los movimientos sociales requieren, y evitar la cooptación, utilización y desmovilización de ellos que tienden a producir (según se ha observado históricamente) los partidos políticos en función de sus intereses. Una lógica que forma también parte de las nuevas concepciones de lo político que predominan en el presente.

¿Cómo participa entonces el movimiento feminista del levantamiento?

Si bien las organizaciones feministas no convocan a la movilización iniciada el 18 de octubre, ni se expresan en forma de una organización estructurada sobre la base de partidos políticos feministas, el movimiento sí se alinea claramente desde el comienzo del lado de la movilización estudiantil. Tempranamente, las feministas optan por el acompañamiento y apoyo a la actividad de protesta de los secundarios, incluyendo diversas declaraciones y acciones de *apañe* sobre todo a las secundarias, y convocatorias públicas a defender el movimiento de evasión del pasaje del metro.

Una vez iniciada la revuelta, las feministas van a colocarse al lado de la ACES en el seno de Unidad Social, para convocar a un paro nacional, caceroleos y movilizaciones masivas. También, diversas organizaciones feministas convocan a acciones que van a marcar desde sus especificidades a diversos hitos feministas dentro de la revuelta. Recordamos entre estos el Cabildo separatista Feminista y de las Disidencias Sexuales el 30 de octubre de 2019, *el pañuelazo* por el aborto el 4 de noviembre; acciones por la paridad en la convención constitucional; el *flashmob* de Muertín organizado por las *académicas*, las performances de Las Tesis el 25 de noviembre; el Encuentro Plurinacional de Mujeres que Luchan –que de un año a otro pasó de 1 mil a 3 mil participantes de todo Chile– en enero 2020, *el Súper lunes feminista* del 2 de marzo, para culminar en el llamado a huelga y la marcha del 8 y 9 de marzo de 2020, que por su carácter

multitudinario (se calculó que hubo una movilización de alrededor de un millón y medio a dos millones de personas) rebasó todas las expectativas.

Los piquetes feministas realizan acciones en diversos puntos de la ciudad, siguiendo su política de ocupar los distintos centros de la ciudad y no solamente el centro histórico. Se generan actividades en regiones. Y, por otra parte, diversos grupos organizaron campañas *propias* particularmente en torno a los problemas de derechos humanos, como por ejemplo, la campaña contra la Violencia Político Sexual de la Colectiva Memorias de Rebeldías Feministas (nacida como agrupación dentro de la CF8M) contra la Violencia Político Sexual, y por otro lado, la campaña para recopilar datos, activar y denunciar la violencia política sexual hacia las disidencias sexuales –que produjo finalmente dos Informes al respecto– organizada por Lesbofeministas autónomas.

Por lo tanto, podemos señalar que, durante todo el período de revuelta, las organizaciones feministas alzaron la voz tanto para hacer causa común con el resto del movimiento social como para hacer presentes sus demandas específicas en cada caso, así como para interpelar a las autoridades por sus declaraciones o acciones *patriarcales*, y en el caso de la ministra de la Mujer y Equidad de Género, por su evidente falta de reacción y protección frente a la violencia político sexual.

Dentro de la revuelta, y durante algún tiempo, la CF8M se integra a Unidad Social (US), tomando posición junto a la ACES. Desde ese lugar se convoca a paros nacionales y grandes movilizaciones, como aquella del 25 de octubre de 2019. Pero después de unas semanas ambas organizaciones abandonan US con importantes discrepancias respecto de cómo enfrentar la revuelta; aunque sin que unos y otros hayan dejado de participar del mismo lado.

Esta presencia constante y el empuje de las convocatorias y articulaciones propiciadas por los feminismos tuvieron como efecto el que –si bien estos no iniciaron el levantamiento ni tuvieron la conducción de este– se convirtieran en un factor clave para potenciar la

revuelta en momentos críticos, como noviembre de 2019 y marzo de 2020:

En el momento en el que la movilización estaba decayendo, las mujeres la reactivaron. Han logrado, al menos parcialmente, amalgamar demandas a las que nadie había podido ponerle nombre. E incluso en sus repertorios de protesta, han innovado de forma que tal vez se traspase eventualmente a otros sectores del movimiento social. [...] (Juan Pablo Luna, 2020, CIPER).

Por consiguiente, el movimiento feminista fue un elemento no solo distintivo de esta revuelta, en comparación con otros momentos de gran movilización nacional, sino que muy relevante en su articulación y expresión y, por ello, es muy significativo que esta revuelta haya quedado enmarcada entre las dos más grandes movilizaciones feministas de la historia hasta entonces: las de marzo de 2019 y de marzo 2020. Tampoco deja de tener relevancia, la rápida difusión y eco social de la performance de Las Tesis, que le vino a agregar mayor sentido feminista, convergencia, dinamismo y proyección mundial a esta movilización, afirmando el protagonismo de las mujeres dentro de ella.

El aporte de la Coordinadora Feminista 8 de Marzo

Si bien existen multiplicidad de organizaciones y corrientes en movimiento feminista, es posible reconocer una organización que conduce las principales intervenciones y posiciones políticas dentro del espacio feminista en la revuelta: la Coordinadora Feminista 8 de Marzo (CF8M).

Esta organización, nacida en 2018, y orientada principalmente a levantar la Huelga Feminista, tiene como principal virtud la articulación y transversalización de las demandas feministas, organizadas en un proyecto político claro: el Programa para la Huelga Feminista, levantado en colectivo a través de los Encuentros Plurinacionales de Mujeres que Luchan, de diciembre 2018 y enero 2020.

La CF8M se caracteriza por un trabajo en red, descentralizado, y una radicalidad que se expresa en su voluntad de cambio profundo y en la utilización de la acción directa para interpelar, protestar y demandar cambios sustanciales respecto de las situaciones problema que afectan a las mujeres. Esta capacidad articuladora ha permitido a los feminismos que se canalizan por esta vía –de vocación más política y radicalmente transformadora, entroncar profundamente con las demandas generales, todo lo cual aportó y se potenció en el levantamiento.

En efecto, si estudiamos el programa de llamado a la Huelga, observamos que la Coordinadora ha sido efectiva en politizar y cruzar problemas diversos con las demandas y miradas del feminismo, haciendo inteligible la comunidad de vulneraciones que el neoliberalismo impone como una pesada carga sobre nuestras sociedades y con particular violencia sobre los cuerpos y subjetividades de las mujeres. Esta realidad compartida aúna a las mujeres, las coloca en diálogo con sus compañeros hombres y permite la colaboración con ellos en distintos espacios, aun cuando la asamblea preserva su condición separatista y su desvinculación explícita con cualquier partido político en particular (cuyas militantes, en cualquier caso, no tienen prohibido participar en ella).

La CF8M no debe entenderse como desarraigada del trayecto sociopolítico, que hemos mencionado anteriormente; sino más bien, como un resultado de la convergencia entre los desarrollos de los feminismos en las últimas décadas y el cambio en la subjetividad política a que hemos hecho referencia, lo que se percibe en sus formas de actuar, de organizarse y de pensar el lugar del feminismo en la política (en un sentido amplio, no partidista) y la transformación de la realidad.

Varias de las organizaciones que allí se encontraron habían entablado un contacto más estrecho en la Coordinadora Ni Una Menos-Chile conformada en 2016, después de la gran marcha del 19 de octubre de ese año y que a poco andar entró en crisis, ante la voluntad contradictoria de aquellas que querían limitarla a una

organización separatista orientada a la lucha contra las violencias hacia las mujeres; y aquellas que pensaban la lucha de modo más amplio y abierto a las mujeres con militancia política y disidencias. Por tanto, la CF8M no proviene del vacío, sino que surge como uno de los brazos resultantes de un proceso histórico dentro del feminismo nacional. Tal como lo afirma Lirayén Reyes, comprender este tipo de fenómenos requiere

[...] situarnos como herederas de un proceso histórico que nada tiene de espontáneo como algunos medios de información hegemónicos intentan mostrar, sino que es producto del trabajo de politización de la vida en su conjunto. No es por tanto suficiente una agenda de género, ni una demanda gremial respecto a un sector puntual, las demandas de las mujeres buscan la transformación de la sociedad, articulando las luchas y transversalizando los temas (Lirayén Reyes, EPES, Concepción).

La emergencia de una Coordinadora como esta, promotora de un feminismo radical, laico, horizontal, antineoliberal, antiextractivista e incluso hacia migrantes, disidencias sexuales... ha requerido de una larga trayectoria que las feministas recuperan como una memoria extensa y afectiva de la lucha de las mujeres, *el hilo rojo* que las une, y que abraza las luchas actuales en una fuerte solidaridad sorora, en la empatía intergeneracional, así como la aceptación de la diversidad política, pero colocando como centro común un programa elaborado colectivamente. Todo lo cual, son los elementos que han contribuido a hacer de esta Coordinadora uno de los ejes centrales de la articulación y participación feminista en la revuelta, destacando entre otras iniciativas y en coexistencia con un amplio y diverso universo organizacional feminista.

Feminismo y reivindicaciones sociales en la revuelta

Esta mirada políticamente transversal respecto de la *precarización de la vida* que acentúa y conecta el feminismo con las demandas

sociales, no es casual ni una resultante, sino un elemento clave en la agencia manifestada por las feministas para cumplir su papel dentro de la revuelta, sin hegemonizarla. Las feministas saben que la revuelta no es “su” batalla, pero que aquella tiene un profundo vínculo con el empeño de transformar la sociedad. Cree, por lo demás, que el feminismo es clave en la generación de una nueva organización social, economía y política y que esa transformación que se busca no se va a lograr hacer realidad *sin feminismo*. Reconoce, por lo tanto, su vital y significativa actoría en el proceso y pugna por promover, dentro de las demandas y espacios activos en la revuelta, un papel impugnador, destituyente y constituyente, emancipador, y promotor del buen vivir.

El movimiento feminista en este estallido social es parte del tejido popular que se gesta en cada rincón. Son miles las feministas que se articulan en esta revuelta, nos encontramos en territorios y protestas, nos reconocemos en un movimiento diverso, plural, transgeneracional y de construcción de memoria, capaz de poner en cuestión diversas formas de violencia patriarcal, racista y colonial, luchas que tienen todo que ver con las luchas populares por la dignidad en contra de un modelo capitalista y neoliberal. Lo hemos dicho muchas veces, capitalismo y patriarcado son alianza criminal (Constanza Cifuentes, vocera CF8M).

El programa elaborado durante el *Segundo Encuentro Plurinacional de lxs que luchan* (10-12 de enero de 2020) así lo demuestra. En los temas centrales que considera este programa, *grosso modo*:

- a) Violencias patriarcales
- b) Educación feminista y no sexista
- c) Trabajo y seguridad social
- d) Derecho a la ciudad y a la vivienda
- e) Agua, territorios y soberanía alimentaria

- f) Lucha por el aborto, los derechos sexuales reproductivos y no reproductivos
- g) Memoria feminista y derechos humanos
- h) Mujeres migrantes y refugiadas
- i) Antirracismo
- j) Mujeres indígenas y en resistencia en territorios urbanos y rurales
- k) Disidencias de género y sexuales
- l) Internet y tecnologías digitales feministas
- m) Arte, cultura y patrimonio
- n) Precarización y violencia estructural e institucional hacia la niñez y las juventudes
- o) Salud y buen vivir
- p) Luchas anti carcelarias.

El programa se presenta, así, como una articulación de demandas y propuestas que abordan distintas dimensiones de la vida social, no solo aquellas entendidas tradicionalmente como *agenda de mujeres* o *de género*, y tienden sustancialmente hacia una reestructuración social profunda, teniendo como eje la voluntad de lograr “la transversalización del feminismo en todos los lugares y el deseo transformador de acabar la precariedad que gobierna nuestras vidas” (Síntesis EPLL, 2020, p. 16).

Además, se llama a constituir “una primera línea contra el Terrorismo de Estado [...] a no abandonar las calles, sostener el trabajo y la resistencia en todos los territorios, denunciar la violencia política sexual, entre otras consignas” (CF8M, Síntesis 2º EPLL, 2020). En este punto, el documento enfatiza la necesidad de apuntar a la búsqueda de responsabilidades políticas y legales en las violaciones a los derechos humanos, rechazar la impunidad, buscar establecer

verdad, justicia y reparación para las víctimas y el fin de la criminalización de la protesta, valorando todas las formas de lucha (Síntesis 2º EPLL, p. 7).

Discursos feministas en la revuelta

Detengámonos ahora un momento en los discursos de las principales voceras de la CF8M en la revuelta. Es importante señalar que, como es habitual en las organizaciones de nuevo cuño, las vocerías son múltiples, horizontales, rotativas y especializadas (referidas a temas específicos). De este modo, incluso dentro de la CF8M existen varias vocerías reconocibles y activas dentro del marco de la revuelta, sin que una sea necesariamente más importante que otra.

Constanza Cifuentes destacaba en sus declaraciones el papel que el movimiento feminista, “con las mujeres y disidencias en primera línea tuvo para iniciar un año de grandes movilizaciones sociales que puso definitivamente “en cuestión directa la herencia dictatorial, la estructura neoliberal y los cimientos patriarcales de la sociedad”. Y lo logró, a su juicio, porque en el desafío de pensar y levantar la huelga general feminista de los últimos años, instaló la reflexión en torno a:

Todos los trabajos que realizan, en el ámbito productivo y reproductivo; crianza, cuidados, limpieza. Nosotras gritamos que queremos transformar la forma de producción y reproducción de la vida, la relación con los ecosistemas. Y esto influyó en la transversalización y articulación de las feministas y mujeres de diversas luchas sociales y populares, el feminismo tenía que ver con la vida misma: por vivienda digna, por derechos humanos, fin a las AFP, por el derecho a migrar, por la defensa del agua y la semilla, por la autodeterminación de cuerpos y territorios, entre otras luchas impulsadas por mujeres. Porque la precarización de la vida en todas sus dimensiones es la que está en juego [...] (Cifuentes en *Emancipa*, 2020).

Podemos observar, en esta declaración, la fuerte valoración que la vocera le otorga tanto de la transversalización programática como a la intergeneracionalidad de la lucha feminista. Dos elementos que, como hemos señalado, son fundamentales en este momento histórico de los feminismos chilenos.

Así también lo señala Javiera Manzi –otra de las voceras– quien destaca el papel que cumple la CF8M como “un espacio que articula, desde un horizonte feminista, a múltiples y diversas organizaciones sociales, políticas e individualidades”; desde el cual se busca intencionadamente “hacer del feminismo una perspectiva y acción política transversal de los movimientos sociales, promover el encuentro, el diálogo y la acción colectiva entre distintas organizaciones, e impulsar una agenda común de movilizaciones desde un feminismo de mayorías contra la precarización de la vida”.

Manzi destaca, además, el fuerte cuestionamiento que de este modo lleva implícita a la forma en que tradicionalmente se ha construido la política nacional, y la postura de la CF8M de hacerse parte, pero no cooptar ni suplantar a las bases sociales, en la lucha contra todo aquello que afecta la sostenibilidad de la vida y el buen vivir.

En este contexto entendemos que el feminismo que levantamos desde la Coordinadora 8M, es un feminismo que busca una lucha contra la precarización de la vida, un feminismo que disputa los términos en que se organiza actualmente esta administración y la política. Sentimos que es un feminismo que puede ser un espacio que canalice esa lucha ampliamente en sectores donde no siempre llega. No es nuestra intención tomar la voz de otras compañeras, menos aún, quitarles espacios a otras. Al contrario, nuestra intención es que seamos cada vez más y muchas las voces que hoy día nos estemos levantando (Silva, entrevista).

Además, Manzi subraya la necesidad de que en ese camino las feministas no se queden solo en un papel promotor o de apoyo, sino que sean efectivamente protagonistas del proceso. Es decir, esta voluntad de no-cooptación/suplantación, no implica renunciar a hacerse

visibles con las propias propuestas y demandas, ni a dejar de hacerse presente en todos los espacios, para aportar desde el feminismo en todos los temas. “Seguiremos sosteniendo que es relevante que como mujeres y disidencias tengamos una voz, una que tiene mucho que decir acerca de este momento político, disputando todos los espacios en los que hoy participamos” (Silva, entrevista). En este sentido, los feminismos se presentan en Chile hoy como eminentemente políticos –aunque no partidistas–, comprendiendo que la disputa por la transformación social y cultural que impulsa debe estar presente en las distintas dimensiones donde se reproduce el poder patriarcal y se afecta el buen vivir de las mujeres y las disidencias, presentándose allí como una fuerza destituyente y protagonista en un cambio sustantivo. En sus propias palabras:

Decir que no para el feminismo es un trabajo político, cuando decimos “no”, es la necesidad de decir que no queremos esta vida, no queremos más violencia ni abusos, no más violaciones ni femicidios. Ni pensiones de miseria, en fin [...]. Es también una tarea que habla y abre esta revuelta; la de decir que es lo que no queremos y qué queremos, destituir la vida de la que nos cansamos, a la que le dijimos basta. Nosotras decimos destituyente en el sentido de destituir una vida, una forma en que se administraba esa vida. Esa es la potencia también del feminismo, de decir ‘queremos organizar, reunir y constituir otra posibilidad, queremos que esa constituyente sea popular y democrática’. Pero también queremos decir que hay cosas a las que todavía hay que decirles que no: nos siguen matando, continúan los brutales niveles de represión y no se han resuelto las exigencias sociales. Por eso vamos a seguir presionando (Silva, entrevista).

Otra de las voceras de la CF8M, Alondra Carrillo, agrega una dimensión adicional a esta mirada: aquella que recupera la preocupación por constituir al feminismo en un puente que congregue la solidaridad de clase, como una alternativa a aquellas propuestas políticas que tienden a disgregar e incluso a provocar el conflicto dentro de la propia clase trabajadora.

Hay ahí dos tendencias: una que afirma la competencia entre los trabajadores, discursos de exclusión que plantean que ante un escenario de crisis las respuestas pueden ser proteger a algunos pocos y, por otro lado, vemos un feminismo o una regeneración de las apuestas transformadores a través del feminismo que, por el contrario, intenta tender puentes de solidaridad al interior de este pueblo, de esta clase golpeada (Alondra Carrillo en Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, 2018).

Esta voluntad articuladora, ya no solo dentro de las mujeres sino dentro de la clase trabajadora, es percibida por Alondra no solo como una de las fortalezas del movimiento, sino que como uno de los factores que lo constituyen en una amenaza para el statu quo.

La tarea es constituirnos como movimiento feminista en una amenaza para quienes quieren mantener las cosas tal como están [...] la tarea de articularnos está pendiente y se torna aún más urgente a la vista de lo que está ocurriendo en nuestro continente (Alondra Carrillo, *ibid.*).

Esto es posible, gracias a que el movimiento cuenta hoy con demandas organizadas de transformación social. Carrillo enfatiza: “[...] no tenemos un petitorio. Tenemos un programa [por medio del cual se busca] una transformación sustantiva en la forma que se organiza política, económica y socialmente nuestro país”, a través de 16 ejes programáticos. Este programa viene a contribuir a direccionar política y autónomamente al movimiento, en circunstancias que:

[...] estamos viendo una desestabilización del campo estratégico y la apertura de una posibilidad. Posibilidad que la autonomía resguarda, porque posibilita que el debate estratégico sea un debate democrático y que no haya un monopolio de los espacios de discusión de la política, sino que la política estratégica del movimiento feminista se discuta de manera transversal y se reconozca el contenido político que está contenido en todos los espacios que lo están organizando (Alondra Carrillo en *Prensa Libre*, 2020).

A ello agrega Karina Nohales, otra de las voceras, la importancia que tiene el feminismo no solo como articulador a nivel nacional, sino más allá de las fronteras:

El rol que el feminismo puede jugar en la articulación de proyectos políticos transformadores es central. El feminismo encarna hoy, como ningún otro movimiento, un ejercicio internacionalista. Ha sido también, en tanto movimiento, la más potente e intransigente respuesta contra las derechas extremas, los neofascismos y su ideología. El feminismo es hoy la expresión más transnacional de las luchas que hoy se despliegan, incluida la acción política de la clase trabajadora y de amplios sectores oprimidos. [...] De ello ha resultado una impugnación radical del sistema y es en parte ello lo que explica el encuentro creciente entre las lecturas y luchas feministas con las lecturas y luchas socioambientales, cada vez más integradas (Karina Nohales en Valenzuela, 2020).

La paridad constituyente

Mientras ese sector del feminismo lidiaba con la calle y las demandas más masivas, otro sector feminista principalmente afiliado a la Asamblea Plurinacional Feminista, y feministas más orgánicas (en el sentido de pertenencia a partidos políticos de la oposición) se movilizaron por obtener la paridad dentro de la emergente posibilidad de convención constituyente que había establecido el Acuerdo Nacional del 15 de noviembre de 2019. Así, entre diciembre y marzo, estas feministas se movilizaron para hacer visible la necesidad de asegurar un 50% de mujeres. Y lo obtuvieron. Generando así otro hito internacional, puesto que en caso de que ganara en el plebiscito del 26 de abril de 2020 –finalmente concretado el 25 de octubre debido a la pandemia por el COVID-19– y se aprobara la convención constituyente como mecanismo organizador, Chile sería el primer país en el mundo en tener una nueva Carta Fundamental redactada

por un organismo paritario. Los resultados de octubre vinieron meses más tarde a augurar que así será.

La nueva Constitución debe ser escrita por un número paritario de Constituyentes y nosotras las Feministas, debemos estar ahí, en igualdad de condiciones. ¡Nunca más a segunda fila, cuando somos protagonistas de esta historia! (Asamblea Feminista Plurinacional [Twitter], 5 de diciembre de 2019).

Es importante señalar que, dentro de los feminismos, existe frente a este proceso diversidad de posiciones, aunque la mayoría de ellos optaron de todas maneras por llamar a votar apruebo a la idea de generar una nueva Constitución y a hacerlo por la vía de la Convención Constituyente. Ya en enero de 2020, las feministas reunidas en el Encuentro Plurinacional de lxs que luchan, habían señalado que distinguían dos procesos en curso:

Uno abierto el 18 de octubre, que es nuestra vía popular de impugnación al neoliberalismo y a la elite política. El otro proceso es el itinerario que fijaron los partidos políticos tradicionales el 15 de noviembre, del que no formamos parte y que nos es ajeno. Rechazamos ese acuerdo firmado en la cocina, sin el pueblo y a sus espaldas, por las cúpulas de los partidos que han administrado nuestra precariedad. Impugnamos el proceso que la institucionalidad nos impone, y para ello construimos un programa que lo desborde (Síntesis EPLL, 2020, p. 15).

Lo cual fue ratificado en documentos posteriores y en su campaña en torno al plebiscito del 25 de octubre de 2020.

Las Tesis y “Un violador en tu camino”

Dentro de la revuelta popular, inesperadamente, emergió otro discurso feminista que tuvo fuertes repercusiones, y lo hizo desde el *artivismo feminista*, en forma de performance e inspirada tanto en el pensamiento feminista latinoamericano –en particular de Rita Segato– tanto como en la llamada *Violencia Política Sexual* que las organizaciones

feministas han incluido dentro de los últimos años como una de las formas que toma la violencia sobre las mujeres, en este caso, para negar radicalmente el ejercicio de su ciudadanía política.

Es importante entender que la performance de Las Tesis no es la mera referencia a la violencia contra las mujeres dentro de las familias o la sociedad en general, como la prensa dio a entender. Su potencia es precisamente que, sin ignorar ese marco general (al cual también ayuda a exorcizar en su perversidad culposa sobre las propias mujeres que la sufren), se refiere directamente a la institucionalidad, al Estado con mayúsculas, a los jueces, al Presidente, a la policía, a funcionarios públicos como los culpables de la violencia contra las mujeres; no solo por no proteger, por no entregar justicia ni reparación, por no educar contra la violencia... sino que también, por ejecutar actos de violencia política de connotación sexual, violencia de género, directa y sistemáticamente a través de sus órganos represivos. Lo cual se refrenda en las estrofas y gestos que utiliza, así como en la clara mención a la canción institucional de Carabineros de Chile, hoy el principal agente estatal de la violencia política sexualizada sobre mujeres y disidencias sexuales.

Creo que, en el caso chileno, hay una experiencia que tiene que ver con una memoria que no se ha eliminado aún, que es la de la dictadura y las experiencias de violencia que el Estado puede ejercer sobre la ciudadanía. Además, en los 49 días que llevamos de protesta (social en Chile), hemos visto militares en la calle y una desmedida respuesta policial, que vivimos hasta hoy. Nosotras no lo pensamos como un canto de protesta, sino que era parte de nuestra obra performática. Entonces cuando se vuelve “viral”, probablemente sea porque lo viral es la violencia sistemática que vivimos los seres humanos a partir de estructuras del Estado moderno. Se vuelve transnacional porque finalmente es como un grito que a todas nos corresponde dar [...] lo cierto es que la performance se nos escapó de las manos y lo hermoso es que fue apropiado por otras (A. País [@anapais], 6 de diciembre de 2019).

Mujeres en la primera línea

Entre las grandes narrativas de las dirigentes y los artistas, encontramos también las voces de la calle. De mujeres que se hicieron presente de manera igualmente inédita en la *lucha colectiva*, en igualdad de condiciones y en diversidad de roles. En todas las líneas de la ocupación o toma de las calles, ellas se hicieron presentes. Ya sea encapuchadas, como voluntarias de equipos de la línea de salud, organizadoras de equipos de apoyo en alimentación, grafiteras, como piqueteras, en fin, como parte de aquellos que ocupaban y defendían enclaves como la Plaza Dignidad en la capital y otras plazas y parques a lo largo del país. Para ellas, la participación en la revuelta tenía muchos significados y motivaciones.

La motivación es que solamente como el alma revolucionaria que una tiene dentro [...] mientras todos caminaban nadie estaba enojado, todos estaban como ‘por fin hoy es el día’, que no sé... hoy día comienza el cambio, porque no sé... toda mi vida vi el cansancio de las personas pero nunca se daba como el paso para hacer una revuelta [...] y fue como que me emocioné, yo caminaba y miraba todo ni siquiera grababa con el teléfono, no pesqué nada, era como que estaba ahí mirando a la gente que estaba y pensé: ‘ahora, por fin, hay un cambio’, y no dejé de salir [...] (S, entrevista).

Como vemos en este caso, la necesidad del cambio va unida a la percepción de un fenómeno generacional, afirmaciones que tienden a repetirse entre los participantes en la revuelta, que hicieron suya como una de las consignas del movimiento la idea de que el Estado se estaba enfrentando a la *generación sin miedo*, aquella que también es la generación desposeída, que no tiene nada y no teme nada, porque tiene todo por ganar. Erróneamente, esta consigna se entendió también como si fuera una generación que no percibiera una posibilidad de futuro, una suerte de juventud nihilista y hasta *anómica* como fue tildada por algunos científicos sociales en medio de la revuelta. Sin embargo, según afirman las participantes su certeza de que es solo el

comienzo de un proceso de cambio, que incluso la pandemia no ha dado por terminado, sino tan solo atenuado *por mientras*.

Veo que esta cuestión recién empezó, o sea van a haber cambios más profundos [...] nos encontrarnos con muchas personas que lucharon y que ahora nuevamente se están revitalizando con lo que está pasando, como, por ejemplo, mi mamá, que tiene 66 años, y yo creo que ha estado en la calle más que yo [...]. Yo tengo más esperanza que pesimismo, tengo esperanza que van a cambiar algunas cosas, o sea, me gustaría que todo fuera más radical, que se hicieran experiencias que golpearan mucho más al capital, al patriarcado, porque ahora pienso que todavía falta para eso, pero tengo esperanzas que estamos en una era de transformación profunda que, a lo mejor, va a ser en diez años más, en veinte años más, pero va a cambiar. Todo lo que hemos hecho le va a dar un mundo mejor a las nuevas generaciones. Si a la larga todo lo que hacemos es para eso, para pensar que podemos tener un mundo que sea distinto, que sea menos explotador, menos violento, menos discriminador... más justo... (B, entrevista).

Además, las feministas, sienten como mujeres que han salido de la inercia y han recibido en la revuelta *un golpe de energía*, una vitalidad que emerge tanto de la posibilidad del cambio como de la certeza de ser, como mujeres, como nunca protagonistas, y en esto es para ellas fundamental el feminismo, aunque no se tenga muy clara una adscripción a alguna corriente específica de las muchas presentes en nuestro país.

El feminismo ha sido mi salvación [...] yo he aprendido mucho, siento que esa se volvió mi bandera de lucha personal. [...] siempre va a haber una feminista para ayudarte, siempre va a haber una mujer que tu no conoces y es feminista, siento que ha sido mi despertar, mi despertar en mi vida (S, entrevista).

Interrogando las representaciones

A pesar de la fuerte presencia de las mujeres y los feminismos en el levantamiento, lo que no deja de resultar sorprendente, es que las

representaciones que acompañaron la revuelta tendieron a cierto grado de inercia. No se puede negar la notable potencia y presencia de imágenes femeninas en lucha creadas por diversos artistas en espacios como los muros del GAM, tales como Gabriela Mistral de Fab Ciraolo, la *Santísima Dignidad* de Paloma Rodríguez o la *Patrona de las barricadas* adaptada para la ocasión de su similar mexicana. Sin embargo, en las calles, todavía se levantaron varias figuras masculinizadas copando el imaginario de la revuelta.

Pensemos, por ejemplo, en los superhéroes de la revuelta. Pareman, Nalcaman, Rex el dinosaurio, el *sensual y estúpido Spiderman* y hasta el *perro Matapacos* (y su fallido intento de contraparte el *Rucio matacapuchas*) aparecía masculinizado. La única figura femenina dentro de los Avengers chilenos fue la Tía Baila-Pikachú: una mujer que usando un corpóreo asexual. Incluso la mirada sobre la llamada Primera Línea, mayoritariamente, se posaba sobre hombres. Hasta que llegaron Las Tesis.

No cabe duda de que *un violador en tu camino* no solo produjo una conmoción por la fuerza significativa de su mensaje, sino que irrumpió instalando un cuerpo femenino rebelde y manifestante, desafiante e inquisidor del Estado y su violencia, de modo tal que aseguró la visibilidad del protagonismo de los cuerpos, las voces de las mujeres y los feminismos, en la revuelta.

A modo de conclusión

La movilización feminista en la revuelta representa uno de los más claros ejemplos de cómo el malestar chileno y la fuerza organizativa de las manifestaciones se enraíza no solo en la politización de la vida cotidiana en términos más tradicionales (demandas que afectan la economía vital y sentidos de las familias y comunidades), sino que también se ve impulsada por una exitosa transversalización de esas luchas con la disputa del dispositivo simbólico cultural patriarcal, que hoy se entiende estrechamente ligado al neoliberalismo y

extractivismo en que habitamos, junto a una profunda sensación de crisis generalizada, deseo refundacional y aceleración del cambio civilizatorio.

En este contexto, ¿dónde se ubican hoy los feminismos –entre la pandemia y el momento constituyente– tras esta irrupción política exitosa?

En primer lugar, si bien los sectores más orgánicos se preparan para buscar un camino para introducir al feminismo dentro del proceso constituyente, la CF8M ha llamado a aprovechar el espacio abierto con la revuelta, pero no ajustándose a sus marcos, sino buscando “saltar los torniquetes, evadir y desbordar los límites”. En consecuencia, persisten en su voluntad de ser parte de un proceso de cambio sin precedentes, constituyéndose autónomamente en una potencia generadora de radicalidad, creatividad, dinamismo y sentido, dispuesta a vincularse con otros sectores, pero sin dejarse cooptar por *el sistema*.

Así lo manifestaba también el lienzo de la Coordinadora en marzo 2020: *La revuelta feminista debe seguir, hasta que valga la pena vivir*, puesto que como lo explicaba Karina Nohales, si bien se observa una crisis del neoliberalismo *que pone en cuestión su relato ideológico y las condiciones materiales de vida que reproduce... su capacidad ofensiva en contra de las clases trabajadoras y sectores populares no está en crisis* y, por consiguiente, es imprescindible conseguir “levantar una alternativa radicalmente diferente a lo que existe [...] nos negamos a sacrificar la existencia del planeta, y con ello la nuestra, para sostener a este sistema de muerte” (*De frente*, 14 de junio de 2020).

Durante los meses de la pandemia, las feministas no se quedaron enclaustradas esperando el desenlace. La movilización ha sido intensa tanto para generar redes de apoyo frente a la pandemia como para hacer frente a las situaciones emergentes en la política nacional. Así, agrupaciones feministas participaron de iniciativas como las ollas comunes, lesbofeministas crearon *Lelapp* para ir en ayuda de las disidencias sexuales en crisis, se crearon redes de apoyo laboral y de servicios feministas, redes educativas y grupos de apoyo mutuo. Se

sostuvo la disputa política en medio de la cuarentena, la interpelación constante a las autoridades, las movilizaciones en torno a los hitos significativos para el feminismo y la denuncia y organización feminista frente a la creciente violencia doméstica en el confinamiento y aislamiento social; y, por supuesto, en la lucha por ganar el plebiscito y aprobar la convención constituyente en octubre de 2020, y luego, en la preparación para la contienda por los asientos constituyentes.

Los feminismos entienden, pues, la necesidad de copar la calle, de tomarla como un territorio que haga patente la disputa de sentidos (Harvey, 2013) y presione hacia los cambios deseados, puesto que de otro modo resulta difícil disputar las hegemonías dominantes. Y de conservar en esa presencia en el espacio público autonomía e identificación con el movimiento popular, sin dejarse entusiasmar y arrastrar por la política *secuestrada* por los grupos hegemónicos, ni intentar apropiarse de su dirección.

En este marco, los desafíos, como vemos, son múltiples y diversos, y ocurren en un espacio donde aún persisten las clásicas tensiones del feminismo chileno (entre las mujeres que buscan la institucionalización del feminismo, en partidos políticos, en políticas públicas, en el Estado, más bien reformando que revolucionando; y aquellas separatistas, autonomistas y radicales que más bien buscan la transformación profunda de las estructuras), que también tensionan las conversaciones dentro de las propias agrupaciones feministas respecto de cómo enfrentar el proceso en desarrollo.

La inacabada transformación del sistema político chileno siembra mucha incertidumbre y deja el campo abierto a numerosas formas de canalización de las demandas expresadas, que no necesariamente implican una clara posibilidad de avanzar hacia el camino impulsado por la agenda feminista. Como en otros países de la región, la inestabilidad política y económica, acentuada hoy por los efectos de la revuelta y la pandemia, también abren paso potencialmente a populistas conservadores y o autoritarios. Esto implica que los feminismos, como todas las fuerzas de cambio chilenas, aún

tienen que bregar con significativo esfuerzo por instalar decisivamente su programa y asegurar su hegemonía cultural.

En este sentido, la contienda por la nueva Constitución que recién comienza es un paso clave. Por un lado, se tiene consciencia de lo difícil que es lograr un triunfo pleno dentro de la constituyente. Pero por otro, también se tiene la esperanza de poder *saltar los torniquetes* y lograr llevar los logros más allá de los límites, lo más cerca posible de lo deseable, para desde allí seguir avanzando. Así, si bien no todos los feminismos buscan integrarse al proceso constituyente de forma institucional, todo quieren influir y buscan abrirse paso, sea desde dentro como desde fuera, a través de la movilización de ideas y personas. Lo que debiera prolongarse más allá de la Constitución misma, hacia la constitución de las instituciones, leyes, reglamentos y presupuestos, que la harán en el futuro realmente operativa.

Con todo, podemos afirmar que la experiencia feminista en la revuelta viene a confirmar su importante presencia en la política emergente, abriendo todo un repertorio de oportunidades sin precedentes en nuestro país, lo que augura una nueva etapa, significativamente diferente, para el feminismo nacional. Una en la que, por primera vez, podríamos hablar de un *feminismo de masas*, mucho más políticamente consciente y radical, pluriclasista y diverso en sus fuentes ideológicas, que en el pasado. Más conectado con el feminismo regional y mundial. Dotado de una generación de dirigentes jóvenes, formadas al calor de las luchas estudiantiles en las últimas dos décadas, y de una buena cantidad de dirigentes sociales formadas en la movilización social, portadoras de una nueva subjetividad política y un cuestionamiento de la política tradicional, que terminará por ser parte significativa de la construcción (esperemos que así sea) de una renovada institucionalidad política.

La Rabia

[...] Soy la cacerola que no los deja
dormir siesta
Soy escrito

y soy pedazo de memoria
Soy de las nunca quiso
que sacaran historia
Soy sin gloria
y también soy sin pena
Soy la que piensa que no luchar
es aceptar la condena
Soy la oveja
que se alejó del ganado
Soy la pancarta que dice
que esto no se ha terminado.

(Malú González Cortés, noviembre de 2019, fragmento).

Bibliografía

Asamblea Feminista Plurinacional. <https://www.facebook.com/afeministaplurinacional/>

Castillo, Alejandra (2020). *Asamblea de los Cuerpos*. Santiago de Chile: Sangría Editora.

Contardo, Oscar (2020). *Antes de que fuera octubre*. Santiago de Chile: Planeta.

Coordinadora Feminista 8 de Marzo [CF8M]. <https://cf8m.cl/>

Coordinadora Feminista 8 de Marzo [CF8M]. <https://www.facebook.com/coordinadorafeminista8M/>

Coordinadora Feminista 8 de Marzo [CF8M]. <https://www.instagram.com/lahuelgafeministava/>

Coordinadora Ni Una Menos - Chile. <https://www.facebook.com/niunamenoschile/>

Educación Popular en Salud [EPES] (14 de marzo de 2019). #8M desde Concepción: La marea feminista alza la voz al sur del mundo. <https://www.epes.cl/2019/03/8m-desde-concepcion-la-marea-feminista-alza-la-voz-al-sur-del-mundo/>

El Dinamo. (8 de marzo de 2020). Coordinadora 8M pide fin al terrorismo de Estado y exige la renuncia de Piñera. <https://www.eldinamo.cl/nacional/2020/03/08/coordinadora-8m-pide-fin-al-terrorismo-de-estado-y-exige-la-renuncia-de-pinera/>

Estallido social. <https://estallidosocial.com/>

Fava Etcheberry, Antonia (5 de diciembre de 2019). Yanira Zúñiga, abogada constitucionalista: La paridad permite a las mujeres incorporarse como actrices de pleno derecho, terminando con el efecto estigma que tiene la Ley de Cuotas. *Observatorio de Género* (Santiago de Chile). <https://oge.cl/yanira-zuniga-abogada-constitucionalista-la-paridad-termina-con-estigma-de-las-cuotas/>

Ferreti, Pierina (6 de agosto de 2019). Repensar los feminismos para enfrentar la crisis. *Fundación Rosa Luxemburg*. <https://rosalux-ba.org/2019/08/06/feminismos-Chile/>

Follegati, Luna (22 de mayo de 2018). Luna Follegati, historiadora: “El feminismo tiene que articularse y vincularse a problemas estructurales”. *De frente* (Santiago de Chile). <http://revistadefrente.cl/luna-follegati-historiadora-el-feminismo-debe-articularse/>

Follegati, Luna (2019, julio). El feminismo en entredicho. Preguntas contingentes a partir de las derechas y el fascismo actual. *Revista Nómadas*, (27), 169-182. https://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2019/12/El_feminismo_en_entredicho._Preguntas_co.pdf

Follegati Montenegro, L. (2018). El feminismo se ha vuelto una necesidad: movimiento estudiantil y organización feminista (2000-2017). *Anales de la Universidad de Chile*, (14), 261-291. [DOI: 10.5354/0717-8883.2018.51156].

Gago, Verónica (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de sueños.

Goecke, Ximena (2019, mayo). Feminismo en voz alta. *Le Monde Diplomatique*, p. 8. [Edición chilena].

Goecke, Ximena (2020, octubre). Feminismos en la Revuelta. *Le Monde Diplomatique*, p. 8. [Edición chilena].

Harvey, David (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.

Kogan Valderrama, Andrés (5 de enero de 2020). Francisca Fernández, antropóloga: “El feminismo socioambiental que ha tenido nueva visibilidad, no viene del feminismo, sino de las luchas por los territorios”. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/braga/2020/01/05/francisca-fernandez-antropologa-elfeminismo-socioambiental-que-ha-tenido-nueva-visibilidad-no-viene-del-feminismosino-de-las-luchas-por-los-territorios/>

Lamadrid, Silvia y Benitt, Alexandra (2019). Cronología del movimiento feminista en Chile 2006-2016. *Rev. Estud. Fem*, 27(3), e54709. [<https://doi.org/10.1590/1806-9584-2019v27n354709>].

Luna, Juan Pablo (2017). *En vez del optimismo. Crisis de representación política en el Chile actual*. Santiago de Chile: CIPER/Catalonia.

Luna, Juan Pablo (12 de marzo de 2020). Juan Pablo Luna: “Se desmanteló la idea de que Chile tenía una gran capacidad estatal de establecer orden”. *CIPER*, (Santiago de Chile). <https://www.ciperchile.cl/2020/03/12/juan-pablo-luna-se-desmantelo-la-idea-de-queChile-tenia-una-gran-capacidad-estatal-de-establecer-orden/>

Mora, Gabriel (2020). El 18 de octubre chileno y algunas perspectivas latinoamericanas. *Derecho y crítica social* (Santiago de Chile), 6(1), 1-37.

Pais, Ana [@anapais] (6 de diciembre de 2019). Las Tesis sobre “Un violador en tu camino”: “Se nos escapó de las manos y lo hermoso es que fue

apropiado por otras". *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50690475>

Prensa Libre. (7 de marzo de 2020). ¡Con todo o si no pá qué! Vocera Coordinadora 8M: "No tenemos un petitorio. Tenemos un programa". <https://chileokulto.com/con-todo-o-si-no-pa-que-vocera-coordinadora-8m-no-tenemos-un-petitorio-tenemos-un-programa/>

Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres (31 de octubre de 2018). Alondra Carrillo: "El fascismo y el feminismo son dos expresiones políticas de un mismo proceso de crisis mundial y precarización de la vida". <http://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/alondra-carrillo-el-fascismo-y-el-feminismo-son-dos-expresiones-politicas-de-un-mismo-proceso-de-crisis-mundial-y-precariacion-de-la-vida/>

Revista Emancipa (1 de enero de 2020). Coordinadora Feminista 8M Chile proyecta fortalecer redes feministas en miras de un plan de lucha para el 2020. [Entrevista]. https://revistaemancipa.org/2020/01/01/coordinadora-feminista-8m-Chile-proyecta-fortalecer-redes-feministas-en-miras-de-un-plan-de-lucha-para-el-2020/?fbclid=IwAR3T7Q26go3U9HUCp6U1wqQNVxo7bAud5U3lajlxrwlJLgGU9ZumMN UxA_o

Ruiz Encina, Carlos (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Santiago de Chile: Taurus.

Silva Zambrano, Valentina (6 de marzo de 2020). Javiera Manzi, Coordinadora Feminista 8M: "Se desbordó esa política de la autorización y eso también es un desborde de la política de la transición". *Observatorio Género* (Santiago de Chile), edición especial Día Internacional de las Mujeres. <http://oge.cl/javiera-manzi-coordinadora-feminista-8m/>

Valenzuela, Nicolás (14 de junio de 2020). Karina Nohales, CF8M: "Hoy en día el feminismo es, como ninguno, un movimiento internacionalista". *De frente* (Santiago de Chile). <http://revistadefrente.cl/karina-nohales-cf8m-hoy-en-dia-el-feminismo-es-comoninguno-un-movimiento-internacionalista/>

VV. AA. (2020). *Rabia dulce de furiosos corazones. Símbolos, íconos, rayados y otros elementos de la revuelta chilena*. Santiago de Chile: Tempestades.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Adhocracias y repliegues reflexivos

La calle y las introspecciones personales en las actorías sociales del 18-O

Karla Henríquez

Introducción

El estudio de las militancias y los activismos del siglo XXI ha sido bastante extenso en el sentido de que la ola de protestas a nivel mundial ha permitido comprender a los actores que forman parte de los movimientos sociales desde otras miradas. Una de ellas es la vía de la subjetividad, la que resalta las experiencias vividas, la transformación del sí mismo y reflexiones personales como parte camino que toman los/as jóvenes para llegar a ser activistas (Pleyers, 2010).

En algunas ocasiones nos encontramos con cuestionamientos acerca de quién es activista y quien no lo es, esto desde una mirada temporal y basada en el compromiso, en la cual el activista es se compromete con una causa de manera sostenida en el tiempo y se asocia grupos u organizaciones para luchar por derechos. Esta se trata de una mirada tradicional y clásica sobre los activismos y por sobre todo de las militancias. Hoy el activismo debe ser entendido como parte de las vidas cotidianas, la política se ha cotidianizado, se ha

instalado en las conversaciones del hogar y en el *habitus* de la vida cotidiana. En este sentido el compromiso es temporal con las organizaciones de militancias, y debe ser reemplazado por el compromiso hacia una causa que promueve valores personales y que es parte de los modos de vida de los activistas como una lucha en contra del control de la subjetividad (Pleyers, *ibid.*) del neoliberalismo. En otras palabras, ser activista no pasa por la mediación de organizaciones, sino por ser parte de un colectivo (Zarzuri et al., 2020).

Las formas de ser activista que vemos expresados en la revuelta desde octubre de 2019 también tienen que ver con actos de resistencia para abrir espacios de libertad y expresión de las formas de vida alternativas a la promovidas por el capitalismo, pero en este escenario en donde el compromiso no es permanente ¿cómo se organizan las personas que van a las protestas en la calle? ¿cómo interpela la calle a las personas transitan por ella? Estas son dos preguntas que buscan ser respondidas a modo de exploración en las páginas siguientes, para relevar alternativas en la comprensión de la participación política entendiéndola desde las subjetividades y asumiendo que la política se ha instalado en la cotidianidad de las personas, dejando de ser un lugar de privilegio y propio de partidos políticos u organizaciones partidistas y jerarquizadas.

En algunos casos quienes nos hemos interesado en el estudio de los activismos y de las militancias nos limitamos a entender las trayectorias de participación para así comprender cómo los activistas y militantes de organizaciones, tradicionales o no tradicionales, se han construido como sujetos políticos. Sin desmerecer las contribuciones que este campo de investigación ha entregado, en este capítulo se intenta mostrar la importancia de las huellas que dejan las manifestaciones en la calle y la repercusión que tienen las expresiones culturales en las reflexiones personales sobre mundos alternativos, como se va transformando el sí mismo, como se tensionan las relaciones familiares y una forma alternativa de organización que promueve relaciones horizontales, lazos de solidaridad y de confianza. Estos aspectos configuran formas de resistencias al control

de la subjetividad neoliberal y estos se ven expresados a través de acciones de creatividad y despliegue de expresiones culturales que promueven otros mundos posibles.

La calle nos interpela

La política se ha instalado en la cotidianidad de las personas y desde ahí aparece el interés genuino por ser parte de la construcción de un mundo alternativo. Cuando se ha indagado en las experiencias de participación de las personas que acudían a Plaza Dignidad, varios de ellos reconocieron el interés por ser parte de *algo*. Desde el estudio de las militancias (Zarzuri, 2018) ese algo podrían ser agrupaciones políticas de distinta índole, en donde se observan organizaciones de orden más bien tradicional, existen roles más o menos determinados e incluso jerarquías como lo vemos en los partidos políticos. Pero también encontramos otras formas de organización que son características de los movimientos de los años 2010, en donde la organización está dada por el uso que se le da a la protesta en la calle y también por la manera en que se articulan redes de colaboración entre distintas personas para llevar adelante causas compartidas como la que resume la consigna *Hasta que la dignidad se haga costumbre*.

La inquietud por lo político orienta *la búsqueda de lugares de participación* en donde los activistas se sienten convocados e interpelados a participar y aportar desde el activismo. La *necesidad de ser parte del cambio* los lleva a visitar las avenidas en donde se desarrollan protestas, también se involucran en las fiestas populares, realizan intervenciones urbanas de distinta índole, unas improvisadas y otras más elaboradas como coreografías al son de canciones de Violeta Parra. Todas ellas corresponden a creaciones artísticas y culturales las que nos podrían llevar a *pensar en una cultura realmente chilena que hasta antes del 18-O luchaba por acceder a espacios de expresión* y se promovía muchas veces por medio de colectivos culturales en zonas específicas y a las cuales accedían solo algunas personas, no por desinterés, sino

más bien porque la difusión de actividades culturales respondía a un oligopolio apadrinado por grandes empresas (mineras y de *retail*) (García, 2008), quienes a cambio de la promoción de la cultura reducían impuestos e imponían contenidos culturales importados como foco de interés. A partir del 18-O los lugares de expresión cultural se multiplicaron y coparon las principales avenidas, visibilizando la creatividad cultural y la expresión artística como un arma de lucha para la recuperación de la dignidad. Se multiplica la cantidad de murales con contenidos vinculados a las demandas sociales, lienzos en las autopistas, grafitis y consignas en los muros, conciertos de música clásica y popular desde los balcones de los edificios, proyecciones de imágenes y luces hacia la Plaza Dignidad y edificios emblemáticos de la ciudad, batucadas, por mencionar algunas. Todas estas acciones de protesta cultural junto con las barricadas y los piquetes van interviniendo el espacio público y abriendo puntos de encuentro entre las personas, entonces la calle deja de ser un lugar solo de tránsito y se transforma en un lugar egosintónico porque permiten establecer relaciones identitarias y de pertenencia.

Los lugares son egosintónicos

Los lugares, aquellos que son reflejo de la experiencia personal y subjetiva, permiten albergar a un conjunto personas que se reúnen con un propósito político, promover formas de vida alternativas al neoliberalismo y así ser protagonistas de la transformación social, buscar extender el respeto por derechos fundamentales como el derecho a una vida digna, construir nuevas formas de organización políticas innovadoras y alejadas de las jerarquías tradicionales que invisibilizan la voz de unos para mostrar vocerías representativas de unos pocos, planificar acciones políticas novedosas que irrumpen en la normatividad política, e instalar nuevas demandas.

A partir del 18-O varias avenidas principales, pero por sobre todo las plazas, se transformaron en lugares de connotación simbólica

en el sentido que las personas se comenzaron a identificar con estos lugares, les entregaron significado político como la Plaza Dignidad o la Plaza del Cabildo como algunos vecinos llamaban a la plaza en que se reunían a compartir experiencias y, junto con otros, se comenzaron a sentir parte de un espacio que antes solo era de tránsito o recreativo. Ya no solo los niños jugaban en la plaza mientras las parejas *pololeaban* o los adultos mayores les daban pan a las palomas, desde octubre esos lugares fueron fuente de construcciones identitarias colectivas, se comenzaron a compartir experiencias de vida y generaron discusiones políticas para romper la rutina neoliberal del trabajo-dinero-consumo. Desconocidos se comenzaron a reunir semanalmente para generar espacios de encuentro en donde todos pudieran deliberar y desde ahí construir un mundo mejor, reconociendo las diversidades e individualidades para que nadie quede invisibilizado.

Los lugares que hemos señalado son *egosintónicos porque están en sintonía con el yo*, responden a deseos, anhelos y expectativas de las particularidades del sí mismo. Permiten el desenvolvimiento de acciones y comportamientos alineados con intereses y motivaciones individuales. En el lugar egosintónico las personas perciben sensaciones de confort y seguridad porque como el lugar es de todos no buscan apropiarse de él, sino abrirlo y compartirlo, porque en él se intercambian experiencias, se escucha y dialoga respetando la diversidad de opiniones. Entonces la individualidad, que desde la perspectiva capitalista se asocia a la competencia y diferenciación a partir de lo que consumimos, en la revuelta adquiere otro sentido, el de respetar lo distinto y repensar una política que reconozca complejidad de las distintas subjetividades y termine con la violencia de la política de los estereotipos en donde las políticas públicas promueven ciertas formas de vida por sobre otras y excluyendo a quienes no encajan con los prototipos.

Ser activista no responde a una acción espontánea. Existe un correlato entre las experiencias de vida y procesos de reflexión que al explicitarlos dan cuenta de distintas explicaciones que se dan en un

contexto de *reflexividad activa sobre la propia biografía y que permiten identificar las formas en que las personas se van constituyendo como sujetos políticos*. En algunos casos la revuelta social tensionó las relaciones familiares cuando la necesidad de ir a las manifestaciones se confrontó a las representaciones familiares sobre los que es bueno o malo, lo justo o injusto, como se entienden los actos de violencia durante las protestas, estar a favor o en contra de las protestas. Esta realidad se vivió en varias familias.

La calle toma un especial protagonismo en esta tensión, pues es el lugar en donde quedan las huellas del malestar, las protestas dejan marcas y estas se transforman en fuentes de información para quienes transitan por ellas. Diversas expresiones artísticas, afiches, grafitis, intervenciones urbanas, frases en los muros, entre otras formas de manifestación quedan expuestas en la vía pública para que sean vistas por los transeúntes. Asimismo, estas expresiones se difunden por las redes sociales de internet, la difusión de estas expresiones cautiva la atención de quienes quieren tener más información. La calle nos interpela, su presencia nos obliga a preguntarnos qué es lo que está ocurriendo, porqué las personas salen a las calles, se exponen a recibir violencia y exponen sus vidas.

Los espacios también son egosintónicos

Por otra parte, están los espacios egosintónicos difíciles de objetivar, estos se caracterizan por ser etéreos pues el espacio no tiene fronteras y se van expandiendo en la medida que los sujetos políticos van conociendo nuevas realidades de participación política. En un espacio podemos reconocer siempre más que un lugar (Heidegger, 2014; Vaisman, 2017).

También son de esencia intersubjetiva pues corresponden al resultado del encuentro de una diversidad de subjetividades y mundos de vida que se fusionan sinérgicamente por diversas intencionalidades. El espacio egosintónico es intersubjetivo porque refleja la

relación entre lo que soy y lo que no soy (Bajtín, 2000), entre el yo y la alteridad. En el contexto de la revuelta se expresa también de esta manera cuando los entrevistados iban a las manifestaciones porque otros no podían ir. Cuando las personas se convierten en activistas de la revuelta describen su sí mismo con conciencia de la alteridad, por eso mismo el espacio es dinámico y pasa por momentos en que sus fronteras se extienden, porque se complejiza producto de que ahí está la alteridad, lo diverso y desconocido, gracias a ella hay momentos de comunión entre las personas.

Quienes van a la calle buscan el encuentro con el otro, podría ser el *alter-encuentro*, por ejemplo, en la plaza también había actividades de micrófono abierto en donde todos tenían el derecho a decir o hacer algo. Mientras unos iban a cantar canciones de Violeta Parra y otros Trap, otros contaban sus experiencias en dictadura y relataban los contextos de represión, los errores y aciertos. También otros solo se sentaban a tomar una cerveza, compartir un mate, tomar sombra y descansar luego de una larga caminata, otros pololeaban o esperaban a alguien mientras observaban las diversas expresiones en el *micrófono abierto*.

Todos quienes iban al escenario expresaban su subjetividad. En algunos casos relataban subjetividades negadas como una mujer mayor que habitaba en el sector de Providencia, uno de los sectores de más alta plusvalía por metro cuadrado, ella con voz temblorosa comenzó a relatar detalles de una vida muy precaria. Fue una mujer que trabajó toda su vida como profesora y hoy la pensión no le alcanza para llegar a fin de mes, vivía en un departamento que había adquirido con mucho esfuerzo y tenía problemas para pagar las cuentas básicas y comprar medicamentos, estaba completamente sola sumida en la depresión. Mientras hablaba las lágrimas corrían por su cara, el relato de su miseria afectó a varios de los que estaban en la plaza y de un momento a otro quienes no se conocían entre sí se comenzaron a abrazar para entregarse apoyo, no estaban solos. Varios se sintieron reflejados en el relato. Esta y muchas otras experiencias que se dieron en esos espacios abrieron lugar a catarsis

emocionales, pero también, sensibilizaciones y socializaciones, fueron puntos de encuentro simbólicos que permitieron tomar conciencia de que incluso en una sociedad altamente individualizada y competitiva nadie está solo. En ellos también se articularon redes de apoyo y trabajo para seguir en la lucha.

En los espacios también se producen encuentros intersubjetivos porque personas que provienen de realidades muy distintas se encuentran durante las protestas y comparten experiencias. Por ejemplo, varios entrevistados se mostraron sorprendidos cuando se encontraron con algún compañero de trabajo o de estudios durante las protestas. Algunos de ellos se encontraron en la primera línea. Varios de ellos iban solos a la calle, ir a las protestas día a día, semana a semana pasó a ser parte de sus rutinas de vida, iban a ellas luego del trabajo o después de los estudios. La protesta permitió establecer relaciones de confianza en algunos casos de manera espontánea, por ejemplo, cuando había personas heridas o intoxicadas con gases lacrimógenos y personas encapuchadas los rescataban, las curaban y las apartaban del peligro, sin pedir nada a cambio. A su vez las personas heridas confiaban ciegamente en los cuidados que les estaban entregando. Estas relaciones de horizontalidad permitieron extender los límites de la confianza mientras duraban las protestas. Eran personas anónimas que en ese momento coincidieron y en conjunto se articulan para resistir a la represión y así mantener las protestas día a día. Desde el 18 de octubre hasta mediados de marzo no hubo ni un día en que no se hicieran protestas.

Los espacios albergan el todo y la nada porque es el contexto en el cual se presentan las distintas fuerzas que le permitieron dar emergencia a la revuelta y no todos los interpretan de la misma manera, algunos pasan por ellos solo viendo violencia y criticando el uso desordenado del espacio. Aquí también encontramos lo que ocurre en internet, que es una nube sin fin de contenidos de distinta índole y espacios de socialización importantes para todos los cibernautas. En el espacio virtual y físico se encuentran organizaciones tradicionales de participación política (partidos políticos, sindicatos, centros

de estudiantes, asociaciones, etc.), organizaciones contraculturales, colectivos populares y personas que postean mientras reflexionan activamente sobre lo que ocurre fuera de internet, llevan la calle a la *nube*.

La búsqueda de espacios de participación de carácter egosintónico implica un ir y venir, una práctica constante de indagación, ensayos de prueba y error en donde quienes han participado de las revueltas van teniendo experiencias más o menos significativas, aprenden a llevar la lucha a distintos lugares, se informan y comparten información porque todos quieren ser parte de la revuelta, cada uno a su manera, algunos posteando, otros estando en la calle, en el barrio o en sus lugares de trabajo. *Mientras algunos de ellos solo van como espectadores, otros navegan en un océano de múltiples formas de hacer política y su participación y militancia* se va resignificando cada vez que se suma a una nueva experiencia que ofrece el espacio egosintónico. Este es uno de los ejes centrales de la subjetivación política que se ha instalado en el habitus cotidiano de las personas. A diferencia de las militancias y la participación de las décadas de los setenta y ochenta, esta deja de ser un sacrificio y se instala en la vida de las personas desde sus propios intereses y autonomías (Pleyers, 2018; Zarzuri, 2018).

El espacio es egosintónico porque refleja la subjetividad yoica, es la sinergia entre las distintas posibilidades hacer política, el reflejo de la biografía de las personas, una diversidad de valores, aspectos identitarios y relaciones de colaboración. Así las personas van transitando de una experiencia a otra tomando aquello que les da sentido y que es congruente con su sistema de valores.

Adhocracias y el activismo

Un tema que ha despertado el interés durante las protestas ha sido la manera en que el movimiento social se organiza y la falta de un liderazgo claro y visible. Durante el movimiento estudiantil del 2011

las críticas desde una visión política tradicional y adultocentrista (Duarte, 2012) en aquel entonces apuntaban a la falta de liderazgo en el movimiento porque los interlocutores eran varios y los líderes de la política tradicional y representantes del gobierno se quejaban de que los voceros cambiaban continuamente. Con el estallido del 18 de octubre y la revuelta ocurrió algo similar, los representantes del gobierno y algunos diputados y senadores reclamaban que no había una vocería, ni una organización y que el movimiento no tenía un interlocutor válido con quien hablar y *avanzar*.

Los actores sociales de los movimientos sociales del siglo XXI (Pleyers, 2018) buscan formas horizontales de relacionarse, dar lugar al reconocimiento de la diversidad de demandas y el reconocimiento del otro con sus propias demandas, valores y motivaciones. Tener voceros que representen la voz de muchos es invisibilizar la diversidad que es parte del mismo movimiento.

Ver al movimiento y a sus activistas como parte de una estructura rígida o jerárquica puede ser un error. En la calle los activistas se organizan de manera adhocrática, es decir, cada uno asume roles y formas de participar *ad hoc* a sus motivaciones para cumplir con *un propósito personal, con base en proyectos de vida individuales que luego se interpretan como objetivos colectivos*. Las formas de organización adhocráticas han sido estudiadas en la psicología de las organizaciones (W. Bennis, 1965; W. G. Bennis, 1969; Mintzberg y McHugh, 1985; Morgan, 1990; Skrtic et al., 1996) para dar cuenta de las características estructurales de organizaciones y como respuesta a la decadencia de las organizaciones burocrática basadas en el control excesivo de las funciones y en la desconfianza. González (2009) se refirió a ellas para explicar la transformación de las formas de participación ciudadana juvenil, caracterizadas por constituirse desde la esfera privada e incluso íntima y que responde a la satisfacción de necesidades (ego-sintónicas, en sintonía con el yo) y a situaciones calificadas como urgentes para las personas. Así, las adhocracias caracterizarían a la generación escolar chilena de los noventa (González, 2007), al ser una generación determinada por un conjunto de hitos sociales,

económicos y políticos particulares (Sandoval Moya y Hatibovic Díaz, 2010), los cuales influyeron en su constitución como sujetos políticos de participación centrada en el yo.

Al interior de los movimientos sociales del siglo XXI y en el movimiento luego del estallido, vemos organizaciones de tipo adhocrática que aparecen y desaparecen, a veces es difícil seguirle la huella porque se visibilizan en algunos momentos, tienen un objetivo claro como lo fue el colectivo *La lenteja combativa* compuesto por un grupo de mujeres que repartía lentejas a la primera línea durante unas semanas. Luego se desintegran y cada mujer sigue su curso como cual electrón libre.

Las organizaciones adhocráticas son sistemas vivos que se van transformando y muchas veces dejan de existir cuando el objetivo individual con sentido colectivo se cumple (Henríquez, 2020). Cada persona cumple con su rol y se relacionan de manera horizontal, siendo sinceros y confiando mutuamente. No tienen un liderazgo estable porque buscan establecer sinergias a partir de la colaboración de cada persona, lo que, en muchas ocasiones genera cuestionamientos por parte de líderes que practican la política tradicional. Todos son protagonistas, todos son importantes. Los actores que participan de estos movimientos sociales se involucran como *electrones libres*. toman distancia de organizaciones y asociaciones, en donde usualmente los actores que no son protagonistas pierden visibilidad frente a la imagen que proyecta la organización y sus vocerías.

Conclusiones. Destradicionalización de la participación y repliegues reflexivos

La participación política se ha *destradicionalizado* y ha llegado a la vida cotidiana. Para estudiar la participación política hoy debemos hacer el esfuerzo por dejar de pensar en la perspectiva dicotómica: participa o no participa; participación formal o informal; público o privado; individual o colectivo. Cuando decimos que la política ya se

ha instalado en la cotidianidad de las personas también reconocemos que el desencanto y la serie de demandas sociales se han instalado como temas de conversación en las rutinas cotidianas.

Los periodos de volcamiento hacia procesos privados de *insight* son inherentes al activismo que se da en lo público. Dejar de accionar en el ámbito de lo público consiste en la pérdida de protagonismo de la arista conductual en el encuentro con la otredad. No obstante, activistas siguen participando a nivel cognitivo. Se repliegan de alguna manera desde el protagonismo en espacios públicos para pasar a un estado en donde se posiciona el protagonismo de la reflexividad activa. En el estudio de los movimientos sociales lo más cercano a esta perspectiva vendría siendo la fase de latencia (Melucci, 1999). Adquiere relevancia un proceso interno y especialmente subjetivo, de introspección, privado, en donde se da cabida a la evaluación de lo hecho y lo no hecho, se reelaboran expectativas que inicialmente motivaron la decisión de participar activamente mediante la pertenencia a alguna colectividad. También surgen cuestionamientos sobre las formas en que se desarrollan las acciones colectivas de las cuales activistas han formado parte en el espacio de lo público, se reflexionan los protagonismos y roles que se desplegaron durante la protesta, se reflexiona sobre el porqué se participa, qué se hizo bien, que es lo que molesta, con qué no se está de acuerdo, qué temores aparecieron, preguntas que forman parte de los procesos de desobjetivación y subjetivación política. Cuando los/as activistas se retiran de las calles muchas veces en la soledad de sus pensamientos se adentran en un periodo de profunda reflexión de sí mismos, se piensan como activistas y como sujetos políticos para ir nuevamente a las calles con repertorios discursivos y de acción que permiten resignificar las experiencias de la lucha en la calle.

El repliegue reflexivo no es equivalente a la ciudadanía pasiva (Janoski, 1998) porque cuando la política se instala en la cotidianidad de las personas el sujeto político juvenil sigue pendiente de lo público y reflexiona sobre sus capacidades, derechos y deberes, incluso planifica acciones a futuro con fines de transformación social

o micro transformaciones. No se queda en la pasividad porque la esencia del sujeto político es la inquietud por lo político, por “*el modo en que se instituye la sociedad*” (Mouffe, 2009). La inquietud promueve el interés político y moviliza a los alteractivistas a experimentar distintos acercamientos a la política. Orienta la búsqueda lugares de pertenencia y promueve el interés por conocer nuevas formas de participación y conocimiento acerca de la política institucional, por lo tanto no es extraño que el compromiso no sea como un sacrificio de las generaciones de activistas de los años de dictadura, sino que el compromiso es individual en el sentido que lo que se busca son experiencias de vida y ampliar los espacios de experiencia que permitan aprender nuevas formas para promover valores y otras formas de vida con base en la equidad y dignidad.

Bibliografía

Bajtín, Mijail (2000). *Yo también soy (fragmentos sobre el otro)*. México: Taurus.

Bennis, Warren (1965). Beyond bureaucracy. *Society*, 2(5), 31-35. [<https://doi.org/10.1007/BF02806136>].

Bennis, Warren. G. (1969). Post-bureaucratic leadership. *Society*, 6(9), 44-52. [<https://doi.org/10.1007/BF02819884>].

Duarte, K. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última Década*, (36), 99-125. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/udecada/v20n36/art05.pdf>

García Canclini, Néstor (2008). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.

González, Sergio (2007). La noción de ciudadanía en jóvenes estudiantes secundarios y universitarios: un análisis de estudios comparados de la Nueva Ciudadanía, pp. 335-372. En A. Zambrano et al. (eds.), *Psicología comunitaria en Chile: Evolución, perspectivas y proyecciones*. http://www2.facso.uchile.cl/psicologia/postgrado/magister/comunitaria/publicaciones/libros/03_zambrano.pdf

González, Sergio (2009). Nuevas ciudadanías juveniles. *Observatorio de la Juventud*, (22), 37-46.

Heidegger, Martin (2014). *Construir, habitar, pensar*. S.d.: La oficina.

Henríquez, Karla (2020). Participación juvenil con centralidad en el sí mismo: adhocracias en un grupo de estudios chileno. *Revista Estudios Avanzados*, (33), 40-51. [<https://doi.org/10.35588/rea.v0i33.4669>].

Janoski, Thomas (1998). *Citizenship and Civil Society*. Nueva York: Cambridge University Press. [<https://doi.org/10.1017/CBO9781139174787>].

Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.

Mintzberg, Henry y McHugh, Alexandra (1985). Strategy Formation in an Adhocracy. *Administrative Science Quarterly*, 30(2), 160-197. [<https://doi.org/10.2307/2393104>].

Morgan, Gareth (1990). *Imágenes de la organización*. Madrid: RA-MA Editorial.

Mouffe, Chantal (2009). *En torno a lo político*. México: FCE.

Pleyers, Geoffrey (2010). *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age*. Cambridge: Polity Press.

Pleyers, Geoffrey (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181101011041/Movimientos_sociales_siglo_XXI.pdf

Sandoval Moya, Juan y Hatibovic Díaz, Fuad (2010). Socialización política y juventud: el caso de las trayectorias ciudadanas de los estudiantes

universitarios de la región de Valparaíso. *Última Década*, 18(32). [https://doi.org/10.4067/S071822362010000100002].

Skrtic, Thomas; Sailor, Wayne y Gee, Kathleen (1996). Voice, Collaboration, and Inclusion. *Remedial and Special Education*, 17(3), 142-157. [https://doi.org/10.1177/074193259601700304].

Vaisman, Luis (2017). *Semiología arquitectónica. Una presentación*. Santiago de Chile: LOM.

Zarzuri, Raúl (2018). Jóvenes y militancias. Itinerarios teóricos y agenda de investigación. *Academia y Crítica*, (2), 251-269. <http://bibliotecadigital.academia.cl/handle/123456789/5502>

Zarzuri, Raúl et al. (2020). *Informe final. Sujetos del levantamiento en Chile*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo.



Fotografía:

Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Lo que octubre se llevó

Estallido social y crisis de representación en Chile¹

Violeta Montero Barriga

Malestar social y crisis político institucional. Antecedentes

El sistema político institucional chileno venía mostrando síntomas de desprestigio y deterioro desde los años 2006 y 2011. Las demandas de profundización democrática y crítica a un sistema económico basado en principios neoliberales eran señales de agotamiento que se gatillaron inicialmente por el endeudamiento de jóvenes estudiantes universitarios y sus familias, impulsando un fuerte movimiento social en ese período. Producto de las protestas universitarias, se cuestionaron aspectos sectoriales del campo educativo, pero también otros temas globales del sistema político y económico nacional, que persisten como nudos críticos hasta el día de hoy (Montero, 2019). La conflictividad social siguió un curso ascendente y sistemático desde los hitos señalados, con movilizaciones que se focalizaron en temáticas ambientales, de pensiones, regionales, educativas, y con una

¹ Este trabajo contó con el apoyo del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES, ANID/FONDAP/15130009).

gran movilización feminista y de disidencias sexuales en el año 2018, que situó la igualdad de género en la agenda pública.

En paralelo a esta emergencia de movimientos sociales, la distancia entre la clase política y la ciudadanía era evidente. Esto fue consecuencia de líderes políticos que impulsaron la instauración de reformas *en la medida de lo posible* en los años noventa, y que provocaron un fuerte distanciamiento con la ciudadanía producto de la priorización de una lógica tecnocrática en la toma de decisiones. Siguiendo a Luna (2017), la crisis de representación se produjo porque a) el ejercicio político se redujo a la gestión de un gobierno *eficaz*, implementado de arriba hacia abajo, con escasa o nula participación ciudadana; y porque b) los partidos políticos se desarraigaron de la sociedad civil perdiendo presencia organizacional en las bases y distanciándose (Somma y Bargsted, 2014) de los movimientos sociales. Bajo el predominio y legitimación de imperativos técnicos, más que consideraciones políticas para formular e implementar políticas públicas, la toma de decisión se mantuvo fuera de la esfera de influencia de las propias comunidades y sociedad civil, desempoderando a la ciudadanía y debilitando el diálogo político (Báez, 2012; Montero, 2019). En base a esta concepción tecnocrática de la política predominaban en el debate –y hasta el día de hoy– argumentos técnicos y de eficiencia económica que no brindaron concesiones mínimas y razonables a las demandas de la ciudadanía.

La discusión pública en Chile, por su parte, se alojaba en medios de comunicación y redes sociales que combinaban noticias de farándula con casos de corrupción en las fuerzas armadas, carabineros, en la política, en la iglesia y en la vida empresarial. Se agudizaba así el distanciamiento crítico entre sociedad civil-élites, provocando mayor desconfianza y desapego con las instituciones del país. Tal como lo mostraba la *Auditoría a la democracia. Más y mejor democracia para un Chile inclusivo* del Programa de las Naciones Unidas (PNUD) en el 2016, se encontraban los partidos políticos y el congreso dentro de las instituciones con menores niveles de confianza y consiguiente desprestigio. Respecto de los partidos políticos, un 84%

de los encuestados consideraba que estos *representaban muy mal los intereses de los ciudadanos ante el Estado*; mientras que un 58% de las personas planteaba que los partidos políticos *solo sirven para dividir a la gente*. Los principales motivos que explicaban el desapego de los partidos con la ciudadanía eran los niveles de *corrupción* y el hecho de que estos, *parecen trabajar solo para sus propios beneficios*, siendo al mismo tiempo *poco creíbles o mentirosos*.

En otra dimensión vinculada al análisis de cultura política (Montero, 2016), y según datos del estudio *Barómetro Regional* del año 2019,² a nivel nacional, un 78,7% de la población no había oído hablar, ni tenía antecedentes sobre la próxima elección de gobernadores regionales. En la misma línea, un 89,5% de los encuestados declaraba no conversar de política con amigos ni familiares, y un 94,8% de los encuestados declaraba opinar *a veces o nunca* sobre temas de política a través de redes sociales. Al mismo tiempo, los niveles de confianza interpersonal se mostraban muy bajos, siguiendo una tendencia que ya se había detectado en el año 2016 en el informe PNUD, donde un 75% de las personas pensaba que *no era posible confiar en los otros*, dando cuenta de una sociedad fracturada, con pocos y débiles vínculos interpersonales y con altos niveles de individualismo que hacían difícil pensar en proyectos colectivos.

Este escenario es el que antecede la gran movilización de octubre de 2019, uno donde persiste el diagnóstico de mal funcionamiento de la democracia y donde se establece una denuncia a la desigualdad y a la mala gestión de las instituciones de gobierno, que no responden a las necesidades y anhelos de las personas. A partir de ese momento, las paredes en las calles, los lienzos desplegados en las marchas, las declaraciones de colectivos organizados, las redes sociales, los medios de comunicación, la reapropiación de imágenes y mensajes

² Estudio impulsado en 2019 por la Red de Centros de Estudio Regionales (RED-CER). Se realizó el trabajo de campo entre los meses de abril a septiembre de 2019, con la aplicación de una encuesta administrada a un total de 4.205 encuestados a nivel nacional. Responsable en Región del Biobío: Violeta Montero, Universidad de Concepción.

para expresar el malestar... son todas señales de un cúmulo disímil de demandas y anhelos orientados a la transformación del país que estalló en octubre.

El estallido social en Chile. Lo que trajo al debate público y lo que terminó de llevarse³

No son 30 pesos, son 30 años.

Violenta es la desigualdad.⁴

El 4 de octubre de 2019, el *panel de expertos del transporte público* anunció un alza en la tarifa de los servicios de transporte “para los servicios subsidiados de buses, metro y tren Alameda-Nos en las 32 comunas de la provincia de Santiago y las comunas de San Bernardo y Puente Alto”.⁵ Ante las críticas y para enfrentar el tema, el ministro de Economía Juan Andrés Fontaine recomendaba a la ciudadanía madrugar para evitar la hora punta y así ahorrar. Estos dos hechos, que daban cuenta de tecnocracia en la toma de decisión y de distancia entre élites de gobierno y ciudadanía, no fueron tolerados ni obedidos. En reacción a la medida, se produjeron evasiones masivas de estudiantes secundarios y universitarios en el transporte público de Santiago. Se multiplicaron críticas y protestas en distintos espacios públicos hasta que el día 18 de octubre se cometieron 17 atentados

³ La autora agradece y reconoce el aporte de material cualitativo al presente apartado, que resultan de la investigación Mini-COES 2019 “Personas comunes en movilizaciones extraordinarias. Escucha Activa 2.0: politización y deliberación entre las y los manifestantes de Santiago y regiones en el marco de la crisis sociopolítica y el proceso constituyente” a cargo de Carolina Aguilera y financiado por COES (ANID/FONDAP/15130009). Equipo de Investigación: Vicente Espinoza, Emmanuelle Barozet, María Luisa Méndez, Francisca Gutiérrez, Nicolás Angelos, Daniela Jara y Violeta Montero.

⁴ Grafitis en las calles de Santiago. Ver www.laciudadcomotexto.cl

⁵ Ver www.paneldeexpertostarifa.cl

contra estaciones del metro en la capital, que comenzaron a ser conocidos en todo el territorio a través de los medios de comunicación y redes sociales.

La magnitud de la protesta alcanzó niveles imprevistos rápidamente. La respuesta inicial por parte del gobierno fue tratar la evasión como un delito (Ganter y Varela, 2020). Se buscó reprimir las acciones transgresivas en el transporte y retornar al orden público en una dinámica creciente de represión. El 18 de octubre se invocó la *Ley de Seguridad del Estado* para sancionar a *todos aquellos que hubiesen cometido daños, saqueos o incendios en la red subterránea de transporte*. Esta decisión, más allá de resolver el conflicto, se tradujo en mayores movilizaciones en distintos puntos de la ciudad de Santiago, y con proyecciones a otras regiones del país, especialmente en ciudades capitales como Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Rancagua, Concepción, Valdivia y Puerto Montt.

En ese estado de cosas, el Gobierno resolvió invocar el *Estado de emergencia*⁶ en quince de las dieciséis capitales regionales del país,⁷ que es uno de los mecanismos dispuestos por la Constitución chilena para enfrentar situaciones excepcionales.⁸

A decir de Alenda (2020), *la derecha pareció reconectarse con su pasado autoritario* producto de esta acción impulsada por el presidente Sebastián Piñera. Sin embargo, en el mismo período y dando cuenta de la ambivalencia ideológica de la coalición, el 24 de octubre se realizó una invitación formal a observadores de la ONU y de Human Rights Watch, sintonizando con las denuncias y preocupaciones por la defensa de los Derechos Humanos en Chile, que daban cuenta de

⁶ Se argumenta una “grave alteración al orden público, daño o peligro a la seguridad nacional”. El Estado de emergencia es invocado por el presidente de la república, impide libertad de locomoción y/o reunión y otorga a las fuerzas militares atribuciones excepcionales. Ver www.senado.cl

⁷ Ver www.biobiochile.cl

⁸ Constituye un Estado de Excepción Constitucional (E.E.C.) aquel que “altera la situación de normalidad y regularidad de los derechos y libertades de las personas garantizadas por la Constitución Política, debido a razones extraordinarias y graves, con la finalidad de proteger otro bien mayor”. Ver www.senado.cl

atropellos a ciudadanos y daños físicos oculares irreparables, entre otros casos que se dieron a conocer por medios de comunicación social y por el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH), en particular por la violenta represión a las manifestaciones en las principales ciudades del país.

La movilización que se expresó en las calles tuvo un repertorio de acción colectiva diverso. Se combinaron cacerolazos y marchas pacíficas familiares con otras acciones violentas que incluyeron incendios, *funas* y saqueos (Ganter y Varela, 2020). Se produjo, como venía siendo la tónica de las últimas movilizaciones, un uso masivo de redes sociales y ciberactivismo. Se sumaron, además, a todas las acciones realizadas en espacios céntricos y simbólicos de las ciudades, encuentros barriales en forma de cabildos autoconvocados y otras articulaciones sociales y territoriales donde se reunieron vecinos, hombres, mujeres, jóvenes y niños, participando de un ambiente de discusión tendiente a diagnosticar los nudos críticos del país y pensar el futuro. En oposición a la tendencia que se venía observando previo al estallido, se produjo una efervescencia política amplia, que incentivó a conversar de política, a compartir contenidos de política y a situar, por ejemplo, a la *Constitución Política de Chile* como uno de los textos más consultados del período.⁹ En perspectiva, se produjo un continuo de movilización social entre los meses de octubre de 2010 a enero de 2020, en distintas ciudades del país, que aminoró principalmente en el mes de febrero en Chile (asociado históricamente a las vacaciones), y por la emergencia sanitaria, en marzo, producto del COVID-19.

Hasta esa fecha, las demandas que emanaron de la movilización fueron múltiples y se dirigían a interpelar principalmente al sistema político nacional y a sus actores formales, a través de distintas acciones colectivas que buscaban cuestionar las bases y acuerdos

⁹ Ver *La Tercera* (18 de noviembre de 2019). Indica la noticia que “En el último mes la Carta Magna entró al *ranking* de los libros más vendidos y registra un aumento en sus ventas del 40%, según Editorial Jurídica. Además, sus descargas y consultas online ascendieron a 27 mil visitas en la Biblioteca del Congreso”.

políticos y económicos existentes en Chile, demandando transformaciones en distintos ámbitos (Aguilera y Espinoza, 2020). En perspectiva combinada (Guzmán Concha, 2014) se puede señalar que se conjugaron factores macroestructurales y micro sociales característicos de la realidad chilena, para empujar esta gran movilización social.¹⁰ En el primer ámbito, como una estructura macro arraigada en la realidad nacional, se encuentra la desigualdad. Su presencia, persistencia y efectos no permiten acceder plenamente a derechos sociales de salud, educación, pensiones, vivienda, entre otros. Además, en distintas dimensiones (social, económica, cultural, política), la desigualdad se traduce en desventajas que se presentan como “condiciones estructurantes de la vida y que se perciben como injustas en sus orígenes, o moralmente inaceptables en sus consecuencias” (PNUD, 2018). Por su parte, también en términos estructurales, el sistema político cerrado, concentrado y centralista no permitió establecer vasos comunicantes efectivos entre élites políticas y ciudadanía. Produjo decisiones tecnocráticas, alejadas de las necesidades y anhelos ciudadanos, sin legitimidad social ni vías de comunicación. En el segundo ámbito, de factores micro sociales, distintas expresiones de subjetividad social e individual dan cuenta de a) emociones de agobio con un modelo laboral y económico que asfixia; b) de frustración contra una clase política que no representa ni conecta con las necesidades de las personas; y, c) de esperanza, con un momento de encuentro comunitario, de debate colectivo e intentos de transformación sociopolítica.

Desde el punto de vista de la representación, el estallido social se constituyó como una manifestación social inorgánica (Aguilera y Espinoza, 2020). Aunque no de manera exclusiva, en gran medida fue espontánea y carente de liderazgos políticos o sociales definidos. Las dinámicas de articulación social que se dieron fueron más bien

¹⁰ Hallazgos identificados en grupos de discusión y entrevistas semiestructuradas realizadas durante el período de enero a septiembre 2020, en el marco del proyecto de Investigación Mini-COES 2019, ya mencionado.

horizontales, con vocerías determinadas por grupos de interés, pero claramente con menos jerarquías que en movilizaciones anteriores. Esta dinámica sigue la tónica que se vivió en Chile el año 2018, en el marco del movimiento feminista, con la acción clave de las *mujeres autoconvocadas*.¹¹ No se representaban partidos políticos ni grupos de interés, sino que se reunían y convocaban mujeres de distintas sensibilidades y grupos por una motivación y experiencia común: *el abuso en todas sus formas*.

Otra dinámica que parece clave desde el punto de vista de la representación es que las movilizaciones de octubre 2019 fueron empujadas inicialmente por jóvenes secundarios y adultos jóvenes que ya tenían, en alguna medida, experiencias de movilizaciones previas. Son jóvenes de una nueva generación, sin miedo a la conflictividad y con fuertes deseos de cambio social que actúan fuera de las lógicas políticas de *representación democrática*. Han vivido la ausencia de vasos comunicantes con generaciones anteriores, y no tuvieron la experiencia previa de vínculos con partidos políticos y/o actores políticos formales (CRUCH, 2019).

En los años noventa, al revés, se daba una relación estrecha entre partidos políticos y movimientos sociales produciéndose, por lo mismo, dinámicas de cooptación y conducción formal e institucional el descontento social. Estas dinámicas, con las que la coalición política de centro izquierda *La Concertación* manejó los conflictos sociales, “eran resultado de su forma de significar la realidad social y los marcos materiales de experiencia. De allí que permanentemente cualquier acción que presionara por la democratización fuera rápidamente invisibilizada y desestructurada para evitar *la sensación de caos y anomia* que movilizaba en la elite de la Concertación, las viejas

¹¹ Ver antecedentes en Quintana (14 de junio de 2018). Da cuenta de los apuntes del Primer encuentro de feministas autoconvocadas registrado en junio de 2018 en la Universidad del Biobío, Región del Biobío. “Todas tenemos frío, lluvia sureña, el espacio que nos cobija es helado, sin embargo, comenzamos la dinámica de conocernos y de conversar sobre lo que nos convoca, ese dolor que nos atraviesa: el abuso en todas sus formas”.

imágenes de los años ochenta” (Moyano 2012, p. 37; Montero, 2019). Esta realidad y experiencia se aleja completamente de lo vivido en el año 2020. En el movimiento de octubre, se apreciaba un conjunto de actores políticos formales que no lograban vincular sus acciones con las de la sociedad civil. Tampoco contaban con espacios de participación en las protestas ciudadanas y no lograban establecer vasos comunicantes con los grupos ni con los individuos.

La pregunta y el problema en este escenario es cómo canalizar el malestar. ¿Cómo construir alternativas de solución a las demandas establecidas en la calle? ¿Cómo responder a las necesidades materiales y a los anhelos de transformación social expresados en la protesta?

Como advierte la fundación Nodo XXI, “El movimiento social que exige respuestas a sus urgencias materiales no esperará por siempre la resolución institucional de sus demandas, y ello conlleva un riesgo latente de respuestas autoritarias ante el crecimiento de la protesta social” (2020). El diagnóstico parece claro: Chile no es un oasis.¹² Los indicadores de crecimiento no implican desarrollo; la ausencia de conflictos no es señal de legitimidad sociopolítica ni de su régimen de gobierno; y la gobernanza es un desafío complejo, más aún en un escenario donde la representación política es frágil y está puesta en duda.

Desafíos y alternativas post estallido social

Tras un mes de fuertes protestas sociales, y posterior a un largo proceso de debate entre partidos políticos, el 15 de noviembre de 2019 se suscribió en el parlamento el *Acuerdo por la Paz Social y nueva Constitución*. Distintos representantes de partidos políticos, con

¹² En alusión a la afirmación del presidente Sebastián Piñera los primeros días de octubre 2020, quien señaló ante un medio nacional “En medio de esta América Latina convulsionada veamos a Chile, nuestro país es un verdadero oasis con una democracia estable, el país está creciendo, estamos creando 176 mil empleos al año, los salarios están mejorando”. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/10/08/963586/Piñera-por-America-Latina.html>

excepción del Partido Comunista, suscribieron este compromiso con el fin de “reestablecer la paz social y el orden público, así como asegurar el total respeto a los derechos humanos y resguardo de la institucionalidad democrática, apuntando a generar una nueva carta magna que reemplace la de 1980”.¹³

Como ha sido la práctica histórica en Chile, la toma de decisión se concentró en el gobierno y en los actores políticos formales. Nuevamente se dejó fuera a la sociedad civil de los espacios de discusión, pero ahora con los argumentos de que “se ha puesto a la ciudadanía primero”, que “se felicita a quienes han sufrido y se han esforzado por empujar estos cambios” o que “hay que tomar la vanguardia y empujar estas transformaciones profundas” y que “será la ciudadanía quienes decidan”. La pregunta que surge en este momento es ¿Qué tan sostenible es esta decisión en un ambiente de desconfianza y falta de legitimidad política?

Debido a que el escenario es especialmente complejo y la respuesta contradictoria, la clave de solución parece encontrarse en las mismas instituciones (Aguilera y Espinoza, 2020), en el camino democrático propuesto para discutir y cambiar la Constitución en Chile. También parece encontrarse en la posibilidad de transformar las instituciones, y, sobre todo, en la prioridad por responder con urgencia a las necesidades materiales de la ciudadanía, que se han visto agravadas por la emergencia sanitaria y la pérdida de empleos.

Estamos *ad portas* de dos procesos trascendentes para la disputa del poder político y territorial: el cambio constitucional y la elección de gobernadores regionales. Ambos procesos poseen un gran potencial transformador, y por lo mismo, es fundamental repensar el presente y empujar por transformaciones claves en el entramado nacional que consideren, de manera amplia y relevante, los siguientes aspectos:¹⁴

¹³ Ver www.senado.cl

¹⁴ Reflexiones y avances desarrollados en el marco del “Grupo de los 24”. Fundación Chile Descentralizado.

En el ámbito político:

- Con miras a la discusión constitucional, asegurar la composición de un órgano constituyente diverso y por tanto legítimo, con representación de género¹⁵ y etnia.
- Asegurar en el debate constituyente el establecimiento de una discusión plural y legítima que se mantenga a lo largo del todo el período.
- Instaurar mecanismos de participación institucional, claros y disponibles, en el proceso de discusión constitucional.
- Con perspectiva de largo plazo, asegurar mecanismos de participación institucional claros y conocidos en todo el proceso de formulación e implementación de políticas públicas, con foco en las distintas escalas de gobierno: central, regional y local.
- Establecer un nuevo pacto político territorial, que rompa con la tradición centralista de Chile y que distribuya recursos y poder con principios de equidad regional. En esto es clave la elección gobernadores regionales, que debe ser acompañada por la transferencia de competencias y recursos, así como por mecanismos de control que eviten corrupción y cooptación caudillista.
- Romper con la dependencia económica de pocos recursos naturales y promover el desarrollo territorial equilibrado, en base a las potencialidades productivas de las regiones.
- Abrir espacios claros y expeditos para reformas políticas trascendentes, más allá del cambio constitucional, en especial el reconocer constitucionalmente a los pueblos indígenas y abordar el gran mal de Chile: la desigualdad.

¹⁵ Paridad relativamente asegurada en convención constituyente, pero no en convención mixta.

En el ámbito social, considerando que las dinámicas de convivencia y organización colectiva se potenciaron a partir de octubre 2019, y que no es prerrogativa del Estado sino resorte de la propia sociedad civil:

- Fortalecer la densidad del tejido social. Promover la convivencia social y formas de articulación colaborativas, no solo con base y foco (dependencia) en las instituciones.
- Fortalecer sociedad civil y organizaciones comunitarias y vecinales (Letelier et al., 2019).
- Confiar y promover mayores niveles de deliberación social y política.
- Posibilitar el diálogo social, más allá de los intereses particulares y visiones ideológicas.
- Promover liderazgos sociales y territoriales para construir y co-construir políticas públicas pertinentes y con legitimidad social y local.

Ante los escenarios descritos, tenemos la posibilidad de avanzar en las bases de un nuevo pacto social, que podría promover mayor inclusión de las demandas y anhelos ciudadanos y/o cerrar el sistema político para una mayor persistencia de la crisis social. Hemos transitado en los últimos años a través de cambios políticos reformistas, en la medida de lo realizable institucionalmente, y de lo aceptado, bajo los parámetros de marcos normativos e ideológicos predominantes, pero los límites se abrieron con la coyuntura política y social que significó el estallido social en el país.

Ahora se piden transformaciones de fondo, que renueven las formas de convivencia, los principios y los actores claves de la democracia en Chile, a través de la vía institucional, asegurando estabilidad y paz social. Sin duda este camino no está asegurado. En el estallido social se expresó el malestar existente, pero ahora el desafío es canalizar políticamente estas alternativas para asegurar un nuevo pacto social y territorial para Chile.

Bibliografía

Aguilera, Carolina y Espinoza, Vicente (10-13 de septiembre de 2020). Listening to First-Time Protesters. The Multiple Meanings of the Chilean Revolt [ponencia]. *New Perspectives on Protest: Ordinary Citizens in Extraordinary Movements Panel*, 116th American Political Sciences Association Meeting & Exhibition [APSA], San Francisco, Estados Unidos. [Evento digital y virtual].

Alenda, Stephanie (2020). Las ambivalencias de la derecha en la gestión de la Primavera Chilena de 2019-2020. *Revista Euro Latinoamericana de Análisis Social y Político (ELASP)*, 1(1). [Primera versión Alenda, Stephanie (2020, marzo). Les ambivalences de la droite chilienne dans la gestion de la crise. *IdeAs*, (15)].

Báez Urbina, Francisco (2012). Lo colectivo, lo técnico y lo político. *Polis*, (32). <http://polis.revues.org/6463>; DOI: 10.4000/polis.6463

Barómetro Regional (2019). Resultados de análisis nacional. https://ce-ruach.cl/wp-content/uploads/2020/03/Presentacion-Nacional-Barometro2_compressed.pdf

CRUCH (2019). Informe final. Comisión Interdisciplinaria de Cultura Juvenil y Convivencia. [Consejo de Rectores, académicos responsables: Rodrigo Ganter Solís (UdeC), Violeta Montero Barriga (UdeC), Claudia Moraga Contreras (UTA), Rosa María Olave Robert (UAH)].

Fundación Nodo XXI. (18 de julio de 2020). Reflexiones políticas en tiempos de pandemia. Espacio de coyuntura. <https://www.nodoxxi.cl/>

Ganter Solís, Rodrigo y Varela Álvarez, Gabriela (2020). *Violencias / Desobediencias: un antes-durante el estallido social chileno 18/O*. Santiago de Chile: LOM. [En prensa, mayo de 2020].

Guzmán-Concha, Cesar (2-3 de diciembre de 2014). Explicando las movilizaciones estudiantiles de 2011. Una perspectiva desde la sociología política [ponencia]. *Seminario Legitimidad y Acción Colectiva*. Centro de Conflicto y Cohesión Social (COES), Santiago de Chile, Chile.

La Tercera (18 de noviembre de 2019). Como la Constitución política se transformó en el *best-seller* de la temporada. www.latercera.com

Letelier, Francisco et al. (2019). *Lo vecinal en Chile. Conceptos, políticas y prácticas en disputa*. Talca/Curicó: Ediciones UCM.

Luna, Juan Pablo (2017). *En vez del optimismo. Crisis de representación política en el Chile actual*. Santiago de Chile: Catalonia.

Montero, Violeta (2016). Cultura Política. En María Inés Picazo, Violeta Montero y Jeanne Simon (2016). *Diccionario de Ciencia Política*. Concepción: Ediciones UdeC.

Montero, Violeta (2019). *Movimiento estudiantil 2011 y educación superior en Chile: desde las ideas en la calle al debate y cambio político institucional (2011-2013)* [Tesis de doctorado]. Universidad Alberto Hurtado.

Moyano, Cristina (2012). Un ejercicio comprensivo del movimiento social en Chile. En Sergio González y Jorge Montealegre (eds.), *Ciudadanía en marcha. Educación superior y movimiento estudiantil 2011: curso y lecciones de un conflicto*. Santiago de Chile: Ediciones USACH.

Programa de las Naciones Unidas [PNUD]. (2016). *Auditoría a la democracia. Más y mejor democracia para un Chile inclusivo*. <http://auditoriaalademocracia.org/>

Programa de las Naciones Unidas [PNUD]. (2018). *Desigualdad regional en Chile. Ingresos, salud y educación en perspectiva territorial*. Santiago de Chile: PNUD.

Quintana, Laura (14 de junio de 2018). Mujeres autoconvocadas: el porvenir del movimiento feminista. *El Mostrador*.

Somma, Nicolás M. y Bargsted, Matías (2015). La autonomización de la protesta en Chile, pp. 203-236. En Juan Carlos Castillo y Cristián Cox (eds.), *Aprendizaje de la ciudadanía: desafíos para el Sistema Escolar*. Santiago de Chile: CEPPE/Ediciones UC.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Asambleas territoriales

Reinventando lo político en las ciudades chilenas post revuelta¹

Katia Valenzuela

Introducción

La intensificación y multiplicación de movilizaciones sociales en diversos países del mundo durante el año 2019, fue un fenómeno global que no dejó a nadie indiferente. El estallido social chileno fue solo una expresión más de múltiples levantamientos populares que tuvieron lugar en diferentes latitudes. Las protestas de Chile, Hong Kong, Ecuador, Iraq, Francia, Líbano, España, Haití y Bolivia, entre otras, nacieron producto de demandas sociales particulares. No obstante, pese a su heterogeneidad, todas reflejaron un enérgico rechazo hacia el operar de las elites políticas y económicas de sus respectivos países y un descontento social generalizado con el statu quo (Walsh y Fisher, 2019). De la mano del incremento de la protesta a nivel global, múltiples colectividades y movimientos sociales han desarrollado una pujante crítica antisistémica que cuestiona las

¹ Este capítulo fue apoyado por ANID/FONDAP Cedeus (N°15110020) y ANID/PAI (N°77170021).

lógicas de la política representativa y el tutelaje impuesto por instituciones tradicionales tales como el Estado y los partidos políticos. Alternativamente, novedosas estrategias de autoorganización, autodeterminación y autogestión se han ido multiplicando en las comunidades, dando forma a propuestas alternativas de transformación social que recogen las ideas de autonomía y horizontalidad como ejes centrales de su apuesta política (Holloway, 2010; Sitrin, 2012; Zibechi, 2012; Dinerstein, 2015; Motta, 2017). Chile no ha sido una excepción a esta tendencia global, y el estallido social iniciado en octubre de 2019 ha sido el semillero de diversos movimientos y organizaciones, las que, distanciándose de la política institucional, han apostado por formas asamblearias y territorializadas de acción colectiva. En este capítulo se presenta un breve análisis de la crisis sistémica que antecede a la revuelta de octubre en Chile, para luego explorar el asambleísmo y horizontalidad como rasgos comunes de experiencias recientes de lucha, tanto en Occidente como en América Latina. Finalmente, se presenta un análisis de las asambleas territoriales en Chile, culminando con algunas reflexiones sobre su rol en la reinención y radicalización de la democracia en nuestro país.

La revuelta de octubre en Chile: de la crisis del neoliberalismo a la crisis de la democracia representativa

Evadir, no pagar, otra forma de luchar fue el slogan con el que estudiantes secundarios llamaron a evadir el pago de los boletos del Metro de Santiago durante la semana del 14 al 18 de octubre de 2019, como respuesta al alza de los pasajes de este medio de transporte. Este fue el inicio de la revuelta social más importante del Chile postdictadura, que logró movilizar a amplias mayorías del país no solo por el aumento de la tarifa del metro, sino por el acumulado malestar social encarnado en la población por décadas. Diversos autores (Garcés, 2020; Salazar, 2019; Márquez y Viacava, 2020; Morán, 2019) coinciden en identificar la desigualdad estructural de la sociedad

chilena como una de las razones centrales que detonó el estallido social. Con las movilizaciones iniciadas en octubre, esta estructura de la desigualdad comienza a ser abiertamente cuestionada, en tanto reproduce patrones de abuso y precarización de la vida en amplios sectores de la población, mientras restringe la *vida digna* a una pequeña elite que cuenta con los recursos para costearla (Morán, 2019). En palabras de Garcés:

[...] vivimos en un país dual, un país para pobres, con un segmento que camina hacia la clase media, y un país para ricos, con su propio segmento de clases medias prósperas. Esta dualidad tiene expresiones visibles y manifiestas: salud para ricos y salud para pobres; educación para ricos y educación para pobres; barrios y viviendas para ricos y barrios y viviendas para pobres. La reproducción moderna del viejo e histórico clasismo chileno, que, en esta coyuntura, estalla [...] en la cara de los poderosos (Garcés, 2020, p. 15).

La desigualdad estructural en Chile se ha acentuado y sostenido gracias a la implementación de un régimen de acumulación capitalista de corte neoliberal, imbricado con un estado subsidiario (Gaudichaud, 2016). Estos dos pilares del modelo chileno fueron forjados durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), y pese a décadas de recuperada la democracia, han sido prácticamente intocados. Esto explica que la estrategia de desarrollo del país se siga centrando en la desindustrialización, reprimarización y tercerización de la economía, apuntalando la actividad primario-exportadora, financiera y de servicios (Ruiz y Caviedes, 2020), en detrimento de otros enfoques más sostenibles y alternativos al desarrollo capitalista (Escobar, 2012; Acosta y Brand, 2018).

En este contexto, el Estado se ha orientado a la construcción y preservación de un marco institucional capaz de asegurar los derechos de propiedad privada y garantizar, por la fuerza si es necesario, el funcionamiento adecuado de los mercados (Harvey, 2005). Este ha sido precisamente el rol que han cumplido los sucesivos gobiernos postdictadura en Chile. Así, desde los noventa en adelante,

los gobiernos han seguido una lógica de adaptación pragmática al orden neoliberal hegemónico (Gaudichaud, 2016), implementando reformas intermedias para mitigar el descontento social, mas sin incentivar transformaciones estructurales al modelo.

Sin embargo, los actores de la revuelta social chilena no quedaron indiferentes ante este diagnóstico, y tanto en la protesta callejera como en las discusiones colectivas de base, se comienza a articular una profunda crítica a la complicidad de la elite política con la mantención del statu quo. Este cuestionamiento viene acompañado de una desafección generalizada con el Estado, sus instituciones y el modelo de democracia representativa, fenómeno que ha sido corroborado por múltiples mediciones sobre percepción ciudadana de la democracia. De acuerdo con la reciente encuesta CEP (2019), por ejemplo, un 47% de la población consultada cree que la democracia funciona mal o muy mal; un 8% confía en los tribunales de justicia; un 5% en el Gobierno; un 3% confía en el Congreso y solo un 2% en los partidos políticos. El progresivo malestar con la política formal se ha expresado también en la menor participación electoral durante las últimas elecciones presidenciales. Con la inscripción automática y el voto voluntario en vigencia desde el año 2012, la última elección presidencial registró una abstención del 50% en primera vuelta y un 58% en segunda vuelta. La misma tendencia se expresó en la última elección de autoridades municipales en 2016, con un 66% de abstención y la tasa más baja de participación electoral desde el retorno a la democracia en 1989. De Sousa Santos y Avritzer (2005) ya visualizaban este fenómeno político hace más de una década, revelando dos crisis principales: la crisis de la representación, es decir, cuando sectores importantes de la sociedad dejan de sentirse representados por sus gobernantes; y la crisis de la participación, expresada en la pérdida de interés y confianza de las personas en la política electoral. En Chile, estas crisis se venían intensificando en las últimas dos décadas, pero indudablemente, es el estallido social de octubre de 2019 el hito que las profundiza. Como consecuencia, se multiplica la impugnación a la política tradicional, así como las expresiones

políticas que reivindican con fuerza la autonomía y construcción comunitaria en los barrios y territorios de las ciudades chilenas.

Con la revuelta iniciada en octubre, la conflictividad social ha adquirido cada vez rasgos más marcados de autonomización (Valenzuela, 2017; Somma y Bargsted, 2015). De acuerdo con Somma y Bargsted (*ibid.*), por autonomización de la protesta o del conflicto social, se entiende el progresivo debilitamiento de los vínculos entre movimientos sociales e instituciones políticas formales (p. 207). La autonomización también se expresa en la renovación de las prácticas, estructuras y finalidades de movimientos y grupos. Aquí, el formato de las dirigencias, lobby, estructuras jerárquicas y alianzas con la institucionalidad pierde protagonismo, dando espacio a novedosas orgánicas horizontales, antiautoritarias y asamblearias (Valenzuela, *ibid.*). En el campo de las ciencias sociales nacionales, diversos estudios han reconocido este fenómeno, analizando los repertorios de acción de estos nuevos movimientos sociales, su incidencia sobre la política pública y las formas en la que canalizan sus demandas hacia el Estado (muchas veces manera independiente y sin mediación partidaria) (Von Bulow y Donoso, 2017; Somma, 2015; Bartoletti y Mangiantini, 2011). No obstante, estas investigaciones no han dado cuenta de una expresión de la autonomización que también es clave: el surgimiento de sectores políticos de base comunitaria, cuyo interés no se reduce a influenciar decisiones institucionales ni a promover exclusivamente el cambio mediante reformas al orden político y económico vigente. En este sentido, ¿cómo analizar a las nacientes asambleas territoriales, cuyo fin no es solamente interperlar al Estado, sino prefigurar nuevas relaciones sociales alternativas a las impuestas por el mercado y el poder estatal? El presente capítulo es un esfuerzo por comprender y caracterizar a este emergente actor colectivo, que desde octubre de 2019 ha adquirido visibilidad en múltiples ciudades del país.

Asambleas y horizontalidad: reinventando la democracia

En las semanas posteriores al 18 de octubre, los llamados de las asambleas autoconvocadas se multiplicaron, y se tomaron las plazas y parques de las grandes ciudades del país. Pero este fenómeno, por inédito que parezca para la opinión pública nacional, no es nuevo en la política global y latinoamericana.

En Occidente, tanto el movimiento alter-globalización de fines de los noventa como Occupy en los 2000, defendieron un modelo alternativo de democracia directa y autogobierno. Esta apuesta implicó la creación de estructuras y tácticas horizontales, la implementación de una política asamblearia, tomas de decisiones basadas en el consenso, descentralización y rotación de responsabilidades, entre otras estrategias (Maeckelbergh, 2013). Mediante la experimentación con nuevas formas de organización, estos movimientos trataron de reinventar la democracia contra los marcos impuestos por gobiernos, partidos y corporaciones, proponiendo exitosamente un modelo de democracia no jerárquica, horizontal y descentralizada (Graeber, 2002).

En el escenario latinoamericano, la tradición asamblearia es de larga data y ha sido utilizada por siglos por comunidades y pueblos indígenas. Un ejemplo emblemático de organización asamblearia ha sido el zapatismo mexicano. Con la creación de las 'Juntas de Buen Gobierno', este movimiento ha desarrollado formas asamblearias de autogobierno basadas en el principio del 'mandar obedeciendo'. Mediante estas orgánicas, las decisiones importantes son tomadas por consenso, por toda la comunidad, y los delegados pueden ser inmediatamente removidos de sus roles si no responden a la voz de sus bases (Holloway, 1998). Con esta gramática alternativa de democracia, las y los zapatistas han intentado superar la dicotomía entre el gobernante, tomador de decisiones; y el gobernado, que acepta las disposiciones y acciones tomadas desde arriba (Zibechi, 2000).

A inicios de los 2000, y en medio de una profunda crisis política, económica y social, Argentina también fue escenario de una insurrección popular. Este proceso, que se inicia en diciembre del año 2001, forzó a la renuncia de las autoridades nacionales y promovió novedosas formas de movilización y participación sociopolítica (Dinerstein, 2003). Aquí es donde comienzan a forjarse las asambleas barriales, orgánicas emergentes que proponen una nueva forma de articulación de los sectores populares, desbordando los canales institucionales de la política tradicional, y con ello, los códigos de la democracia representativa (Ouviña, 2002). Tal como sostiene Bonzi (2006), las asambleas barriales se convirtieron en espacios de conexión directa entre las personas, quienes intentaban:

Escapar a la mediación del mercado y de las instituciones y organizaciones tradicionales, ambas vistas con desconfianza y rechazo, ya [sea] por su lógica mercantilizante o por la instrumentalización de las necesidades sociales en función de la acumulación política (Bonzi, *ibid.*, p. 17).

Las asambleas barriales, localizadas predominantemente en áreas urbanas, se convirtieron en instancias de reapropiación del espacio público que operaron como foros para la deliberación colectiva. Estas reunieron personas de los mismos barrios para discutir, reflexionar, conectar, escucharse unos a otros, y recuperar el sentido de comunidad, perdido por el individualismo neoliberal (Dinerstein, 2003).

En sintonía con la experiencia zapatista y el proceso asambleario de Argentina, múltiples movimientos y colectividades de América Latina han abrazado la horizontalidad como eje rector de su accionar, expresado en estructuras y prácticas antielitistas y antijerárquicas (Stahler-Sholk et al., 2014; Zibechi, 2012). La horizontalidad busca remover inequidades en la toma de decisiones y en el ejercicio del liderazgo, explorando formas de democracia participativa como alternativa a los modelos representativos, tanto liberales como leninistas (Stahler-Sholk et al., 2014).

Una de las estrategias desarrolladas por estas colectividades para acercarse a la horizontalidad, es la implementación de estructuras organizacionales flexibles y rotativas, como una manera de prevenir la emergencia de estructuras tradicionales de liderazgo político (Motta, 2009). Estas estructuras promueven mecanismos horizontales de toma de decisiones, en donde todas/os las/os integrantes tienen la misma posibilidad de opinar y decidir sobre los asuntos colectivos (Sitrin, 2012; Dinerstein, 2015). De acuerdo con Valenzuela (2017), en los emergentes movimientos o colectivos latinoamericanos, la asamblea sería el espacio soberano para la toma de decisiones. esta es la instancia que reúne al grupo y/o comunidad para analizar, discutir, decidir, planificar y evaluar aspectos políticos, operativos y organizacionales del colectivo. En términos metafóricos, la asamblea representa el corazón de estas agrupaciones, en tanto las mantiene vivas, activas y leales a los valores centrales de la horizontalidad, fortaleciendo tanto la participación equitativa como el empoderamiento de sus integrantes (Valenzuela, 2017).

Asambleas territoriales en el Chile post revuelta

Desde los primeros días de la revuelta de octubre, las asambleas territoriales se convirtieron en espacios de encuentro, reconocimiento y organización de vecinos y vecinas, quienes se reunieron en torno a diversas necesidades. Por una parte, para discutir ideas, visiones, experiencias y sentires en torno a la coyuntura nacional. Por otra parte, para levantar petitorios y demandas orientadas a concretar el sueño por un Chile digno, además de planificar actividades de organización, educación, difusión, agitación, autocuidado, arte y apropiación de los espacios públicos para activar la vida comunitaria.

Según el Colectivo Caracol (2020), las asambleas territoriales, barriales, populares o autoconvocadas, son la manifestación asociativa más relevante del periodo post 18 de octubre, convirtiéndose en una expresión concreta de poder popular a nivel local. En múltiples

territorios, estas lograron reunir a decenas y, en ocasiones, centenares de vecinas y vecinos, operando como agentes de reestructuración del espacio público, y transformándolo en escenario de discusión y organización comunitaria (Zambrano y Huaiqui, 2020).

Con la imposición de toques de queda en las grandes ciudades del país y la declaración de estado de excepción constitucional por parte del Gobierno, la libre circulación de las personas se vio restringida, por lo que estas tendieron a agruparse en sus propias áreas residenciales. En algunos casos, la idea de levantar una asamblea surgió al calor de los encuentros y conversaciones informales que emergían con los cacerolazos. Así nos lo recuerda Priscila, integrante de la asamblea Marín, de Santiago centro:

La asamblea surgió como lo hicieron casi todas, de manera espontánea a raíz de la rebelión popular del 18 de octubre [...]. Un caceroleo tras otro llevó a que los vecinos espontáneamente empezáramos a conversar entre nosotros. Y ahí surgieron las asambleas (Testimonio, en Boccacci, 2020).

En otros casos, tímidas convocatorias por redes sociales comenzaron a circular entre las personas, invitando a reunirse en las plazas, parques o espacios públicos de sus respectivos barrios, con el objetivo de organizarse contra la respuesta autoritaria del gobierno de Sebastián Piñera. La territorialización de las asambleas es una característica central de este fenómeno, que nos recuerda tanto el proceso asambleario en Argentina (Dinerstein, 2003), como otras experiencias nacionales que, desde su propio territorio, levantaron potentes plataformas de resistencia y lucha a nivel local.² Esta resonancia con procesos organizativos pasados da cuenta de la continuidad en las estrategias populares de radicalización de la democracia. Tal como sostienen Guerrero y Cabezas (2020), las asambleas territoriales, a pesar de emanar de convocatorias espontáneas, son producto de un

² Por ejemplo, las luchas en Freirina, Chiloé, Aysén, Magallanes, Quintero-Puchuncaví, solo por mencionar algunas.

acumulado de años de luchas y aprendizajes en el tejido popular. De manera similar, el Colectivo Caracol (2020) enfatiza en la continuidad de formas de democracia directa utilizadas por el sector popular organizado en Chile, enfoque que se levanta a contracorriente del modelo de democracia liberal y representativa, y que hoy inspira a múltiples organizaciones territoriales, socioambientales, estudiantiles y feministas.

La territorialización de las asambleas también tiene su expresión en interesantes procesos de articulación y sinergia a nivel comunal, intercomunal y regional. Un ejemplo de articulación comunal lo podemos encontrar en la Asamblea de San Pedro de la Paz, en el área metropolitana de Concepción. Este espacio agrupó a cuatro asambleas del territorio, además de individualidades interesadas en levantar sus propios procesos asamblearios en sus barrios. Sus principales objetivos fueron el definir acciones unificadas de movilización y organización comunitaria, tal como se estipula en su primera declaración pública, realizada en noviembre de 2019:

[...] las primeras acciones unificadas [fueron] la marcha “El sur del Biobío se levanta”, cacerolazos, encuentros infantiles y acciones permanentes en distintos lugares de la comuna para mantener viva la lucha por nuestros derechos y justicia social (Asamblea Comunal San Pedro de la Paz, 2019).

Otro ejemplo relevante de vinculación inter-asambleas es la Coordinadora de Asambleas Territoriales (CAT). Esta es una iniciativa de articulación impulsada por un grupo de asambleas barriales y territoriales de la región Metropolitana, que ha logrado levantar múltiples encuentros y jornadas desde octubre de 2019. Tal como indican en su página web: “La CAT surge con la necesidad de conocernos, compartir experiencias y unir nuestras luchas. Los encuentros [...] nos han permitido descubrir que estamos experimentando un momento histórico en el que la organización en el barrio y el territorio es muy importante” (CAT, 2019).

Una característica común que poseen las múltiples redes y coordinaciones interasambleas, es el rechazo a enfoques verticales de organización política. En línea con el enfoque freiriano de educación popular (Freire, 2005), las asambleas territoriales han desarrollado espacios de articulación en donde el objetivo de transformación social es trabajado en comunión con los otros colectivos, y no bajo la exclusiva dirección de vanguardias, líderes o representantes de partidos políticos. Esta perspectiva de trabajo rechaza la imposición de cualquier tipo de agenda política que no haya sido discutida, deliberada y decidida por los propios espacios asamblearios. Esta mirada a la coordinación política se alinea con el carácter autoconvocado que otorga identidad a las asambleas territoriales desde sus inicios. A diferencia de otros procesos organizativos, promovidos por partidos u orgánicas políticas, las asambleas territoriales fueron levantadas por vecinas y vecinos que se autoconvocaron para debatir y organizarse en torno a la coyuntura. Las asambleas, por lo tanto, no han sido iniciadas ni lideradas por instituciones ni partidos políticos con intereses ya creados. No obstante, esto no significa que militantes políticos sean vetados de todas las asambleas. Tal como indican Albert y Kohler (2020), algunas asambleas territoriales aceptan a militantes de partidos políticos, pero estos no monopolizan el debate ni conducen el proceso asambleario, ya que deben acatar una serie de normas colectivas: “la desconfianza con la política tradicional es tal que, si los militantes de esos partidos (incluidos el PC y el Frente Amplio) quieren participar, tienen que transparentar su afiliación, ir como independientes y no pueden ejercer las vocerías” (*idem*).

La reinención de lo político emprendida por las asambleas territoriales explica que el desarrollo de redes y alianzas tengan como principios centrales la horizontalidad, el respeto, la autonomía y la humildad en la práctica política. Para la CAT, por ejemplo, algunos de sus principios fundamentales son el respeto a los tiempos y procesos de reflexión y lucha de cada asamblea asociada; además del eslogan *coordinar, no suplantar*. Este último implica que la red se debe enfocar exclusivamente en la articulación de procesos comunes,

pero, en ninguna circunstancia, reemplazar el trabajo de las propias asambleas territoriales (CAT, 2019). Asimismo, un eje rector tanto del trabajo de la CAT como de otras alianzas inter-asambleas, es la horizontalidad. Este principio implica que la coordinación se desarrolle libre de jerarquías, respetándose la autonomía de las asambleas participantes, y estableciendo mecanismos de distribución del poder, tales como la rotación de roles y responsabilidades.

La horizontalidad no es solo central en la articulación inter-asambleas, sino también en las propias formas organizativas de las asambleas territoriales. En la práctica, este principio implica que todas las personas que participan de una asamblea tienen la misma importancia y poder, las decisiones se toman colectivamente y no por un líder o dirigente que guíe jerárquicamente el proceso. Este enfoque desafía las estructuras verticales de los Gobiernos, partidos políticos, sindicatos e instituciones tradicionales en general. Como alternativa, la horizontalidad busca crear nuevas relaciones sociales en donde todas/os las/os participantes de las asambleas sean escuchadas/os y puedan cumplir un rol activo en la toma de decisiones.

La importancia otorgada a la horizontalidad por estos espacios organizativos se basa en la fuerte convicción de que las personas no debieran ser divididas entre gobernantes y gobernados o entre *pensadores* y *hacedores*. En sus esfuerzos por recuperar sus propias capacidades de autogobierno, las/os participantes de las asambleas han apostado por formas organizativas en donde el *pensar* y el *hacer* puedan ser desarrollados de manera más equitativa por todas/os las/os integrantes del colectivo. Para ello, la rotación y el trabajo en comisiones se reconocen como formas de trabajo compartidas por los distintos espacios asamblearios del país. La estrategia de rotación busca prevenir la especialización, proponiendo como alternativa el aprendizaje colectivo de múltiples habilidades. Para ello, cada asamblea territorial propone un número de comisiones, siendo las más comunes las comisiones de comunicaciones, educación popular, articulación y vinculación, AGP (agitación y propaganda) y movilización, autocuidado, metodologías, entre otras.

Desde la misma perspectiva, las asambleas territoriales han puesto en tensión la visión tradicional de dirigencia, para proponer como alternativa las vocerías rotativas. Esta estrategia busca obstruir posibles tendencias centralizadoras y prevenir la consolidación de liderazgos fijos y especializados. Las/os voceras/os no son considerados líderes en el sentido tradicional de la palabra, su rol es limitado y consiste en comunicar las decisiones tomadas en asamblea o transmitir información hacia esta.

En los esfuerzos por ejercer la horizontalidad, la educación popular y autoeducación han cumplido un rol fundamental en las asambleas territoriales. Tanto en el periodo de la revuelta como en la etapa de la pandemia por COVID-19, el desarrollo de espacios colectivos de intercambio de saberes (presenciales o virtuales) han sido claves para el fortalecimiento de las asambleas y la construcción de una base común entre sus integrantes. Tal como señalan Guerrero y Cabezas (2020), los procesos de autoformación al interior de las asambleas son claros ejemplos del pueblo autoeducándose en comunidad. En este sentido, la autogestión educativa estaría llenando los vacíos de formación en la coyuntura político nacional, demostrando el valor asignado por las asambleas a la educación y formación política, en pos de transformar las estructuras de dominación contemporáneas.

Reflexiones finales

Desde la revuelta de octubre, la multiplicación de asambleas territoriales en diversas ciudades del país da cuenta de una profunda reinención de la democracia desde lo local y territorial. Este fenómeno se vincula a la crisis de legitimidad que atraviesa el sistema político chileno y al creciente malestar de la población con el modelo económico y de desarrollo dominante.

La expansión de la política asamblearia en Chile evidencia la configuración de novedosos modos de subjetivación política y formas de

democracia directa que contrastan con los recursos y métodos propios de la democracia representativa. Incorporando principios rectores como la horizontalidad y autonomía, las asambleas territoriales han desarrollado interesantes procesos de reinención de la democracia en el Chile urbano, prefigurando un enfoque de cambio social alternativo al propuesto por Estados y partidos políticos.

En esta reinención de la democracia y de lo político, la horizontalidad ha jugado un papel clave. Para las asambleas territoriales, horizontalizar la praxis política ha significado emprender un proceso de hacer y pensar en colectivo que, desde una perspectiva antijerárquica y antiautoritaria, busca estimular la agencia y participación de todas/os las/os participantes de la asamblea. Este enfoque desafía explícitamente las estructuras *top-down* de las instituciones tradicionales, así como sus formas verticales de interacción y organización.

Pese a la pandemia por COVID-19 y sus impactos significativos en el debilitamiento de la protesta social, múltiples asambleas territoriales han prevalecido y se han constituido en creativos espacios de cuidado colectivo para lidiar con las consecuencias de la emergencia sanitaria. Es de esperar que estas tramas asociativas permanezcan en el tiempo y perseveren en la prefiguración de nuevas formas de democracia directa desde los territorios.

Bibliografía

Acosta, Alberto y Brand, Ulrich (2018). *Salidas del laberinto capitalista: Decrecimiento y postextractivismo*. Santiago de Chile: Quimantú.

Albert, Catalina y Kohler, Tamara (2020). Yo me organizo en la plaza: las cientos de asambleas que surgieron tras el estallido social. <https://>

www.ciperchile.cl/2020/02/14/yo-me-organizo-en-la-plaza-las-cientos-de-asambleas-que-surgieron-tras-el-estallido-social/

Bartoletti, Julieta y Mangiantini, Martín (2011). ¿Partidos vs. movimientos? Algunas reflexiones a partir de las recientes movilizaciones estudiantiles en Chile. *Leviathan. Cadernos de Pesquisa Política*, (3), 29-59.

Boccacci, Juan (3 de febrero de 2020). Las asambleas llegaron a Chile para romper con el modelo [Reportaje]. *Página/12* (Buenos Aires). <https://www.pagina12.com.ar/245318-las-asambleas-llegaron-a-chile-para-rompercon-el-modelo>

Bonzi, Leandro (2006). La mirada asambleísta. Posibilidades y problemas en la construcción de formas alternativas de resistencia al capitalismo, pp. 15-33. En Leandro Bonzi et al., *Asambleas barriales: Indagando en el legado subjetivo del 19 y 20 de diciembre (2002-2004)*. Buenos Aires: CCC Floreal Gorini.

Centro de Estudios Públicos (2019, diciembre). *Estudio Nacional de Opinión Pública N° 84*. Santiago de Chile: CEP.

Colectivo Caracol (2020). Hoy más que nunca... ¡todo el poder a las asambleas! Sobre el Encuentro de la CAT y el futuro asambleario. <http://colectivocaracol.org/?p=875>

De Sousa Santos, Boaventura y Avritzer, Leonardo (2005). Introduction. Opening Up the Canon of Democracy, pp. xxxiv-lxxiv. En B. De Sousa Santos, *Democratizing Democracy. Beyond the Liberal Democratic Canon*. Londres: Verso.

Dinerstein, Ana Cecilia (2003). ¡Que se vayan todos! Popular Insurrection and the Asambleas Barriales in Argentina. *Bulletin of Latin American Research*, 22(2), 187-200.

Dinerstein, Ana Cecilia (2015). *The Politics of Autonomy in Latin America: The Art of Organising Hope*. Londres: Palgrave Macmillan.

Escobar, Arturo (2012). *Una minga para el postdesarrollo: Lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.

Freire, Paulo (2005). *Pedagogy of the Oppressed*. Nueva York: Continuum.

Garcés, Mario (2020). *Estallido social y una nueva Constitución para Chile*. Santiago de Chile: LOM.

Gaudichaud, Franck (2016). La vía chilena al neoliberalismo. Miradas cruzadas sobre un país laboratorio. *Revista Divergencia*, 5(6), 13-28.

Graeber, David (2002). The new anarchists. *New Left Review*, (13), 61-73.

Guerrero, Sebastián y Cabezas, Diego (2020). *Revolta popular, asambleas territoriales y educación popular* [Documento de Trabajo]. Buenos Aires: CLACSO. <https://www.clacso.org/revuelta-popular-asambleas-territoriales-y-educacionpopular/>

Harvey, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.

Holloway, John (1998). Dignity's revolt, pp. 159-198. En J. Holloway y E. Peláez (eds.), *Zapatista!: Reinventing Revolution in Mexico*. Londres: Pluto Press.

Holloway, John (2010). *Crack Capitalism*. Londres: Pluto Press.

Maeckelbergh, Marianne (2013). Learning from Conflict: Innovative Approaches to Democratic Decision Making in the Alterglobalization Movement. *Transforming Anthropology*, 21(1), 27-40.

Márquez, Rodrigo y Viacava, José (2020). Las desigualdades territoriales y el 18-O de Chile: algunos antecedentes. *IdeAs*, (15), 1-8.

Morán, José (2019). Chile despertó: El modelo chileno, la matriz de desigualdad y la protesta de 2019. *Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos*, (9), 54-69.

Motta, Sara (2009). Old tools and new movements in Latin America: political science as gatekeeper or intellectual illuminator? *Latin American Politics and Society*, pp. 31-56.

Motta, Sara (2017). Emancipation in Latin America: On the Pedagogical Turn. *Bulletin of Latin American Research*, 36(1), 5-20.

Ouviña, Hernán (2002). Las asambleas barriales: apuntes a modo de hipótesis de trabajo. *Bajo el volcán*, (5), 59-72.

Ruiz, Carlos y Caviedes, Sebastián (2020). Estructura y conflicto social en la crisis del neoliberalismo avanzado chileno. *Espacio Abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología*, 29(1), 86-101.

Salazar, Gabriel (2019). El reventón social en Chile: una mirada histórica. <https://www.ciperchile.cl/2019/10/27/el-reventon-social-en-Chile-una-miradahistorica/>

Sitrin, Marina. A. (2012). *Everyday revolutions: Horizontalism and autonomy in Argentina*. Londres/Nueva York: Zed Books.

Somma y Bargsted (2015) La autonomización de la protesta en Chile, pp. 209-240. En Cristian Cox y Juan Carlos Castillo (eds.), *Socialización política y experiencia escolar: aportes para la formación ciudadana en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones UC.

Stahler-Sholk, Richard; Vanden, Harry y Becker, Marc (2014). Introduction: New directions in Latin American social movements, pp. 1-18. En Ricahrd Stahler-Sholk, Harry Vanden, y Marc Becker (eds.), *Rethinking Latin American Social Movements: Radical Action from Below*. Maryland: Rowman & Littlefield.

Valenzuela, Katia (2017). *Towards New Emancipatory Horizons: Autonomous Politics in Urban Groups of Mexico and Chile* [Tesis de doctorado]. University of Nottingham.

Von Bulow, Marisa y Donoso, Sofía (2017). Introduction: Social Movements in Contemporary Chile, pp. 3-28. En Sofía Donoso y Marisa Von

Bulow (eds.), *Social Movements in Chile: Organization, Trajectories, and Political Consequences*. Nueva York: Palgrave McMillan.

Walsh, Declan y Fisher, Max (24 de octubre de 2019). Estallan protestas contra las élites políticas desde Chile hasta Líbano. *New York Times*, Análisis. <https://www.nytimes.com/es/2019/10/24/espanol/mundo/protestas-Chile-ecuadorlibano-mundo.html>

Zambrano, Catalina y Huaiqui, Valentina (2020). Geo Constituyente: cabildos y asambleas autoconvocadas. La recuperación de espacio público por parte de la organización popular. *Revista Planeo*, (42).

Zibechi, Raúl (2000). *La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

Zibechi, Raúl (2012). *Territories in Resistance: A Cartography of Latin American Social Movements*. Oakland: AK Press.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Violencia contra niños, niñas, adolescentes y jóvenes

18-O, antes y durante

Alejandro Tsukame

La crisis social de octubre y la violencia que sigue

Con el denominado estallido social se actualizó y se intensificaron, en el actuar policial, modos dispersos de ejercer violencia desde el Estado. El país parecía habituado a la violencia ejercida sobre los estudiantes secundarios, más a partir del 17 en que el lema fue la evasión y el rechazo al alza de la tarifa del Metro, y el viernes 18 de octubre. El descontento se hizo masivo, con toques de cacerolas en distintas regiones del país, bocinazos en las calles y acciones violentas que afectaron el Metro de Santiago y continuaron en días posteriores. Por primera vez en su historia, toda la red del Metro de Santiago suspendió su funcionamiento. Ese mismo día, el presidente Piñera decretó el estado de excepción constitucional de emergencia en la región Metropolitana, y entre el 19 y el 22 de octubre la medida se extendió a otras regiones del país.

El sábado 19 de octubre, el presidente declaró: *He escuchado con humildad la voz de mis compatriotas y no tendré miedo a seguir escuchando*

esa voz. Vamos a suspender el alza de los pasajes del Metro. El 20 de octubre, por cadena nacional, dijo en cambio: *Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni a nadie y que está dispuesto a usar la violencia y la delincuencia sin ningún límite.* Ese día se registrarían las dos primeras muertes en Coquimbo. Pero las protestas no cesaron. El viernes 25 se produjo la denominada *marcha más grande de Chile*, que solo en la ciudad de Santiago reunió a cerca de un millón y medio de personas. El sábado 26 de octubre, el presidente anunció un cambio de gabinete y puso término al estado de excepción en todo el país.

La violencia de Carabineros arreció como nunca. El extendido uso de la escopeta antidisturbios, fuera incluso de los protocolos de la misma institución, ha dejado a muchos manifestantes con graves lesiones oculares. Carabineros ha sido *puesto en la mira* por la ciudadanía. Según un sondeo aplicado entre el 18 y el 30 de diciembre, la mayoría de los encuestados los responsabiliza por incitar a la violencia, *dañar intencionalmente a los manifestantes* y estar infiltrados en destrozos y desmanes (El Mostrador, 2019). El colectivo *Las Tesis*, de mujeres de Valparaíso, creó la performance *un asesino en tu camino*, burlándose de la frase *un amigo en tu camino*, de las campañas ciudadanas de Carabineros (Valdés, 2020).

Tras una audiencia citada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos el 11 de noviembre en Quito, Ecuador, y la visita de Organismos como Amnistía Internacional (AI) y Human Rights Watch (HRW), el Gobierno de Chile fue unánimemente acusado de violar gravemente los derechos humanos. El oficialismo había desacreditado el informe de AI con la esperanza de que el informe de HRW le fuera favorable; pero ante la evidencia de los hechos informados por esa organización, guardó un prolongado silencio. Entretanto, el 12 de noviembre, el presidente ofreció tres acuerdos: Acuerdo por la paz y contra la violencia, Acuerdo para la justicia y Acuerdo para una nueva Constitución. Este último se materializó el día 15 de noviembre en la sede del ex congreso en Santiago, involucrando a casi la totalidad de las fuerzas políticas con representación parlamentaria.

Razones del movimiento

En la última década, hemos tenido estallidos sociales prácticamente todos los años. Otros movimientos sociales fueron un adelanto del 18-O. Las demandas que hace algún tiempo eran defendidas por movimientos como el secundario, el universitario, el medioambiental (desde 2011), el No+ AFP (desde 2016) y el feminista (desde 2018), y que fueron olímpicamente ignoradas por los actores políticos (sumadas a la permanente causa mapuche), forman ahora un mosaico multicolor que anima las jornadas de protesta.

La acción del gobierno se ha caracterizado por tibios anuncios en materia social y ninguna medida conducente a disminuir la desigualdad y poner fin a las violaciones de los derechos humanos. El denominado *neoliberalismo chileno* sigue ahí: mudo e inmóvil, lo que contrasta con la elocuencia y masividad de quienes se movilizan para ponerle fin. Ante una prensa cómplice y uniformada durante nuestra acabada transición a la democracia, los muros y pancartas se han hecho cargo de expresar la amplitud y radicalidad del movimiento: *No son treinta pesos, son treinta años* (aludiendo al alza de los pasajes del metro), *Chile despertó*, *Nos cansamos, nos unimos*, entre otros ejemplos puestos por la voz de la calle. La consigna: *hasta que la dignidad se haga costumbre*, llevó a bautizar una plaza en su nombre.

El reclamo por la desigualdad socioeconómica del país, que se hace sentir en la vida cotidiana de millones de chilenos, es un reclamo que se inició con la precarización de la vida que comenzó en Chile después del golpe militar de 1973: los trabajadores fueron privados de organización, educación, salud, seguridad y previsión social, luego de décadas de lucha y conquistas para hacer realidad sus derechos sociales. Primero con la represión y luego con una legislación legitimada desde la misma Constitución. Hoy, el 50% de los hogares más pobres posee el 2,1% de la riqueza nacional, mientras el 10% más rico concentra dos terceras partes (66,5%) y el 1% más rico el 26,5% (INDH, 2015).

El reclamo por la desigualdad se amplifica con otro reclamo, por el fin de los privilegios y los abusos. La consigna *No + abusos* se explica con claridad por una interminable sucesión de casos de corrupción y de delitos de cuello blanco que provocaron la ira de la ciudadanía; no solo por los hechos en sí, sino también por la impunidad de sus autores. No hace falta discutir las diferencias entre corrupción y delitos de cuello blanco (Leslie, 2015; Sutherland, 1988), puesto que tanto los delitos del mundo empresarial como los delitos de los políticos y funcionarios del Estado suscitan, desde un tiempo previo al estallido, una similar reprobación.

La enumeración es larga: Empresas *zombies* de Luksic, Piñera, grupo Penta; no pago de contribuciones de una de las residencias del presidente Piñera o el caso CAVAL del hijo y nuera de la expresidenta Bachelet; el denominado caso *cascadas*; las colusiones de empresas avícolas, de papel higiénico, de las farmacias, de Walmart, la Isapre Banmédica, etc. Los casos Penta y SQM de financiamiento irregular de la política; el desfaldo de fondos institucionales en Carabineros de Chile (*Paco-Gate*), el fraude y desviación de fondos de la Ley reserva del cobre por el Ejército (*Milico-Gate*). Finalmente, los numerosos casos de abusos sexuales cometidos por sacerdotes de la Iglesia católica, así como los casos de enriquecimiento ilícito de pastores de la Iglesia protestante.

La herencia histórica de un orden estamental y jerarquizado: cuna de privilegios y discriminación

Si hacemos un poco de historia, vemos que el talante conservador de la sociedad chilena (o a lo menos de su elite) ha sido (y es) un gran obstáculo para los cambios. Contra lo que podía esperarse, la matriz social del fundo subsistió y sigue organizando la sociedad chilena post reforma agraria de los años sesenta y setenta del pasado siglo. La atmósfera que define la estructura social del fundo es la integración en una unidad cerrada al exterior, que al mismo tiempo se

apoya en una radical separación entre dos estamentos: los dueños de la tierra y quienes la trabajan. Una sociedad concebida en forma dual, mestiza-criolla, donde la ideología racista y estamental funciona haciendo creer que “Por no ser unos los españoles de Europa, ni los otros tampoco ser solo mapuche, podían formar una unidad que, manteniendo la distancia y la diferencia, suturara la falla de origen, la cuestión del nacimiento, la violencia en la sociedad chilena” (Canales, 2015, p. 199).

El modo social de ser de la hacienda siempre construye un otro temible, que está fuera, y cuyos rasgos son familiares, pues se trata de las negaciones que el propio sujeto popular hace de sí mismo para poder integrarse al orden de la hacienda. De allí, lo que el autor denomina la *propiofobia*, o la forma del racismo chileno como auto discriminación étnico-popular del mestizo, que desprecia a los que se le parecen: “es el desasosiego del mestizo chileno hasta con su cuerpo y voz, como siempre fuera del modelo y como si la fonética no le llegara plena” (*ibid.*, p. 203).

José Bengoa también da cuenta del peso desmedido de la hacienda en la cultura social chilena, constituyente de una *comunidad de desiguales*: “Los lazos que allí se constituyeron son la base hasta hoy de la capacidad de vivir juntos y a la vez son la base de las diferencias; es por ello que, si bien se trata de una comunidad, por otra parte, está marcada por la desigualdad” (Bengoa, 2015, p. 13).

Fuera de este espacio, más allá de la frontera, habitan los otros marginales e irreductibles. Hacendado y roto se unen en el temor al diferente. Como ocurrió en los tiempos en que se abolió la servidumbre y se liquidó las haciendas, cuando la vieja cultura rural autoritaria se enfrentó al intento urbano de democratización de la sociedad: “Las clases altas de origen y recuerdos agrarios, las clases propietarias, los sectores del orden y del temor, y también muchos sectores del pueblo habituados a la cultura de la servidumbre ancestral, se levantaron contra el modernismo y el democratismo urbano” (*ibid.*, p. 14).

En conclusión, la historia nos muestra la pervivencia en la sociedad chilena de una desigualdad estructural que viene de su

fundación misma, y de un autoritarismo punitivo de la obediencia como recurso de control de una comunidad paranoica y hostil. Estos rasgos históricos de nuestra identidad se expresan todavía hoy (y a pesar del estallido) en una verticalidad continua y violenta en el trato y la convivencia entre los chilenos.

El esquema favorito del enemigo interno que viene de afuera

Desde el estallido, el gobierno (y la elite social en él representada) encaró el conflicto atribuyéndolo a fuerzas y agentes disociadores externos, que fomentan la división entre los chilenos. El presidente Piñera, en entrevista con CNN en español, volvió a insistir en la conspiración externa: *Muchos de los videos de violaciones a derechos humanos no corresponden a la realidad, muchos son falsos, muchos son grabados fuera de Chile*, declaró. En la entrevista, Piñera asumió como cierto el polémico informe conocido como *Big Data*, señalando que el Gobierno encargó una investigación de millones de mensajes en redes sociales que comprobaban, a su juicio, la conexión internacional en el estallido. Tanto la Subsecretaría de Interior como la Secretaría de Comunicaciones desconocieron al principio la autoría de dicho reporte que, según el Ministerio Público, no contenía ningún elemento útil para la persecución penal (*El Mostrador*, 2019).

Esta ideología tiene una larga historia, como acabamos de ver. Caracterizó igualmente el enfrentamiento por la elite de la denominada *cuestión social*, a principios del siglo XX, cuando diputados y senadores negaban la *cuestión obrera*, alegando que Chile era un país agrícola, ajeno a las modas o los conflictos propios de las sociedades industriales europeas (Morris, 1967); así como el persistente anticomunismo, exacerbado durante la dictadura de Pinochet, que llevo a enfrentar en todas partes al *enemigo interno* pagado por el *oro de Moscú* (Pinto, 2020). En el 18-O, el gobierno no solo ha avalado la violencia policial desmedida, denunciada amplia y documentadamente por observadores imparciales, nacionales e internacionales de DD.

HH.; sino que ha negado o relativizado los graves abusos cometidos durante el estallido social. Como vimos, la ambivalencia ha caracterizado sus actuaciones y declaraciones.

Esta es la forma genérica en que se ha ejercido y justificado la violencia contra quienes se manifiestan: considerarlos como elementos antisociales, manipulados por oscuras ideologías e intereses foráneos. Así, nada o casi nada se ha movido desde el 18-O. El reciente alineamiento de la mayoría del oficialismo con políticos y partidos de oposición, tras una especie de sagrado mandato de ley y orden, nos recuerda el peso de las ideologías e instituciones de antaño. El miedo de la elite es también el temor al caos de una parte significativa de la población. El denominado *conflicto mapuche* hace rato que viene siendo atribuido a grupos guerrilleros y gobiernos extranjeros. Se mantienen vivos los temores contra el enemigo del otro lado de la frontera. Sectores conservadores radicalizados niegan con ira las violaciones de los derechos humanos, y llaman a abandonar la membresía chilena a los organismos internacionales.

Violencia contra niños, niñas, adolescentes y jóvenes

El marco de la protesta sirve para poner en contexto el ejercicio de la violencia contra la población en general. Sin embargo, la violencia contra Niños, Niñas, Adolescentes y Jóvenes (NNAJ) es también un tipo de violencia que se ejerce con una extensión y lógica muy particulares.

Careciendo de datos precisos, presumimos que la movilización y el estallido social son manifestaciones eminentemente juveniles. La información sobre personas heridas y detenidas a causa de la violencia desde el 18-O es bien conocida. Muchas personas han resultado con heridas oculares. Un número importante de las personas detenidas denunció vulneraciones a sus derechos, incluyendo violencia sexual, tortura y tratos crueles, apremios ilegítimos y uso excesivo de la fuerza en la detención. La Defensora de la Niñez, cuando compareció

ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, dijo refiriéndose en especial al uso de la fuerza policial hacia estudiantes secundarios y niños y adolescentes mapuche: “¿Ustedes creen que la violencia policial se produce recién el 18 de octubre? Pues lamento decirles que no. En Chile hay grupos de niños, niñas y adolescentes que llevan sufriendo la represión policial y la lógica estatal desde hace bastante tiempo” (Defensoría, 2019).

Ha habido y hay adolescentes privados de libertad, acusados de delitos violentos en el contexto de las movilizaciones sociales. A modo de ejemplo, Kevin y Mauricio, ambos con 16 años, estuvieron 71 días detenidos en un centro de internación provisoria (“Comunidad Tiempo Joven”) de SENAME, por supuesto porte de bomba molotov. Luego de varias apelaciones y haber sido considerados un *peligro para la sociedad*, el 8 de febrero la Corte los puso en libertad (*The Clinic*, 2020).

En condiciones *normales* y a diferencia de la población mayor, la violencia y el maltrato contra la niñez o la juventud, se juega en el control del comportamiento discrepante, se produce en el contexto de instituciones de socialización y resocialización, como la familia, la escuela, el trabajo, la salud y los servicios sociales. La violencia se produce y reproduce para controlar la conflictividad de un niño o joven, gobernar su conducta, normarlo y disciplinarlo, en distintos niveles, con diferentes intensidades. No es solo la represión policial por estar en la primera línea o por participar en manifestaciones.

A la violencia ejercida por el Estado en contra de NNAJ, hay que sumar la denominada “crisis del SENAME”, que expuso la grave situación de abusos y maltrato sufridos por NNA durante largos años, en residencias administradas por el SENAME o por instituciones colaboradoras (OCAS). El Estado chileno fue responsabilizado directamente de tales vulneraciones por el Comité de Derechos del Niño (2018, p. 16).

En Chile todavía se cría y educa con mucha violencia. Según UNICEF, en 1994 la violencia física grave afectaba al 34,2% de los niños y niñas, y el año 2012 esta cifra bajó a un 25,9%. Pero, al sumar la

violencia física leve que afectó al 25,6% de niñas y niños, se obtiene que en 2012 el 51,5% de los niños y niñas del país sufrió algún tipo de violencia física (UNICEF, 2012).

Un estudio sobre pautas culturales de crianza realizado por World Visión y la Universidad de Chile, muestra que la familia chilena es un entorno favorable para la experiencia de violencia en la pareja y hacia niños y niñas. El disciplinamiento problematiza la crianza, donde el trato amoroso, a veces no se distingue del castigo. En el disciplinamiento de la conducta de sus hijos e hijas, más de un 40% de las madres y los padres aplican castigo físico, ya como estilo único de crianza (10% de los casos), o acompañado de manifestaciones de ternura o reconocimiento. No es una buena noticia. Tampoco es bueno que haya aumentado la importancia de la figura materna para los niños y niñas, tanto en el disciplinamiento como en la afectividad, con un repliegue de los padres en el proceso de crianza. O sea, a pesar de los cambios sociales, se mantiene la distribución de roles tradicionales de género, donde junto a la novedad del trabajo remunerado fuera del hogar, a las funciones y tareas asignadas a las mujeres, de organización de la economía doméstica y de provisión de cuidados a los miembros dependientes de la familia, se suma ahora el disciplinamiento (World Vision/Universidad de Chile, 2018).

Lo que sí puede ser considerado una buena noticia es que el 56% de los niños y niñas no sufre ninguna forma de castigo, ni físico ni psicológico. Además, el 35% de los niños y niñas experimenta un estilo de crianza de ternura con reconocimiento. A mayor ternura y reconocimiento, mayor es el tiempo que pasan los niños y niñas con sus padres y madres. Del mismo modo, poco más de la mitad tiene un margen de decisión amplio en la vida cotidiana familiar, lo que es muy favorable a la participación y al ejercicio de su autonomía progresiva, aunque un 20% de los niños y niñas tiene un margen de decisión estrecho o inexistente (World Vision/Universidad de Chile, *ibid.*).

El tema de la violencia escolar ha sido suficientemente medido y comentado. Solo queremos hacer presente aquí que en el espacio escolar no solo nos encontramos con el grave problema del *bullying*

(identificado por los mismos niños/as como la manifestación más grave de violencia en el trato), sino que existen dinámicas de estigmatización en contra de NNA, que tienen graves consecuencias para su futuro.

¿Y los derechos, cuándo?

La autonomía progresiva de NNA para ejercer sus derechos, es rechazada por una parte relevante del mundo político, que defiende a brazo partido la facultad de los padres de imponer su voluntad a los hijos, como quedó de manifiesto en el rechazo por la Cámara de Diputados el día 9 de octubre de 2019, de un proyecto que pretendía elevar a rango constitucional las garantías y derechos de los niños, niñas y adolescentes. La votación se dividió en dos mitades aproximadamente, cuando se necesitaba una mayoría calificada para la reforma. En favor del rechazo se levantó una obtusa defensa de la autoridad familiar frente a supuestas pretensiones del Estado (y de los organismos internacionales) de influir en la crianza de NNA. Coincidiendo con la campaña *No te metas con mis hijos*, la autonomía progresiva de los niños y niñas para ejercer sus derechos fue presentada como el caballo de Troya de individualistas disociadores con oscuras intenciones, que solapadamente buscan desvincular y separar a los hijos/as de sus padres.

La misma inercia ha caracterizado la tramitación post estallido del proyecto de protección integral de derechos de NNA (ex de garantías); que, si bien se agilizó notablemente a fines de enero, al parecer se modificó en su articulado, haciendo continuas alusiones, no a los derechos sino a los deberes que tienen los hijos frente a sus padres, al punto que un especialista recomendó llamarla mejor *ley de obligaciones de los NNA*. Estos argumentos, en definitiva, pugnan por la mantención de una sociedad de privilegios: por un ordenamiento social en que existen oportunidades, protección y buen trato para algunos

NNA, y existe (o se permite que exista) marginación, estigmatización y maltrato para otros.

La cerrada defensa de las prerrogativas de la familia frente al Estado (o de cierto tipo de familia), augura no solo un duro escollo para la reforma constitucional después del plebiscito de abril. Es una muestra más de clasismo en la sociedad chilena, pues con la misma convicción con que se rechaza que el Estado garantice los derechos de la niñez; se aprueba sin demora la tutela y pérdida de la patria potestad en favor del Estado, cuando se trata de familias vulnerables, es decir cuando se trata de las *familias SENAME*.

Existe todo un campo del control, disciplinamiento y castigo del comportamiento discrepante o ilegal de NNA, que se ha ido ampliando y diversificando a lo largo de la interminable transición chilena a la democracia. Este proceso se ve impulsado por la instalación, a partir de los años noventa, de la temática de la seguridad ciudadana y la implementación de políticas de tolerancia cero. En este contexto de control se aprobó la Ley de Responsabilidad Penal Adolescente en el año 2005 (entró en vigor en el año 2007), construyendo un relato de la delincuencia juvenil y la figura del joven delincuente que, por simple extensión, estigmatiza a los NNA y jóvenes populares en general.

Para entender de lo que estamos hablando, hay que hacer algunas aclaraciones. Hasta antes del año 2007, en materia de *conflicto con la justicia*, los menores de 16 años eran inimputables penalmente, y entre los 16 y 18 años su imputabilidad estaba condicionada a que fuesen declarados con discernimiento por la justicia de menores. Entonces, imperaba el modelo correccional, el encierro disciplinario para la modificación del comportamiento, y los jueces todavía enfocaban su labor en términos *médico-terapéuticos*. Los *delincuentes juveniles* eran enviados a los reformatorios para apartarlos de padres *inmorales* y de un medio ambiente *vicioso*, aunque desde el año 1995 ya estaban funcionando las primeras cárceles de menores, es decir, con guardia armada de Gendarmería de Chile.

Todo el anterior modo de reacción social a los delitos de los menores de edad se modificó con la nueva ley de responsabilidad penal

de adolescentes. Si antes el campo de respuestas ante la ley penal estaba dividido entre los adultos con responsabilidad y los menores sin discernimiento e inimputables, con la promulgación de esta ley, el control punitivo fue dirigido específicamente a los adolescentes, estableciendo una responsabilidad penal especial, entre los 14 y los 17 años. En definitiva, esta responsabilidad especial no fue tal, puesto que la ley resultó ser una forma levemente modificada de derecho penal de adultos. Pero la idea de que los adolescentes son responsables ante la ley quedó instalada, posibilitando establecer una nueva franja de penalidad, bisagra entre los niños y los adultos, una nueva frontera penal.

La historia de la Ley 20.084, de responsabilidad penal de los adolescentes, es ilustrativa de cómo un proyecto que pretendía extender los derechos de los adolescentes que cometen delitos frente al poder punitivo del Estado, y hacerlos responsables de una manera especial, educativa, luego de un juicio justo; terminó en un sistema que responsabiliza a adolescentes y adultos de la misma forma y frente a los mismos delitos. El endurecimiento punitivo prevaleció, ayudado por un clima de tolerancia cero, de modo que la pérdida de la especialidad del proyecto fue de la mano con la mayor influencia de los argumentos sobre la peligrosidad de los adolescentes. Lo más negativo de los cambios introducidos en el Senado, fue el aumento de la duración máxima de las sanciones privativas de libertad, a 10 años si el adolescente tiene 16 o 17 años y a 5 años, si tiene 14 o 15 años.

En el cambio de siglo, había cristalizado la idea de que la justicia era ineficiente o no funcionaba, o más bien funcionaba como *una puerta giratoria*, de entrada y salida para los delincuentes. La metáfora, un socorrido eslogan electoral de la derecha, expresaba la fuerza que había adquirido la demanda por seguridad y tolerancia cero frente al delito. El supuesto fin de la impunidad de los adolescentes era presentado como la respuesta natural frente a un enemigo delincuente cada vez más próximo a una condición de niño, listo para atacar con una violencia creciente, apoyado en una pandilla igualmente salvaje, desertor escolar, que no trabaja o lo hace muy esporádicamente, etc. El

ícono de las campañas de la fundación Paz Ciudadana, el sabueso Don Graf, se presentaba como el perro guardián de la desconfianza y del prejuicio hacia los jóvenes populares, que aparecían caracterizados con atuendos *hip hop* o *punk*, realizando actos vandálicos o como sospechosos de haber cometido algún delito.

Claro está que los ánimos punitivos no quedaron satisfechos con la nueva ley de responsabilidad penal de adolescentes. Iniciado el nuevo siglo, otros discursos y programas darían una nueva vuelta de tuerca al control punitivo del comportamiento de los menores de edad. Las alarmas de la inseguridad se encendían ahora ante los niños inimputables, es decir los menores de 14 años, que habían quedado fuera del ámbito de aplicación de la Ley 20.084. Convenientemente, una serie de hechos bien destacados por los medios de comunicación vinieron en auxilio de los guardianes del orden: casos de niños y niñas díscolos o que cometían delitos, que no tenían la edad legal para ser castigados, pero que en nombre del orden y la seguridad se decía que debían serlo. Los casos de niñas díscolas como María Música o de *niños delincuentes*, como *Cisarro*, *Miguelito* o *Byron*, fueron destacados por los medios de comunicación con tonalidades de alarma, en el ya extendido contexto de la agenda de seguridad ciudadana y de las políticas de tolerancia cero. Se trató de una explosión mediática que no se correspondía con la realidad de un fenómeno menguante y menor.

Se instalaron de manera silenciosa pero visible en los medios, programas de prevención del delito para niños en riesgo e inimputables, como *Vida Nueva* o *Terapia Multisistémica*, desde el sistema de protección administrado por los tribunales de familia. En estos casos, el descontrol conductual del niño es atribuido a *familias disfuncionales*. A diferencia del encierro, TMS busca fortalecer la vigilancia y control del niño por la familia y la red social local, para evitar que progrese en una trayectoria delictiva. El programa TMS entra a lidiar con la causa inmediata, que a su juicio es la falta de competencias de crianza de la madre o el padre, a quienes adiestra para ser responsables del control de los NNA.

La reforma de la responsabilidad adolescente entre los 14 y los 17 años, había instalado la idea de que solo cabía responsabilidad respecto de infracciones a la ley penal, y no sobre cualquier otro comportamiento no conforme de los niños (desobediencia a los padres, abandono de hogar, mal comportamiento, deserción escolar, consumo de drogas), como ocurría en el sistema tutelar de menores. Los nuevos programas lo vuelven a poner en práctica de manera masiva, o en casos mediáticos, como complemento de una respuesta de control principal consistente en el encierro correccional o psiquiátrico del niño infractor.

La TMS encarna bien la *tendencia de punta* en el control del comportamiento de NNA a través de la gestión de los riesgos: actuación preventiva, tratamiento de intensidad intermedia sobre el entorno ecológico del sujeto intervenido, actuación asistencial orientada a radicar la responsabilidad del control en el grupo familiar, colonización y subordinación tecnológica y rendición de cuentas a una agencia extranjera.

Un ejemplo actual de la prioridad dada al disciplinamiento de los NNA frente al reconocimiento y aseguramiento de sus derechos, es la gestión de la Reforma integral de infancia, anunciada con bombos y platillos en el gobierno de Ricardo Lagos; que logró impulsar los proyectos de responsabilidad penal de adolescentes y de subvenciones, mientras que la discusión del proyecto de garantías (rebautizado de protección integral) y creación de nuevos servicios a partir de SENAME, se postergaron hasta el día de hoy. La discusión sobre la ley de garantías solo se sacudió del marasmo precrisis, cuando el estallido social. Y aun así quedó para marzo.

No es que solo seamos perezosos para ponernos al día con la Convención en materia de derechos de la niñez. El contraste con la celeridad para aprobar la ley de responsabilidad penal de adolescentes y otras leyes represivas contra NNA, consolidó un mensaje que ya estaba claro desde hace un tiempo: importan más el control y el castigo que los derechos de NNA. Incluso, se tiende a concluir que, como los adolescentes que cometen delitos vulneran los derechos de

los demás, entonces no tienen derechos o los han perdido, como consecuencia de sus acciones.

Criminalización

Se oye hablar de criminalización: del movimiento estudiantil, de la pobreza, del movimiento mapuche, etc. Es sintomático que se utilice tan adecuadamente un término que es de origen criminológico y que, en los años ochenta del siglo pasado, los criminólogos críticos utilizaban para describir el sistema penal desigual de las sociedades capitalistas avanzadas; que criminaliza los delitos de los pobres para absolver los de los ricos, y hace que se mire como delincuentes a los jóvenes de la clase trabajadora. Criminalizar es decirle, ponerle la etiqueta de delincuente a alguien y tratarlo como tal. El gobierno calificó a los jóvenes del 18-O de lumpenes. A pesar de las simpatías de la primera línea entre quienes se manifiestan, el grueso de la población está en contra del saqueo y el vandalismo, a cuyos protagonistas identifica mayoritariamente como jóvenes.

La criminalización es aún más evidente en los casos en que acusa por leyes penales especiales a menores de edad, aun existiendo la LRPA. Recordamos el caso *Peaje Quino* (2009), cuando se aplicó la Ley antiterrorista a menores de dieciocho años, desvirtuando la regulación legal correspondiente. El discurso sobre terrorismo en la Araucanía (el *conflicto mapuche*, que da a entender en la proposición misma, quiénes son los causantes de tal conflicto), se estructura de un modo conocido: *la lucha del pueblo mapuche no existe, y lo que de verdad ocurre es que un grupo de terroristas infiltrados siembra el pánico entre los esforzados agricultores, perjudicando con sus acciones al auténtico pueblo mapuche, que quiere trabajar y vivir en paz.*

En la actualidad avanza la estrategia de criminalizar a los estudiantes secundarios y universitarios por su protagonismo social, auxiliados por Aula Segura, las restricciones contra los encapuchados, los intentos de limitar el derecho a reunión y manifestación pacíficas,

el control de identidad, el toque de queda juvenil y otras restricciones a la libre circulación. Avanza la criminalización de estudiantes, también mediante expulsiones, negación de matrícula, aplicación de procedimientos disciplinarios, etc. Recientemente, el gobierno acusó a dirigentes secundarios de la ACES, por la Ley de seguridad interior del Estado, vulnerando nuevamente sus derechos por cuanto para imputarlos de un delito solo puede invocar con legitimidad la Ley de responsabilidad penal de adolescentes.

El siguiente esquema caracteriza los cambios acaecidos en el control de NNA. Si antes el campo se dividía solo en dos áreas, menores de edad y adultos, en la actualidad se han agregado más dispositivos de control y las fronteras se han vuelto más difusas:

Tabla 1. Cambios registrados en el control de NNA, Chile

Antes de la transición	Década de los noventa hasta hoy
Menores de edad, sin discernimiento e inimputables	Inimputables: encierro y gestión de los riesgos (Vida Nueva, TMS).
	Responsabilidad penal de adolescentes (14 a 17 años).
Mayores de edad	Aplicación de leyes penales especiales o del sistema procesal de adultos a adolescentes (estudiantes, jóvenes mapuche).
	Mayores de edad.

Fuente: Elaboración propia.

Cierre

Parte de la fuerza que protesta aprendió que la violencia es un modo de hacerse oír, pero también la única manera de defenderse de la violencia policial (Fernández, 2019). Nos preocupa el martirio y el desarrollo de una conciencia sacrificial en los jóvenes que luchan. Una

leyenda, quizá incompleta, pero muy perturbadora si no lo fuese: *No estamos todos...*, nos lo recuerda. Las redes crecientes, que intensifican el control del comportamiento de NNA, ponen de manifiesto la enorme distancia que existe entre la realidad y la promesa de igualdad de oportunidades; del mismo modo que la creciente violencia ejercida sobre ellos manifiesta la voluntad de mantener o mantenerse a toda costa en un sistema de privilegios.

Se necesitan cambios profundos para poder revertir esta cruda realidad: la comunidad desigual y paranoica en que nos hemos convertido no duda en sacrificar a sus jóvenes, es decir, a quienes mejor encarnan los deseos de cambio. La violencia se enseñorea con ellos, de formas cada vez más diversas y complejas, en una espiral que no parece tener fin.

Las ideologías de orden y seguridad se ven ampliadas por tecnologías de poder que ensayan con ellos nuevas formas de control, como si fuesen conejillos de indias.

En cualquier caso, no ha sido la violencia sino la presencia masiva en las calles lo que alteró la vida cotidiana de los chilenos, para bien. Durante meses trabajamos menos horas, haciendo realidad la aspiración de dedicar más tiempo a la familia, acortando las agotadoras e ineficientes jornadas laborales. Las alteraciones en el abastecimiento, por los supermercados saqueados y quemados, obligaron a comprar en ferias libres y negocios de barrio, sacudiendo un poco la alienación consumista.

Si se logra afianzar el proceso constituyente, una larga lucha sigue. Esta lucha es fundamentalmente educativa. El movimiento estudiantil tuvo razón cuando invitó a la evasión. Necesitamos una educación al servicio de la dignidad humana. En una sociedad individualizada, necesitamos un individualismo democrático, laico y republicano, que reemplace al individualismo posesivo que fomenta la sociedad neoliberal. Una educación al servicio de un ciudadano participe en una sociedad de semejantes, que quiere vivir con dignidad y no ser discriminado.

Bibliografía

Bengoa, José (2015). *Historia rural de Chile Central, Tomo I. La construcción del Valle Central de Chile*. Santiago de Chile: LOM.

Canales, Manuel (2018). Sobre el origen del clasismo, el racismo y el autoritarismo chileno: las bases intactas del orden social que quiso remover la reforma agraria, pp. 195-204. En Manuel Canales, Jorge Razeto y René Valenzuela (coords.), *Casta y sumisión. Chile a 50 años de la reforma agraria*. Santiago de Chile: Social Ediciones.

Comité de los Derechos del Niño (1 de junio de 2018). Informe de la investigación relacionada en Chile en virtud del artículo 13 del protocolo facultativo de la Convención sobre los derechos del niño relativo a un procedimiento de comunicaciones. [Versión avanzada no editada. Original en español]. <https://www.defensorianinez.cl/home-adulto/biblioteca-digital-adulto/>

Defensoría de la Niñez (22 de enero de 2019). Informe crisis. <https://www.defensorianinez.cl/home-adulto/biblioteca-digital-adulto/>

El Mostrador (26 de diciembre de 2019). Negacionismo presidencial: Piñera recibe ola de críticas por considerar falsas “muchas” imágenes con violaciones a los DD. HH. en el estallido social.

El Mostrador (30 de diciembre de 2019). Defensoría de la Niñez.

El Mostrador (31 de diciembre de 2019). Carabineros en la mira.

Fernández, Roberto (20 de diciembre de 2019). Qué es y qué expresa la primera línea. *El Desconcierto*.

Instituto Nacional de Derechos Humanos (2019, diciembre). Informe anual: situación de los derechos humanos en Chile. Santiago de Chile: INDH.

Instituto Nacional de Derechos Humanos (18 de febrero de 2020). Reporte de datos. <https://www.indh.cl/>.

Leslie, John (2015). *¿Qué es la corrupción?* México: Libros Grano de Sal.

Morris, James (1967). *Las elites, los intelectuales y el consenso*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

Pinto, Julio (14 de enero de 2020). Sin proceso social no habría proceso constituyente. *The Clinic*.

Sutherland, Edwin (1988). Criminalidad de cuello blanco. En *Ladrones profesionales*. Madrid: La Piqueta.

The Clinic (30 de enero de 2020). Editorial.

UNICEF. (2012). *4° Estudio de Maltrato Infantil en Chile*. Santiago de Chile: UNICEF.

Valdés, Ximena (15 de enero de 2020). Sacrificio, memoria y conquistas en el laboratorio neoliberal. *El Mostrador*.

Valenzuela, Pepa (17 de febrero de 2020). Los 71 días presos de Kevin y Mauricio. *The Clinic*.

World Vision/Universidad de Chile (2018). *Modelos culturales de crianza en Chile: castigo y ternura, una mirada desde los niños y niñas*. Santiago de Chile: World Vision.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Haciendo caer los ídolos de barro

Apuntes sobre rebelión y desmonumentalización en Chile y en el mundo

Julio Cortés Morales

*Es hora de gigantes rebeliones
es hora de marchar sin leyes ni amos
es hora de que caigan con estruendo los ídolos de barro.
(José Domingo Gómez Rojas, 1913).*

La revolución de octubre en Chile

La revuelta del 18 de octubre del 2019 en Santiago de Chile fue un acontecimiento único, electrizante, contagioso: uno de los movimientos sociales más potentes de la historia que nos ha tocado conocer. En pocas horas y días la revuelta se extendió a todas las ciudades del país. La respuesta del Estado fue declarar el estado de excepción y sacar a los militares a restablecer el orden público.

Los estudiantes secundarios venían dando la pelea desde hace mucho tiempo, pero solo en el momento en su lucha se plantea como respuesta al alza de precios del metro (la red del tren subterráneo que

transporta varios millones de trabajadores y estudiantes a diario) la subversión salió del espacio de sus liceos, desde donde llevaban todo el año combatiendo a la policía. Desde el lunes 14 de octubre se lanzaron en masa a los subterráneos de la ciudad saltándose los torniquetes, ganándose la simpatía de los demás usuarios, y en cosa de pocos días todas las contradicciones se agudizaron, y la tarde del viernes 18 toda la ciudad estalló.

La serie de errores y estupidez del Gobierno derechista neoliberal de Sebastián Piñera y sus ministros hizo su aporte a apagar el fuego con bencina. Pocos días antes Piñera declaró, con ocasión de la insurrección ecuatoriana, que Chile era *un oasis en la región* y sus ministros anunciaron el alza del precio del metro llamando a levantarse más temprano para pagar el precio rebajado. Condenaron las evasiones estudiantiles como *delincuencia pura y dura*, la reprimieron a perdigonazos, anunciaron el viernes 18 a las 19 horas que aplicarían la Ley de Seguridad del Estado, logrando con su tozudez que el grueso de la población apoyara el movimiento y cientos de miles se tomaran las calles espontáneamente armando barricadas. El 19 los militares patrullaban las calles de Santiago en tanquetas, pero la insurrección ya había prendido y se extendió a todo Chile en un proceso que se extendió por varios meses y que solo se fue apaciguando al menos aparentemente desde marzo de 2020 cuando se declaró otro estado de excepción constitucional, esta vez por la pandemia de coronavirus.

El decreto presidencial que declara estado de emergencia en Santiago y parte de la Región Metropolitana la madrugada del sábado 19 se funda en la existencia de “múltiples atentados contra la propiedad pública y privada, especialmente contra medios de transporte público de pasajeros”, y “numerosas barricadas que han impedido la adecuada circulación de vehículos y personas a través de la ciudad, afectándose con ello la garantía de libre circulación de las personas”. Dado que la situación descrita “fue replicad[a] en las ciudades de Arica, Iquique, Antofagasta, Calama, Copiapó, La Serena, Coquimbo, Valparaíso, Viña del Mar, Rancagua, San Fernando, Talca, Linares, Constitución, Concepción, Los Ángeles, Temuco, Valdivia, Puerto

Montt, Coyhaique y Punta Arenas, y sus comunidades aledañas”, el domingo 20 había estado de emergencia y toque de queda en 12 regiones, el 24 de octubre en 15 (todas las regiones menos Aysén).

Desde el inicio de la revuelta el movimiento tuvo una clara y profunda expresión de lucha por reapropiarse del espacio de la ciudad, destituyendo símbolos del poder y tratando de desviar el sentido de las imágenes, de la publicidad, dándole otro sentido al uso del territorio. La Plaza que divide el barrio alto del centro histórico de la ciudad, que actualmente homenajeaba al general Baquedano (militar chileno del siglo XIX que entre otras cosas participó de la *pacificación de la Araucanía*, sometiendo por las armas a las comunidades mapuche) fue rebautizada como Plaza Dignidad. Ese lugar sigue hasta ahora siendo el epicentro de la confrontación entre manifestantes y policía militarizada.

En el primer fin de semana de la revuelta se produjeron significativas escenas como las que describe el panfleto *Tiempos Mejores* (editado a inicios de noviembre por el Círculo de Comunistas Esotéricos):

Escena uno: cerca del Cerro Santa Lucía alrededor de un bus quemado. Desde la mañana las personas que ahí se reunieron danzan a su alrededor al ritmo de los golpes que le dan. Un bus, esa máquina dispuesta a la circulación de personas, ahora se resemantiza en un mantra que le devuelve por segundos a sus viandantes el dominio de su propio cuerpo. Se suben a la estructura quemada, saltan, le pegan, lo manejan sin destino porque no se mueve: es un giro contra la circulación de mercancías en las que nos hemos convertido. Un músico callejero de edad toca su arpa.

Escena dos: en Plaza Italia, un lugar neurálgico del centro de Santiago desde la postdictadura, los militares llegan. Los custodian los carabineros. La gente los increpa y le dicen que se vayan a cara descubierta. No les corresponde estar aquí. Los disturbios se propagan por toda la Alameda. Seis buses quemados hacia el sur. No falta quien diga que fueron dispuestos para que les prendieran fuego. ¿Acaso eso importa en este momento? Lo relevante es que se queman y no importa quién lo hizo.

Escena tres: un supermercado saqueado en Cerrillos. Se toman artículos de primera necesidad. Se toman televisores, artículos varios, entre frazadas, pañales, uno que otro electrodoméstico. Algunos se devuelven a la barricada. Muchos se tiran a las barricadas. Se saca alcohol y se bebe; también se guarda para más tarde. La algarabía se contagia, hay cantos y bailes.

Actos de desmonumentalización durante la rebelión chilena

Los actos masivos de desmonumentalización fueron frecuentes en todo el territorio nacional durante la insurrección de octubre. Resulta obvio que para el lenguaje del poder se trataba de deleznable delitos, vandalismo y *nulo respeto por la historia*. Pero en rigor se trata de expresiones muy profundas, plagadas de significado, que suelen estar presentes en todas las insurrecciones y revueltas populares.

Así, el martes 2 abril de 1957 durante la *Batalla de Santiago* la enorme protesta popular y estudiantil en las calles, fuera ya de todo control por parte de las organizaciones de la izquierda institucional, se caracterizó –según el historiador Pedro Milós– por una gran agresividad contra la policía, en la que “la multitud, arriesgando sus vidas, no dudó en hacerles sentir su superioridad numérica y enrostrarles la ira acumulada en el curso de los enfrentamientos”, en los que las balas policiales ya se habían cobrado la vida de la estudiante de Enfermería de la Universidad de Chile Alicia Ramírez frente al Teatro Miraflores (entre Huérfanos y Merced).

Además, hubo gran violencia contra los bienes públicos, “como si a través de la infinidad de fogatas que poblaron el centro de Santiago, se hubiese querido señalar tanto la presencia de los manifestantes como su poder de reducir a cenizas los bienes públicos”. En ese contexto es que se produjeron también notables actos de desmonumentalización expresados “en el ataque a sedes de importantes poderes públicos y privados”. Siguiendo a Milós (2007): “Punto extremo de

esta violencia simbólica contra lo establecido fue la destrucción de las obras del monumento a Arturo Prat y el ataque a la estatua de Bernardo O'Higgins, los dos principales héroes militares de la historiografía nacional".

Los actos de desmonumentalización popular ocurridos desde fines del año pasado han sido documentados en una publicación irregular llamada *La Descolonizadora*,¹ en cuya presentación se dice que "desmonumentalizar es una de las múltiples expresiones del movimiento social que remeció los órdenes establecidos de forma salvaje a partir de la evasión liceana". En esos actos "fueron derrumbados podios del conquistador español, como también, de agentes del estado chileno en el siglo XIX. Porque la arremetida colonizadora no solo provino desde el imperio, sino que también adquirió su forma en la república, desde la cual se invadió, se exterminó y fueron usurpados los pueblos en nombre de la patria".

Algunos de los eventos más significativos de los ahí listados incluyen el 29 de octubre en Temuco, cuando es derribado masivamente un busto de Pedro de Valdivia, para ser luego arrastrado con una cuerda y *empalado* a los pies de una estatua de Lautaro.

En La Serena el 20 de octubre fue derribado e incendiado un monumento a Francisco de Aguirre, cruel exterminador del pueblo diaguita, y en su reemplazo se instala a Milanka (mujer diaguita). En *La Descolonizadora* aparecen extractos de un documento de Aguirre donde confiesa el exterminio: "sus guerreros fueron muertos en combate, sus mujeres violadas y sus niños asesinados. Los hicimos desaparecer, a ellos y su presencia en la historia. Se necesitaba un escarmiento sangriento para que no les quedaran ganas de rebelarse".

El 4 de noviembre en Punta Arenas es derribado el monumento al exitoso emprendedor y exterminador de fueguinos José Menéndez, para ser depositado a los pies de la estatua del indio patagón en la Plaza de Armas y reemplazado por un homenaje al pueblo selk'nam.

¹ Ver *La Descolonizadora*, 0(1), día 90.

Mientras esos hechos ocurrían recuerdo haber pensado en lo impresionante que resulta el haber tenido que esperar una revuelta en pleno siglo XXI para poder al fin sacar del espacio público esos horribles recordatorios del poder de muerte que tiene el Estado moderno: colonial, patriarcal, racista y clasista.

Pero desde octubre el movimiento social no solo removi6 el horror de los pedestales de las calles y plazas, tambi6n iba homenajearlo de manera informal a las numerosas v6ctimas de la represi6n, como en el memorial ubicado en el sitio en que cay6 Mauricio Fredees en Santiago, en la primera esquina de la Alameda. Por varios d6as y semanas se suced6a en ese lugar una din6mica de apropiaci6n/reapropiaci6n del improvisado y an6rquico sitio de memoria entre las fuerzas policiales que lo destru6an y los manifestantes que lo reinstalaban.

Tambi6n se instalaron otro tipo de monumentos, como las figuras representativas de los pueblos originarios en Plaza de la Dignidad, y desde a6os anteriores hab6a sido posible apreciar iniciativas como la instalaci6n por el colectivo Memoria Rebelde de una piedra conmemorativa en homenaje al anarquista de origen espa6ol Antonio Ram6n Ram6n, en el mismo lugar fuera del actual metro Rondizzoni en la ciudad de Santiago en que en 1914 atentara contra general Silva Renard, responsable de una masacre de obreros en Iquique siete a6os antes.²

Desmonumentalizaci6n: otros episodios

Este tipo de acciones se han extendido a nivel global luego de la rebeli6n iniciada en Minnesota en junio del 2020 contra el racismo policial tras el asesinato de George Floyd, llegando incluso a que algunas autoridades han procedido al retiro de estatuas como una forma de

² Este monumento popular fue destruido por un grupo fascista a fines de septiembre de 2020.

desmonumentalización ordenada y oficial que busca evitar la desmonumentalización popular espontánea y caótica con que la revuelta se reapropia del espacio urbano.

Lejos de ser una novedad, la historia ofrece muchos ejemplos de desmonumentalización popular (espontánea y desde abajo) versus otras que se realizan como acto de autoridad (formal y desde arriba).

A continuación, señalaremos un breve listado de las numerosas acciones desmonumentalizadoras llevadas a cabo por el pueblo rebelde, desde la Revolución francesa hasta hoy:

1. París, 1789/1799

El Versalles posrevolucionario como panóptico: “Se remodelaron las estatuas reales que habían quedado. La de Luis XIV en la gran sala Orangerie, lleva un gorro frigio en lugar de la peluca, que se ha quitado a martillazos; también una pica en lugar del bastón de mando y, para que nadie se equivoque con el nuevo dios de la guerra, figura en el pedestal de la estatua: ‘Marte francés, protector de la libertad del mundo’. Una jugada semejante se le ha hecho al colosal bajorrelieve de Luis XIV a caballo por Coustou en la gran galería del castillo. El genio de la fama, que desciende de las nubes, coloca, en lugar de la antigua corona de laurel, un gorro frigio sobre la calva cabeza del rey”.³

2. Chicago, 1889/1970

30 de mayo de 1889: En Chicago, la clase dirigente decide construir un monumento en homenaje a los sicarios uniformados muertos en los sucesos de mayo de 1886. La figura de un policía de bronce ‘adornaría’ la plaza de Haymarket.

4 de mayo de 1927: El chofer de un tranvía hace saltar intencionalmente su vehículo estrellándose contra la estatua del policía en Haymarket.

³ Vulgarización (Meyer, [1797] 2005, p. 315).

4 de mayo de 1968: Es lanzada pintura negra y vandalizada la estatua.

6 de octubre de 1969: Un potente artefacto explosivo compuesto por dinamita hace volar la estatua del policía en Haymarket. La acción es reivindicada por la organización de guerrilla urbana Weather Underground Organization (WUO).

4 de mayo de 1970: La malograda estatua es restaurada e inaugurada nuevamente mediante fanfarrias en medio de una solemne ceremonia con alabanzas a la represión.

6 de octubre de 1970: Un segundo y último atentado contra la estatua hace volar por los aires nuevamente la figura de bronce. La WUO reivindica nuevamente la acción haciendo que el gobierno custodiara durante 24 horas la estatua. Finalmente, y ante el riesgo de nuevos ataques decide esconderla al interior de una comisaría en Chicago.⁴

3. París, 1969

En 1969 los situacionistas reinstalaron en la Plaza de Clichy una estatua del *utopista* Charles Fourier que había sido levantada en 1899 por sus seguidores y que desapareció en 1941 para ser fundida y servir a las necesidades de la guerra.

Esta réplica exacta del original, en yeso pintado de bronce, duró menos de dos días y fue retirada por la policía.

En el mismo sitio el año 2007 un colectivo de *artistas* instaló una obra que consiste en una escalera conducente a una especie de cabina telefónica transparente. A diferencia del homenaje situacionista, esta nueva acción –que nada tiene que ver con Fourier– ha sido tolerada por los agentes del orden (*Marxismo y teoría revolucionaria*, 2008).

⁴ Cronología de una vida en revuelta y los sucesos de Haymarket, en *Louis Lingg. Ya lo sabrán por los estruendos* (Colecciones Memoria Negra, 2018).

4. Chile, 2002

Nulo respeto por la historia. Decapitado, a pedrazos, quedó el monumento a uno de los pioneros de la industria salitrera, José Santos Ossa, ubicado en el parque Croacia, de Antofagasta. La estructura de 4 metros de altura, confeccionada con yeso, está a solo 200 metros de un retén de Carabineros. La reparación le costará dos millones de pesos al municipio.⁵

5. Reino Unido, 2020

En Bristol, en el oeste de Inglaterra, los manifestantes derribaron una estatua del comerciante de esclavos del siglo XVII, Edward Colston. Un grupo de manifestantes arrancó del pedestal la estatua de bronce, erigida en 1895 en una calle que lleva su nombre, tirando de ella con cuerdas.

Una vez derribada la pisotearon, según imágenes publicadas en las redes sociales y transmitidas por la televisión británica. Uno de ellos se tomó una fotografía, arrodillado sobre el cuello de la estatua, imitando el gesto del policía blanco que asfixió George Floyd a finales de mayo en Estados Unidos. Después arrastraron la estatua de Colston, que lleva años siendo controvertida en Bristol, por la ciudad portuaria y la echaron, rociada con pintura roja, al río Avon, bajo gritos de alegría.

La policía local anunció la apertura de una investigación y el ministro del Interior, Priti Patel, denunció un acto *absolutamente vergonzoso y completamente inaceptable. Es vandalismo*.

El alcalde de Bristol, Marvin Rees, adoptó un tono más conciliador. “Sé que el arrancamiento de la estatua de Colston dividirá a la opinión pública, como ya lo ha hecho la estatua durante muchos años. Es importante escuchar a aquellos que estimaban que era una

⁵ Recorte de prensa usado como contratapa de la revista *Antagonismo* (2002, diciembre).

afrenta a la humanidad”, afirmó en un comunicado (*El Mercurio*, 8 de junio de 2020).

6. Boston y Miami, 2020

Una estatua de Cristóbal Colón fue decapitada en la noche del martes en Boston, última víctima del movimiento que exige la retirada de estatuas que consideran que simbolizan el racismo, reactivado por las manifestaciones tras la muerte de George Floyd.

Otra estatua de Colón fue vandalizada en el centro de Miami, cubierta con pintura roja y mensajes que decían *Nuestras calles*, *Black Lives Matter* (Las vidas negras importan) y *George Floyd*, antes de que la policía hiciera varios arrestos, según el periódico Miami Herald.

Además, haciéndose eco de las protestas, la presidenta de la Cámara Baja de Estados Unidos, Nancy Pelosi, exigió que se retiren del Capitolio once estatuas de confederados que se oponían al fin de la esclavitud, en un momento de intenso debate tras la muerte a manos de la policía de un ciudadano negro (*Infobae*, 11 de junio de 2020).

7. Nueva York, 2020

La Policía de Nueva York tenía este jueves desplegado un operativo para vigilar la icónica estatua de Cristóbal Colón que preside la rotonda conocida como Columbus Circle, en una zona comercial de Manhattan colindante con Central Park, tras los ataques a otros monumentos en EE. UU. con motivo de las manifestaciones antirracistas.

Tras las protestas por la muerte del afroamericano George Floyd a manos de un policía blanco en Minneapolis, algunos manifestantes en distintos puntos del país norteamericano están derribando o vandalizando estatuas polémicas, sobre todo de líderes confederados que apoyaban la esclavitud. No obstante, los ataques también se están haciendo extensivos a las estatuas de Cristóbal Colón y otros exploradores, en solidaridad con los pueblos indígenas y a medida

que el foco sobre la injusticia racial que han propiciado las protestas nacionales por la muerte de Floyd incluye a otras minorías. A ese respecto, el gobernador del estado, Andrew Cuomo, de ancestros italianos, afirmó hoy en una rueda de prensa “entender los sentimientos contra Colón y respecto a algunos de sus actos”, si bien defendió que la estatua del explorador “representa el legado y la contribución de los italoamericanos” al país, al ser preguntado por la ola de vandalismo contra su figura (*EFE/EMOL*, 11 de junio de 2020).

8. Colombia, 2020

Indígenas de la comunidad Misak derribaron este miércoles una estatua ecuestre del conquistador español Sebastián de Belalcázar situada en el municipio de Popayán, en el departamento colombiano del Cauca, al suroeste del país.

El derribo de esta estatua es también el cumplimiento simbólico de la sentencia que recibió el conquistador en un reciente juicio al que lo sometió la comunidad Misak.

Belalcázar fue declarado culpable de *genocidio, despojo y acaparamiento de tierras*, así como de la *desaparición física y cultural de los pueblos* afectados por sus campañas de conquista (*RT*, 17 de septiembre de 2020).

Conclusión

Estamos viviendo una crisis social, política y ecológica que ha generado al fin una oleada mundial de rebeliones comparable a otras como las de 1848, 1917 y 1968.

Reflexionando sobre el octubre chileno, en base a la experiencia palestina de la *Intifada*, Rodrigo Karmy señala que ese concepto, que significa *revuelta* se usa indistintamente con el de *thawra*, que designa la *revolución*. Y señala que, así como la Revolución rusa se basó sobre el modelo de la francesa, las revoluciones de nuestro tiempo

serían *revoluciones de final abierto*, como teorizara Hamid Dabashi en relación a la Primavera árabe: “no se trata de una simple revuelta, pero tampoco de una revolución consumada, sino de un híbrido que excedió tanto la noción de revuelta como la de revolución” (Dabashi, 2014, cit. en Karmy, 2019).

En 1848, otro momento de revolución mundial, Marx y Engels desde las páginas de la *Nueva Gaceta Renana* hacían ver al calor de los acontecimientos precipitados desde la revolución alemana de marzo, como en ese momento resultaba vital también para las clases dominantes no reconocer “como una verdadera y auténtica revolución la lucha librada en las calles, que se pretende presentar como una mera revuelta”. Así, “se ponía en tela de juicio la existencia de la revolución, cosa que podía hacerse porque esta no era más que una revolución a medias, el comienzo de un largo movimiento revolucionario” (Engels, [1848] 2006).

En este dramático y largo combate de la humanidad contra la cosificación una de las primeras medidas que adoptan las comunidades en lucha es la reapropiación real y simbólica de un territorio devastado por el movimiento perpetuo del capital, replanteando el viejo proyecto de la Comuna, aunque sea por horas o días bajo la forma de una “zona temporalmente autónoma”.

La contrarrevolución también trata de expresarse en el mismo terreno, y al menos en Chile en el último tiempo tanto el Estado como grupos privados y patotas fascistas se están dedicando a mantener presencia callejera, intentando revertir los actos de desmonumentalización popular a través de su destrucción o modificación. No es mucho más lo que pueden ofrecer por ahora.

La revolución social, en cambio, debe saber buscar cómo transformar estos incipientes actos de desmonumentalización en el diseño teórico/práctico de lo que en sus tiempos algunos llamaron *otra ciudad para otra vida*.⁶

⁶ Ver <https://sindominio.net/ash/is0314.html>

Bibliografía

AA. VV. (2002, diciembre). Contratapa. *Antagonismo* (Santiago de Chile), (0).

Colecciones Memoria Negra (2018). *Louis Lingg. Ya lo sabrán por los estruendos*. Santiago de Chile: Ediciones Memoria Negra.

EFE/EMOL (11 de junio de 2020). Policía de Nueva York vigila estatua de Cristóbal Colón tras ataques en otras ciudades.

El Mercurio (8 de junio de 2020). Nueva jornada de manifestaciones en Reino Unido.

Engels, Federico (2006 [1848]). El debate de Berlín sobre la revolución. En Carlos Marx y Federico Engels, *Las revoluciones de 1848*. México: FCE. [Primera edición Engels, F. (14 de junio de 1848). El debate de Berlín sobre la revolución. *Nueva Gaceta Renana*, (14)].

Infobae (11 de junio de 2020). Furia contra estatuas de Colón: manifestantes decapitaron un monumento del navegante en Boston y vandalizaron otro en Miami.

Karmy, Rodrigo (2019 [2014]). El pueblo quiere iniciar un nuevo régimen, pp. 99-105. En *El porvenir se hereda. Fragmentos de un Chile sublevado*. S.d.: Sangría. [Publicado como columna en <https://www.eldesconcierto.cl/2019/11/19/el-pueblo-quiere-un-nuevo-regimen/>].

Marxismo y teoría revolucionaria (2008). M.A.S.A.

Meyer, F. J. L. (2005 [1797]). Fragmentos de París en el año IV de la República francesa, II, Hamburgo, 1797, p. 315 [Sección Q. Panorama]. En Walter Benjamin, *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal. [Edición de Rolf Tiedemann].

Milós, Pedro (2007). *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*. Santiago de Chile: LOM.

RT (17 de septiembre de 2020). “500 años de esclavitud”: Indígenas Misak derriban la estatua del conquistador español Sebastián de Belalcázar en Colombia. <https://actualidad.rt.com/actualidad/366838-indigenas-misak-derribar-estatua-conquistador-belalcazar>

Cuerpo II

Viñetas del despertar



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

CHILE DESPERTÓ

GUION: CARLOS REYES 6. - DIBUJOS: AUGUSTO MORA.

18 DE OCTUBRE 2019: TODO COMIENZA CUANDO UN GRUPO DE ESTUDIANTES LLAMA A PROTESTA NACIONAL EN CONTRA DEL ALZA DE LA TARIFA DEL TRANSPORTE PÚBLICO Y LLAMA A EVADIR LOS PASAJES EN LAS ESTACIONES DEL METRO DE SANTIAGO.







UNA SEMANA
ANTES DE LA
REVOLUCIÓN DE
OCTUBRE, PINERA SE
JACTÓ EN UNA
ENTREVISTA DICENDO
QUE CHILE ERA UN
"VERDADERO OASIS EN
LATINOAMÉRICA".



BASTA DE ABUSO Y
REPRESIÓN MILITAR
EN CHILE 



UN SISTEMA QUE
PROPORCIONA
ENORMES
BENEFICIOS PARA
LOS GRANDES
GRUPOS
ECONÓMICOS...



A hand-drawn poster with the text "P'INERA MASACRA" and "CON LA CONSTITUCION de INOCHET". The word "P'INERA" is written in large, bold, red letters. "MASACRA" is written in smaller, black letters. Below it, "CON LA CONSTITUCION de" is written in black, and "INOCHET" is written in large, bold, red letters. A hand-drawn blue hand is visible at the bottom right, holding the poster.



¿POR QUÉ ENTONCES
LAS MULTITUDINARIAS
PROTESTAS Y EL
VANDALISMO NO SE
DETIENEN DESDE
HACE MÁS DE 5
SEMANAS?



¿POR QUÉ EL 25 DE OCT. MÁS DE 1 MILLÓN 200 MIL MANIFESTANTES SE REUNIERON EN PLAZA ITALIA, CENTRO NEURÁLICO DE LA CAPITAL, CONVIRTIÉNDOLA EN LA MAYOR PROTESTA CHILENA EN DEMOCRACIA?



PORQUE CHILE
PADECE UN SISTEMA
NEOLIBERAL EXTREMO
E INJUSTO, UN
CAPITALISMO
SALVAJE...



...IMPUERTO
POR LA
DICTADURA DE
PINOCHET Y
PRESERVADO
HASTA HOY POR
LA ÉLITE
POLÍTICA Y
EMPRESARIAL.



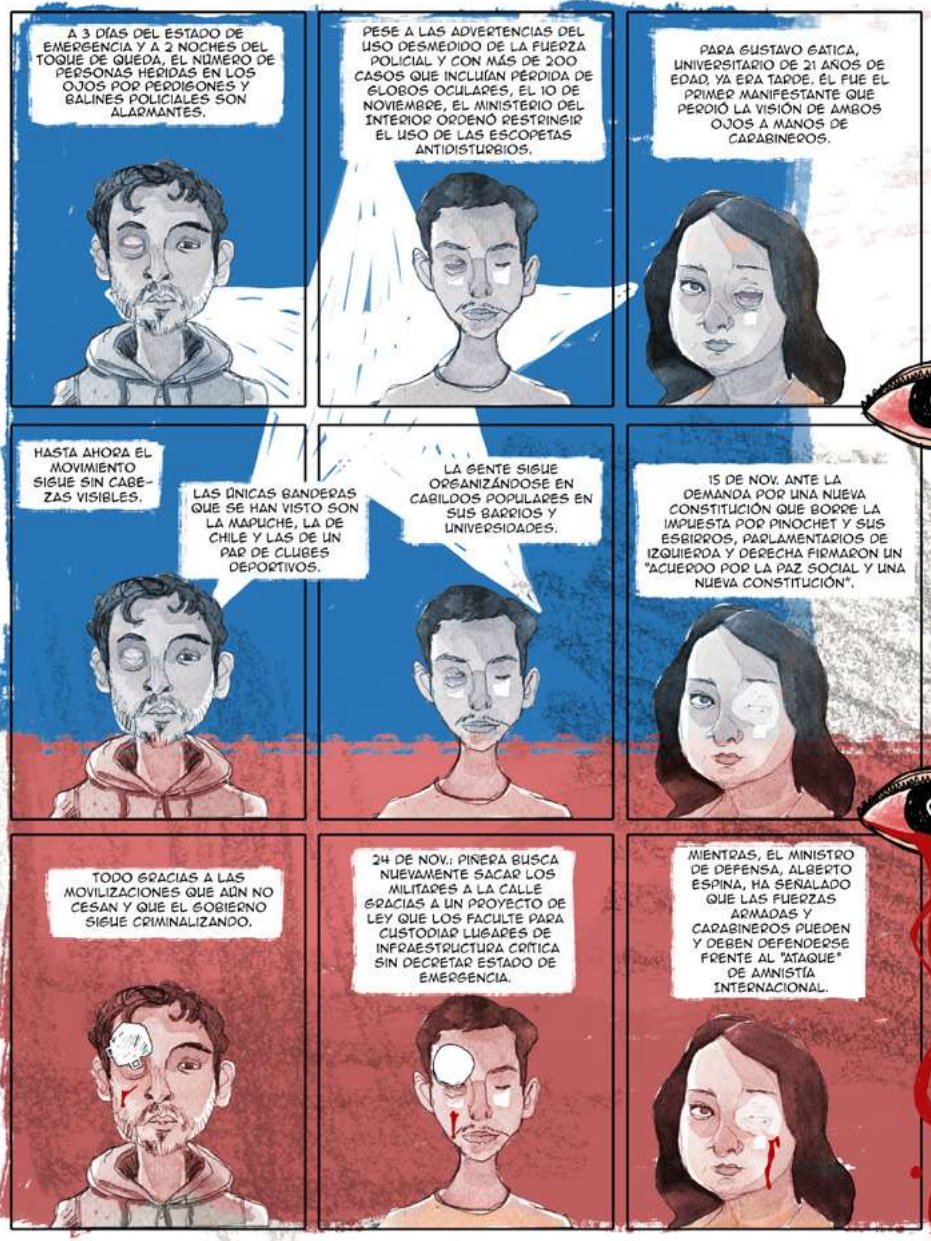
SALARIOS BAJOS Y
PENSIONES DE HAMBRE, JUNTO
A UNA SALUD Y EDUCACIÓN
PRIVATIZADAS Y DE ALTO COSTO,
MANTIENEN AL PUEBLO DE CHILE
GOBERNADO POR EL MERCADO Y
POR UNA CASTA PRIVILEGIADA.

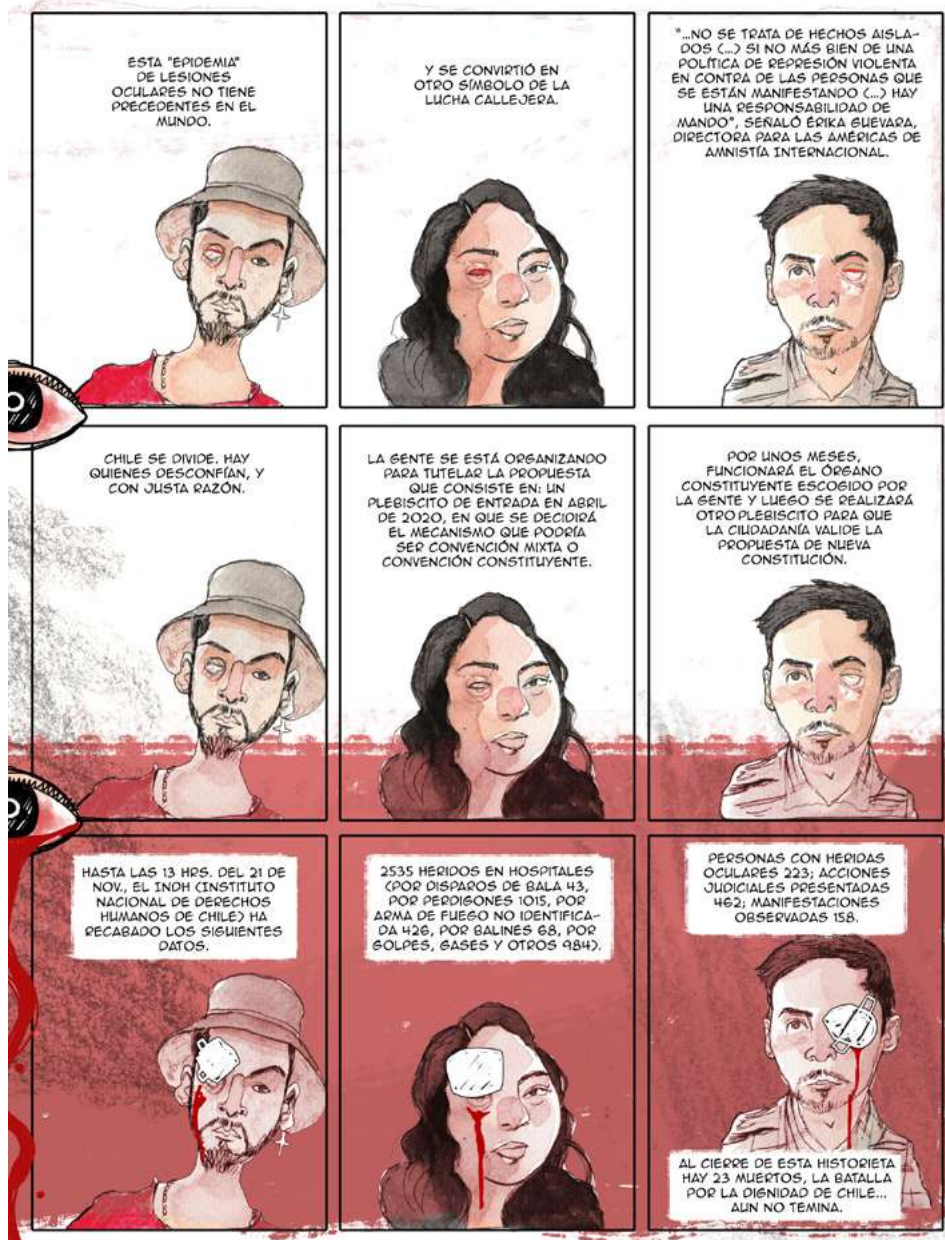


... PERO QUE OFRECE UNA VIDA PRECARIA E INESTABLE PARA LA MAYORÍA DE LA POBLACIÓN, CUYOS PROBLEMAS PERMANECEN OCULTOS DETRÁS DE LAS EXITOSAS CIFRAS MACROECONÓMICAS.



ESTE "BAILE DE LOS QUE SOBРАН" (CANCIÓN QUE SE HA CONVERTIDO EN HIMNO DE LA REVUELTA) ES VISTO POR EL SOCIÓLOGO RAÚL ZARZURI COMO: "LA EXPRESIÓN DE JUVENTUDES DISIDENTES CON EL ORDEN VIGENTE, QUE SE DESORDAN, CONSTRUYENDO IDENTIDADES EN LOS MARGENES COMO CRÍTICA AL SISTEMA"





Cuerpo III

Revuelta y narrativas juveniles



Fotografía:

Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Viviendo la revuelta en las narrativas juveniles

Karla Henríquez, Rodrigo Ganter, Ximena Goecke y Raúl Zarzuri

Introducción

El presente capítulo da cuenta de los resultados de la investigación encargada por la Fundación Rosa Luxemburgo (FRL, sede Ecuador) durante el año 2020 a un equipo multidisciplinario de las ciudades de Santiago y Concepción, en el marco de un fondo que la FRL destina para apoyar iniciativas de investigación que tenían por objetivo: aportar en la construcción de trabajos que permitan profundizar la comprensión de los procesos de levantamientos y protestas que se dieron durante el año 2019 en algunos países de América Latina, entre ellos Colombia, Ecuador, Nicaragua y Chile.

Para el caso de Chile, se solicitó profundizar en la situación chilena a partir de las protestas originadas desde el llamado 18 de octubre del año 2019 (18-O), intentando realizar un ejercicio comprensivo de las movilizaciones, tomando como sujetos del levantamiento a jóvenes que no tenían militancia en partidos políticos y que salieron a la calle a protestar durante el ciclo de protestas antes mencionado. El equipo a cargo del estudio en Chile estuvo conformado

por: Raúl Zarzuri Cortés (Universidad Academia de Humanismo Cristiano), quien coordinó el estudio; y por Rodrigo Ganter Solís (Universidad de Concepción), Karla Henríquez Ojeda (Universidad Bernardo O'Higgins) y Ximena Goecke Saavedra (Centro de Estudios Socioculturales/CESC). Como ayudantes de investigación participaron en el trabajo de producción de entrevistas y análisis de prensa: el sociólogo Sebastián Fuentealba y la socióloga Gabriela Varela, en el caso de la ciudad de Concepción, y Francisco Donoso en el caso de Santiago.

El estudio buscó responder una serie de preguntas que orientaron la pesquisa, las que se constituyeron en categorías de análisis, ordenando la presentación de resultados de este capítulo. Algunas de estas preguntas son: a) ¿Qué motivó el largo aliento de los/as jóvenes a participar en las protestas, asumiendo el riesgo de la represión?; b) ¿Qué tan cierta es la hipótesis de que quienes se manifestaron piensan que no tienen futuro? ¿Cuáles son sus ideas acerca del futuro?; c) ¿Cómo vivieron estos días? ¿Qué significado tienen para estos actores en retrospectiva? ¿Qué elementos rescatarían como importantes o significativos, las apuestas, desafíos, tensiones, contradicciones?; d) ¿Hubo una participación protagónica de hombres jóvenes? ¿Hubo una división sexual de las tareas y de los lugares en la protesta? ¿Qué importancia tuvieron aspectos étnicos, raciales y culturales en las protestas y los sucesos que desencadenaron? ¿Qué importancia tuvieron aspectos de clase en las protestas? ¿Fueron relevantes los temas y agendas socio-ecológicas o diferentes maneras de relacionarse con la naturaleza?; e) ¿Cuáles fueron en el inicio las agendas de lucha y reivindicación desde estos sujetos? ¿Cómo se han visto modificadas estas agendas? y, f) ¿Cuáles son sus concepciones y visiones acerca de la política, de los partidos, del Estado y de la economía? Asimismo, se consideran aspectos relativos a la pandemia del COVID-19 que llega a Chile durante marzo del año 2020, y cómo la situación sanitaria y el confinamiento de la población afectó y desactivó gran parte del movimiento de protestas a nivel nacional.

El trabajo de investigación consideró una metodología eminentemente cualitativa que incluyó el análisis de prensa para contextualizar los principales eventos contenciosos y de protesta en la ciudad de Santiago y Concepción, como la producción de 8 (ocho) grupos de conversación y 7 (siete) entrevistas individuales en profundidad, orientada a ciertos perfiles específicos de manifestantes; además de tres entrevistas a expertos en estas materias. La muestra del estudio estuvo conformada por jóvenes varones y mujeres, de distintas procedencias sociales, étnicas y territoriales, residentes del área metropolitana de Santiago y de la región del Biobío (Gran Concepción), cuyas edades fluctuaron entre los 18 y 30 años; todos manifestantes y activistas del ciclo de protestas que implicaron el 18-O. El tipo de análisis de los datos y discursos de los y las jóvenes fue de carácter narrativo y hermenéutico. El período que abarcó el estudio considera marzo del año 2020 hasta septiembre del año 2020.¹

Ya no estamos solos/as: el encuentro

La revuelta sigue siendo protagonista del acontecer chileno a un año del estallido, las motivaciones son múltiples. Unas adquieren más relevancia que otras a ojos de la prensa, pero lo que las atraviesa es la intención de continuar con las protestas para lograr cambios reales. Que las personas no tengan que endeudarse para satisfacer necesidades básicas, como la alimentación, ni para acceder a derechos fundamentales como la educación, la salud y el derecho a una vida digna.

Las motivaciones tienen tintes de solidaridad en el sentido que buscan dar respuesta a precarizaciones con las que han tenido que

¹ Este capítulo considera y difunde una versión extendida de los resultados del estudio “Sujetos del Levantamiento en Chile”, encargado por la Fundación Rosa Luxemburgo (2020). Una versión compactada y que enfatiza otras aristas de la investigación, se puede encontrar en “Revuelta y juventudes. Políticas de lo pre y postfigurativo del 18-O en Chile” (Zarzuri et al. 2021).

vivir generaciones anteriores, como padres, madres, abuelos y abuelas que luego de muchos años de trabajo no tienen una pensión digna que les permita solventar sus gastos básicos. También buscan instalar otra forma de vincularse con la naturaleza y el medio ambiente, las demandas ecologistas buscan el respeto hacia los ecosistemas frenar el predominio del extractivismo como estrategia de *desarrollo* centrada exclusivamente en el crecimiento económico.

Las distintas movilizaciones sociales que se desplegaron en el espacio público a partir del 2001 con *el mochilazo* daban cuenta de demandas claras y precisas. La movilización estudiantil respondía a las reivindicaciones de estudiantes secundarios y universitarios, la movilización feminista del 2018 a los derechos de equidad e igualdad promovido por las mujeres, el movimiento No+AFP busca mejorar las pensiones de los próximos jubilados y trabajadores, y así.

El 18 de octubre del 2019 todos los esfuerzos realizados por los movimientos sociales anteriores hicieron eco a una masiva expresión de malestar que previo a esa fecha cada persona llevaba de manera oculta en su cotidianidad, y a veces incluso de manera naturalizada, sin cuestionarlo. *Así es la vida, es lo que nos tocó*, son frases que más de una vez hicieron eco a la desesperanza frente a la posibilidad de mejorar las condiciones de vida. Ese malestar individual junto al peso de la responsabilidad sobre el éxito y el fracaso que cada persona lleva en sus espaldas es el que caracterizó a la sociedad chilena hasta octubre, en ese momento la catarsis individual desplegada de manera inesperada en distintos sectores del país se convirtió en una conciencia colectiva con aires reivindicatorios que se apoyaban en la consigna *Hasta que la dignidad se haga costumbre*.

Unas de las críticas que reiteradamente se realiza desde la elite política y económica es que las revueltas a partir de octubre no tienen una vocería ni un líder/lideresa con quien el gobierno pueda dialogar. Sin embargo, ese es un elemento interesante y atractivo, aun cuando en las revueltas no existe esa contraparte el movimiento sigue con bastante fuerza. Con la llegada de la pandemia en marzo del 2020 y las estrictas medidas de confinamiento las protestas se

desplazaron asentándose en las poblaciones. Entonces ¿qué es lo que motiva a los y las jóvenes persistir en las protestas? ¿Cuáles son las motivaciones que ellos y ellas reconocen como ejes clave de la persistencia de las manifestaciones ya a más de un año de su inicio? ¿Qué elementos en común tienen estas motivaciones?

En las narrativas juveniles las motivaciones son diversas y responden a una lógica interseccional, que no permite entender una motivación sin la otra. Están todas interconectadas en el tejido social en la manera como se estructura la sociedad chilena y en la cotidianidad de las personas, por eso mismo es que convocan a tantas personas y de orígenes tan distintos, entregando espacios de encuentro entre desconocidos para compartir experiencias, diálogos y abrir temas, atreverse a opinar y a ser interpelados/as. Las motivaciones son innumerables e intentamos agruparlas en elementos que comparten. Entre ellas destacan las motivaciones para terminar con los privilegios que tienen algunas clases sociales y la vulneración hacia otras; para solidarizar con quienes no pueden ir a manifestarse o arriesgan sus vidas en las protestas; para el reconocimiento de los pueblos originarios, para avanzar en las diversas formas de la decolonización y construir una memoria histórica actualizada; para poner en valor el medio ambiente y la biodiversidad; para ser protagonistas del cambio; y para tener un futuro digno aquí y ahora.

En contra de los privilegios de clase

Un elemento transversal en las narrativas juveniles es el deseo por terminar con los privilegios que algunas personas tienen solo por el hecho de pertenecer a familias de clases privilegiadas en contraste con quienes habitan en la pobreza y en las capas medias de la sociedad. Las protestas son la punta del iceberg lo que se ve y la respuesta al malestar social que se traduce en una serie de repertorios de acción y entre ellas las manifestaciones colectivas que se dan en la calle. Pero también las protestas en la calle y la divulgación de estas y de pruebas sobre privilegios y abusos por parte de la elite política

y económica en internet, son parte importante de la toma de conciencia de quienes han vivido en privilegio y también de quienes no tenían conciencia de que sus condiciones de vida precarias no eran producto de la mala suerte o del poco esfuerzo, sino que responden a la forma en que se ha estructurado la sociedad chilena.

En las protestas participan jóvenes de distintas clases sociales y algunos de ellos se encuentran de manera fortuita. Varios de ellos y ellas van a la calle para solidarizar con quienes no tienen las mismas oportunidades y que no tienen la posibilidad de optar por una vida digna. Estudiantes de la universidad ponen en riesgo sus vidas para sumar fuerzas en la lucha por cambiar las cosas y no seguir reproduciendo patrones de segregación que generan diferencias en el acceso a oportunidades.

[...] tengo compañeros que son lo que se conoce como *cuicos*, por ejemplo, que vienen de colegios privados y de sectores altos y bla, bla, bla, a pesar de que llegaron a la universidad súper en su burbuja y con este pensamiento de que esas no son las formas, cuando pasó esta cuestión del 18 de octubre, me fijé que muchos compañeros se dieron cuenta de que sí habían cosas que había que cambiar y se pusieron de este lado (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

El malestar se ha ido acumulando a lo largo de los años producto de las desigualdades provocadas por la forma en que se ha estructurado la sociedad chilena, cuyas bases se sostienen en la instalación del libre mercado para crecer económicamente y acumular riquezas solo en algunos estratos, los que están mejor posicionados para competir en el mercado. Prácticas segregativas, abusivas y discriminatorias se ven reflejadas en experiencias cotidianas que permiten identificar diferencias de trato entre clases sociales y económicas. Dan cuenta de la desigualdad a la hora de acceder a derechos y oportunidades, o de contar con mayores grados de certeza y libertad para desarrollar proyectos de vida acorde a las expectativas de cada persona.

[...] nuestros abuelos, papás tampoco quieren que pasemos por lo que ellos pasaron [...] tal vez ellos eran personas sin futuro, porque no pudieron luchar, porque no eran más organizados que nosotros, porque sufrieron mucha más represión que nosotros, entonces ellos eran sin futuro porque tuvieron que sufrir mucho más por este sistema, y no podían hacer nada (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Solidaridad con las generaciones que los preceden: la devuelta de mano

Los y las jóvenes entregan su energía vital durante las protestas, no solo están dispuestos a disponer de su tiempo y responsabilidades individuales para ir a la calle, sino que también arriesgan sus vidas por los que no se pueden manifestar. Han sido los protagonistas de las revueltas porque no solo van por sus motivaciones individuales sino también en representaciones de quienes han perdido la vida esperando recibir atención médica, van por sus padres que tienen que seguir trabajando durante extensas jornadas, van por quienes han sido violentados durante las protestas, por quienes tienen que quedarse en las casas al cuidado de familiares e incluso se manifiestan en representación de desconocidos/as que sufren las consecuencias de la desigualdad y el abusos.

[Los jóvenes] cuando observan la vida de sus padres o de sus abuelos, todo lo que les costó lograr ciertas cosas y que aun así no les garantiza poder llegar a una vejez y poder disfrutarla es algo súper potente. O sea, a mí el tema de que tú vayas a llegar a la tercera edad y no puedas solventar una vida digna eso es súper fuerte (joven varón, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

“También nos pasaba como que salíamos y como que igual sentíamos como que necesitábamos hacer algo más” (joven mujer, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago). Ir a las protestas no es solo una forma de manifestación, sino que se despliegan una serie de acciones solidarias que permiten mantener

las protestas en el tiempo, “Lo que hacía, para poder aportar en algo, era andar con limón y con agua con bicarbonato... también trataba de ayudar cuando alguien se había caído o cuando alguien estaba sangrando por recibir un balín, tratar de ayudarlos” (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

Este repertorio de solidaridades se expresa en el apoyo mutuo, de manera desinteresada en el sentido que no busca atribuciones individualistas, sino apoyar como se pueda para resistir y seguir en la lucha. La entrega de primeros auxilios para los heridos, la donación de insumos médicos para curar heridas, las ollas comunes para alimentar a quienes estaban horas en la primera línea, como lo hacía un grupo de mujeres artistas del colectivo La Lenteja Combativa, fueron la antesala en las redes de autoayuda y apoyo mutuo que posteriormente se desplegaron en los barrios durante la pandemia.

Vimos una foto [...] que se divulgó mucho sobre unos capuchas dando comida y se nos ocurrió quizás el poder dar comida, y se nos dio súper fácil porque una compa tenía un fondo, yo vivía cerca, después como que mágicamente se nos apareció un carro, entonces como que se dio todo para dar la comida y empezamos a cocinar [...], fue acuático igual porque yo vivo al frente de la 1ª Comisaría entonces era como bien *care raja* salir con el fondo lleno así hasta la Plaza Dignidad y de ahí de a poco nos fuimos como mejorando, al principio salíamos con un carro de feria y lo que pudiéramos y repartíamos como 50 platos, estábamos como 5 minutos y después ya empezamos como a mejorar, abrimos como la cuenta de Instagram y llegaron muchas donaciones y me di cuenta que también habían muchas organizaciones de gente que se estaba organizando como de forma activa para contribuir, ya sea como de comida, agua... no sé, ropa de cambio para los capuchas, como muchas organizaciones (joven mujer, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

De las experiencias narradas también destacan sentimientos de unidad de identificación colectiva, de momento histórico compartido. Los manifestantes se identificaban con esa ciudadanía excluida y abusada, a la que le cuesta prosperar:

[...] tanta gente motivada en lo mismo, ya se dieron cuenta que era el momento, que soltaron todo, no era solamente el torniquete ni el precio del pasaje, salieron todas las cosas que debieron corresponder, todos tenían los mismos problemas, y bueno eso llamó a tantas personas (joven varón, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Esta identificación colectiva que tuvo la capacidad de despertar una afectividad comunitaria, una solidaridad y cooperación, entre amplios sectores de la población: “[...] la solidaridad y la cooperación es como yo lo creo, como el caballito... el caballito de batalla de lo que fueron estas protestas” (joven mujer, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

El reconocimiento de los pueblos originarios, decolonización y memoria histórica

En las narrativas juveniles se encuentran muy articuladas las demandas de reconocimiento a los pueblos originarios, en especial del pueblo mapuche, el reconocimiento del abuso que han recibido durante centenares de años los pueblos, una vez comenzado el periodo de la colonización la recuperación de una memoria histórica y. El deseo de reconocimiento hacia las distintas culturas y etnias que conforman el territorio se expresan en la frase *somos todos iguales* en el sentido que somos seres vivos que habitamos el planeta y no deberían existir privilegios ni mucho menos vulneraciones hacia ningún sector social. Desde ese lugar los y las jóvenes se manifiestan cargando banderas de los pueblos originarios, pegando calcomanías que aluden a los pueblos originarios, llevando parches en sus ropas o en sus mochilas, también en serigrafías y rallados que invitan *quemar el colono que llevamos dentro*.

Entonces estos tipos no es que vengan de la dictadura y que vengan de ahí aprovechando, sino que vienen desde la colonia sistemáticamente

aprovechándose de la clase más empobrecida (joven varón, zona rural, Región del Biobío).

El sentido por levantar una memoria colectiva y resignificar simbolismos que han sido impuestos ha llevado a intervenir estatuas, monumentos y espacios públicos en distintos sectores del país, comenzando un proceso de desmonumentalización y resignificación de los simbolismos que quieren destacarse en el espacio público, construyendo y recuperando una memoria histórica que haga sentido para la identidad colectiva.

Acá en Concepción existen dentro de parte del mismo Estado destrucción del patrimonio histórico y ahí no dicen nada *cachai*, cuando se han echado abajo edificaciones [...] acá en Santa Juana, eh... ahí el Estado no reconoce ¡qué chucha!, nos *pitiamos* el patrimonio histórico, pero anda tu a botar la estatua de Pedro de Valdivia... todo el mundo pierde la cabeza *cachai*, entonces claro, cuando significa plata del Estado pa' invertir en el espacio, ahí reclama la autoridad pero cuando se trata de ningunear y pisotear nuestro pasado ancestral, ahí se lavan las manos ¿me entiendes? (joven varón, primera línea, Región del Biobío).

Por la sostenibilidad del medio ambiente y la biodiversidad

Las juventudes relevan el retorno de la conciencia ecologista y el reconocimiento de la biodiversidad, incorporan a sus vidas prácticas cotidianas que dan cuenta de otras formas de relacionarse con el medio ambiente, “también han ido en aumento demandas medioambientales o quizás inclusive más del desarrollo de la persona, como lo son el vegetarianismo y el veganismo” (jóvenes varones, participan en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Promueven la alimentación orgánica, la preservación de semillas, el cuidado de los animales, el reciclaje, la economía circular y la soberanía alimentaria, por mencionar algunas. Adoptan prácticas cotidianas que las llevan a ser protagonistas de la lucha por el

reconocimiento de la biodiversidad y la preservación del ecosistema, son conscientes del daño que ha causado el modelo de desarrollo económico basado en el extractivismo de los recursos naturales y de las consecuencias con las que cargarán las generaciones más novelas: “Sí, estuvo presente hacer la marcha por el agua, por los recursos naturales igual” (joven mujer, zona rural, Región del Biobío).

Las juventudes son herederas de las consecuencias y externalidades negativas del predominio de una industria extractivista, de fuerte presencia en los últimos 30 años en Chile, y que no da lugar a la preservación y regeneración de los ambientes naturales, que posiciona a la industria alimentaria que sobrevalora la productividad para obtener ganancias económicas, desecha alimentos que no cumplen con estándares de calidad relacionados con la apariencia de lo que es un buen producto, matan animales y peces por no cumplir con un tamaño óptimo, les inyectan soluciones químicas para aumentar su tamaño de manera artificial, producen más de lo necesario para la población pero, a su vez, los excedentes de alimentos no son distribuidos entre quienes no tienen acceso a comida o presentan problemas de desnutrición. Los productos que no se venden o no cumplen con los estándares son destruidos generando contaminación en las zonas en donde se instalan las industrias.

Las demandas medioambientales también están fuertemente relacionadas con el reconocimiento del pueblo mapuche, “la cultura mapuche es una cultura que va de la mano con la naturaleza, con la reciprocidad en la energía entregada” (jóvenes varones, participan en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Ser protagonistas del cambio

No queda duda de que los y las jóvenes han sido protagonistas de las revueltas del 18 de octubre. Con los movimientos estudiantiles a partir del *mochilazo* del 2001 fueron adquiriendo experiencias y robusteciéndose en cuanto a acciones colectivas y argumentaciones que apoyaban las demandas de los movimientos siguientes como el

del 2006, 2011 y del 2018 con el mayo feminista. A través de sus diversos repertorios de acción fueron creando una atmósfera simbólica que interpeló a la ciudadanía, persistieron y demostraron que sus demandas eran justas. Son protagonistas del cambio.

Muchos de ellos/as no tenían participación política previa, la decepción por la clase política despertó la desconfianza que los activó y motivó a buscar espacios de participación alejados de las lógicas tradicionales promovidas por partidos políticos y organizaciones institucionalizadas. Algunos/as tomaron conciencia de una activación política que no pasa por la mediación de organizaciones, sino del *estar allí*, de ser protagonistas de las luchas, de expresar su descontento y promover sus ideales.

Lo que me motiva es que la lucha social es la vía correcta para una sociedad más justa, y yo antes era bastante apolítico, pero después me di cuenta de que no era la política lo que no me gustaba, sino que eran los políticos mismos de Chile. Creo que la única forma de hacer cambios dentro de la política es introducirse en la misma (joven varón sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

La orfandad institucional, este sentimiento de que el Estado abandonó a sus ciudadanos, junto con la desconfianza hacia las instituciones permitió que los y las jóvenes buscaran otros espacios de pertenencia y participación, no tradicionales. Fortalecieron la participación en el espacio de lo político, es decir, generaron y recuperaron espacios de participación alejados de los canales institucionales, dejaron de ir a votar y se involucraron personalmente, se convirtieron en activistas y ocuparon el espacio público para expresarse, mostrarse y participar desde sus motivaciones personales, sin responder a las directrices que a veces imponen las organizaciones, ni mucho menos, dejarse influir por mecanismos de participación jerarquizados como los partidos políticos. El encuentro de todos ellos/as en la calle, en las plazas y en las redes sociales de internet los empodera y fortalece al darse cuenta de que no están solos/as, el levantamiento

popular del 18 de octubre hizo la diferencia, por cuanto los sacó del aislamiento y de esa predestinación a un futuro precario, tomando consciencia de que se puede cambiar el modelo neoliberal, permitiéndoles soñar con otro futuro posible.

Para mí el futuro era muy individualista, tenía que salvarme sola dentro de esto, no sé, seguir las cosas que todo el mundo hace, trabajar, intentar ahorrar, que en realidad no se puede ahorrar, no sé, como cosas así... muy resignado a todo; y después de esto, yo sí veo cambios... entonces, ahora sí se puede decir que el país se está construyendo en base a todos, no en base a unos poquitos, ahora sí puede ser construido con todos y para todos, yo veo un futuro próspero (joven mujer, primera línea, Región Metropolitana de Santiago).

Mientras exista la protesta, como espacio de participación, se mantiene la posibilidad de cambio. Una convicción que en algunos puede haber estado presente con anterioridad, pero que en la vivencia de la movilización se refuerza y da bríos al compromiso de sostenerla en el tiempo, participando de ella.

Los jóvenes y todas las personas entendimos que este cambio solo va a suceder si estamos dispuestos a sacrificar algo y eso significa participar en la construcción de ese futuro que queremos (joven varón que participa en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

El espíritu de colaboración espontánea generó una serie de instancias de participación que fomentaron la inclusión de distintas personas que iban a las protestas, unos/as con más experiencia que otros/as, algunos/as con ideas y motivaciones más claras, y otros/as un tanto confundidos al principio porque mientras veían a la multitud de personas en las calles manifestándose iban tomando conciencia de la legitimidad de las demandas sociales. Cada uno podía desarrollar un papel en la lucha y en las protestas, todo suma y cada uno cuenta. Así, en la movilización, encontraron la satisfacción de ser protagonistas de un cambio posible. Salir y ocupar las calles sin pedir permiso, romper los límites que intentaban imponerles al movimiento,

organizarse en asambleas y cabildos, sin esperar iniciativas desde arriba, la experiencia colectiva de la movilización significó para las juventudes la ruptura de la monotonía desesperanzada de la rutina. Son experiencias revitalizadoras que se traducen en golpes de energía sistemáticos. La energía que provocaba el estar juntos en las protestas, ocupando el espacio público y el atrevimiento de ejercitar la autonomía.

Géneros en revuelta

La participación de las mujeres y de las mujeres jóvenes en los ciclos de protesta en Chile ha sido relevante. Las movilizaciones iniciales de octubre no tuvieron convocatorias que se le puedan atribuir a una u otra organización, sin embargo, no podemos obviar el protagonismo y convergencia programática entre la Coordinadora Feminista 8M (C8M) y la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES), organización que convoca a la evasión del metro de Santiago y que posteriormente se reconoce como parte de las protestas que dan inicio al movimiento de protestas.

El movimiento feminista del 2018, conocido como el *mayo feminista*, fue la antesala a la revuelta: “el movimiento feminista volvió visible la violencia patriarcal en la silenciosa inercia de las instituciones, en la cotidianeidad de la vida privada y en el daño que produce el modelo económico neoliberal al cuerpo de la sociedad” (Castillo, 2019, p. 36).

Al iniciarse la revuelta, las organizaciones feministas agrupadas en la C8M comienzan a gestar acciones de apoyo a las convocatorias sobre los principales temas y momentos del levantamiento; también generaron nuevas alianzas con la cual convocan a paros en el mes de octubre. Ellas protagonizaron hitos propios que las llevaron a tener un lugar destacado a lo largo de la revuelta; algunas de estos son el *pañuelazo*, la movilización por la paridad en la convención constitucional, el *flashmob* de *Muertín*, las performances de Las Tesis, el

Encuentro Plurinacional de Mujeres que Luchan –con 3 mil participantes de todo Chile– y la marcha del 8 de marzo de 2020 con una amplia convocatoria de mujeres que superó todas las expectativas.

A la originalidad de las convocatorias anteriores se suman el Cabildo Feminista y de las Disidencias Sexuales; publicaciones en redes sociales que complementaron y fortalecieron la campaña Contra la Violencia Política Sexual con el uso de gifs y virales que se multiplicaron y llegaron masivamente a miles de personas. A esas iniciativas se sumaron otras como el uso de afiches, y coordinación de conversatorios. Y fueron más allá, visibilizaron la violencia política hacia las disidencias sexuales al recolectar numerosos casos que dieron cuenta de la violencia sistemática a lo largo de todo el territorio nacional. También interpellaron a las autoridades por sus declaraciones y acciones *patriarcales* y su falta de reacción y protección frente a la violencia político sexual. Estas son solo una muestra de la diversidad de acciones que realizaron las mujeres.

El levantamiento popular iniciado el 18-O, contó con una activa participación de mujeres de todas las edades “[...] muchas más mujeres, muchas más mujeres, porque también hay mujeres nuevas y porque también la generación nueva es mucho más valiente y rebelde que la de antes” (joven mujer, primera línea, Región Metropolitana de Santiago), y esto fue notoriamente visible en las calles. El rol que las mujeres han tenido en la revuelta amplió las grietas que ya estaban en los estereotipos sobre lo que es ser mujer y hombre, y que decían qué cosas podían hacer las mujeres y los hombres: “Las mujeres tuvieron un rol bastante protagónico, tanto en las acciones más de choque, como en la organización territorial. El movimiento feminista que se venía gestando hace muchos años aportó a que muchos frentes los ocuparan mujeres, vecinas, pobladoras de los distintos sectores y que de alguna forma se empoderaran” (joven varón, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Los estereotipos de género están anclados en lo que somos como sociedad, por lo tanto, están en las rutinas de la vida cotidiana y en las manifestaciones. Esto muchas veces generó momentos de tensión

entre mujeres y hombres cuando se incitaba a que las mujeres asumieran roles de cuidado o se fueran para atrás para resguardarse mientras se generaban los enfrentamientos entre manifestantes y policías.

[Esto] habla netamente de machismo que las mujeres vivimos día a día, estamos hablando de que no puede porque es más débil, más delicada, le puede pasar algo, entonces yo por lo menos vi eso, vi que había hartos hombres en la primera línea y pocas mujeres, muy pocas, entonces igual era *fome* [aburrido], porque nosotras a lo mejor igual podríamos estar ahí como ellos (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Hoy a integración de los roles durante las protestas es clara pero aún existen residuos de los estereotipos que el movimiento feminista busca desplazar, “para mí, no existe una pega de los hombres ni de las mujeres, de repente éramos un colectivo social y yo vi mujeres sacando adoquines, vi tirando piedras, vi asistiendo a gente en las calles, vi haciendo fuerza para sacar postes de luz. Entonces, no es un tema que yo creo que esté relacionado con la fuerza, sino que están movilizados por un ideal, y en términos de la protesta estaban alineadas con el hecho de resistir” (joven varón, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Pero esto no siempre fue así, una de las entrevistadas compara su participación ahora con la que tuvo durante la Revuelta Pingüina, mientras vivía en Valparaíso siendo estudiante secundaria: “Cuando yo estaba en el Liceo, también me encapuchaba. Yo iba a las marchas en Valparaíso y éramos muy pocas mujeres, incluso las mujeres nos decían ‘ya chiquillas para atrás’. Ahora en cambio es a la par, ahora es uno a uno, con el hombre que está al lado” (joven mujer, primera línea, Región Metropolitana de Santiago).

La relevancia de la participación de las mujeres jóvenes

Si bien existen multiplicidad de organizaciones y corrientes en movimiento, y trabajo intergeneracional en muchas de ellas, es posible reconocer una organización creada y liderada principalmente por mujeres nacidas a partir de mediados de los años ochenta, que conduce las principales intervenciones y posiciones políticas dentro del espacio feminista (la Coordinadora Feminista 8M), la cual tiene como virtud la articulación y transversalización de las demandas feministas (entrettejidas con otras), con un proyecto político claro (el Programa para la Huelga Feminista, levantado en colectivo a través de los Encuentros Plurinacionales de Mujeres que luchan de diciembre 2018 y enero 2020), un trabajo en red y descentralizado, y una radicalidad que se expresa en su voluntad de cambio profundo y de acción directa, lo que le permite al feminismo entroncar profundamente con las demandas generales, potenciándose en el Levantamiento. Por consiguiente, se puede considerar que es posible evidenciar tanto en las ideas como en las prácticas, elementos que nos indican un cambio en la *imaginación política juvenil y feminista*, que es propio de esta generación de jóvenes y que participa de manera significativa en el momento gestacional de un nuevo orden político al que se aspira.

Esta nueva subjetividad política, tiende a una radicalidad democrática, donde se buscan formas de representación y participación más horizontales; estructuras asamblearias y más nucleares, conectadas a territorios o problemas concretos; organizaciones no jerárquicas con liderazgos rotativos, identitarios o especializados; transparencia en la toma de decisiones, en las decisiones de alianzas, actos de representación pública y el uso de los recursos; ayuda, contención y protección mutua (*apañe*), y por supuesto a la valoración y aceptación de la diversidad de formas de ser mujer y un reconocimiento a la llamada “*interseccionalidad*, es decir, a los cruces de variables que atenúan o exacerban las condiciones de asimetrías, explotación o precarización de la vida” (Goecke, 2020).

La subjetividad feminista juvenil es altamente sensible a aquello que restringe la libertad y la justicia, rescata la memoria feminista (claramente, en el caso de la violencia tanto en sus formas tradicionales domésticas y sociales cotidianas, como en la violencia política sexual) y en lo intelectual y artístico, apunta a una experiencia crítica, antineoliberal, de radicalidad creativa y performativa, surgida de fenómenos locales pero sintonizada al mismo tiempo con los cambios tecnológicos y socioculturales a nivel regional y global. En este aspecto, hay evidencias de un intercambio importante principalmente con Argentina, luego México, Brasil y España, así como de una intensa lectura de varias autoras de relevancia global, para lo cual tanto internet (que da acceso a recomendaciones y noticias de autoras o ideas; videos, podcasts, blogs), publicaciones tradicionales y artesanales (cartoneras, por ejemplo) y un intenso proceso de autoeducación y educación mutua o *sorora*, se ha diseminado de modo exitoso entre colectivos, organizaciones y redes feministas de toda índole.

Hoy se hace mucho más visible una generación de mujeres jóvenes mucho más empoderadas y preparadas para realizar acción directa: “Las mujeres también están en el choque no solamente los hombres, ahora me parece incluso que en cuanto a la organización las mujeres estaban mejor preparadas. Lo digo por el hecho de que había muchas con lentes, muchas mejor tapadas, muchas de negro completamente” (joven mujer, primera línea, Región del Biobío); o para ejercer liderazgos mucho más colaborativos:

Las mujeres son un poco más colaborativas, a mí eso fue lo que más me sorprendió dentro de los liderazgos femeninos, esa forma digamos colaborativa de plantearse y de levantar proyectos, creo que esa es mi principal diferencia, creo que en el liderazgo femenino existe como una mentalidad tipo colmena, es como que las chicas conocen el para qué son buenas o qué tipo de habilidades y tienen, y las saben potenciar entre ellas, ¿entiendes? entonces ese discurso de la sororidad ellas lo aplican políticamente (joven varón, primera línea, Región del Biobío).

En esa línea, las mujeres jóvenes entrevistadas, destacan la mayor presencia de las mujeres en cuerpos pintados, batucadas, danzas tribales y, en general, en las manifestaciones culturales durante las marchas y en primeros auxilios.

Por último, no es irrelevante señalar que el levantamiento de octubre 2019-marzo 2020 haya quedado enmarcado claramente entre las dos más grandes movilizaciones feministas de la historia de este movimiento en Chile: 8 marzo 2019 y 8 de marzo 2020, y que haya encajado perfectamente con las demandas que agitaba el llamado a Huelga Feminista impulsado en los últimos años por ese movimiento a partir de su memoria y elaboración política precedente, sino que también es parte de lo que explica el gran involucramiento de mujeres jóvenes en las distintas área del movimiento, que se benefició además de la capacidad de convocatoria y articulación, así como de la radicalidad de las feministas.

En este contexto, además, el movimiento feminista actual, impulsado por mujeres jóvenes, tiene clara consciencia de su papel. Sabe que no fue “su” batalla, pero tiene consciencia del profundo vínculo que su programa tiene con el empeño de transformar la sociedad que unía a todos en la protesta, así como de lo mucho que queda aún por trabajar dentro de la sociedad y cultura chilena, incluso de aquellos movilizados a su lado. Tal de como señalan las voceras de la Coordinadora Feminista 8M:

Decir que no para el feminismo es un trabajo político, cuando decimos “no”, es la necesidad de decir que no queremos esta vida, no queremos más violencia ni abusos, no más violaciones ni femicidios. [...] Nosotras decimos destituyente en el sentido de destituir una vida, una forma en que se administraba esa vida. Esa es la potencia también del feminismo, de decir “queremos organizar, reunir y constituir otra posibilidad, queremos que esa constituyente sea popular y democrática”. Pero también queremos decir que hay cosas a las que todavía hay que decirles que no: nos siguen matando, continúan los brutales niveles de represión y no se han resuelto las exigencias

sociales. Por eso vamos a seguir presionando [...] (Javiera Manzi, Coordinadora 8M).

En definitiva, conscientes de ser parte de un proceso de cambio que requiere de una política feminista en distintas dimensiones de la vida, ligadas a la memoria y a las causas de amplios sectores del país.

El movimiento feminista en este estallido social es parte del tejido popular que se gesta en cada rincón. Son miles las feministas que se articulan en esta revuelta, nos encontramos en territorios y protestas, nos reconocemos en un movimiento diverso, plural, transgeneracional y de construcción de memoria, capaz de poner en cuestión diversas formas de violencia patriarcal, racista y colonial, luchas que tienen todo que ver con las luchas populares por la dignidad en contra de un modelo capitalista y neoliberal. Lo hemos dicho muchas veces, capitalismo y patriarcado son alianza criminal (Constanza Cifuentes, CF8M).

Vivencias de la revuelta

De la composición social de los manifestantes

En los relatos presentes en las nuevas generaciones, la revuelta social destaca como un acontecimiento trasversal desde el punto de vista de su convocatoria y de quienes se involucraron en ella. En ese sentido, desde las voces juveniles, no estaríamos en presencia de un fenómeno ligado de modo exclusivo a la juventud, pero tampoco a una clase social específica:

Se notaba que había más participación de la clase media, la clase media baja, pero no de los como ABC1 cachay, pero sí había gente que tenía muchas lucas que igual andaban marchando, porque igual se daban cuenta que las cosas andaban mal, porque igual o sea conozco un par de gente como ABC1 se puede decir, o que tienen muchas lucas, que igual andaban marchando, o sea yo creo que sí hubo una

definición más de clases, clase media o clase más vulnerable, pero la clase alta igual marcharon (joven mujer, zona rural, Región del Biobío).

Veía a familias con sus hijos, a niños chicos a jóvenes con sus hijos igual, a madres jóvenes y de todo se veía, gente adulta, entonces fue muy bonito, fue gratificante, fue muy ameno la participación que tuvimos acá en la comuna a nivel local (joven varón, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

De agentes detonantes de la revuelta

Los relatos reconocen el protagonismo juvenil dentro de las manifestaciones como un elemento central. Primero, por haber sido los estudiantes quienes convocaron a la evasión masiva del pasaje en el Metro de Santiago, generando el chispazo inicial de la revuelta, que luego convocó y movilizó a otras generaciones. En segundo lugar, porque algunos elementos claves de la protesta callejera fueron desarrollados, organizados y sostenidos –fundamentalmente– por el componente juvenil, como por ejemplo la extensión en el tiempo de la movilización, su carácter más desafiante y creativo, así como la épica y la estructuración de la llamada primera línea.

El aumento del alza en el pasaje del metro y comienzan a difundirse por redes sociales, el hecho de evadir el pago del metro y es un tema porque entre el domingo y el lunes, fue una cuestión que fue un bombardeo mediático por redes sociales, fue una organización en conjunto, sobre todo de los secundarios (joven varón, primera línea, Región del Biobío).

De los medios para convocar y coordinar tácticamente la revuelta

Según las narrativas presentes en los jóvenes, las principales formas de comunicarse, difundir y coordinar convocatorias a las distintas

manifestaciones, acciones directas, asambleas, cabildos, etc. se hacían por redes sociales, destacando el uso de Instagram, WhatsApp y Facebook:

Por redes sociales, yo creo que fue totalmente por redes sociales [...] yo sabía que había marcha, pero no sabía de qué, acá publicaron esto, y otra me decía mañana hay marcha, yo le decía ¿a qué hora? No sé acá sale a esta hora, y todo era por Facebook, por Instagram, por redes sociales (joven mujer, zona rural, Región del Biobío).

También estas redes tuvieron un uso significativo en la difusión de información, en las denuncias y en el compartir información de seguridad o acerca de cómo enfrentar diversas situaciones de riesgo propias de los escenarios de protesta callejera y represión policial. Asimismo, contrarrestaban la información generada por los medios de comunicación, que, al ser propiedad de unos pocos grupos de poder económico, fueron fuente de gran desconfianza, puesto que tendían a difundir principalmente una imagen negativa de la movilización ciudadana.

Tuvimos muchas cosas en contra, que era la televisión, que criminalizaba la protesta [...] la guerra mediática que fue brutal, el tema mediático y la criminalización del movimiento, fue brutal (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Del carácter espontáneo de la revuelta

Esto está enraizado en la experiencia común de un modelo socioeconómico que se ha impuesto en el país durante ya varias décadas, y que ha demostrado su incapacidad de atender a las necesidades de la mayor parte de la población:

Este es un movimiento que se da también por un despertar, no está ligado a una conducción política a un partido propiamente tal, sino que es presión y consecuencia de años de un sistema neoliberal que

no ha sido capaz de entregar respuesta... tanto a los derechos sociales y a un modo de vida de las personas que sea capaz de satisfacerlos (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Como que la gente que saca las piedras, la gente que tira las piedras, la gente que anda con el bicarbonato, y los otros igual, los que se van gritando las cosas [...] todo sirve, es una organización que no es necesario juntarse antes para saber qué hacer, sino que se da en el momento y la gente va apoyando [...] cuando fui a la primeras marchas me llamó mucho la atención esta cuestión de que anduvieran unas personas que ayudando a los heridos, que serían esas brigadas... cada uno tenía su misión (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

De la forma de involucramiento y participación en la revuelta

En relación con el modo de sumarse e involucrarse en la protesta callejera, los relatos de los/as jóvenes manifiestan que inicialmente fue muy intuitivo y emocional, esto es, de forma preferentemente espontánea. Posteriormente se fueron estructurando ciertos lugares, espacios, tiempos, tareas, roles, etc.

Yo principalmente, con las personas que fui, eran mis amigos o mis compañeros de liceo, que a veces ni siquiera conocía, pero a través de eso nos llegábamos a conocer. He ido a muchas marchas solo, porque no siempre mis amigos querían ir y entonces iba solo no más (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Para muchos de ellos y ellas, los agrupamientos y coordinaciones con otros manifestantes ocurrían en el mismo espacio-tiempo de la protesta callejera:

Yo en las protestas conocí muchas personas que ahora les tengo confianza porque yo los conocí encapuchados, y me pasaba tiempo que no les conocía la cara, hay gente que no le conozco la cara, pero yo

voy y sé cómo se mueven, sé que son ellos y confié en ellos como ellos también confían en mí (joven mujer, primera línea, Región Metropolitana de Santiago).

Lo interesante aquí es el sentimiento de comunidad, de empatía y conexión con gente anónima, por el simple hecho de encontrarse ritualmente en los lugares y espacios de la manifestación callejera, se producía un vínculo:

Igual era cálido el grupo, porque siempre éramos los mismos, sin conocernos, sin nada, nos cuidábamos, “oye, ¿te pasa esto?” “oye, ¿quieres...?” “¿necesitas agua?”, cosas así, siempre *apañándonos*, yo que iba sola nunca me sentí sola o desorientada, al contrario (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

Había un *apañe* de toda la comunidad, es decir vimos a todas las caras en la calle (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

De espacios públicos y de encuentros ciudadanos durante la revuelta

En relación con los espacios, se puede reconocer en las experiencias de los/as jóvenes, el despliegue funcionamiento de distintos espacios públicos, fundamentalmente calles, avenidas y plazas, que posibilitaron la acción colectiva, el encuentro y la colaboración entre diversos manifestantes y ciudadanos. Aquí destaca de modo significativo la noción de recuperación de espacios comunitarios y relacionales por partes de manifestantes del 18-O y de la ciudadanía en general:

Con el estallido sentí que se pudieron recuperar los espacios públicos un poco como, no sé, la vida en comunidad, eso es lo que me pasó un poco que sentí que había cambiado un poco, pero ahora con la cuestión de la pandemia, no sé, nos volvieron a encerrar un poco (jóvenes mujeres, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Una de las iniciativas más difundidas durante los meses de la revuelta, fue la conformación de cabildos ciudadanos, asambleas barriales y territoriales, donde se compartían e intercambiaban experiencias en torno al malestar colectivo, la precarización de la vida y las diversas expresiones del agobio personal. También se intercambiaban ideas sobre la necesidad de cambios estructurales y nuevos horizontes de futuro para Chile, en perspectiva de una nueva Constitución. Los cabildos tuvieron un carácter local y, eminentemente, fueron autoconvocados, muchos de estos no solo operaron como espacios de intercambio de vivencias y experiencia personales, sino también como espacios reflexivos, de educación popular, co-formación ciudadana y como incubadoras de ideas y perspectivas de futuro:

Nosotros hicimos un cabildo, hicimos un cabildo de niños, cuando estaba quedando la *cagá* y los niños dejaron de ir al colegio, me acuerdo en un momento [...] estaban realmente extasiados por el momento en el que vivía Chile (joven Mapuche, Región Metropolitana de Santiago).

Primero fueron marchas, después había actos culturales, fueron evolucionando en contenido y había actos, había coloquios, conversatorios, ya no solamente era marchar, sino que también era una parte muy importante que era educar [...] *y así se fue generando una dinámica más rica* (joven varón, zona rural, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

De repertorios, tareas y tácticas de estructuración en la calle

Primero es importante considerar que se observaron varias capas de actores y grupos involucrados en los eventos contenciosos, de los cuales aquí relevamos el rol de aquellos jóvenes que más se han involucrado en la protesta callejera, como es el caso de la denominada Primera Línea, cuya acción colectiva es de tipo directa, y cuyo objetivo fue básicamente de tipo defensivo y de contención frente al despliegue y la represión de las fuerzas policiales, en escenarios de

protesta callejera. Asimismo, destaca el papel que jugó en la protección y resguardo de la marcha y los manifestantes más vulnerables: “se encarga de la defensa, la que siempre está al choque y con lo que vendrían siendo estas fuerzas policiales, y que bien siempre está ahí” (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

En la Primera Línea destaca una interesante estratificación de las labores y funciones en el marco de la protesta, pero dichas tareas y organización no responden a una lógica de cuadros o una estructura jerárquica, se trató más bien de una planificación y organización táctica, sin liderazgos, esto es, una red con posiciones móviles de sujeto y de carácter coyuntural, donde se observan: escuderos, peñasqueros, resorteros, pirquineros, los que neutralizan y sofocan bombas lacrimógenas, etc. Asimismo, se observa una Segunda Línea con labores de cuidado y primeros auxilios, gente sosteniendo la hidratación y la alimentación.

Los que pican calle y juntan camotes; los que tira piedras, camotes y devuelven lacrimógenas; los escuderos; los rociadores de bicarbonato; los que suministran agua; los que ayudan a los heridos y les prestan primeros auxilios [Brigada de Salud]; los que alertan sobre las posiciones de la policía [...] lo que hacía, para poder aportar en algo, era andar con limón y con agua con bicarbonato, también trataba de ayudar cuando alguien se había caído o cuando alguien estaba sangrando por recibir un balín, tratar de ayudarlos [...] y rallar con *spray*, eso de rallar cosas con *spray* también lo hice mucho (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

Entre los recursos utilizados y la indumentaria de protesta, hay una gran diversidad, sin embargo, el más mencionado por ellos es el vestuario, el que incluía ropa oscura o poco llamativa, polera para usar de capucha, zapatillas duras y elementos de seguridad para enfrentarse a los perdigones y balines de goma, que fueron causa de gran cantidad de mutilaciones oculares y controversias durante el proceso: “tomando mis resguardos, con casco, antiparras, máscaras antigases, y siempre también en compañía de otras personas, incluso

también de mujeres” (jóvenes mujeres, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

De vivencias y violencias en la revuelta

Tal como lo señalan los/as jóvenes participantes, en este proceso se manifestaron diversos tipos de violencia, momentos y agentes de la violencia. Una primera distinción dice relación con los Agentes de la violencia en la cual aparece en primer lugar la policía (Carabineros de Chile). Esta es mucho más notoria que la violencia militar, puesto que los militares solo estuvieron quince días en las calles, aunque no por eso fue un tipo de violencia exclusiva de Carabineros. Los informes del INDH y de las organizaciones internacionales que participaron como observadores en el marco de la revuelta de octubre, demuestran que buena parte de las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante el levantamiento fueron cometidas por Carabineros:

Yo estaba así como paralizada de miedo [...] de repente voy a ver y estaban todos vomitando, gente le estaba echando leche y después los llevamos a un punto de primeros auxilios que hay ahí en Vaticano chico y había mucha gente y llegaba después más gente y fue la misma acción de la policía, así sin ningún pudor, [tiraban] gas pimienta en la cara, vi muchachos desnudos, porque tenían los genitales irritados [...] hubo semanas donde los perdigones eran todos los días, después bajó, pero eso [esa violencia] nunca se acabó (jóvenes mujeres, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Otro tipo de violencia es la generada por los manifestantes. Aquí en general los jóvenes se refieren a dos tipos de violencia: 1) aquella en respuesta a Carabineros; y, 2) aquella implícita en los saqueos, desmanes y vandalismo. De esto se desprende la visibilización, por parte de los/as jóvenes, de una violencia de carácter represiva, asociada

con las Fuerzas de Orden y Seguridad, y otra de carácter reactiva, en general, asociada con la Primera Línea:

Muchos de los testimonios coincidían en que la represión iniciaba por carabineros, muchas de las concentraciones eran reprimidas en el momento en que la gente se empezaba recién a agrupar [...] entonces muchos de estos índices de violencia se desatan de esto (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Yo participé, en cierto grado, de la violencia y fui víctima de la violencia, pero la violencia era algo que veía desde todos los sectores [...] tanto institucional como a nivel de Carabineros y militar, como también se ejercía violencia desde los que participaban en las manifestaciones, la primera línea, por decirlo así, era algo de ir y de venir (joven varón, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Por otra parte, observamos, de modo claro y compartido, un diagnóstico sobre una trama de violencias de carácter estructural e histórico en la sociedad chilena, en tanto detonante de base del estallido social; pero mezclado con lo que podríamos llamar el potente efecto de combustión que generó la propia brutalidad, desregulación e impunidad con la que operó la policía chilena en el marco del estallido social. Todo esto difundido –además– por las redes sociales en vivo y en directo, contribuyó a generar un clima de indignación, empatía con los manifestantes y solidaridad que sumó más gente a la protesta transversal en los espacios públicos de las principales ciudades de Chile. “Hubo una violencia sistemática, hubo terrorismo de Estado, es súper importante decirlo” (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

El concepto de violencia que se sabe es de la violencia física [...] pero no comprenden que tiene otras dimensiones y que acá en Chile se viven día a día [...] mira todas las formas, todas las expresiones de desigualdad que hay en Chile, por ejemplo, nuestro sistema de salud que ahora más que nunca se ha visto que no funciona (joven mujer, primera línea, Región del Biobío).

Por último, los y las jóvenes han reflexionado sobre el uso de la violencia en las manifestaciones, y es las acciones de violencia en las protestas es justificada a partir de la historia de las reivindicaciones en el país y de las incontables insistencias infructuosas de los intentos por lograr cambios una cierta justificación de la violencia ejercida por parte de los manifestantes. Desde el término de la dictadura cívico-militar en Chile, el ejercicio de la violencia en la protesta siempre se constituyó como un tema tabú y sin legitimidad ni justificación, sin embargo, a partir del 18-O lo que se dibuja en las narrativas juveniles es que sin violencia resulta casi imposible lograr cambios estructurales:

Pasivamente nunca se logró nada tampoco, pasivamente siempre hubo marchas de estudiantes secundarios, universitarios, que era lo que más se visibilizaba, pero tampoco se logró mucho con eso... no puedo decir que no se logró nada porque es una lucha intensa y cada pequeña cosita que hayan resuelto es un salto gigante, pero eso como que creo que igual de repente es súper idealista (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Si no hubiera habido violencia no hubiera habido el plebiscito de la nueva Constitución ya que la violencia fue lo que asustó a los fachos, a los ricos [...] la idea de que tenemos poder y mayoría de números, de que podemos destruir todo lo que tienen los asustó, yo creo que los asustó, por eso nos fueron reprimiendo más, cada vez hacen leyes en contra del pueblo (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Más allá de la acción: el reconocimiento de las emociones como herramienta política en escenarios de protesta

Un coctel de emociones

Las revueltas no solo han dado cuenta del descontento ciudadano a través de las manifestaciones que son la punta del iceberg de los

movimientos, lo que se ve y se traduce como un hecho objetivo. Está ahí. Desde el 18 de octubre se permearon los límites que desplazaban el lugar de las emociones que forman parte de toda contienda reivindicatoria y permiten resignificar la experiencia durante las manifestaciones.

Yo disfrutaba mucho yendo a las marchas porque sentía que todos estábamos en la misma pará, todos estábamos felices, pidiendo justicia, era una mezcla entre enojados y felices porque despertamos pero al mismo tiempo era un miedo, porque te podía llegar un perdigón, porque te podían llevar preso, porque te podían no sé cualquier cosa, de hecho mis papás siempre me decían –oye, cuídate en las marchas pero no cuídate de los que marchan, cuídate de los pacos– entonces creo que esa fue prácticamente mi vivencia, yo lo disfruté a mil, de hecho me encantaría que cuando termine toda esta pandemia volvamos a [...] porque siento que ahora que despertamos ya no vamos a dar un pie atrás nunca (joven mujer, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Las acciones colectivas y políticas no son solo racionalidad. Están atravesadas por una serie de motivaciones y expectativas, y a su vez, se entrecruzan con la afectividad que se expresa cuando los y las jóvenes disfrutaban en las fiestas populares que se tomaron varias avenidas principales del país, y en otros los/as paralizaron cuando quedaron en medio de un enfrentamiento entre manifestantes y policías, cuando los/as acorralan durante las tácticas represivas.

Las emociones que se presentan en las narrativas son diversas y muchas veces contradictorias, estas se expresan en un mismo lugar y casi al mismo tiempo. Al ser mencionadas los y las jóvenes reflexionan sobre ellas e intentan describir como un ejercicio rememorativo lo que les ocurría en ese momento. La reflexión sobre los afectos y los sentimientos habían sido desplazadas a lo largo de sus experiencias, sin embargo, las vivencias que han tenido en las revueltas y el encuentro con la gente los/as ha confrontado con emociones que antes no habían experimentado.

Las emociones cumplen un rol principal en la persistencia de las revueltas. En las narrativas aparecen sistemáticamente y se entrelazan con declaraciones racionales que buscan dar respuestas a las sensaciones y experiencias nuevas que les tocó vivir mientras estaban manifestándose. Sin querer caer en un carácter reduccionista de la expresión de las emociones, ni mucho menos utilitarista para lograr explicar cómo una emoción desencadena una serie de respuestas, este apartado busca acercarse a algunas respuestas para estas preguntas ¿Qué emociones experimentaron los y las jóvenes durante la revuelta?

“¡Ah, sorpresa!”

La sorpresa se presenta en distintos momentos. En las narrativas juveniles el carácter sorpresivo de la toma de las calles, lo cierres espontáneos y las reuniones de los manifestantes con cacerolazos, bailando y tarareando al ritmo de canciones de Víctor Jara, Inti illimani, Los Prisioneros, por mencionar algunos, reflejaron una primera sensación de encuentro con los vecinos, entre personas desconocidas.

La sorpresa irrumpe en la rutina, la cuestiona y se presenta como una situación inesperada que pone en entredicho pensamientos, creencias e ideas previas con las cuales nos enfrentamos a distintas situaciones. Esta aparece cuando los/as jóvenes se encuentran con personas que no pensaron ver nunca en una protesta, cuando se enteran de que sus compañeros de trabajo/universidad pertenecen a partidos políticos, cuando las personas que ellos/as pensaron que estaban en contra de las manifestaciones declaran que votarán por el apruebo en el plebiscito. La sorpresa nos permite volver a orientarnos, resignificar vínculos y experiencias.

Yo lo visualicé cuando se formó como el tema del comando de Talcahuano eh... por el apruebo eh... ahí logré visualizar y ahí fue como que: ¡ah! ¡sorpresa! Ahí identifiqué como a todas las personas que sí, que

eran de partidos políticos igual me llamó la atención eso. Porque también tenían un rol más activo y tenían un rol más presente también en lo que había sido la revuelta po (joven mujer, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

“Yo era feliz en la calle”

La felicidad es un estado emocional pasajero que se relaciona con la alegría, el goce con la vida y expresa percepciones positivas sobre la calidad de vida y la percepción que tienen las personas sobre su propio bienestar (Veenhoven y Hagerty, 2006). El concepto y la visión de una vida plena tienen que ver con la felicidad y en las revueltas esta se expresa en distintos momentos. Por ejemplo, cuando los/as activistas se dan cuenta de que en su entorno más cercano hay personas que tienen sus mismos ideales con los que comparten sueños comunes, que son vecinos/as, amistades, parientes con quienes no habían tenido instancias de conversación sobre el futuro que quieren, con quienes compartían la cotidianidad, pero no era muy claras las conexiones respecto a ideales políticos que los podían acercar y llevarlos a compartir en los momentos de protesta. Esa experiencia se vive con felicidad, alegría y lleva al goce de ese momento, es una experiencia hedonista, de gratificación y a su vez contradictoria, pues del malestar se pasa a la felicidad y al miedo.

La sensación principal fue la esperanza y un poco la alegría, esa felicidad de poder saber que el mismo entorno de uno, la gente y la gran mayoría de la población se estaba alzando. Y bueno, en lo personal yo soy de Coronel, igual me quedaba bastante más lejos Conce que a todos los demás compañeros que están aquí, y bueno, la experiencia de nosotros como coronelinos participamos mucho con la gente de Lota, entonces marchar de Coronel a Playa Naranja o a Lota mismo, el juntarnos con la comuna vecina que es una distancia bastante grande, era algo súper emocionante, porque las distancias no existían, el cansancio no existía, porque existía una emoción colectiva,

una esperanza colectiva de hermandad, del pueblo con el pueblo y eso era, fue súper gratificante (joven varón, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

La felicidad se expresa en la calle cuando se produce el encuentro con otras personas, pero también cuando es posible sentir el espacio público como un lugar que los acoge, les permite ser quienes son, desplegarse desde sus propias individualidades a partir de lo que las motivaciones les permitan realizar en ese momento. En algunos casos la calle permite ser solo espectadores, en otros tomar un papel más atrevido, exponiendo sus cuerpos y poniendo en riesgo sus vidas. Independiente del rol que tomen las y los jóvenes en las protestas, el encuentro en la calle durante las protestas los/as hace sentirse parte de algo, en algunas ocasiones de la resistencia y en otros la sensación de ser protagonistas del cambio. Así el sentido de estar en la calle es parte de este encuentro entre la individualidad, el ser uno mismo, y una afectividad compartida entre quienes van a la calle.

En realidad, tiene que ver mucho con catarsis porque onda, yo era feliz en la calle ja, ja, ja, entonces era como mi espacio, y yo creo que uno va buscando también su, su identificación en la calle, porque, yo me daba cuenta que al principio yo quería puro como estar en primera línea, así como ah... yo quiero hacer eso, pero después dije, yo creo que quizás, probemos como con un láser y ahí me fui como con el láser (joven mujer, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Algunos sociólogos llaman solidaridad a este encuentro de sentidos comunes en un mundo altamente individualizado, frente al cual el Estado no responde. Es frente a las precariedades e injusticias que las personas comienzan a reunirse, a conversar y a darse cuenta de que en realidad siendo tan distintos, proviniendo de clases sociales tan diferentes y realidades muy distantes, aun así, existen afectos compartidos por los años de injusticias y abusos que separan a la élite política y económica del resto de las personas.

Yo creo que me siento afortunada de que me di cuenta que mi círculo se componía de pura gente bacán, ja, ja, ja. Como que no me encontré así con nadie eh... ni amigos ni familiares, nadie que tuviese un discurso pro-gobierno. Como que obvio que la gente más vieja de mi familia igual de repente como que decía pucha, no sé, los tomaron detenidos por que hacían desmanes. Como que se puede entender po, pero tampoco era como un discurso facho po, entonces me sentí súper feliz, ja, ja, como... ya, he elegido bien, como que he tomado buenas decisiones de mi círculo, me sentí contenta (jóvenes mujeres, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

“Todos compartíamos el sentimiento de que sí, sí se puede”

La esperanza es inherente a la lucha, la sola posibilidad de movilizarse para ser parte de un cambio, impulsándolo, y a su vez ver que otros tantos manifestantes que hacen lo mismo en distintas partes del país y la diversidad de personas que se manifiestan simultáneamente, despierta una sensación de que vale la pena estar ahí y resistir. La esperanza va y viene en el sentido que muchas veces es opacada por la incesante violencia que se ve en las calles, pero también por la violencia simbólica y estructural que constantemente reproducen las elites políticas y económicas, desentendiéndose de las demandas ciudadanas y activando estrategias para proteger los bienes que han acumulado por largos años a expensas del modelo de Estado subsidiario.

Yo soy afortunada en muchas cosas, pero con la gente que trabajo no, entonces, veía el descontento, la pena... y yo creo que eso fue como lo principal que unió más, esa solidaridad, era como que todos compartíamos el sentimiento de que sí, sí se puede. Y en ese descontento venía oculta la esperanza, porque también pensábamos que éramos tantos, yo pensaba, *yaaa...* ¡pero somos tantos! ¿cómo no se va a conseguir nada? (joven mujer, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

“Yo tenía mucho miedo de que quedara ahí no más”

Algunos han hablado de la generación sin miedo, pero no es que los y las jóvenes no tengan miedo, sino que han sabido transformar esa sensación cuando la sangre fría corre por las venas y paraliza. Varios de ellos y ellas, con la experiencia que han tenido durante las protestas han aprendido a manejar el miedo y a transformarlo en acción.

En el estudio de las emociones el miedo se asocia a la paralización del movimiento, sin embargo, en los relatos el miedo siempre viene acompañado de otras emociones, una de ellas es la rabia. Al contrario del miedo, la rabia activa, el sistema simpático da paso a la secreción de adrenalina y la energía se despliega a través de los cuerpos. Así, el miedo y la rabia están tan entrelazados en las experiencias juveniles que cuando se paralizan luego deben volver para seguir descargando la energía que genera la rabia y ello se une con la esperanza por la recuperación de la dignidad.

El miedo es un sentimiento muy intenso, más aún en las condiciones que se vivieron en Chile durante el periodo más álgido de las protestas, en donde la violación a los derechos humanos por parte de las policías fue una amenaza diaria, traducida en una represión agresiva desde el punto de vista físico y psicológico sobre los manifestantes. Estas acciones de violencia por parte de las autoridades se tradujeron en varias muertes y una cantidad sorprendente de mutilaciones oculares, así como violencia sexual durante las aprensiones, entre otros tipos de abusos. Ese miedo a la represión se conjugaba a la vez con el miedo ocasionado por la incertidumbre del proceso que se vivía. ¿Qué se va a lograr con esto? ¿Para dónde vamos? ¿Vale la pena enfrentarse o seguir enfrentando esa violencia? Y más aún, el miedo a que al final todo volviera a ser como antes, la vuelta a la normalidad como decían las autoridades en sus infinitos llamados a la ciudadanía para que pararan las manifestaciones y dejaran las decisiones en manos de las autoridades representantes de la política tradicional.

Es que como fue un despertar histórico, yo tenía mucho miedo de que quedara ahí no más, onda de que despertáramos un mes, una semana y, después, todo volviera a la normalidad (joven mujer, que participa en organizaciones, Región del Biobío).

El significado que le dan al miedo los y las manifestantes tienen que ver con *“dar pelea, ser parte de la resistencia”*, algo que había que superar y resignificar como energía para actuar al mismo tiempo que cuidarse y cuidar a otros. Hay allí una consciencia de un posicionamiento desde la resistencia, la exposición y vulnerabilidad frente al peligro.

El hecho de que todos sabemos que cuando van a la marcha se expone al peligro... igual uno se motiva, porque no tendría sentido de que nos hayamos levantado, que Chile despertó, no tendría sentido de que al tercer día todos a la casa porque tenemos miedo de las lacrimógenas y de los milicos (joven varón, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Los informes del Instituto Nacional de Derechos Humanos (2000) y de las organizaciones internacionales que vinieron como observadores a Chile, han levantado distintos estudios que demuestran que buena parte de las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante el levantamiento fueron ejecutadas por la policía. El miedo, la rabia y el enojo se expresan durante la lucha y dejan huellas cuando los manifestantes vuelven a sus casas y conversan con sus familiares o amigos. La lucha que se da en las calles no solo expone la integridad física de los manifestantes, muchas veces la salud psicológica y con ello el bienestar de las personas y su entorno se ve afectado por la sobre exposición a distintos tipos de violencia.

Es imposible hablar de las emociones y abordar la violencia. Como es sabido, en el caso de las manifestaciones en Chile, la violencia represiva causada por las policías y militares generó sensaciones de agobio y angustia. No solo porque la participación en la movilización los/as exponía a sufrir agresiones, sino también porque por el hecho de estar allí, manifestándose, eran testigos sistemáticamente

de múltiples violencias y amenazas, entre ellas la violencia psicológica y la violencia sexual. Los y las jóvenes se vieron enfrentados a una gran fuente de factores angustiantes, que generaron estrés, ansiedad, llegando en varios casos a crisis de pánico y estrés postraumático.

Después llegabas a la casa y era más represión y miraba redes sociales y que habían perdido ojos y habían baleado a alguien, entonces nosotros estábamos muy mal, de hecho, con mis amigos después de las marchas íbamos a mi casa y empezábamos a escuchar música y todos llorando y era horrible [...] (jóvenes mujeres, Región del Biobío).

Sin duda la violencia que se vivió acá, una violencia como descarnada, yo creo que agregaría el hecho de [que se unió a] una violencia que es como transversal y permanente que tiene que ver con la violencia del patriarcado [...] te agarraran como los pacos de civil e igual yo me ponía como en el caso, porque tenía que atravesar de Carrera para abajo, y se instalaban todos los pacos de civil [allí] e iban agarrando a toda la gente [...]. Pero el tema es que igual [una] se empieza a pasar el rollo, como qué pasaría si me agarran y yo igual como que peleo, pero lo otro me da más miedo como el tema de las violaciones o que te dejaran desnuda, la humillación, si al final la violación es eso, como un arma más (jóvenes mujeres, Región del Biobío).

A través de las narraciones de los y las jóvenes, vemos cómo las emociones adquieren protagonismo en el momento en que relatan sus experiencias manifestándose o reflexionando sobre las vivencias que tuvieron durante las revueltas. Las emociones que acabamos de presentar son un solo ejemplo de las múltiples expresiones que resonaron en los/as manifestantes. Estas emociones muchas veces se vivieron como experiencias novedosas, en el sentido que se presentaban emociones como la felicidad y la tristeza o la esperanza y la frustración de manera contradictoria y casi al mismo tiempo. En otras ocasiones los relatos no explicitaban una emoción en particular, pero su carácter narrativo (Rosenthal y Fischer-Rosenthal, 2000) despliega una serie de descripciones con una fuerte carga emotiva que se vio reflejada en la expresión de los y las jóvenes que participaron

de este estudio a través de gestos y actitudes que acompañaban sus palabras, con descripciones de los escenarios en donde estas se presentaron y también intentos de explicar y comprender lo que les estaba ocurriendo en ese momento.

En el ámbito del estudio de los movimientos sociales, el activismo y las militancias, las pesquisas sobre el papel de las emociones en la construcción de actores sociales sigue estando al debe y una arista que queda por indagar es precisamente cómo las emociones se expresan en la subjetividad de los actores sociales, como conviven con ellas, como las significan y las interpretaciones que le entrega. Así se logrará profundizar en la manera en que las personas llegan a ser actores protagonistas de los cambios sociales, tal y como se ha visto en el rol protagónico que han tenido las juventudes a partir de las revueltas del 18 de octubre.

Sobre agendas de lucha

Es posible identificar, en las diversas voces juveniles, una primera distinción en materia de agendas de lucha que podríamos denominar la agenda histórica, donde se identifican deudas sociales y demandas que se arrastran durante décadas y que en el marco del 18-O retornan, reactivándose de manera más enfática y radical, situación que podemos apreciar en la siguiente cita:

Yo creo que la agenda en sí no se formó con el 18-O, yo creo que la agenda viene desde antes [...] yo diría que con el 18-O se reactivaron muchas agendas y se replanificaron algunas cosas y se coordinaron acciones conjuntas, para mí es la instancia en la cual existe un punto de encuentro de todas las organizaciones que se venían dando (joven varón, primera línea, Región del Biobío).

En ese contexto, también es posible relevar que el 18-O, en tanto acontecimiento, constituyó un acelerante en todo orden de cosas, lo que también se ve reflejado en la capacidad de articulación y

coordinación de diversas organizaciones sociales, que hasta ese entonces estaban más bien dispersas; haciendo confluir demandas que de un modo u otro estaban puestas a *hibernar* por la agenda política y legislativa, por ejemplo, el tema del reconocimiento del pueblo Mapuche o el No+AFP, con demandas más emergentes del 18-O, como los temas del fin de los abusos o el fin a la PSU (Prueba de Selección Universitaria).

El eslogan de los treinta pesos hizo retratar ese cambio del torniquete hasta reforzar más el eslogan de no más AFP, desde ese acto a poder hablar de Chile en todas esas problemáticas históricas (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Por otra parte, observamos una agenda más emergente, que identificamos con las luchas por la dignidad y el fin de los abusos de poder en el Chile reciente. Ejemplo de ello son los abusos al interior de la Iglesia Católica; los montajes y las estafas de Carabineros; los desfalcos en el Ejército; el financiamiento ilegal de la política, su *farandulización* y frivolidad; la crisis climática y ambiental; el lucro en la educación; el abandono y abuso sistemático al interior del Sename (Servicio Nacional de Menores); la colusión de las farmacias y de un sector del empresariado; la segregación y la obscena concentración del ingreso; las evasiones tributarias de altas autoridades de gobierno, la impunidad de las elites; las recientes violaciones graves a los derechos humanos en el contexto del estallido social, etc. Estas y otras situaciones fueron destacadas una y otra vez por las voces juveniles, particularmente mujeres jóvenes, donde se enfatiza una aspiración de justicia social y trato digno: “Bueno, dignidad yo creo que es como el primer concepto [...] justicia también y equidad” (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región del Biobío). “Lo que a mí me mueve es que haya como menos desigualdad y la brecha social se cierre de algún modo y que todo sea igual para todos” (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

También destaca el amplio y transversal consenso en torno a lo que aquí denominamos la nueva agenda por los comunes y el medio ambiente: “El tema ambiental, las coordinadoras territoriales por el agua, por los derechos del medio ambiente, tuvieron un papel súper importante” (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Hubo marchas por el agua, porque como están privatizando todo, el agua es un recurso natural que debería ser gratis para todos, y como está en manos de los ricos [...] (joven mujer, zona rural, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Una de las demandas más sentidas por la ciudadanía y de mayor convocatoria, fue lo que aquí reconocemos como parte de una agenda emergente, vinculada con la demanda por una asamblea constituyente y nueva Constitución política en el marco del 18-O. Ahora, si bien configura un anhelo expresado intermitentemente en diversos ciclos de protesta enmarcados en los últimos 20 años, particularmente por ciertos sectores políticos, llegando incluso a implementarse cabildos como un ejercicio constituyente durante el segundo gobierno de M. Bachelet (2016), la diferencia es que para la coyuntura del 18-O aparece como una agenda transversal y prioritaria, centrada en el reconocimiento de derechos sociales garantizados. Pero también como un horizonte de posibilidad que inyecte legitimidad al sistema político mediante un ejercicio democrático amplio, participativo e inclusivo, que otorgue garantías para que la ciudadanía pueda incidir en la toma de decisiones y en los grandes temas de país. Esta demanda se hace mucho más evidente en jóvenes que participan en organizaciones sociales y/o políticas, como se puede apreciar aquí:

Construir una Constitución que, de algún modo según nuestra tesis política también, planteamos la necesidad de una Constitución que sea capaz también de garantizar derechos sociales y también de construir un país donde podamos hacer política (jóvenes varones, con participación en organizaciones, Región del Biobío).

Yo creo que todas las demandas que ya se peleaban acá local en cuanto a regional y nacional, todas culminaban en la elaboración de una nueva Constitución, yo creo que a través de la nueva Constitución se pueden lograr muchas cosas, pero si queremos cambiar ciertas cosas, ciertos aspectos en lo económico, en lo social, en lo institucional, la Constitución era lo que sí o sí había que cambiar, porque ahí engloba todo lo... involucra como ciudadano todos los aspectos de la sociedad (joven varón, zona rural, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Por último, hay que relevar la actualización de una agenda por la defensa y promoción de los derechos humanos en el marco del 18-O, donde se evidencia, a partir de los informes emitidos por organismos internacionales en materia de derechos humanos, un ejercicio arbitrario de la violencia de Estado, con violaciones masivas, reiteradas y graves a los derechos de los manifestantes en el contexto del 18-O, y al margen de todo protocolo institucional, donde adolescentes y jóvenes constituyen la mayoría de las víctimas de violaciones a los derechos humanos y se han visto especialmente afectados/as. Asimismo, se detectaron omisiones importantes por parte de autoridades responsables, al no adoptarse medidas eficaces, expeditas y oportunas para minimizar el riesgo para la ciudadanía. “Es súper importante decirlo porque no fue solamente la policía, [...] fueron los altos mandos, las personas que se supone escogió el país [...] ejercieron violencia totalmente sistemática” (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Visiones sobre política

Las voces juveniles que tienden a predominar sobre las visiones de la política corresponden a relatos que muestran el descontento, la desafección y la decepción con los formatos políticos convencionales. Esta situación es compartida tanto por jóvenes que participan en organizaciones como por jóvenes que no participan en algún tipo de

organización, indistintamente si son hombres o mujeres. Asimismo, se plantea que los actores políticos son más bien parte del problema que de la solución a la actual crisis.

Nosotros hoy en día, el ciudadano común, es consciente de que existen políticos que son “cero” aporte en el país. Esto nos ha llevado a una decepción con la política por parte de los jóvenes. No creemos en la política, no creemos en los políticos tampoco. [...] nos interesa participar en la política porque sabemos que es un mundo que está deteriorado, que está muerto desde sus entrañas. Entonces es algo que causa recelo, a mí me causa recelo (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

En ese mismo sentido, los/as jóvenes entrevistados señalan que el sistema político actual es el responsable de la crisis que se vive por lo tanto es una política que no se comparte:

Termino pensando que la política es la responsable de todo en el sistema en que vivimos. Creo que no da la vida que uno quiere, una vida feliz. [...] la política, no comparto la política que hay hoy en día, que es solo de consumo, no es sostenible, no sirve. Tarde o temprano va a caer (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Esto está asociado también a la desilusión con la forma en que la política actual se manifiesta: “me desilusioné un poco de la política de la poca flexibilidad o adaptación que tienen los viejos con respecto a una política tan dinámica, que yo creo que nos exige hoy día” (joven varón, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

A partir de lo anterior, además de decepción hacia la política imperante, se revela una cierta convicción de que el modelo impuesto durante estos años está colapsado, por lo mismo habría que estar –en tanto jóvenes– a la altura de las circunstancias, del momento *histórico* que demanda y exige renovar actitudes y compromisos con los temas país.

Una de las primeras cuestiones que muestra el 18-O se asocia con el hecho que las movilizaciones actuales muestran que estamos en presencia de una transformación de la acción política, la cual se caracteriza por su forma inorgánica y transversal. En principio no responde a la lógica de izquierdas y derechas, sino más bien al eje vertical donde se ubican, por un lado, los grupos pertenecientes a la elite (altamente disociado de los problemas y necesidades de la ciudadanía), y por otro, los grupos de *abajo*, la gente común, con mínimas oportunidades de incidir en la toma de decisiones.

Es muy evidente que quienes conforman los partidos políticos en este país sirven a los intereses del statu quo y a los intereses de la elite económica de este país, o sea, trabajan para ellos mismos y son una clase endogámica asquerosa (jóvenes mujeres, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Lo anterior nos lleva a plantear un fuerte y progresivo proceso de autonomización de la política y la protesta, con evidentes rasgos de despartidización de la política. Aspecto sustantivamente divergente con lo ocurrido para otros ciclos de movilización política, particularmente los que predominaron durante la segunda parte del siglo XX en Chile, y sobre todo durante los ciclos de protesta y reconstrucción del movimiento social de los años ochenta en Chile.

A mí me sorprendía mucho la inoperancia del gobierno y de la gente que es de la elite de la sociedad chilena. Como que ellos no estaban muy conectados con la realidad, no tenían idea de lo que pasaba. Pensaban que era un juego, y todas las medidas que tomaba el gobierno, yo decía, son totalmente inoperantes. Entonces a mí más que nada me sorprendió un poco la reacción de todo ese círculo, que es como súper cerrado en Chile, que no tenía idea de la realidad (jóvenes mujeres, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Asimismo, observamos para el 18-O, diversas expresiones de movilización que no respondieron a la dinámica de un movimiento social clásico, con la conducción de líderes, por ejemplo. Tampoco se

observaron ideologías, sino causas de diversa procedencia, lo que se conoce como activismo sincrónico y acción conectiva generacional; donde lo importante no es tanto quién emite el mensaje, sino quiénes lo reciben y qué hacen con ese mensaje (como en el caso del colectivo Las Tesis). De ahí la proliferación de redes con escasa estructura, las asambleas barriales, los cabildos autoconvocados, las coordinadoras como 8M, No+AFP, Modatima, Ukamau, el colectivo Las Tesis, etc. sin relación directa con actores políticos convencionales. En suma, no hay un actor que represente demandas, ni peticiones definidas y jerarquizadas con claridad, por lo cual se hace más complejo procesar institucionalmente el clamor *coral* de la multitud, pero en simultáneo dicho fenómeno logró consolidar una cierta unidad y solidaridad en la calle y *por abajo*, de parte de la ciudadanía.

Que no vean a los grupos políticos reventados en el escenario también ayuda, porque igual estaban generando más división que unión. Tener una bandera de tal color o de tal logo, te lleva para otro lado como piño. Que no estuvieran esas banderas, que no estuvieran esos colores políticos también ayudó a que la cuestión fuera más unitaria (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Destacamos que, si bien existe un rechazo y un evidente desencanto político en las voces juveniles, este se organiza más bien en torno a “la” política con mayúscula, esto es, la política entendida como cosa de héroes (opuesta a la vida cotidiana), o bien, la política entendida como política de palacio, de oficina, de secretaría general, de comité central, de operadores, expertos y profesionales, esto es, que se agota en la administración y la gestión del orden institucional.

La gente se organizó y salió a las calles, porque no cree en la política del lobby, en la política formalizada. Creo que la política se hace en las calles (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Cuando hacemos el ejercicio de identificar a los principales adversarios políticos del movimiento estos han sido: a) el neoliberalismo y su modo de organizar la indignidad de la vida y los vínculos; b) la élite política y económica; y, c) el gobierno, encarnado por el Estado y su lógica arbitraria y punitiva frente a los/as manifestantes. También observamos transversalmente, a partir de las diversas voces juveniles, que se encuentra en curso o en construcción otro tipo de política, y que de momento podríamos denominar como prefigurativa, donde aún se están tejiendo sentidos y horizontes compartidos en el contexto de la vida cotidiana, pero todavía sin estructura ni proyecto de mayor alcance.

Hay una realidad en la política, nosotros vivimos en política y entonces no necesitamos una representatividad y una bandera, cuando la bandera es la misma realidad, nuestra realidad, eso [...] no existe la necesidad de formar representatividad o dar una forma, una bandera a un movimiento que es de la misma gente [...] el mismo movimiento del que estamos hablando demostró con hechos eso (jóvenes varones, sin participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Por un futuro digno

Los/as jóvenes activistas comparten la motivación por participar de las protestas para recuperar la dignidad, cambiar la Constitución y expresar el descontento social que es transversal porque afecta a personas de distintas clases sociales, aquellas que sufren las consecuencias del modelo desigual pero también quienes solidarizan con el prójimo. Además, es intergeneracional, producto de los años de abusos por parte de la clase política y la elite económica, lo cual ha afectado a abuelos, padres e hijos.

Este modelo de vida que tenemos como que las oportunidades de surgir no son muchas o son a base de demasiado esfuerzo por eso es más bien como no tener futuro. Incluso con trabajo es difícil y la vez, el hecho de las pensiones, vivir con la plata contada y que a veces falte es como no tener vida, es como no tener futuro. O sea, una vida digna, porque igual se puede vivir de manera precaria, pero siendo feliz con lo que hace y lo que tiene, eso ya es distinto, pero ese vivir feliz es muy difícil en el modelo en el que vivimos (joven varón, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Lo que pasa es que todos se están manifestando, tú te puedes encontrar pobladores que se están manifestando. Pero ahora en una manifestación te puedes encontrar con un doctor, con un abogado, con un poblador, con estudiante, con universitarios, con un ingeniero (joven varón, con participación en organizaciones, Región Metropolitana de Santiago).

Varias manifestaciones fueron espontáneas y con ellas buscan mejorar el bienestar de las personas y acceder a una vida digna, terminar con las experiencias familiares de inequidad, la precariedad y el abuso cotidiano, que se expresan en prácticas que al verlas de manera aislada carecen de importancia, pero cuando se sitúan dentro de un contexto diario de abuso adquieren notoriedad y van alimentando el malestar cotidiano.

Mira lo que fue más significativo yo creo que fue el día que quemaron el Sodimac de Carrera, ese día fuimos con mi grupo de amigos de acá de Florida, de la comuna, fuimos en un bus y el cobrador del bus nos quería cobrar pasaje completo siendo que nosotros íbamos con pase escolar, nos quería cobrar pase completo, yo creo que de ahí parte la anécdota, nuestra primera resistencia ese día, que le pusimos resistencia al cobrador de la empresa, que quería cobrar pasaje entero e incluso ocupamos justo ese espacio para... justo en ese momento yo y otro amigo más empezamos a decirle a la gente que iba a tener problema en el bus, de lo que estaba pasando, porque muchas veces las personas veían esto por la televisión y justo se dio el momento y nosotros empezamos a hablarle a la gente lo que estaba

pasando, todo lo que el descontento social, todo lo que pasaba con los políticos, fue como justo ese momento que se dio, justo se nos presentó ese momento difícil y pudimos sacar provecho, incluso dictando cátedra arriba del bus así, pero estuvo bien entretenido, fue como ese día (joven varón, Región del Biobío).

Cuando los y las jóvenes ven hacia el futuro no quieren estar destinados a tener que vivir como sus abuelos ni sus padres, buscan tener un envejecimiento digno y acorde al esfuerzo que han desplegado durante sus años de educación y también en el trabajo. En este sentido, las narrativas juveniles reiteran una y otra vez las desigualdades en el sistema educativo y las oportunidades que de ellas se derivan, la precariedad del trabajo, los bajos sueldos, la falta de acceso a salud y las miserables pensiones.

A pesar de que el futuro y lo que se logre con las manifestaciones es incierto, existe la certeza de que ese nuevo horizonte se puede ir construyendo en conjunto. Buscan un futuro distinto para ellos/as, pero también para sus familias y para sus descendientes. Desean ser actores para lograr esos cambios ya. “Queremos un futuro cercano distinto, no un futuro en cuarenta años, no un futuro de la próxima generación, queremos hacer un cambio y lo queremos hacer ahora” (joven varón, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Las afirmaciones que circularon por algunos medios de comunicación masivos aseguraban que los/as jóvenes que iban a manifestarse eran jóvenes que no tenían visión de futuro, jóvenes sin futuro. Sin embargo, las narrativas juveniles muestran lo contrario. Cuando miran hacia el futuro tienen expectativas de cambio y la convicción de que ellos pueden ser agentes de transformación para lograr un mundo más justo y digno.

Yo igual creo que la clase media fueron los que, digo, fuimos los que nos adjudicamos el movimiento porque claro po, somos los que piden dignidad de cierta forma y los que pedimos salvaguardar nuestro futuro más que nada (joven mujer, sin participación en organizaciones, Región del Biobío).

Consideraciones finales: lo que fue, lo que deviene

La participación de los jóvenes en la vida pública y en la política ha sido una constante a lo largo de la historia de Chile, aunque muchas veces su participación ha sido descalificada por otros agentes que han predominado al interior de diversos escenarios políticos y coyunturas históricas. Los y las jóvenes siempre han participado en asuntos de interés político, considerando que la categoría joven no adquiere identidad propia hasta mediados del siglo XX. Sin embargo, han sido invisibilizados y considerados un actor menor, un *actor secundario*, aun cuando, los jóvenes como categoría social y cultural han estado presentes y liderado transformaciones sociales e históricas desde los primeros años del siglo XX en Chile.

Los jóvenes estudiantes (secundarios y universitarios) serán quienes desde inicios del siglo XXI, darán la señal de movilizarse a la sociedad chilena comenzando con el llamado *mochilazo* (2001), que alcanza potencia con el ciclo de protestas que inaugura la llamada *revuelta pingüina* (2006) y que se extienden hasta el año 2011, pasando por el mayo feminista del 2018, desembocando en el 18-O del año 2019, hasta las protestas en torno a la Prueba de Selección Universitaria (PSU), en enero del año 2020. Así, se constituyeron en catalizadores de masivas movilizaciones sociales en nuestro país que hicieron converger a varias generaciones mostrando un malestar con el sistema económico imperante, el modelo de educación, y también con la forma en que la política tradicional se ha disociado de los problemas que afectan a sus ciudadanos/as.

Ahora, para ir cerrando y sintetizando algunos resultados y hallazgos de este capítulo, queremos relevar sumariamente algunas consideraciones presentes en lo que llamamos las narrativas juveniles, con el objeto de ir retomando las interrogantes iniciales y también plantear desafíos para la investigación en este campo de relaciones y conflictos.

1) Las *motivaciones* por las que se involucraron en el movimiento de protestas y la *composición social* de quienes participaron en la revuelta son diversas, multilocales e interseccionales. Es diversa porque la revuelta ha convocado a una multitud de personas que representan a distintas clases sociales, y condiciones sociales, hombres, mujeres, estudiantes, trabajadores, profesionales, madres, padres, niños, niñas, hijos e hijas. También las movilizaciones se expanden a lo largo y ancho del territorio nacional, mostrando demandas locales que diferencian a la urbe de las zonas rurales, a los ciudadanos de los campesinos e integrantes de pueblos originarios. No obstante, la diferenciación en las demandas adquiere un hilo articulador que se ve representado en la consigna *hasta que la dignidad se haga costumbre*. El reconocimiento por las individualidades lo que diferencia a las personas también representa distintos modos de vivir y mundos alternativos, si bien aún no existe claridad de qué es, si hay una clara relevancia sobre la aceptación e inclusión de la diversidad.

2) En cuanto a las *agendas de lucha* y sus demandas en el contexto del 18-O, no podemos hablar de priorizaciones ni jerarquización de sus demandas, por ejemplo, al interior de un petitorio específico o plataforma de actores, ni se las inscribe al interior de un programa político de transformaciones o proyecto de sociedad de mayor alcance, con interlocutores y líderes visibles.

Dicho esto, es posible afirmar preliminarmente que, en el marco del caso observado en este estudio, una de las novedades de este nuevo ciclo de repolitización y de la propia revuelta social del 18-O en Chile, es que las propias demandas y las agendas de distintas generaciones tendieron a sincronizarse, lo que marca una diferencia importante con otros ciclos de protesta anteriores. En la mayoría de los casos, sin bien dicha convergencia estaría centrada en el acceso equitativo, palpable y garantizado a bienes materiales y al propio progreso personal y familiar, los relatos también relevan de modo significativo un repudio a un modo predominante de estructurar la vida, los vínculos, las relaciones sociales, donde la precariedad,

tanto sistémica como biográfica, estaría en su núcleo, prefigurándose entonces un conjunto de anhelos colectivos que ponen en valor –de modo inédito– las cuestiones del respeto, el buen trato, la dignidad de los y las olvidadas, los invisibles. Así como en una nueva Constitución política que en principio podría sentar las bases para un nuevo pacto social, que supere el diseño neoliberal impuesto por casi medio siglo en Chile.

Por otra parte, se observa que, a partir de las evidencias presentes en los discursos juveniles, estamos frente a una presencia de agendas de lucha con contenidos interseccionales que cruzan a toda clase y no están centrada de modo predominante en las cuestiones de la producción, el salario o la conflictividad capital-trabajo (como lo fue durante gran parte del siglo XX). Lo que no quiere decir que se encuentre ausente o desactivada, sino más bien, lo que se observa en las narrativas juveniles es una suerte de descentramiento como efecto de la emergencia de agendas múltiples, muchas de estas superpuestas y con escasa articulación con orgánicas políticas partidarias, y más bien, vinculadas a organizaciones sociales y territoriales específicas.

No obstante, el componente de clase aparece fuerte en los discursos de los/as jóvenes cuando este surge asociado a situaciones de discriminación y desigual acceso a bienes económicos y simbólicos. Los relatos dan cuenta de clases privilegiadas y otras desfavorecidas. La primera está representada por la clase política y empresarial, esto es, una elite. La segunda estaría compuesta por una amplia gama de posiciones de sujeto, esto es, jóvenes, mujeres, hombres, adultos/as, ancianos/as, profesionales, técnicos/as, trabajadores/as, esto es, la gente común y corriente que experimenta precarización y sobreendeudamiento.

3) Los *aspectos étnicos, raciales, territoriales y medioambientales* también adquieren relevancia en los relatos. Las juventudes relevan el retorno de la conciencia ecologista, incorporando a sus vidas prácticas cotidianas que dan cuenta de otras formas de relacionarse con

el medio ambiente, relevando la importancia del entorno natural, el respeto por las cosmovisiones y la relación con la naturaleza presente en los pueblos originarios, y la necesidad de preservar la diversidad de la biosfera poniendo en valor las necesidades y los derechos no solo de las generaciones presentes o contemporáneas, sino también de las futuras generaciones.

4) En *las vivencias* que experimentaron los jóvenes *en acciones de protesta*, se destaca la autoconciencia de su propio protagonismo en el movimiento, y los niveles de conciencia respecto de lo histórico del acontecimiento en el que participaron y se involucraron, valorando también la complicidad y convergencia con otras generaciones. Reconocen la presencia de una memoria acerca de la dictadura, sobre todo con relación a la experiencia pasada de violaciones a los derechos humanos que son capaces de conectar con los episodios del presente. No obstante, se manifiestan como capaces de redefinir esa violencia potencial y real, para adoptar una actitud de resistencia y buscar mecanismos adaptativos de confrontación directa y simbólica con las fuerzas represivas.

En cuanto a los *aspectos expresivos de la manifestación*, desde la normalización institucional de la democracia en Chile, los repertorios de la acción colectiva en contexto de protesta y movilización urbana vienen mostrando importantes signos de cambio; pues no solo es posible evidenciar un relevo del *sujeto histórico* que se viene desplegando en las calles de nuestras grandes ciudades (ya que este último parece estar diversificado en demanda y fisonomía), sino que los propios repertorios clásicos de protesta –como la marcha, la barricada, la ocupación de infraestructuras, el corte de rutas, los lienzos y los cánticos– han sido permeados virulentamente por acciones de tipo estéticas o de corte festivo; donde se incluye fuertemente al cuerpo como soporte expresivo de la denuncia y a la música o la dramaturgia para intensificar en la multitud de activistas un clima socioemocional que ensambla poderosamente lo lúdico y lo político en el marco de la ocupación de la calle, como ocurrió en Chile durante la

revuelta del octubre. De este modo, vemos el surgimiento de diversas formas de activismo callejero en escenarios de protesta, donde destaca lo que denominamos como artivismo, en tanto combina prácticas de protesta política con acciones de arte callejero, despegadas en el espacio público durante las movilizaciones del 18-O (Ganter, Vergara y Fuica, 2017).

Asimismo, destacamos la acción coordinada en escenarios de protesta es a la vez una evidencia de una memoria y cultura de protesta largamente desarrollada en Chile, incluyendo el aprendizaje de estrategias utilizadas por generaciones precedentes, y perfeccionada por los nuevos referentes culturales y recursos tecnológicos, que han sido apropiados y re-creados por la juventud chilena inserta en un nuevo contexto sociocultural propio del siglo XXI. No menor es el uso de las tecnologías disponibles, sobre todo las redes sociales, las cuales se constituyen en un canal muy importante de comunicación e información, que los/as ayuda a articular la acción en la calle, y a cuestionar y denunciar los medios de comunicación oficiales y tradicionales.

5) En cuanto a los *espacios públicos* y las plazas durante la revuelta, asumimos el concepto de espacio como un componente preferentemente político y estratégico constreñido por una red compleja de relaciones de poder/saber, pero nunca exento de usos divergentes, tácticas oblicuas, resistencias o insurgencias, todas susceptibles de mapear o cartografiar de modo participativo, particularmente en contextos de movilización urbana. Así, planteamos que la protesta no solo tiene lugar en el espacio urbano en tanto escenografía, sino que los propios activistas se apropian del espacio, lo recuperan en su beneficio, le otorgan sentido, lo cargan simbólicamente con sus experiencias y sus múltiples formas de uso divergente o intersticial, como lo hemos visto durante la revuelta. Precisamente en situaciones en que los activistas y manifestantes han logrado colonizar un espacio público, lo recuperan del control de las fuerzas policiales o irrumpe una acción colectiva performativa, se ha configurado

automáticamente un clima socioemocional que potencia la euforia en el espacio, la alegría multitudinaria, los sentidos compartidos y la pertenencia a un universo mayor de relaciones sociales. En ese sentido, observamos que la protesta social ha devenido en fiesta urbana y el recuerdo personal en memoria colectiva viva. De ahí la relevancia del componente socioemocional de los movimientos sociales y de las diversas formas de ocupación de la ciudad y escenificación de la protesta urbana (Ganter, Vergara y Fuica, 2017).

6) Los *cabildos y asambleas* autoconvocadas fueron centrales entre otros llamados a la participación y deliberación. Varios cabildos fueron organizados desde los barrios, entre los mismos vecinos. Algunos contaban con mayor experiencia que otros, pero más que eso, lo importante fue que se generaron espacios de conversación, diálogo y discusión política que antes se daban mayoritariamente al interior de instituciones políticas formales, o bien, entre representantes de la elite para tomar decisiones. En el caso de los cabildos y las asambleas el poder de la deliberación vuelve al barrio, a las poblaciones y a los vecindarios, así, la opinión de todos es importante, la voz de las personas comienza a ser escuchada y desde ahí se generan lugares de encuentro y educación popular. Los cabildos eran actividades esperadas día a día, en las plazas y en las calles, también en las juntas de vecinos, ahí niños/as, jóvenes y adultos/as compartían sus puntos de vista y en ese ejercicio del diálogo llevaron la política a las casas, abrieron el debate y permitieron instalar temas de conversación al interior de las casas.

7) En cuanto al *rol de las emociones* durante la revuelta, la literatura actual sostiene que las emociones y los afectos colectivos se hacen relevantes para comprender los diferentes ciclos de la movilización y repolitización de la sociedad; dado que configuran elementos detonantes para el reclutamiento, la participación en protestas y la propia inmersión de los movimientos sociales. En este punto, sostenemos que las emociones han jugado un papel central como herramienta

política de alto voltaje colectivo en el contexto del denominado estallido social. Actualmente hay consenso en la literatura que las emociones, como la indignación frente a episodios de abuso de poder o la solidaridad hacia la vulneración de derechos básicos, estimulan la participación de la ciudadanía en los movimientos sociales y en los hechos de protesta callejera, creando un ambiente social que propicia y diversifica el activismo ciudadano. H. Flam (1990) identifica a las *emociones movilizadoras*, en tanto estados de ánimo que influyen en las decisiones que la ciudadanía toma para involucrarse o no en los movimientos de protesta. Y a la *liberación emocional* (Flam, 2005), como el proceso mediante el cual la ciudadanía logra liberar y *despertar* emociones de modo catártico, que un sistema político mantenía dormidas, anestesiadas o en estado de hibernación, tal cual ocurrió durante el 18-O en las marchas-carnavales, durante la ocupación de las plazas, durante las asambleas barriales autoconvocadas, etc.

Teniendo presente estos elementos, podemos evidenciar una renovada centralidad y presencia de los componentes socioemocionales en las dinámicas actuales de ocupación de la calle y el espacio público en contextos de protesta y movilización ciudadana en Chile, particularmente desde inicios del siglo XXI. Esta renovada centralidad de los elementos emocionales al interior de la movilización social ha tenido como protagonistas a los y las jóvenes estudiantes, más precisamente a lo que observamos, a partir de cuatro ciclos de manifestaciones masivas, como mareas generacionales, representadas por la *generación pingüina* del año 2006; la *generación del No + lucro en la educación* del año 2011; la *generación de estudiantes feministas #CompañeraYoTeCreo* del año 2018, y las unidades generacionales que se constituyeron en activistas del 18-O.

8) En cuanto al *componente de género* en la Revuelta, en este estudio queda en evidencia que las mujeres se han involucrado de modo protagónico dentro de la participación política juvenil y en las acciones directas en escenarios de protesta, de acuerdo con las apreciaciones de los y las jóvenes. Aun cuando queden resabios de prácticas

machistas, que deben todavía ser eliminados. En este sentido, es significativa la autoconsciencia que demuestran las jóvenes acerca de estas diferencias, de los riesgos que implica su condición de mujeres involucradas en política y su cuestionamiento a lo que perciben como originadas en el machismo y el patriarcado. También, es importante destacar el valor trasversal que las y los jóvenes le asignan al movimiento feminista y al propio ciclo de protestas asociado con el mayo feminista del año 2018 en Chile, destacando su rol articulador dentro del levantamiento del 2019, siendo el único movimiento al que se le concede este tipo de papel dentro del proceso, cuestión que se descarta de plano para el caso de partidos políticos y otras plataformas que para la coyuntura aglutinaron diversas organizaciones en su interior.

Las formas de organización, sobre todo entre la generación joven, se muestra proclive a dinámicas de coordinación más flexibles, horizontales y porosas; donde convergen participantes de diversos orígenes, generaciones y clases sociales, con heterogéneas trayectorias militantes. Asimismo, se evidencia una progresiva feminización de las formas y las orgánicas de estos movimientos, lo que implica una creciente participación de mujeres en eventos de protesta en los espacios públicos, dejando atrás los liderazgos clásicos y los modelos heroicos, centrados en la visión patriarcal de la tradición revolucionaria (Rovira, 2017, 2018).

No deja de ser significativa la amenaza y el temor a violencia política sexual como método de control psíquico y físico de las mujeres que se involucran en lo político. Esta es una más de las formas de violencia de género que es necesario erradicar, para favorecer la plena participación de las nuevas generaciones de mujeres; además de promover el reconocimiento tanto a sus capacidades como a sus liderazgos y aportes a las distintas luchas sociales, todos estos elementos presentes en diversos jóvenes sujetos de esta investigación.

9) Con relación al *sistema económico y el rol del Estado*, visualizan con nitidez la hegemonía extractivista y neoliberal de un proceso

histórico de privatización y mercantilización de la vida en Chile, que genera mucha desigualdad y asfixia en sus familias, con situaciones de endeudamiento crónico. En cuanto al Estado, aparece de preferencia como una entidad ausente y ajena a su experiencia vital y política, y en el peor de los casos como una agencia punitiva que atropella sus derechos fundamentales, o bien, que opera con un nivel de arbitrariedad y violencia importante. Por último, se lo asocia de modo crítico con la encarnación de lo que se denomina principio de subsidiariedad.

10) Sobre la *visión de la política* destacamos que entre los/as jóvenes hay un fuerte malestar histórico con la política institucional, esto es, la política de partidos, la política de cúpulas, la política ensimismada del parlamento, la política de oficina, la política que reduce su quehacer a la gestión y administración tecnocrática de los *asuntos públicos*, y que además cuando lo hace, lo hace de modo ineficiente, sin transparencia, privatizando las decisiones en tono a los asuntos que competen a toda una comunidad. En sus visiones sobre ella, tienden a predominar, relatos de descontento, desafección y decepción con los actores predominantes de la política y los formatos políticos convencionales. Así lo demuestran diversas encuestas nacionales, en donde la clase política tiene una valoración muy deficitaria (Núcleo Milenio en Desarrollo Social y Centro de Microdatos, 2019).

A pesar de lo anterior, observamos el rol activo que vienen jugando un gran número de jóvenes en el actual escenario, en tanto agentes públicos detonantes y difusores de demandas que exceden sus propios intereses particulares, poniendo en la agenda temas que las generaciones que los anteceden no pudieron empujar ni alcanzar: pensiones dignas, garantías y coberturas de salud, nueva Constitución política, educación no sexista, reconocimiento al pueblo Mapuche, protección de los recursos y bienes comunes, etc. También se observa, de modo transversal en los relatos, en curso o construcción otro tipo de política, que de momento podríamos denominar como prefigurativa, donde aún se están tejiendo sentidos

y horizontes compartidos en el contexto de la vida cotidiana, pero todavía sin estructura ni proyecto de mayor alcance.

Del mismo modo, imaginan una nueva forma de hacer política, entendida como organización de la vida social, la comunidad política, expresando su deseo de que sea más colaborativa, participativa y con menos corrupción o degradación de la vida pública, con mayores espacios para ejercer el desacuerdo, la imaginación, la libertad y la autonomía personal, pero también para expandir la justicia y la igualdad en diversos ámbitos de la vida en común, lo que implica una corrosiva crítica hacia los procesos de elitización y concentración del poder político, económico, social, cultural, mediático, etc. que viene experimentando nuestro país en las últimas décadas, fenómeno que se ha sido descrito por la literatura en reiteradas oportunidades, incluso como *dueñidad* (Segato, 2016) para referirse al caso chileno. Recientes evidencias de lo anterior se pueden apreciar si se indaga en las pocas comunas y zonas del país donde ganó la opción del rechazo a la nueva Constitución en el plebiscito de octubre del año 2020, donde observamos que coincide con 3 comunas de la zona oriente de Santiago, las cuales concentran las rentas más altas y el mayor nivel educativo a escala nacional. Cada una de estas 3 comunas, territorialmente contiguas una a la otra: Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea, como si se tratara de un enclave espacial, un verdadero apartheid socio-territorial donde reside la *dueñidad* en Chile.

Esto estaría indicando que no hay un abandono o deserción de la política. Al contrario, el análisis de los grupos de conversación y las entrevistas muestra un fuerte compromiso con una transformación estructural del sistema, incluso mayor que las generaciones de sus padres/madres, destacando entre sus preocupaciones el cuestionamiento a la atomización social y la precariedad de la vida en el marco del modelo el neoliberal y extractivo predominante, con la consecuente destrucción medioambiental y las denominadas zonas de sacrificio. Se puede señalar que, en principio, su anhelo y motivación es *refundacional* del modelo de sociedad, y se dirige a la

reconstrucción de una *política desde abajo*, que es imaginada desde el propio involucramiento personal y la acción colaborativa con otros.

La dinámica social en torno al levantamiento también habla de distintas capas organizacionales espontáneas, orientadas a la resistencia y a la configuración de un poder desde abajo (Cabildos, Asambleas, Redes) que evidencia un sujeto político más autónomo, que se involucra desde sí mismo, que tiene capacidad de educarse entre pares, voluntad de acción y capacidad de decisión. Además, está mucho más consciente de las inequidades de género, de la fuerza de la acción colectiva y de la importancia del espacio público como zona de encuentro, y se moviliza hacia reclamar su soberanía sobre él.

En términos de subjetivación, los y las jóvenes manifiestan una voluntad de disputa de espacios, sentidos y redes sociales en el ámbito de la vida cotidiana, apuntando a un cambio más global, que como hemos dicho, no está definido por una ideología o doctrina política predeterminada, sino que podríamos decir que estaría más centrada en proyectos concretos y causas que no son abstractas, sino que se encuentran presentes en el espacio local y de sus vidas cotidianas, como la soberanía alimentaria, el patrimonio, la descolonización del cuerpo, la diversidad sexual, el cambio climático, el feminismo, el antiespecismo, el territorio, la protección de los bienes comunes, la democracia participativa e incidente en la toma de decisiones que afectan a las comunidades, la lucha contra la desigualdad, la autonomía cultural y territorial del pueblo Mapuche, la defensa y expansión de los derechos humanos, etc. Los marcos de acción y sentido de estos nuevos activismos, también se han ido feminizando, dado que ponen en el centro *lo común*, la política de los cuidados, el medio ambiente, los vínculos afectivos y colaborativos, etc. Los y las jóvenes viven y promueven experiencias de que otros mundos son posibles, generan espacios de experiencias de resistencia en los cuales se involucran con sus cuerpos, pensamientos y emociones, y se involucran y comprometen con la política de una manera individualizada, en donde la creatividad y la autonomía adquieren un rol central (Pleyers, 2010).

A pesar de esta declaración, no existen referencias en los relatos de los y las jóvenes a modelos ideológicos o propuestas de proyectos políticos más amplios a los cuales adherir. Lo que eventualmente supone una ruptura en la transmisión de sentidos compartidos, donde se observa a la generación adulta profundamente cuestionada, desautorizada y desprovista para encarnar un testimonio que transmitir a las nuevas generaciones (una invitación a participar protagónicamente), o por lo menos, se observa con signos importantes de fatiga y renuncia parcial a dicho mandato, dado que se habría llegado a un punto cero de su cultura. Esto es, se desfondó su autoridad y su proyecto de futuro. Sus ideologías y proyectos políticos parecen agotados, su autoridad está impugnada, su proyecto de sociedad viene perdiendo legitimidad y capacidad para invitar y convocar a las nuevas generaciones. La evaporación del adulto aquí implica la evaporación del peso simbólico para encarar la diferencia generacional y el límite que esto conlleva, es decir, la diferencia entre padres/madres e hijos/as. La generación actual quedaría, entonces, arrojada a una suerte de vacío, una generación sin referentes más que ellos mismos. Lo que se traduce en una sensación de abandono y deriva de las nuevas generaciones, obligadas a inventar su propio camino (Recalcati, 2014), con todos los delicados riesgos y complejos retos, en diversos planos, que supone dicho trayecto. Aspectos que aún no están del todo destilados y que serán objeto de análisis y debates de las siguientes décadas.

11) En *las visiones de futuro* post 18-O, es importante tomar en cuenta de que los y las jóvenes sienten la continuidad del presente, la normalidad preexistente como una amenaza, donde el *modelo predominante* intenta forzar su conformismo aún a costo de hacer peligrar su existencia futura. Ellos y ellas creen posible actuar en contra de esa prefiguración, y tienen expectativas positivas respecto de ser sujetos de ese cambio, que juzgan una diferencia importante respecto de las generaciones precedentes.

Sobre aspectos más específicos que se manifiestan en las voces juveniles, sus sentimientos y visiones de futuro se condensan en horizontes e imaginarios colectivos donde se mezcla la desconfianza e incertidumbre de modo importante, potenciada por el actual contexto de pandemia global y las derivas que abre dicho escenario, sobre todo en materia de desigualdad y la deficiente gestión del gobierno en la materia. Asimismo, como efecto de los aprendizajes históricos de los diversos ciclos de protesta y movimientos sociales que han irrumpido en la primera parte del siglo XXI, se palpa una desconfianza hacia los modos de gestión institucional de la crisis, aspecto que también tiende a desdibujar su interlocución, su participación y su rol como agente protagonista en la salida colectiva de la misma.

Junto con lo anterior identificamos, por una parte, sentimientos y percepciones de futuro –post revuelta donde la ilusión y la esperanza por la construcción de un Chile más justo se haría más patente y palpable en las voces juveniles que participaron del movimiento de protestas. Esta idea es sintetizada en la consigna *con todo, si no pa' que*, que fue difundida en distintos muros, carteles, panfletos y en internet. El plebiscito de octubre y la abismante diferencia entre los votos a favor de un cambio constitucional, con el 78% de las preferencias, versus el 21% del rechazo al cambio, fue uno de los hitos más importantes de la revuelta, ya que sería el primer paso que posibilitaría, en la percepción de estos jóvenes, una oportunidad real de cambio, en lo estructural y a nivel institucional. Asimismo, observamos la importancia del reconocimiento de otros mundos posibles y, por tanto, de la diversidad, que se reflejó en el 79% que aprobó la convención constitucional, es decir, que todas las personas que participen de dicha convención puedan ser electas por la ciudadanía, incluyendo criterios de paridad de género y cuotas para representantes de pueblos originarios.

Los cambios culturales que ha incorporado la sociedad chilena imponen un nuevo escenario de oportunidades y amenazas en cuyo marco debe vivirse la juventud actual (PNUD, 2003). Como ya se planteó al inicio, los efectos de este cambio cultural tienen un

impacto especial entre los y las jóvenes, dado que son las nuevas generaciones quienes mejor aprovecharán las oportunidades que trae el cambio cultural, aunque también reciben con mayor fuerza las ambivalencias y avatares de ese proceso, las dinámicas de exclusión, desafuero, estigmatización, desigualdad, endeudamiento, precarización, desconfianza e incertidumbre que caracterizan el escenario chileno actual.

En este escenario, será difícil para las nuevas generaciones sentirse reconocidas y validadas por una autoridad o referente que otorgue certidumbres. Así, ante el debilitamiento y volatilidad de los referentes colectivos, los y las jóvenes actuales deben realizar su autoconstrucción biográfica y proyectos vitales apelando casi exclusivamente a sus propios convencimientos, a sus propias fuerzas e intuiciones, como jinetes en medio de la tormenta (Reguillo, 2017), utilizando materiales dispersos y cooperaciones inestables. El resultado no siempre es satisfactorio, dado que, en el actual escenario político y social, la construcción casi solitaria o micro-grupal de iniciativas, esto es, en clanes, en pequeños *piños* y burbujas de sociabilidad entre semejantes, puede conducir a proyectos biográficos auto referidos o defensivos, sin vasos comunicantes e impermeables a otras escuchas y visiones de mundo; lo que evidentemente dificulta la construcción de sentimientos y vínculos donde predomine la cooperación y la sinergia ENTRE generaciones diversas (PNUD, 2003), lo que implica riesgos, pero también desafíos importantes para la convivencia y la colaboración intergeneracional, más aún, en una sociedad como la chilena que hoy, precisamente, se encuentra habitando en el umbral histórico de su propio devenir.

Glosario

Apañe, apañar: apoyar directamente una causa ya sea de manera emocional o conductual.

Bacán: que es algo bueno, agradable, genera simpatía y proyecta buenas intenciones.

Cachai: entender algo, darse cuenta de algo que ocurrió.

Camote: objeto contundente o con un peso considerable como una piedra, ladrillo o pedazo de cemento.

Care raja: persona descarada, que no tienen vergüenza ni respeto por nada, que tiene comportamientos inadecuados pasando a llevar a otras personas.

Cartoneras: modelo de publicación que busca publicar desde abajo, desde las bases, con un formato marginal llamado cartonero, sin pasar por mediaciones ni ediciones que proponen quienes no pertenecen a las bases.

Conce: diminutivo de Concepción, Ciudad capital de la región del Biobío, ubicada en la zona centro sur de Chile.

Coronelinos: gentilicio para referirse a las personas que viven en la comuna de Coronel.

Cuicos: persona que presume por ser de una clase superior.

Escudero: integrante de la primera línea que usa un escudo fabricado de manera artesanal, con elementos reciclados, junto a otros escuderos/as forman una barrera de protección y contención frente a las policías.

Flashmob: acciones organizadas por un grupo de personas quienes despliegan rutinas musicales o coreografías en lugares públicos con la intención de dar a conocer un mensaje. Durante las protestas las convocatorias fueron difundidas por las redes sociales al igual que las coreografías, para que las personas interesadas en participar pudieran practicarlas antes de las intervenciones en el espacio público.

Muertín: Convocatoria del 13 de marzo a un *flashmob* de varios grupos feministas en contra de la violación de los derechos humanos. *Muert-in* viene de *die-in*, intervención en donde varias personas se reúnen en la calle y se dejan caer asemejando personas muertas, se hizo en el contexto de las protestas de Lives Matter por brutalidad y asesinatos policiales en Estados Unidos.

Fome: aburrido o que no es interesante, emocionalmente agotador.

Gifs: animaciones de corta duración difundidas en las redes sociales de internet.

Liceo: centro de educación institucionalizado que depende de la administración municipal.

Lucas: dinero.

Mochilazo: viene del uso que hacen los estudiantes de una mochila o bolso que se lleva en la espalda para transportar los útiles escolares. Fue utilizado como concepto para referirse al movimiento de estudiantes secundarios del año 2001.

Pacos: carabineros de Chile, policía.

Pañuelazo: convocatoria dirigida a las mujeres durante las manifestaciones feministas para que asistan a la vía pública con un pañuelo verde como simbolismo de la lucha por la despenalización del aborto.

Pega: trabajo por el que se recibe dinero.

Peñasquero: integrante de la primera línea que, protegido por los escuderos/as, tiran camotes, peñascos o piedras con ondas o con la mano hacia las policías cuando están en enfrentamiento.

Piño: grupo de varias personas.

Pitiar, Pitiamos: romper algo, echar a perder.

Pirquinero: dentro de los protestantes es la persona que rompe pastelones o veredas para obtener objetos contundentes y usarlos en defensa.

Polera: remera, playera, sudadera.

Revuelta pingüina: serie de movilizaciones protagonizadas por estudiantes secundarios entre los años 2006 al 2007 a favor del derecho a la educación y en respuesta a la privatización del sistema de educación chileno. Fue vista como una revolución dado que fue el primer movimiento importante postdictadura. El concepto de Pingüino remite a la característica central del uniforme que utilizan los estudiantes de la educación primaria y secundaria en Chile: camisa blanca, chaqueta y vestido azul oscuro, cuyas tonalidades se parecen a un pingüino.

Sorora: adjetivo para referirse a la solidaridad entre mujeres en contextos de cultura patriarcal, violencia sexual y de género hacia las mujeres.

Bibliografía

Castillo, Alejandra (2019, octubre). La revuelta contra el neoliberalismo. *Pléyade*, número especial.

Flam, Helena (1990). Emotional “Man”: I. The emotional “man” and the problema of collective action. *International Sociology*, 5(1).

Flam, Helena (2005). Emotion’s map: a research agenda. En H. Flam y D. King (eds.), *Emotions and social movement*. Londres: Routledge

Ganter, Rodrigo; Vergara, Constanza y Fuica, Inti (2017). Caleidoscópolis: signos de cambio en los repertorios de protesta callejera en Concepción. *Revista Universum*, 32(2), 81-105.

Instituto Nacional de Derechos Humanos (2020). Reporte al 31 de enero de 2020. Santiago de Chile: INDH.

Núcleo Milenio en Desarrollo Social/Centro de Microdatos/Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (2019, octubre). Termómetro social [Encuesta TS1]. <https://nucleodesoc.cl/termometro-social/>

Pleyers, Geoffrey (2010). *Alter-globalization. Becoming actor in the global age*. Cambridge: Polity Press.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano - Instituto Nacional de la Juventud (2003). *Transformaciones culturales e identidad juvenil en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.

Recalcati, Massimo (2014). *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*. Barcelona: Anagrama.

Reguillo, Rossana (2017). *Paisajes insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. Madrid: NED Ediciones.

Rosenthal, Gabriele y Fischer-Rosenthal, Wolfram (2000). Analyse narrativ-biographischer Interviews. En Flick et al. (eds.), *Qualitative Forschung. Ein Handbuch*. Hamburgo: Rowohlt Taschenbuch Verlag.

Rovira, Guiomar (2017). *Activismo en red y multitudes conectadas*. Barcelona: Icaria.

Rovira, Guiomar (2018). El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas. *Teknokultura*, 15(2), 223-240.

Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficante de Sueños.

Veenhoven, Ruut y Hagerty, Michael (2006, diciembre). Rising happiness in nations 1946-2004: A replay to Easterlin. *Social Indications Research*, 79(3), 421-436.

Zarzuri, Raúl et al. (2021). Revuelta y juventudes. Políticas de lo pre y posfigurativo del 18-O en Chile. En Breno Bringel, Alexandra Martines y Ferdinand Muggenthaler (comp.), *Desbordes. Estallidos, sujetos y porvenires en América Latina*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo. <https://www.rosalux.org.ec/pdfs/desbordes-estallidos-sujetos-y-porvenires-en-america-latina.pdf>

Cuerpo IV
Acción conectiva y artivismos
de la revuelta chilena



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Piezas artísticas y activismos

La práctica gráfica en el frontis del GAM como acción política

Mónica Salinero

Introducción

En el contexto del denominado estallido social o revuelta popular desde el 18 de octubre de 2019 en Chile presentamos una reflexión, análisis y resultados de las prácticas artísticas visuales como acción política, que permiten develar el conflicto profundo de la sociedad chilena que se ha puesto sobre la mesa, y a la vez ha aportado a generar las identidades políticas y construir el campo de lo político. Para ello, hemos analizado una selección de 100 imágenes del frontis del Centro Cultural Gabriela Mistral (de ahora en adelante GAM), que nos permiten sostener que el Estado chileno, sustentado en el pacto social político y económico heredado de la dictadura militar, fue incapaz como unidad política de neutralizar las divisiones (Schmitt, 2009) de lo propiamente político, necesaria para la resolución de los conflictos entre los distintos grupos sociales en la arena de la política institucional. Así, tras más de 30 años de tensiones y diversos movimientos sociales de importante alcance, pero discontinuos,

especialmente estudiantiles, emergió lo político entendido como el combate mismo, la contienda amigo/enemigo al interior del territorio del Estado chileno (*ídem*). Esto es posible comprenderlo y analizarlo a través de las imágenes, ya que consideramos que lo político y las artes trabajan sobre el orden del mundo y su organización material, sensible y/o física, comprendemos que las prácticas artísticas son capaces de proyectar en imágenes la distinción amigo/enemigo, entregando información simplificada de ambos grupos en tanto tipos ideales (Weber, 2006). Estas imágenes sirven como herramientas de la acción política colectiva, al encontrarse disponibles para la identificación (Jenkins y Form, 2005), y posicionamiento de las y los sujetos junto con los que considera parte de su grupo (endogrupo), en contraste con las y los sujetos que considera perteneciente a otro grupo (exogrupo), en este caso, el enemigo, por el lugar de oposición ocupan en torno al movimiento social (Tafjel, 1975, Turner, 1990).

El presente trabajo es parte de un estudio cualitativo que levantó información, a través de un registro fotográfico, durante el mes de marzo de 2020 del frontis del Edificio Gabriela Mistral. A partir del análisis iconográfico del discurso visual y del contenido textual de los registros, se construyeron las categorías amigos/enemigos, aludiendo a las percepciones estereotípicas que se encuentren en la base de tal distinción en tanto endogrupo y exogrupo. A partir de estas se elaboraron subcategorías que organizaron 100 registros, cada uno con una o más gráficas. Los registros corresponden a serigrafías, fotocopias, estencil, dibujos y grafitis, murales y collages que fueron pegados, colgados o pintados directamente en el frontis del Edificio. Algunas de estas gráficas corresponden a artistas individuales, otros a colectivos, otros son anónimos.

El análisis permitió identificar claramente la existencia del grupo del movimiento social, del nosotros/as, constituidos por las y los amigos (subgrupos) de la movilización, sus características más importantes o estereotípicas y sus valores compartidos dirigidos a la transformación. Observamos que estas imágenes del nosotros/as se desarrollaron visualmente en contraste y distinción del grupo del

ellos/as. Como se podrá apreciar, para el grupo del ellos/as se construyeron subcategorías relativas a la identificación de subgrupos, tales como Estado, Fuerzas Armadas, policías, prensa, clase política y empresarial. Mientras que, por oposición, el nosotros/as del movimiento social corresponde a quienes buscan una transformación del actual pacto político y las reglas de relación entre los grupos. Dentro de la construcción visual de este bando, también se han identificado subcategorías que hacen referencia a una fraternidad/sororidad dentro del mismo movimiento social, es decir el propio reconocimiento en el otro u otra; tales como pueblos indígenas, movimientos feministas, *santos/as y próceres*; planeta y biodiversidad.

Por eso, y más allá del plebiscito de octubre de 2020 en el que sobre el 75% de las y los ciudadanos apoyaron el cambio de la Constitución, el movimiento pone en evidencia la herida que el grupo de ellos/as le ha infligido a través de las reglas que sustentan al Estado. De tal forma que la división amigo/enemigo y la caracterización maniquea de los bandos es una importante, si no la única forma, de auto reconocerse positivamente por sobre el enemigo que declara la guerra y apela al orden social con una brutal represión que ha dejado personas muertas, heridas, y más de 400 con daño ocular. Así la división amigos/enemigos entrega algo que el Estado bajo el actual pacto político ha sido incapaz: un sentido de pertenencia y reconocimiento de existencia en el grupo del nosotros/as.

El espacio compartido de lo político y las artes

No cabe duda de que los problemas sociales y políticos, así como las visiones críticas, han estado presentes en el arte de occidente y en el arte contemporáneo especialmente, como preocupaciones privilegiadas. Obras de artistas como Santiago Sierra, Ai Weiwei, Banksy, Judy Chicago, y Alfredo Jaar lo manifiestan. También, las prácticas artísticas durante la dictadura cívico militar en Chile con las obras de Lotty Rosenfeld, del Grupo CADA o de las Yeguas del Apocalipsis

se han constituido en acciones políticas icónicas de denuncia y resistencia. En particular el “arte contemporáneo prolonga las líneas de experimentación y revuelta en todo tipo de disciplinas y artes, que luego de 1970 fueron ‘llamadas al orden’ y forzadas a reconstituir su tradición” (Medina, 2010, p. 75). En efecto, dentro del arte contemporáneo resaltan contenidos políticos y tendencias de pensamiento críticas para tratar los problemas de las relaciones de poder, la dominación y las posibilidades de transformación. El arte político se tornó cada vez más relevante como práctica bajo las circunstancias políticas de los llamados tiempos consensuales; especialmente en su versión de denuncia e intervención en el mundo social, expresadas en la sensación de que “los circuitos del arte contemporáneo permanecen como prácticamente el único espacio donde el pensamiento de izquierda todavía circula como discurso público” (*ídem*).

Los actuales procesos sociopolíticos y sus movimientos en distintas partes del mundo han vuelto a poner lo político como un elemento central de la vida de las personas (por ejemplo, el movimiento globalizado Black Lives Matter). Con ello han proliferado las expresiones y prácticas artísticas como componente esencial de esa puesta en escena de movimientos críticos y la contienda entre proyectos de sociedad. Este elemento no ha sido exclusivo de los procesos contemporáneos y podemos rastrearlo con anterioridad, en los movimientos del siglo XX en distintas partes del globo, por ejemplo, en los movimientos por los derechos civiles en Estados Unidos, los movimientos de izquierda en América Latina, así como tempranamente en la Revolución rusa, hasta los movimientos de alterglobalización de finales del siglo. En este sentido, se sostiene que independientemente de la visión que se tenga sobre lo político, hoy existe cierto consenso que lo sitúa en un espacio/tiempo subyacente al especializado mundo de la política institucional. Tanto si se refiere a procesos de actualización del principio de la igualdad (Rancière, 1996) como si se alude a los movimientos de aparición y ocultamiento del modo de institución de la sociedad (Lefort, 2004), o a la relación amigo/enemigo (Schmitt, 2009), o a la relacional adversarial (Mouffe, 2008) lo

político aparece como un espacio anterior, distinto y subyacente a la política institucional.

La relación con la práctica artística se ve de modo más claro siguiendo la propuesta de Rancière, que sostiene que lo político consiste en una práctica de desacuerdo sobre la repartición de lo sensible, y por tanto en procesos de disenso y emancipación de las formas de ordenamiento material del mundo, siendo ese espacio en el que se vinculan primeramente las artes y lo político. El desacuerdo o los disensos operan sobre lo sensible y las formas de entender el mundo de lo dado, implica una situación de habla o de enunciación “[...] entre quien dice blanco y quien dice blanco, pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura” (Rancière, 1996, p. 8). Puesto que la práctica artística trabaja con el sensorio, la realidad material, la organización y percepción del mundo en el que vivimos, comparte la misma materia, el mismo campo de acción de lo político. Quizás el ejemplo más expresivo de esta relación es la instalación de Alfredo Jaar en Times Square, con el icónico video en que se muestra un mapa de EE. UU. con la frase *This is not America*, entre otras cosas cuestionando y denunciando la identidad de *lo americano*, que ese país se arroja como propia invisibilizando la existencia de todo un continente diverso.

La fuerza que pueden tener las prácticas artísticas como acción política se observa en cada una de las censuras sufridas por parte del Estado, violando así un derecho humano fundamental, considerado una libertad civil, esto es la libertad de expresión. Entre estas censuras se encuentra la sufrida por el mismo frontis del GAM, que fue pintado completo de blanco durante una noche de febrero del 2020 sin autorización expresa de la administración del edificio; también en la querrella de la policía chilena contra Las Tesis, el colectivo que elaboró la performance *Un violador en tu camino*; y en la censura con grandes focos contra la proyección nocturna del 18 de mayo que el colectivo Delightlab –compuesto por la artista Andrea Gana y Octavio Gana– realizó en la renombrada Plaza Dignidad, sobre el edificio de la Telefónica con la palabra HAMBRE. Esta proyección

hacía referencia a las fuertes protestas que ese mismo día, se realizaron contra el gobierno nacional ante su negativa a generar políticas públicas de aumento del gasto público para apoyar a las personas que se vieron en una situación de pobreza debido al confinamiento por la crisis sanitaria.

Es en este mismo sentido que la práctica artística es capaz de develar, renombrar, proponer, proyectar y dividir el mundo sensible y los sujetos que somos parte de él. De modo tal que constituye una irrupción en el mundo de la apacible política institucional, siendo un componente y no un aditamento de los movimientos sociopolíticos que buscan un nuevo orden, un nuevo pacto y una emancipación de las reglas que ordenan el mundo en un momento dado. Con esta capacidad las prácticas artísticas ponen en evidencia el mundo político de la relación amigo/enemigo que sostiene Schmitt. Si bien, Mouffe (2008) toma los postulados de Schmitt para construir la teoría de la política adversarial, lo hace para situarla en la arena de la contienda institucional, y en ese sentido el presente trabajo sostiene que es ese espacio el que se encuentra en cuestionamiento como orden que ya no logra disolver la división amigo/enemigo entre quienes son parte de esas reglas y el movimiento social de la revuelta popular.

Lo político en la contienda interna de los Estados

Como se ha planteado, tampoco para Schmitt (2009) la *esencia de lo político* puede ser confundida con una primera aproximación que ve en el Estado el estatus político de un pueblo organizado en el interior de unas fronteras territoriales, es decir tampoco pueden ser confundidas con el ámbito institucional. Siguiendo esta reflexión, dentro de la comunidad organizada democráticamente –o del Estado democrático si se quiere– las oposiciones entre Estado y sociedad desaparecen, ya que se encuentran interpenetradas recíprocamente. De este modo, ámbitos como educación, cultura, ciencia, economía, arte, no son meramente estatales y tampoco sociales, y no pueden

entenderse en oposición a lo político (Schmitt, *ibid.*; Strauss, 2008). Sin embargo, para Schmitt se debe buscar el criterio último de lo político para definirlo y comprenderlo, tal como se observa en los diversos ámbitos humanos o esferas del mundo, sin pretender que se trate de una definición exhaustiva o la descripción de su contenido.

Esta “distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de amigo y enemigo” (Schmitt, 2009, p. 56) puesto que para el autor como criterio no se basa en ninguna otra distinción que pudiese llevarnos hacia otra esfera o campo. La distinción permite marcar el grado máximo de asociación o disociación. Así el enemigo político se constituye como el otro, el extraño dirá Schmitt, aquel sujeto que amenaza la propia forma esencial de vida. Este enemigo no es el competidor (económico), tampoco el oponente en la discusión, y es públicamente sindicado como enemigo. En este sentido, la distinción amigo enemigo hace alusión a un conjunto de seres humanos en oposición a otro grupo, y esa distinción puede encontrarse tanto a nivel de las relaciones entre Estados, como al interior de estos.

Es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en sentido particularmente intensivo. En el último extremo pueden producirse conflictos con él que no puedan resolverse ni desde una normativa general previa ni en virtud del juicio o sentencia de un tercero no afectado o imparcial (*ibid.*, p. 57)

Lo político, esto es la distinción amigo-enemigo, en la arena de lo local toma una forma específica en las polémicas cotidianas, donde las palabras y conceptos son utilizadas como herramientas para afectar al enemigo, y no se sostienen en una *verdad científica o racional*, pero que son neutralizados por el pacto socio político que sustenta la unidad de ese Estado particular (Schmitt, *op. cit.*). El sentido polémico con vistas a un antagonismo concreto Schmitt lo ve al interior de una unidad política organizada con relación a las oposiciones partidistas. El problema, plantea Schmitt, es cuando esa unidad pierde toda fuerza neutralizadora, entonces emerge de modo abierto

la relación amigo/enemigo como el combate mismo, relativo a la destrucción del grupo que conforma una amenaza al propio modo de existencia (*ídem*). Entonces, si bien puede ser entendido en sentido de partidos enemigos, en modo alguno puede limitarse dicha oposición extrema a la existencia de una organización político-partidaria; toda vez que existen posiciones políticas compartidas y en confrontación más allá de la militancia formal.

En efecto, el proceso que se hace evidente en Chile a partir de octubre de 2019 va más allá de las diferencias partidistas, las que frecuentemente son difíciles de distinguir. Se trata de una oposición que ha enfrentado a dos grupos, principalmente al *Nosotros* movilizados, frente al *ellos*. Un elemento esencial es que esa confrontación ha dividido a los amigos / enemigos en torno a la transformación del pacto político social negociado por la clase política y empresarial durante la transición desde la dictadura a un Estado democrático. Y dicha confrontación conforma una amenaza (no objetiva) para el modo de existencia de la clase política y empresarial tal cual existe hoy en Chile, de modo que se entiende por qué fue el gobierno el primero que habló del enemigo poderoso, haciendo alusión a las manifestaciones y protestas. Se crea así el sentido polémico de tal distinción con vistas a un antagonismo concreto. Si bien frente a dicho discurso y al uso desproporcionado de la fuerza represiva estatal, la respuesta de las manifestaciones fue un claro *no estamos en guerra*, se había dado paso a la consolidación de una división, la oposición amigo enemigo que es posible leer en las imágenes y práctica artística del movimiento social durante los 5 meses antes de que se prohibieran las reuniones masivas bajo el contexto de la pandemia de COVID-19.

Movimiento social e identidad: la construcción amigo/enemigo

Durante todo el siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI se han desarrollado diferentes movimientos sociales, y en el último tiempo

en especial, importantes acciones colectivas bajo la consigna de la consecución de la dignidad (por ejemplo, en México, España, Chile). Diversos autores han mostrado cómo los movimientos sociales actuales, esto es en el contexto de una sociedad capitalista postindustrial poscolonial, no se basan solo en el conflicto entre capitalistas y trabajadores, es decir en elementos económicos, sino también en la preocupación de otros aspectos denominados posmateriales como lo planteó Inglehart. Los movimientos en torno a la dignidad, los feminismos, la justicia medioambiental, antirracistas, y del reconocimiento a la autodeterminación de los pueblos indígenas entre otros, pone de manifiesto la interrelación de diversos grupos frente a dicho orden social.

Es posible comprender el fenómeno de los movimientos sociales como formas de acción colectiva que ponen en cuestionamiento el orden, y expresan, por tanto, un conflicto social. En este sentido los movimientos sociales buscan un cambio o transformación. O, dicho de otra forma, los movimientos sociales son reivindicaciones colectivas a los arreglos existentes respecto a la distribución del poder, por grupos de personas activadas por propósitos comunes (Tarrow, 2011; Tilly, 2010; Jenkins y Form, 2005). La revuelta popular de octubre de 2019 constituye un movimiento social que pone en cuestionamiento el orden vigente –el pacto sociopolítico– y apela a una transformación de las reglas de distribución del poder en torno a la creación de una división identitaria, se observa la importancia que tiene esta identidad común que provee, en el marco de un combate político, en torno a la dignidad de quienes ya no tienen nada que perder, en contraste con aquellos que les han quitado todo. En efecto, la construcción de la identidad de un movimiento social es un elemento central del mismo, que tiene relación con su contexto social inmediato (Jenkins y Form, *ibid.*).

Estas identidades, también, proporcionan un sentido de historia y continuidad del movimiento a las y los activistas, manteniendo así la movilización en períodos de latencia. Al mismo tiempo, las identidades definen los límites entre los partidarios y los otros, generando

confianza entre el movimiento y las y los activistas. (Jenkins y Form, *ibid.*, p. 340, traducción propia).

Siguiendo las propuestas de las teorías de la Identidad Social sobre la construcción perceptiva del endogrupo y el exogrupo, así como el autoconcepto social para fenómenos tan relevantes como la influencia, la cooperación, la acción colectiva, la conducta social, se comprende la importancia de las prácticas artísticas visuales por quienes han participado en la revuelta popular en tanto la materialización de la distinción amigo/as-enemigos/as que aquí se analiza. Las imágenes como herramientas de propaganda política, creadoras de discursos y como medios de enseñanza, utilizan elementos que permiten una lectura simplificada de lo que se intenta comunicar. El uso de iconografía, colores y formas (figurativas o no) que remiten a estereotipos entendidos como tipos ideales (Weber, 2006) conforma un recurso eficaz para el proceso de identificación política y la materia en disputa (información sistematizada del conflicto y de los grupos). Los tipos ideales son construcciones conceptuales que se basan en una caracterización de los rasgos típicos de un hecho, por tanto, se trata de alcanzar las diferenciaciones últimas o esenciales. En este sentido, es que las imágenes tienen el objetivo de construir visualmente la contienda política creando una identidad social en torno a la división amigo/as-enemigos/as, y permitiendo a las y los sujetos tomar una posición en ese proceso de identificación.

De este modo, el autoconcepto de un sujeto se basa en la unidad socio cognitiva y motivacional sobre la pertenencia a determinados grupos sociales (Tafjel, 1975; Turner, 1990; Scandroglio, 2008), y esta pertenencia, que es siempre contextual, tenderá a una determinada conducta social. Como sostiene Turner (1990) “la formación del grupo psicológico se produce en la medida en que dos o más personas se perciben y definen a sí mismas recurriendo a alguna categorización compartida endogrupo-exogrupo”. Esta pertenencia se produce a partir de las semejanzas con el endogrupo y diferencias respecto del exogrupo a través de atributos de inclusividad y diferenciación (Scandroglio, *op. cit.*). Son estos elementos relativos a la simbología

de actitudes y valores, así como a signos corporales que se identifican como pertenecientes a uno u otro grupo, los que utilizan las imágenes y gráficas políticas de la revuelta para delimitar el grupo de los/as amigos/as, y excluir distanciándose del grupo de los enemigos/as.

Si estas imágenes contribuyen a la construcción e identificación de los grupos del nosotros/as amigos, y del ellos/as enemigos en el contexto de la revuelta dentro de la comunidad política aglutinada en el Estado de Chile, es porque este no ha funcionado como un referente de pertenencia idóneo. Como se ha planteado anteriormente, la contienda interna ha desbordado la capacidad del Estado de generar una neutralización de las divisiones que permita la resolución de los conflictos en el ámbito de la política institucional.

La construcción del campo político por las artes visuales

Como se ha ido desarrollando, la construcción de las categorías amigo/enemigos responden a una división o confrontación que sitúa a los grupos en extremos opuestos, constituyendo mutuamente una amenaza a la propia forma de existencia. Por tanto, las prácticas artísticas visuales inscriben en las imágenes analizadas la división que hace alusión de forma directa y explícita de los bandos tipos ideales; esto es de quienes conforman el grupo del nosotros (endogrupo) y el grupo del ellos (exogrupo), tras la incapacidad del Estado chileno, y del pacto político que lo sustenta para neutralizar las diferencias y permitir así una política institucional de resolución de conflictos. Cabe destacar que las diversas imágenes muestran a estos grupos en relación, esto significa que no se encuentran separados si no que expresan la situación de dependencia, jerarquía, sometimiento, explotación, liberación, lucha o resistencia que se alude en tanto parte del conflicto amigo/enemigo. Junto con lo anterior, cabe destacar que un recurso iconográfico recurrente serán los ojos, ya sea los ojos sangrantes solitarios, los ojos sangrantes de políticos, o un ojo cerrado para las representaciones del nosotros, indicando si se es victimario

(responsable o cómplice) o víctima de la represión de que es objeto las y los sujetos movilizados.

De este modo, el movimiento social como endogrupo, le ha dado existencia, identidad y sentido de pertenencia a las y los sujetos y comunidades, siendo esta identificación un motor de la acción colectiva. Mientras que los enemigos del movimiento son sindicados, en contraste, como aquellos que se resisten a cualquier cambio de las reglas del pacto político, puesto que este asegura su actual modo de existencia, al punto de que el gobierno y los medios declararán, tempranamente, la guerra a *un enemigo poderoso e implacable* (*El Mostrador*, 28 de noviembre de 2019) y la criminalización abierta al grupo movilizado.

Los enemigos del movimiento

Los enemigos del movimiento social, esto es el grupo que corresponde al ellos (exogrupo) es constituido por quienes ven en el movimiento social y en las y los manifestantes que buscan un cambio de pacto sociopolítico, una amenaza a su actual modo de existencia. En términos generales se trata de todas y todos quienes se benefician de algún modo ya sea política, económica o socialmente del actual orden institucional vigente, y que se protegen mutuamente. Por tanto, se trata de sujetos y grupos privilegiados frente a las y los movilizados en diferentes ámbitos, que ostentan poder y jerarquía sobre otros y otras, desde una visión maniquea del conflicto. Entre las características comunes atribuidas estereotípicamente a los enemigos de la revuelta popular, se encuentran: tener privilegios económicos, mentir, robar, estar del lado del capitalismo extractivista, del sistema de AFP, del colonialismo y la violencia policial. Como se puede apreciar, los enemigos del movimiento tienen características relativas a subgrupos, por tanto, se construyeron subcategorías específicas que logran dar cuenta de la definición entregada respecto al ellos. Entre los enemigos del movimiento encontramos: Estado, Fuerzas Armadas y policías; televisión y prensa, clase y personajes políticos y la clase empresarial.

- a) Estado: la institucionalidad estatal es vista como un agente opresor, que a través de sus distintos poderes y servicios se encuentra al servicio de otros poderes oscuros, con frases como *Estado Opresor* o *El Estado no ve y no deja ver*, metáfora para representar la acción de violencia estatal provocando daño y pérdida ocular, pero también que el Estado no permite que se sepa la realidad, por ejemplo a través de imágenes que muestran pobreza extrema con un giro verbal de la frase del Presidente Piñera sobre Chile como oasis, a *Nunca fue un oasis*. Además, existe una directa alusión al Servicio Nacional del Menor (SENAME) como opresor y violador de la infancia. En efecto, se observa una imagen de un niño y una niña vestidos de carabineros cantando (quizás el himno nacional o de la institución con la mano en el corazón) con un ojo ensangrentado cada uno, la que hace alusión a la represión y tortura en varios niveles, ya que puede leerse en cuanto a la formación, el orden y las violaciones sufridas por los niños y niñas por parte de las instituciones antes la protesta misma.
- b) Fuerzas Armadas y policías: las fuerzas de seguridad, así como del orden público, con mayor primacía visual de Carabineros de Chile, son identificados como los grupos que ejercen violencia directa contra las personas movilizadas. Literalmente se los sindicó como los *violadores, asesinos, y torturadores*, así como consumidores de cocaína. Además, los Carabineros son denominados *Perkins*, es decir aquellos que son mandados, que no piensan por sí mismos, que son ignorantes y utilizados para reprimir al pueblo movilizado. También, se los representa como animales desde una connotación negativa, tales como perros (guardianes) y cerdos. La simbología de los policías cerdos proviene de la década de los sesenta en la gráfica de Emory Douglas para el partido Pantera Negra en EE. UU., que se refiere a un ser sucio que no respeta la ley ni a quienes pagan su sueldo, que es el pueblo por medio de sus impuestos (Durant, 2012).

Imagen 1.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

- c) Televisión y Prensa: la televisión es identificada como un medio de comunicación al servicio del poder, que miente respecto a la realidad del país y, en particular, sobre las situaciones durante la revuelta popular. Variadas gráficas llaman directamente a apagar la televisión. Además, periodistas de noticias de televisión, así como algunos conductores de programas de entretenimiento son cuestionados como cómplices encubridores de la represión, al ser representados, también, con un ojo ensangrentado.
- d) Clase y personajes políticos: con imágenes de la y los presidentes durante los últimos 30 años, se construye una identidad transversal de la clase política en la que se contraponen a los intereses de las movilizaciones, se los acusa de vender al país, de ser herederos del sistema impuesto en la dictadura, de ponerse al servicio de los poderes empresariales y del capitalismo extractivista y explotador. La clase política es vista como una clase con privilegios. Se observan imágenes de políticos con cargos de gobierno y representación del oficialismo con un ojo ensangrentado, así como con cachos de demonio. También, se observan representaciones de diversos políticos como ladrones, incluyendo al actual presidente. El exministro del interior Chadwick caricaturizado como cerdo, y él y otros políticos en fotografías con el exdictador Pinochet.
- e) Empresariado: el grupo constituido por los miembros de la clase empresarial en diversas gráficas expuestas en el GAM alude a las características estereotípicas de sujetos explotadores de las personas y la naturaleza en el contexto del sistema capitalista. A la vez, se observa que los empresarios son vistos como sujetos difusos, no siempre conocidos, que se encuentran en las sombras, protegidos por las leyes, la clase política y las fuerzas del orden y seguridad. Se los representa con la iconografía del diablo o demonio católico, haciendo alusión a la idea de fuerzas oscuras y negativas. Se los asocia a las AFP, al negocio del agua que deja zonas rurales y a personas sin agua, a las hidroeléctricas, y a la idea del *saqueo* como el robo de bienes comunes naturales para enriquecerse.

Imagen 2.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Imagen 3.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Imagen 4.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Imagen 5.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Nosotros y los amigos del movimiento

Por oposición, el nosotros/as del movimiento social corresponde a quienes buscan una transformación del actual pacto político y las reglas de relación entre los grupos. Las prácticas artísticas construyen este nosotros sobre una serie de características positivas que los/as sitúan en el espacio del bien de esta visión maniquea del combate político. Entre las características que comparten las y los manifestantes es una fraternidad/sororidad entre todas y todos, no sin críticas respecto del patriarcado y el machismo, como orden imperante que ejercen muchos de los sujetos movilizadas. Otras características que comparten son: no tienen privilegios económicos o han sido víctimas del sistema capitalista, reflexionan críticamente, tienen fortaleza física y psíquica, resisten, son solidarios y solidarias también interespecies, cuidan la tierra y el medioambiente contra el capitalismo extractivista, son anticoloniales, son feministas y sexualmente diversas, dicen las cosas de frente, no mienten, y son luchadores.

Dentro de la construcción visual de este bando, también se han identificado subcategorías que hacen referencia a una fraternidad/sororidad dentro del mismo movimiento social, es decir el propio reconocimiento en el otro u otra; tales como pueblos indígenas, movimientos feministas, *santos/as y próceres*, y el planeta y su biodiversidad.

- a) Pueblos indígenas: el pueblo Mapuche y Aymara, así como simbología que alude a los pueblos originarios de América Latina, los sitúa en el espacio de la resistencia y lucha frente al Estado y el orden impuesto por la colonización saqueadora. Se utilizan símbolos mapuches como la estrella hueñulfe, además de araucarias, y personajes que se han vuelto íconos como Matías Catrileo y Camilo Catrillanca. También, en parte de esta resistencia activa se observan mujeres aymaras jugando a la pelota y rostros estereotípicamente indígenas.

Imagen 6.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Imagen 7.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

- b) Movimientos feministas: las feministas con sus reivindicaciones en pro de la igualdad son parte de la acción colectiva del movimiento. Se observan diversas imágenes que las posiciona como activas luchadoras, incluyendo a las estudiantes secundarias, contra la represión y el Estado opresor. Gráficas que utilizan flores haciendo alusión a la vulva como órgano sagrado (en contraposición al falo como símbolo del poder tradicional del patriarcado) También, se utiliza el símbolo del pasamontaña propio de las luchas latinoamericanas (en particular Zapatista) en representaciones de mujeres como manifestantes de la denominada primera línea (contra la represión policial) con el pecho descubierto.
- c) Santos Próceres: Personalidades públicas, muertas en su mayoría, son caracterizadas como santas y próceres de la revuelta popular, que encarnan el espíritu y valores de las y los movilizadas: tales como la solidaridad, el hablar de frente sobre las injusticias, estar del lado de las y los desamparados. En este sentido, se les atribuye por su comportamiento pasado, una calidad de referente o modelo para las y los manifestantes. Felipe Camiroaga, Gladys Marín, Gabriela Mistral, Violeta Parra, Víctor Jara son parte de este panteón laico de la revuelta; a quienes que se los representa con aureolas en sus cabezas, vestidos con túnicas, rodeados de flores, nubes y/o animales.
- d) Planeta y biodiversidad: coherente con una identidad que se construye contra el capitalismo extractivista y que se basa en el saqueo de los recursos naturales, el planeta y su biodiversidad son parte de los amigos de la revuelta popular. Un caso paradigmático de amigo, ya transformado en icono, es el *Negro Mata Pacos* que hoy representa en general a los perros que apoyan la resistencia a la represión policial. Al estar en el mismo bando, se reconoce la necesidad de una transformación en la forma de vida que llegue a la relación con el planeta, la vida y el agua para la sobrevivencia de todas las especies,

incluida la humana. Además, se plantea la solidaridad/sororidad interespecies a través del veganismo, y la recuperación de conocimiento indígena que ha sido igualmente sometido por el Estado y el orden.

Imagen 8.



Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Imagen 9.

Fuente: Frontis GAM (2020). Fotografía Mónica Salinero.

Las artes visuales como acción política

Las prácticas artísticas visuales se muestran como una expresión y, a la vez una herramienta, de la acción política colectiva del movimiento de la revuelta popular de octubre, entregando un elemento de vital importancia para el mismo: la construcción del conflicto que ha llegado al ámbito de lo propiamente político. La práctica artística permite interpretar el orden del mundo sensible con sus propios elementos, construyendo sintéticamente a partir de características estereotípicas el combate entre grupos que se han constituido en una amenaza mutua a su forma de existencia, estableciendo y dando contenido e identidad a la relación amigo/enemigo de esta contienda, equivalente al nosotros/ellos o endogrupo/exogrupo. En este sentido, la construcción de los enemigos por oposición al nosotros,

utiliza diversos recursos simbólicos e iconográficos, así como lenguaje textual que alude al diablo, a la violencia y represión policial, al saqueo de los recursos naturales, al patriarcado, y la explotación o robo, como los valores y características de los grupos privilegios que se sustentan en el actual sistema.

Más allá del éxito o fracaso que pueda significar en el mediano y largo plazo el movimiento social, su capacidad de expresar y posicionar abiertamente un conflicto que no puede ser resuelto en el contexto institucional vigente abre el análisis al ámbito de lo político, aquel espacio subyacente al orden de la política y administración cotidiana, en la búsqueda de un cambio y transformación de las reglas de distribución del poder y orden social.

Bibliografía

CIDH (31 de enero de 2020). CIDH culmina visita in loco a Chile y presenta sus observaciones y recomendaciones preliminares. [Comunicado de prensa]. <https://www.oas.org/es/cidh/prensa/comunicados/2020/018.asp>

Diario Radio Uchile (19 de febrero de 2020). También el Centro Arte Alameda: frontis del espacio cultural es intervenido. <https://radio.uchile.cl/2020/02/19/tambien-el-centroarte-alameda-frontis-del-espacio-cultural-es-intervenido/>

Durant, Sam (ed.) (2012). *Pantera negra. El arte revolucionario de Emory Douglas*. México: ALIAS editorial.

El Mostrador (28 de noviembre de 2019). “Estamos enfrentando un enemigo muy poderoso e implacable”: el discurso de Piñera en la ceremonia de graduación de la PDI. <https://www.elmostrador.cl/dia/2019/11/28/>

estamos-enfrentando-un-enemigo-muy-poderoso-e-implacable-el-discurso-de-pinera-en-la-ceremonia-de-graduacion-de-lapdi/

Jenkins, J. Craig y Form, William (2005). Social Movements and Social Change, pp. 331 -350. En T. Janoski et al. (eds.), *The Handbook of Political Sociology. States, civil societies, and globalization*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lefort, Claude (2004). La cuestión de la democracia, pp. 36-51. En *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*. Barcelona: Anthropos.

Medina, Cuauhtémoc (2010, junio-julio). Contemp(t)porary: Once tesis. *Ramona. Revista de Artes Visuales* (Buenos Aires), (101), 72-76. [Trad. Roberto Jacoby].

Mouffe, Chantal (2008). *On the Political*. Londres: Routledge.

Rancière, Jacques (2014). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Buenos Aires: Prometeo.

Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Scandroglio, Bárbara; López Martínez, Jorge y San José Sebastián, M. Carmen (2008). La teoría de la Identidad Social: Una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. *Psicothema*, 20(1), 80-89.

Schmitt, Carl (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

Strauss, Leo (2008). *Comentario sobre El concepto de lo político, de Carl Schmitt*, pp.135-170. En Heinrich Meier, *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político: Sobre un diálogo entre ausentes*. Buenos Aires: Katz editores.

Tajfel, Henry (1975). Categorización social, pp. 351-384. En S. Moscovici, *Introducción a la psicología social*. Madrid: Planeta.

Tarrow, Sidney (2011). *Power in movement: social movements and contentious politics*. Nueva York: Cambridge University Press.

Tilly, Charles y Wood, J. Lesley (2010). *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes hasta Facebook*. Barcelona: Crítica.

Turner, John (1990). *Redescubrir el grupo social. Una teoría de la categorización del yo*. Madrid: Morata.

Weber, Max (2006). *Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid: Alianza.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

ResisteArte

El arte de disputar y *okupar* la ciudad
durante el estallido social chileno en Concepción

Javiera Briones Bello

Nos costó tanto encontrarnos.

No nos soltemos.

Introducción

El estallido social chileno tomó por sorpresa a una gran mayoría de la ciudadanía. No porque no existieran razones para explicar el malestar transversal que padecía la sociedad civil chilena, sino por la magnitud a la cual escalaron las protestas, alterando la ciudad y su dinámica por completo. Uno de los fenómenos sociopolíticos y territoriales más llamativos fue la reapropiación y resignificación de las calles a través de expresiones artísticas de distinta índole, siendo una de ellas, la *okupación* artística ResisteArte.

El siguiente capítulo está enmarcado en mi memoria de título en el cual investigué las disputas por los espacios públicos desde la propuesta del *derecho a la ciudad* y el rol del arte urbano para generar relaciones dentro del estallido social en Concepción, siendo

específicamente mi objetivo principal analizar la relevancia que tuvo la *okupación* artística ResisteArte durante este periodo. La hipótesis trabajada es la influencia mutua entre el estallido social chileno en Concepción y la *okupación* artística ResisteArte, tanto por el origen y desarrollo del espacio cultural como las relaciones generadas a partir de las actividades artísticas y sociales llevadas a cabo.

La desigualdad extrema y el eterno malestar

A partir de la dictadura militar, se han generado profundas consecuencias debido a las duras reformas y restricciones institucionales, comenzadas en el periodo y profundizadas durante la transición a la democracia hasta la actualidad. Donde la principal causa del estallido es un profundo descontento con la desigualdad socioeconómica, que ha suscitado el modelo neoliberal, centralista, extractivista y privatizado y que abarca aspectos como “ingresos, acceso al capital, empleo, [...] educación, poder político y el respeto y dignidad con que son tratadas las personas. Esto afecta en mayor grado a mujeres, población rural, regiones retrasadas, pueblos originarios y personas de diversas minorías” (PNUD, 2017, p. 7).

Existe una acumulación de riqueza en donde el 33% del ingreso que genera la economía está concentrada en el 1% más rico (PNUD, 2017). Hay una deslegitimación del sistema político debido a que la Constitución mantiene márgenes de acción muy acotados, generando una baja confianza hacia instituciones y actores políticos (DESOC, 2019), de los cuales algunos también han sido participes de abusos de poder y corrupción (Pizarro, 2020). Donde derechos sociales como “la salud, la educación y la previsión social son mercancías que se tranzan en el mercado” (Pizarro, 2020, p. 336). Tampoco hubo una justicia realmente reparatoria por las violencias cometidas por el Estado en Dictadura (CADEM, 2018). La imposición de una cultura extranjera, mercantil y uniforme (Casalla, 2019) generó un “despejo de una identidad cultural propia” (Aldana, 2010, p. 238) donde la desigualdad fue

naturalizada y remarcada por “distinciones generadas por el nivel socioeconómico, educativo y etario” (Güell et al., 2011). La sociedad chilena, pasa por una transformación rotunda “anclada a las consecuencias generadas por la privatización de la vida cotidiana, [...] que genera un nuevo individuo, [...] cuyas dificultades para reproducirse social y culturalmente estallan en un cumulo de nuevos malestares y conflictos sociales” (Ruiz y Caviedes, 2020, p. 92). En Chile, la desigualdad se erige como “parte de su fisonomía histórica” (PNUD, 2017, p. 17), columna vertebral que provoca el malestar.

Chile estalla, ResisteArte nace de las barricadas

La causa inmediata que provoca el quiebre fueron las alzas del pasaje del metro de Santiago (*Cooperativa*, 2019). Se comienzan a gestar evasiones y protestas en contra que alcanzan su punto más álgido el viernes 18 de octubre debido a la masividad y destrucción ocasionada. El Estado responde con una fuerte represión lo que genera un enfrentamiento (*EMOL*, 2019) que culminan desbordando las protestas hacia saqueos y daños a la propiedad pública y privada (Osorio, 2019). Al día siguiente, el presidente señala la suspensión del alza y declara Estado de emergencia y toque de queda en varias regiones y comunas del país (Pizarro, 2020).

En Concepción, la protesta se enfocó en lugares públicos, de alto tránsito peatonal y vehicular (De Souza, 2020). Las manifestaciones adaptaron distintos formatos y niveles que reconfiguraron el espacio público y marcaron hitos: la remoción de la estatua de Pedro de Valdivia en Plaza Independencia (Roa, 2019), los destrozos y múltiples quemas a caja Los Andes del sector de Tribunales (Hillmann, 2019), el incendio que destruyó Homecenter Sodimac de avenida Los Carrera (Tauran, 2019) y el saqueo, incendio y desmantelamiento del Telepizza de Paicaví (Márquez, 2019).

El local de comida Telepizza se encontraba emplazado en la intersección de las avenidas Paicaví con Carrera, específicamente, en la

Rotonda Paicaví, punto neurálgico que conecta las distintas comunas del Gran Concepción (Hillmann, *op. cit.*). Luego de los incendios y el desmantelamiento progresivo, el espacio fue mutando y usado para diversos fines; como baño, material para barricada, lienzo urbano para acciones artísticas, pero, especialmente, como lugar de encuentro. A partir del martes 10 de diciembre del año 2019, con una comunidad de artistas, mayoritariamente del área circense, ordenamos y limpiamos el lugar para poder entrenar y exponer distintas disciplinas artísticas (Briones, 2020). El espacio nombrado como ResisteArte se convirtió en una plataforma “abierta y resignificada de encuentro cultural, conformándose una identidad artística autoconvocada, autogestionada, comunitaria y horizontal en base al objetivo de reunir a las artes para resistir desde el acompañamiento, formando redes” (*ibid.*, p. 20). Para poder analizar la experiencia utilizaré dos propuestas: el derecho a la ciudad y el arte relacional urbano.

Okupar la ciudad como estrategia de resistencia desde una cultura alternativa

A partir del estallido social en Concepción, se pueden apreciar dos fenómenos urbanísticos sociopolíticos. La reapropiación de las calles a partir de las protestas (De Souza, 2020) y la desmantelación y posterior *okupación* de un espacio privado que pasó a ser *público* al ser utilizado por la ciudadanía, entregando otro significado a través de las intervenciones artístico-políticas (Manzi, 2020). Es posible analizar ambos desde el *derecho a la ciudad* (Lefebvre, 1969), definido por Lefebvre como “el derecho de los habitantes urbanos a construir, decidir y crear la ciudad, y hacer de esta un espacio privilegiado de lucha anticapitalista” (Lefebvre, cit. en Molano, 2016, p. 4) para modificar las consecuencias negativas que han ocasionado los modelos socioeconómicos capitalistas.

David Harvey, utiliza lo propuesto por Lefebvre y desarrolla el escrito *Ciudades rebeldes* (Harvey, 2013) en el cual argumenta la necesidad de comprender la ciudad como producto social donde la elaboración del espacio urbano es fruto de la economía capitalista pero también es lugar de resistencia y organización política de los movimientos sociales urbanos (*idem*). Manifiesta que *el derecho a la ciudad* funciona como eje ideológico y conceptual, como herramienta para los ciudadanos (Molano, 2016) a través de su acción y organización colectiva (Ganter, 2005).

Dentro de los movimientos más radicales, se encuentra el movimiento *okupa*, definido como un movimiento social urbano que promueve la ocupación de inmuebles deshabitados para convertirlos en espacios sociales, habitados y de utilidad por el valor que adquiere al usarlos (Monsalve, 2013). Se busca “producir una cultura alternativa y contestataria dentro de la sociedad capitalista contemporánea” (Venegas, 2014, p. 117), transformándola con participación y creatividad a través del encuentro colectivo, abierto y colaborativo para la ciudadanía en general (Monsalve, *op. cit.*). En estos espacios, el arte se vuelve sustancial para el encuentro, donde “la práctica artística popular puede alcanzar un potencial de transformación social” (Monroy y De Moraes, 2020, p. 98).

Arte para encontrarnos y resistir en las calles

El arte relacional se caracteriza por enfocar su análisis en las relaciones que se establecen a partir de las producciones artísticas más que en el producto artístico ya que el “el arte es un estado de encuentro” (Bourriaud, 2008, p. 17); en donde el receptor de la obra juega un papel crucial al participar de la dinámica creativa, por lo que su rol es activo (*idem*). La misión de la práctica artística es inventar formas de relacionarnos y organizarnos a partir del arte, siendo revolucionario la micropolítica de lo cotidiano de esta propuesta (Leenhardt, cit. en Gaspar y Jarpa, 2020), una forma alternativa de habitar y construir

lazos sociales desde espacios concretos y posibles (Bourriaud, cit. en Casalla, 2019). Existen diversos artistas y colectivos que se dedican a ello, particularmente, en espacios urbanos para que la comunidad habitante y visitante pueda participar tanto en la producción artística como en su entorno (Luque, 2016). De esta forma, se genera una “invención de nuevos modelos de relación y socialización” (p. 118), especialmente, en contextos de crisis sociales.

El arte urbano es todo aquel arte que se realiza en la ciudad, cualquiera sea la estética, soporte o disciplinas utilizadas. Las características que lo componen son: la cotidianeidad, ya que se implica en el espacio público; lo efímero de las obras; el anonimato que mantienen las producciones urbanas y el carácter ilegal que, en su mayoría, cruzan estas propuestas ya que buscan reaccionar contra lo establecido, apropiándose del espacio urbano. Por lo tanto, el arte urbano se conecta con *el derecho a la ciudad* al intervenir la urbe, democratiza el arte ya que no está en un lugar elitista y cerrado, es funcional, interpelativo, estético y poético, “recuperando un nuevo orden que los ciudadanos proponen” (Grass et al., 2020, p. 15), consagrando y manteniendo inmaculada la nueva propuesta de ciudad, en donde han sido derrocados los monumentos culturales oficiales (Horta, cit. en Gaspar y Jarpa, 2020) dando paso a figuras que reivindican lo popular, periférico y contestatario (Dittus, 2019).

Metodología

El área de estudio es la comuna de Concepción de la región del Biobío, específicamente, en la rotonda Paicaví ya que en esa intersección sucedieron los hechos. La estrategia investigativa utilizada es etnográfica ya que busca comprender los fenómenos sociales desde perspectivas individuales para reconstruir el modo en que vivieron y significan lo que fue ResisteArte. El diseño es de tipo sincrónico y carácter exploratorio. Las técnicas de levantamiento de información son mixtas, ya que existen diversas fuentes de información para el

fenómeno estudiado. Las técnicas utilizadas fueron, en primer lugar, la autoetnografía, basada en mi experiencia personal, a partir de las vivencias autobiográficas escritas y la observación participante registrada en material audiovisual y fotográfico. En segundo lugar, las entrevistas semi estructuradas a participantes y asistentes del espacio, las cuales sirvieron para profundizar en el fenómeno. Finalmente, para complementar, se utilizan análisis a medios digitales de reportajes, artículos y material visual y audiovisual relacionado al espacio. La técnica analítica utilizada fue el análisis de contenido, enfocándose en el de tipo hermenéutico, buscando la comprensión, descripción e interpretación desde la subjetividad de los propios actores (Ruiz, 2012).

Resultados y análisis

Causas y motivaciones para protestar y ocupar las calles chilenas

La desigualdad socioeconómica ha marcado la historia de Chile desde sus cimientos (PNUD, 2017). La estructura completa creció de forma desigual, por lo que las diversas causas que demanda la población chilena están cruzadas por este concepto. Causas que son más inmediatas y por las que se movilizaron de forma reaccionaria pero otras que se han venido arrastrando desde hace más de 30 años y que se han puesto en la palestra social y política en reiteradas ocasiones para poder ser modificadas, pero que no han obtenido resultados satisfactorios debido a que han sido reformadas de forma parcial o anuladas en su totalidad por parte de las instituciones gubernamentales, manteniendo el modelo socioeconómico y político imperante en Chile (PNUD, 2017).

Todos los y las entrevistadas asistían a las protestas y lo hacían por diferentes motivaciones. Relacionan el inicio del estallido a un momento álgido y puntual que desembocó en aquello, debido al cúmulo de demandas arrastradas por décadas. Como problemas

estructurales, mencionan desigualdades que abarcan múltiples áreas y que provocan una sensación de desamparo frente a las instituciones como medios válidos para obtener respuestas satisfactorias, lo que genera sentimientos de desafección e indignación.

En un principio, la rabia era lo que marcaba la pauta al momento de protestar, pero, posteriormente, la forma de participar fue tomando más aristas, de manera más colectiva y artística. Dentro de los espacios utilizados para organizar las acciones artísticas y guardar implementos era el C3: *Centro Creación Concepción y Casa Oasis*. El primero es parte de la Dirección de Cultura de la Municipalidad, el cual se describe como “espacio colaborativo de trabajo, abierto en 2016 para apoyar proyectos culturales y creativos” (Municipalidad de Concepción, 2016). Mientras que el segundo, es un espacio multicultural autogestionado. Ambos se localizan en el centro de Concepción.

A pesar de que existían lugares para poder reunirse, siempre fue una necesidad tener un espacio propio debido a los obstáculos que implica no poseer uno. No poder guardar material y equipamiento, no ostentar de implementos para realizar las disciplinas, disponer de horarios y voluntades de terceros, depender de la voluntad de una institución o el costo del lugar, etcétera. La necesidad de espacios culturales ha sido medianamente complacida por espacios autogestionados e institucionales. No obstante, al parecer son insuficientes frente a la exigencia justificada por parte de las artes, en especial, las circenses debido a que, para realizar disciplinas artístico-deportivas como acrobacias aéreas, se requiere de infraestructura y equipamiento específico para realizarlo con seguridad (Celis et al., 2015). Por lo tanto, esta demanda se agrega como causa local y específica: la necesidad de un espacio para hacer arte que contenga materiales, equipamiento, que sea colaborativo y que funcione, de forma autónoma, a los márgenes institucionales, comerciales y elitizados.

Existe una estrecha relación entre las causas del estallido social y la deuda del espacio artístico, deportivo y comunitario, frente a la *okupación* artística ResisteArte. El primero responde al saqueo, quema y desmantelamiento de lo que existía en ese espacio. El segundo

como una oportunidad para poder entrenar, motivación particular de las personas que comenzamos a utilizar el lugar, que después, fue tomando más cauce con otras demandas de la sociedad civil que asistía y participaba del espacio.

Disputar la ciudad: a la búsqueda de espacios públicos comunitarios

Las ciudades son los espacios que habitamos y, a su vez, son los escenarios de las protestas por estos mismos espacios. La urbe no es un espacio neutro, está cargada de valor simbólico material ya que “la propia urbanización es el resultado de una producción en la que participan millones de trabajadores generando valor y plusvalor” (Harvey, 2013, p. 190). La desigualdad socioeconómica vivida a todo nivel se conecta directamente con el uso irregular del espacio en la urbe, ya que la urbanización es clave al momento de absorber excedentes de capital, a costa de la desposesión masiva de las personas que habitan la ciudad. Por lo tanto, al verse privados del lugar que habitan y que se profundice con el sistema socioeconómico, solo queda resistir al despojo donde “el poder colectivo de los cuerpos en el espacio público es el instrumento más eficaz de oposición cuando todos los demás medios de acceso quedan bloqueados” (*ibid.*, p. 232). El pueblo en su totalidad es el sujeto político que ejerce el derecho a la ciudad, al uso del espacio público, tanto para regularlo como para disponer de él.

Desde los primeros días del estallido, existieron severos destrozos al mobiliario urbano, el transporte público y las edificaciones (Cooperativa, 2019). Mayoritariamente, los locales comerciales e institucionales que colindaban con *zonas cero* fueron los más afectados siendo saqueados, dañados y quemados (Cabrera, 2020). Esto fue una disputa por el espacio público donde esos lugares representan formas de reproducción del sistema que se quiere cambiar, arrastrando un significado que conecta con el descontento y desde una visión más pragmática, eran material para hacer barricadas y obstaculizar calles.

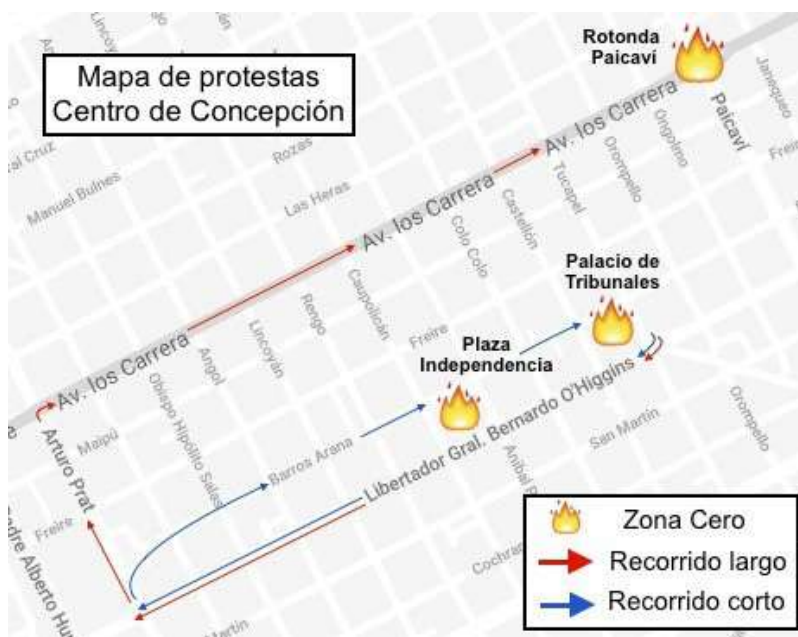
Las modificaciones se experimentaron en tres formas: los trastocados usos del espacio público, los efectos de esta misma utilización y la reapropiación y resignificación de los lugares debido a las dos formas anteriores (Manzi, 2020). Dentro de lo primero, encontramos las protestas *in situ* y sus expresiones, en diversos horarios y lugares mayoritariamente céntricos: barricadas, performances, cacerolazos, enfrentamientos con Carabineros, etcétera. En la segunda, las huelas que dejan las manifestaciones siendo “*tatuajes urbanos*” (*ídem*) tales como los grafitis y estampados o los que se inspiran en la protesta y tienen mayor complejidad como murales, remoción decolonial de monumentos e instalaciones artísticas. Incluso, las respuestas y estrategias de seguridad por parte de los locatarios ante las protestas, como lo son la colocación de paneles, placas y rejas, junto a los cambios de horario del comercio. La tercera, es una simbiosis de ambas, donde existe una reiteración de estas prácticas en el tiempo y que, finalmente, generan un nuevo significado a los lugares, tal como lo fue en Santiago con Plaza Italia, al utilizarla de manera diaria y rebautizarla como “Plaza Dignidad” (*ídem*) y en Concepción con el ex Telepizza al renombrarlo como ResisteArte.

En Concepción, las modificaciones urbanas fueron potentes y sucedieron a gran escala. Los costos asociados son calculados en “más de cuatro mil millones de pesos en daños registrados en el centro de Concepción” (*Canal 9*, 2019). Donde “la reapropiación urbana en mayor escala sucede en el centro” (De Souza, 2020, pp. 154-155), mayoritariamente, en horarios de alto flujo vehicular. Existen puntos masivos donde se concentra gente y los enfrentamientos con fuerzas policiales son más álgidos y disputados recurrentemente. En Concepción, las *zonas ceros* se concentran en tres puntos:

- 1) Plaza René Schneider, más conocida como Plaza Tribunales.
- 2) Plaza de la Independencia, recientemente renombrada como *Plaza Lautaro*.
- 3) Rotonda Paicaví, también llamada *Rotonda Resistencia y Paicarrera*.

Mientras que los flujos de las marchas, inicialmente, fueron irregulares debido a la masividad de las protestas, por lo que confluían en varios puntos. A medida que avanzaban las semanas, los recorridos comenzaron a ser más delimitados, habiendo dos habituales, uno acotado que cruza el centro comercial y otro más largo que finaliza en la rotonda Paicaví.

Imagen 1. Mapa de las protestas, centro de Concepción, Chile



Fuente: Elaboración propia.

Imagen 2. Línea cronológica. Modificación de Telepizza de la Rotonda Paicavi hasta convertirse en ResisteArte: origen, desarrollo y término



Fuente: Elaboración propia.

En un inicio, los daños y saqueos a Telepizza sucedieron el sábado 19 de octubre, primer día del estallido social en regiones, donde comenzó a desmantelarse hasta el lunes 21, cuando ya se quemó completamente. En un principio, fue un cambio abrupto y potente, pero, luego, se volvió parte del paisaje urbano. Los muros de concreto y el almacén de la estructura que los manifestantes no lograron desmantelar, fueron utilizados para plasmar un variado arte urbano, enfocado en lo visual y con contenido subversivo.

El martes 10 de diciembre comenzamos a utilizar el espacio. Realizamos una convocatoria por redes sociales, invitando a gente que estuviera interesada en participar, enfocándonos en personas cercanas, afines al circo, para realizar la limpieza y, luego, montar aparatos aéreos y entrenar. A su vez, tomar fotografías y videos para dejar registro de la intervención hecha. Nos gustó mucho la experiencia, por lo que decidimos volver a realizarlo y para difundirlo creamos un Instagram con el nombre de ResisteArte.

A medida que ocupábamos el espacio, acrecentó el interés colectivo y lo consolidó como punto de encuentro. Por un lado, era un espacio recreativo y, por otro, consistía en una resistencia no violenta, una forma diferente de protesta y habitar el espacio público. Procurábamos coincidir con los días en los cuales había convocatoria a concentraciones y marchas para apoyar desde el arte.

La gente que asistía y participaba del espacio, ordenábamos y limpiábamos todos los días lo que generó un efecto en serie. La comunidad lo comenzó a cuidar y utilizar. Se hicieron vínculos que iniciaron al ocupar el espacio y que se profundizaron a partir de las labores y el encuentro recurrente. Pero, para los y las vecinos que vivían en el sector, cuando hubo un incremento de personas que concurrían a la rotonda, nuevamente hubo un rebrote en intensidad y escala de las protestas, lo que produjo inseguridad.

La represión policial se hizo constante y nos hostigaban cuando realizábamos actividades, utilizando diversas técnicas para disuadir los encuentros. Comenzamos a generar estrategias contra la represión, ya que estábamos convencidos de que nuestra forma de

manifestarnos era válida y pacífica. También, el apoyo de la sociedad civil y su poder popular fue muy potente y visible. ResisteArte conformó una identidad cultural y comunitaria de expresión subversiva, sin ser una acción directa de protesta, por lo que las y los manifestantes protegían el espacio.

Imagen 3. ResisteArte



Fuente: Elaboración propia.

Cuando el lugar se clausuró, fue clave para comprender lo importante que ResisteArte era para parte de la comunidad penquista, un lugar que se había vuelto un punto de encuentro de valor social y productivo. La situación, por un lado, fue un obstáculo ya que impidieron seguir utilizándolo, sin embargo, también fue una posibilidad a continuar ocupando espacios públicos con la comunidad que se formó. Esto ilustra las ganas de mantener lugares comunes y de acompañar a movimientos que apuntan desde distintas formas, a un derecho a habitar la ciudad, siendo nuestro caso, desde la amplia gama de arte urbano convocado y realizado.

Resistir desde el arte en comunidad

El variado arte urbano realizado durante el estallido social tomó un rol protagónico en la protesta. Desarrollado en las calles, muros y cuerpos humanos que componen este gran entramado urbanístico. Se buscaba generar un diálogo e, incluso, una interpelación al público y acompañar e invitar a crear una sociedad distinta, menos desigual y más justa. En Concepción, destacó la creatividad al protestar, un arte inspirado en la revolución popular que llenaron las fachadas de las calles y los espacios privados que fueron destruidos y transformados por el arte como ResisteArte que fue un lugar que, como indica su nombre, resistió desde el arte.

En un comienzo, las expresiones artísticas surgidas fueron de corte visual, enfocándose en técnicas como grafitis, estencil, murales, grabados, pinturas, afiches, dibujos y lienzos de tela colgados en la estructura. Es un arte que estuvo transversalmente. Luego, fue el arte urbano escénico, siendo las calles, escenarios abiertos. En ResisteArte, se hicieron acciones performativas individuales y colectivas, las cuales incluyeron arte corporal, declamación de poesías, muestras de danzas, incluso, *stand up comedy*. Asimismo, el arte circense, fue la disciplina más memorable debido a que fuimos personas afines a la disciplina las que comenzamos a *okupar* el lugar, también realizamos talleres gratuitos y, finalmente, porque el circo es llamativo y sorprendente. También, las artes musicales estuvieron presente a través de las personas que compartían su arte, tocando instrumentos o realizando ensambles musicales y tocatas masivas. Por último, los diferentes tipos de fotografías y videos del espacio, tanto como arte digital, registro u exposición en redes sociales o en físico, siendo necesario porque cumplía con el rol de difundir y registrar las actividades.

Imagen 4.



Fuente: Elaboración propia.

Es importante añadir que la *capucha* era un símbolo crucial en ResisteArte. Las utilizábamos habitualmente ya que contienen un significado de resistencia, anonimato, estrategia y uniformidad. Somos iguales en la calle, el contenido trasciende, nos protegemos de posibles represalias y la rebelión se realiza colectivamente. También,

era un mensaje de apoyo, a partir del mismo símbolo, a las capuchas de *primera línea*.

Cuanto más se difundía el espacio como centro cultural, mayor alcance tuvo en artes de distinta índole que quisieron ser parte. Asimismo, ya que el arte es llamativo, lo vuelve una forma útil para atraer y reunir a la gente en torno a un objeto u acción creativa, especialmente, si es en la calle. Hay una resignificación del espacio privado volviéndolo colectivo, a través del uso artístico, reflexionando y dialogando donde puedes ser espectador y participante. El arte, cuando se entrega a la comunidad, se baja del pedestal elitizado y comercial, para volverlo un bien común, asequible y abierto.

Las actividades que se realizaban en el espacio, si bien mayoritariamente eran artísticas, hubo otras que fueron pensadas y realizadas exclusivamente para la comunidad, por lo que, todas las actividades tenían una arista social y política. Se categorizan en:

- 1) Intervenciones artísticas, ejecutadas por el colectivo, organizaciones o artistas solistas.
- 2) Talleres artístico-deportivos abiertos a la comunidad, impartidos por el colectivo, organizaciones o personas externas.
- 3) Eventos masivos, organizados por el colectivo o grupos externos.
- 4) Actividades autoconvocadas, sin organización previa con el colectivo.

También es importante mencionar que, antes de cualquier actividad, la limpieza y el orden del lugar siempre debían hacerse, ya que era un espacio abierto y concurrido. A pesar de que cada vez era más frecuentado, también era más respetado y cuidado en colectividad.

Las relaciones a través del arte siempre han existido (Bourriaud, 2008). Sin embargo, que el foco del arte sea abocado principalmente en las interacciones humanas y su contexto social, es contemporáneo, gracias al desarrollo de las ciudades, la urbanización

generalizada y su experiencia de proximidad, donde la misma “evolución de la función de las obras y de su modo de presentación indica una urbanización creciente de la experiencia artística” (Bourriaud, *ibid.*, p. 14). Por lo que, en la ciudad, “el arte es lugar de producción de una sociabilidad específica” (p. 15). Cuando un proyecto de arte contemporáneo logra incidir en las relaciones humanas, está haciendo posible un modelo que puede generar comunidad, cultura y políticas a partir de este.

En ese sentido, ResisteArte consiguió manifestar desde lo artístico, una forma de hacer comunidad y lazos con su entorno urbano. Los diferentes estatus que contiene ResisteArte, abarca la perspectiva relacional desde diferentes aristas. Primero, como instalación artística física, un centro cultural autogestionado abierto a la comunidad para dialogar con ella y ser un punto de encuentro. Segundo, como colectivo y su asociatividad, vinculadas por el *artivismo*, arte y activismo, y todas las acciones realizadas como organización para relacionarnos con la comunidad. Tercero, como proyecto artístico junto a las obras realizadas, que van mutando a partir de la incidencia y participación que tenga la comunidad. Cuarto, como significado y concepto que contiene la visión de las personas que somos parte del colectivo e incluye una perspectiva generalizada en el ámbito artístico regional y nacional. Como expresaban las paredes durante el estallido, *hacer arte en Chile es resistencia* y a eso, justamente, apunta ResisteArte, a resistir desde el arte y visibilizar lo difícil que es existir siendo artista, pero, igualmente, a ocupar el arte como trinchera porque siempre ha resistido a los diversos obstáculos que intentan reprimirlo y censurarlo. Por lo tanto, ResisteArte busca como objetivo principal articular vínculos sociales y políticos, siendo nuestra forma de relacionarnos a través del arte en espacios públicos, estando completamente ligado a las movilizaciones y sus demandas.

Conclusiones

Los hallazgos dan cuenta de los aspectos en los cuales la *okupación* artística ResisteArte impactó en el estallido social chileno en Concepción, donde su relevancia reside principalmente en las relaciones generadas a partir de las diversas actividades artísticas y sociales realizadas en el espacio. Fue posible dar cuenta en las motivaciones personales, manifestar, reapropiar y resignificar las calles, utilizando el arte urbano para protestar por un *derecho a la ciudad*, construyendo redes, creando comunidad desde el arte y la protesta, que sea para todas las personas, buscando darles vida a los espacios públicos para hacerlos comunes, entregando un mensaje de conciencia colectiva a través de la creatividad. Donde se une esta forma de protestar al resignificar un espacio privado, pero, que también retrata la misma precariedad a la que se enfrentan las artes al desplegar su trabajo. Donde se conectan las diversas demandas que convocaban a la sociedad civil a manifestarse durante el estallido, y una en particular, de un grupo amplio de artistas en Concepción. No tener un espacio para poder crear, trabajar y compartir las artes.

Frente a los desafíos que develó esta investigación, en primer lugar, queda la invitación abierta a estudiar los fenómenos urbanos y artísticos durante el estallido social en Concepción y Chile, que rescate y conserve las experiencias de las y los actores sociopolíticos e interroge los procesos envueltos en el arte urbano, para cuidar la memoria colectiva y el patrimonio cultural popular realizado. En segundo lugar, es necesario hacer una evaluación del uso y gestión de los espacios culturales existentes en Concepción. Si los hallazgos apuntan a una demanda insatisfecha, se vuelve necesario estudiar las razones por las cuales todavía no se ha zanjado la necesidad. En tercer lugar, apuntar hacia la enseñanza que entrega la resignificación y apropiación de un espacio privado-comercial que pasó a ser público y devino en centro cultural. La lección de cómo crear y habitar las ciudades para que sean lugares comunes verdaderos, por y

para la sociedad. La ciudad es el espacio en disputa. Allí sucede todo, porque la habitamos todos. Las formas de ocupar, modificar y luchar por la ciudad pueden ser múltiples, siendo un modelo posible de resistencia, el arte relacional urbano, para generar un vínculo identitario de pertenencia, donde el arte sea un nexo real con la comunidad.

Bibliografía

Aldana, Janneth (2010). Arte y política. Entre propaganda y resistencia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 37(2), 221-243.

Bourriaud, Nicolas (2008). *Estética relacional*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Briones, Javiera (2020). ResisteArte: Arte y Circo como primera línea. *Saberes de Circo*, (5), 19-23.

Cabrera, B. (11 de marzo de 2020). Emergencias de Bomberos durante el periodo del estallido social crecieron 18%. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/nacional/noticia/emergencias-de-bomberos-durante-el-periodo-del-estallido-social-crecieron-18/YU3M2B5PF5C7RI5SNJQDE2OW3I/>

CADEM. (2018). *Encuesta Plaza Pública*. Santiago de Chile: Plaza Pública CADEM.

Canal 9. (5 de diciembre de 2019). Más de 4 mil millones de pesos en daños registrados en el centro de Concepción. *Biobío Televisión*. <https://www.canal9.cl/programas/noticias/2019/12/05/mas-de-4-milmillones-de-pesos-en-danos-registrados-en-el-centro-de-concepcion.shtml>

Casalla, Sofía (2019). *Frente a su ética nuestra estética. El arte como mecanismo de resistencia*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Celis, María Teresa; Amós, Vasco y Stollbrok, Haike (2015). *Cuidado del cuerpo en la práctica circense*. Bogotá: Ministerio de Cultura de Colombia.

Cooperativa. (4 de octubre de 2019). Subir al Metro en horario punta costará ahora 830 pesos. <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/transportes/metro/subir-al-metroen-horario-punta-costara-ahora-830-pesos/2019-10-04/183903.html>

Cooperativa. (26 de octubre de 2019). El comercio de Chile calcula pérdidas por más de 1.400 millones de dólares. <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/manifestaciones/el-comercio-dechile-calcula-perdidas-por-mas-de-1-400-millones-de/2019-10-26/044920.html>

Cooperativa. (11 de noviembre de 2019). Concepción conmemora 36 años desde que Sebastián Acevedo se inmoló por la libertad de sus hijos. <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/region-delbiobio/concepcion-conmemora-36-anos-desde-que-sebastian-acevedo-se-inmolo-por/2019-11-11/174702.html>

Cooperativa. (13 de noviembre de 2019). Destrozos: CChC estima en más de 4.500 millones de dólares los daños en infraestructura. <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/manifestaciones/destrozos-cchcestima-en-mas-de-4-500-millones-de-dolares-los-danos-en/2019-11-13/042812.html>

De Souza, M. (2020). Concepción: El trabajador del comercio informal de calle. La producción efímera del espacio en la crisis social. *Arquitecturas del Sur*, 38(57), 146-161.

Dittus, Rubén (2019). Las paredes hablan en Chile: crisis social, grafiti y arte callejero. *Revista Chilena de Semiótica*, (12), 198-214.

EMOL. (25 de octubre de 2019). La cronología de los hechos que detonaron la crisis social y los días de estado de emergencia en el país. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/10/23/965179/Cronologia-Crisis-Social-Evasion-Protestas.html>

Ganter, Rodrigo (2005). Conflictos urbanos e insumisiones ciudadanas: El caso de la “okupa” de calle República en Santiago centro. *Sociedad Hoy*, (8-9), 39-57.

Ganter, Rodrigo; Vergara, Constanza y Fuica, Inti. (2017). Caleidoscópolis: Signos de cambios en los repertorios de protesta callejera en la ciudad de Concepción, Chile. *Universum*, 32(2), 81-105.

Gaspar, Fernando y Jarpa, Guillermo (2020). *Los futuros imaginados*. Santiago de Chile: Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo.

Grass, Milena et al. (2020). La calle, escenario para trazar un nuevo orden. *Revista Universitaria*, (158), 12-15.

Güell, Peters; Morales, Rommy y Peters, Tomás (2011). Tipología de prácticas de consumo cultural en Chile a inicios del siglo XXI: mismas desigualdades, prácticas emergentes, nuevos desafíos. *Universum*, (2), 121-141.

Harvey, David (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.

Hillmann, K. (13 de enero de 2020). “Rotonda de la Resistencia” (o Paicaví): La Plaza Italia de Concepción donde no cesan las manifestaciones. *La Tercera PM*. <https://www.latercera.com/la-tercera-pm/noticia/rotonda-de-laresistencia-o-paicavi-la-plaza-italia-de-concepcion-donde-no-cesan-lasmanifestaciones/971751/>

Lefebvre, Henri (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

Luque, Laura (2016). Arte relacional en la calle. Casos de conservación colectiva. *Geconservación*, (10), 117-125.

Manzi, Gabriela (2020). La ciudad de Santiago resignificada como corporeidad comunicacional temporal en tiempos de estallido social. *Arquitecturas del Sur*, 38(57), 162-181.

Márquez, Rodrigo y Viacava, José (2020). Las desigualdades territoriales y el 18-O de Chile: algunos antecedentes. *IdeAs. Idées d'Amériques*, (15), 1-9.

Molano, Frank (2016). El derecho a la ciudad: de Henri Lefebvre a los análisis sobre la ciudad capitalista contemporánea. *Revista Folios*, (44), 3-19.

Monroy, Paula y De Moraes, Julia (2020). Ouvidor 63 Ocupación artística: arte y vida más allá de la norma. *ARQ*, (104), 98-109.

Monsalve, Waleska (2013). *Movimiento Okupa: Praxis, redes sociales y formas de acción colectiva*. Santiago de Chile: Ediciones U. de Chile, Escuela de Postgrado.

Municipalidad de Concepción. (2016). C3 Centro Creación Concepción. <https://centrocreacion.cl/>

Núcleo Milenio en Desarrollo Social [DESOC]/Centro de Microdatos/Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (2019, octubre). Termómetro social [Encuesta TS1]. Santiago de Chile: DESOC.

Osorio, Nelson (2019). ¡Que se vayan todos, que no quede uno solo! La crisis institucional en Chile: factores contributivos del socavamiento de las bases culturales de la democracia (1990-2019). *RIPS: Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 18(2), 73-94.

Pizarro, R. (2020). Chile: rebelión contra el Estado subsidiario. *El trimestre económico*, 87(2), 333-365.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.

Roa, Y. (14 de noviembre de 2019). Botan estatua de Pedro de Valdivia en plaza de la Independencia de Concepción. *Biobío Chile*. <https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/region-del-biobio/2019/11/14/botan-estatua-de-pedro-de-valdivia-en-plaza-de-laindependencia-de-concepcion.shtml>

Ruiz, Carlos y Caviedes, Sebastián (2020). Estructura y conflicto social en la crisis del neoliberalismo avanzado chileno. *Espacio Abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología*, 29(1), 86-101.

Ruiz, José Ignacio (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Publicaciones Universidad de Deusto.

Ruiz Olabuénaga, José A. (2007). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Tauran, E. (21 de octubre de 2019). Incendio destruye Homecenter Sodimac de avenida Los Carrera. *Diario Concepción*. <https://www.diario-concepcion.cl/ciudad/2019/10/21/incendio-destruyehomecenter-sodimac-de-avenida-los-carrera.html>

Venegas, Cristian (2014). El movimiento Okupa: Resistencia contra el capitalismo. *Perspectivas de la Comunicación*, 7(1), 97-131.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Los medios de la revuelta durante el 18-O en Chile

Reflexiones sobre el activismo virtual de estudiantes secundarios chilenos

*Catalina Mendoza Riquelme, Óscar Basulto Gallegos
y Sebastián Fuentealba González*

Introducción

El escenario del Chile en donde tienen lugar las revueltas del 18-O está cargado por el malestar, desarrollado a partir de la progresiva profundización del modelo neoliberal y las implicancias que eso conlleva en la gestión de la vida de los y las chilenos/as (Mayol, 2019), impugnando sus expresiones en la protesta. Sin embargo, dicho malestar comienza a gestarse ya a finales de la década de los noventa con la desigualdad de la sociedad chilena y la aparente incapacidad de la democracia para generar mayor justicia social, como nudos críticos del descontento con el nuevo régimen político y la manifestación de apatía social.

En el último tiempo, la desigualdad social irrumpe como motor de la nueva politización (Castiglioni y Rovira, 2016). Complementariamente, el malestar chileno se explica desde la cristalización en la sociedad de un circuito de desapego, compuesto por una articulación de desmesuras en desigualdad social, desencantos frente a promesas

políticas no cumplidas e irritaciones frente a dicho escenario y, finalmente, desapegos con los principios, valores y normas de la vida en común (Araujo, 2019). En términos sociohistóricos, en gran parte del periodo 2006 al 2019 se da el proceso de politización que atraviesa el país desde la irrupción de los movimientos estudiantiles, que consiste en integrar a esferas cotidianas la discusión por asuntos de la gestión de la vida que pasan a ser interpretados o cuestionados desde una perspectiva en donde es redefinido aquello que puede ser socialmente decidido desafiando las actorías públicas (PNUD, 2015).

Siguiendo con el segmento juvenil desde los movimientos estudiantiles, se aprecia también un desplome dramático de la confianza en todas las instituciones, especialmente en los medios de comunicación tradicionales de voz oficialista (Mönckeberg, 2007, 2009; Gronemeyer y Porath, 2017; Sunkel y Geoffroy, 2001; Corrales y Sandoval, 2005; Couso, 2012), que entre 2009 y 2019 cayeron del 60% al 7% (CADEM, 2020). En ese sentido, resulta significativo y paradigmático el aumento generalizado y sostenido del uso de redes sociales en la población chilena, para informarse durante el mes de enero de 2020, donde Facebook y WhatsApp toman la delantera, quedando relevada la televisión a un tercer puesto por sobre todos los demás medios (CADEM, *op. cit.*).

Respecto a lo anterior, resulta muy relevante la relación entre uso de medios y jóvenes que se ha manifestado en un avance importante de las redes sociales, aumentando su participación política sostenidamente en la vía pública, pero también en las redes sociales (PNUD, 2015). La evidencia sostiene que, el 64% de jóvenes utilizó estas plataformas en 2019 para manifestarse, porcentaje que supera ampliamente el del año 2018 (44%). Entre los años 2009 y 2019 el uso de redes sociales como una fuente confiable para informarse de la actualidad, aumentó entre los/as jóvenes de un 17% a un 52% (Scherman, et al., 2019). En el escenario actual de desconfianza hacia la información oficial, que constantemente deslegitima las movilizaciones sociales, las plataformas digitales resultan esenciales para divulgar información sobre protestas y demandas, y acercar a la ciudadanía la agenda de los movimientos sociales (Downing, 2010; Cárdenas, 2016; Cárdenas y Cárcamo, 2017; Pérez,

2016; PNUD, 2015; Rovira-Sancho, 2013, 2015; Cárdenas, 2014; López y Roig, 2004; Sola-Morales y Rivera, 2015; Rivera, 2014; Toret, 2015).

Lo que nos convoca para este capítulo, es preguntarnos justamente por este nexo entre juventudes y redes sociales, en los usos activistas que ellos/as hacen de las plataformas, intentando responder a ¿cuál fue la posición político-discursiva que tomaron las voces activistas de estudiantes secundarios/as en el marco de la revuelta social de octubre en Twitter? ¿Cuáles fueron las emociones y contenidos que buscaron movilizar en dichos espacios virtuales?

Consideramos que en el contexto actual el estudio de la comunicación puede resultar fructífero para otros procesos investigativos en tanto referente disciplinar (Orozco, 2011; Mattelart, 1997; Dittus, Basulto y Rizzo, 2018), sin embargo, particularmente la comunicación política en nuestros días trae consigo desafíos epistemológicos y metodológicos que requieren repensar la forma de abordarla como investigadores/as, de forma de dar cuenta de los drásticos cambios que ha experimentado la misma comunicación política a partir de la irrupción de la era de la información y las redes sociales digitales con sus plataformas de comunicación virtual (Cárdenas y Cárcamo, 2017; Reguillo, 2017; Ponce, 2017; Ponce y Miranda, 2016; Cárdenas, 2016; Rovira-Sancho, 2015 y 2013; Toret, 2015; Rivera, 2014; Downing, 2010). De esta manera, buscamos, además de abordar la ineludible coyuntura histórico-político-social que vivimos, también aportar con este estudio a la discusión sobre cómo investigar en el campo de la comunicación política y redes sociales en Latinoamérica.

En términos metodológicos, trabajamos con un muestreo intencional (Valles, 1997) relevando hitos protagonizados por la coordinadora de estudiantes secundarios ACES, debido a su rol catalizador y detonante de las revueltas populares del año pasado, destacando la relevancia contextual de cada uno de ellos. Operacionalmente, trabajamos los tuits publicados por su cuenta [@aceschile] en: Evasión Metro Santa Lucía y Postergación de la PSU:¹ #NoMásPSU, conside-

¹ Prueba de Selección Universitaria, que en Chile es aplicada a todos/as los/as estudiantes que terminan su enseñanza media (o secundaria) y desean desarrollar

rando además del criterio contextual, que fueran *Trending Topics* en Twitter, coincidiendo con Cuadra (2019), ya que esto supone que los/as usuarios/as de la plataforma que interactúan con dichos *tuits* pasan de ser una masa de individuos/as desarticulados/as a un público en red que discute en torno al espacio público.²

Así, dichos *tuits* fueron nuestras unidades de información, observación y de análisis (Barriga y Henríquez, 2011), tratándolos como un condensador de: a) la situación contextual en la que fueron producidos; b) los actores sociales que los enuncian; c) su contenido (imágenes, contenido escrito); y, d) alcance, de manera que proponemos un análisis de contenido virtual enfocado en estos aspectos de cada *tuit*.

Los hitos que marcaron la participación secundaria en el 18-O

La reconstrucción de hitos nos presenta dos hilos conductores que resultan esenciales: la relevancia, por un lado, del espacio en el que se gestan las manifestaciones de octubre de 2019, por la ubicación estratégica y por el trazo manifiesto que aparece desde el Instituto Nacional hasta Plaza Dignidad (ex Plaza Italia). Por otro lado, el protagonismo excepcional que adquieren los/as estudiantes secundarios/as en el proceso de ebullición social de octubre, amparado por una seguidilla de manifestaciones que comienzan en abril de 2019 y *concluyen* con la manifestación en contra de la Prueba de Selección Universitaria (PSU) en enero de 2020.

En lo que respecta al espacio de gestación, desde el Instituto Nacional (IN) a Plaza Dignidad (ex Plaza Italia) hay cuatro estaciones de metro, de oriente a poniente: la estación Universidad de Chile, Santa Lucía, Universidad Católica y, finalmente, Baquedano. Se trata

estudios superiores. La evaluación asigna puntajes estandarizados a cada postulante y las universidades los/as seleccionan en función de dichos puntajes. Históricamente estas evaluaciones estandarizadas han dado cuenta de la desigualdad en la educación en Chile, graficando las brechas de desigualdad a las que se contraponen las revueltas.

² Para más detalles, ver Cuadra (2019).

del último trozo de la Línea 1 de la red de metro antes del límite entre ricos y pobres que construye el sentido común santiaguino en Plaza Dignidad. Allí, en 1,7 kilómetros, se concentraron los eventos mediáticos que constituyeron la antesala y el punto cúspide de la revuelta social de octubre de 2019 en Chile.

La efervescencia secundaria del siglo XXI, de la mano de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes secundarios de Chile (ACES), comienza con el “*mochilazo*” en 2001, explota en el año 2006 contra las leyes de educación vigentes desde la dictadura en la *revolución pingüina*, se suma a las movilizaciones por la gratuidad universitaria en el año 2011, vuelve a levantarse en 2016 y se organiza para catalizar las protestas sociales de octubre de 2019, un momento culmine de los malestares originados en abril del año 2019 con la amenaza del proyecto *Aula Segura*, promulgado a finales de 2018 durante el gobierno de Sebastián Piñera. La máxima de esta ley era otorgarles mayores facultades a los directores para cancelar matrículas y expulsar a estudiantes por ejercer actos de violencia dentro de los establecimientos. Lamentablemente, la promulgación de esta ley no apuntaba a mejores relaciones de convivencia escolar, sino que en la práctica sirvió para identificar, perseguir y reprimir a estudiantes secundarios/as que se manifestaran al interior de sus liceos. La estación de metro Universidad de Chile presentó intermitencias en su funcionamiento durante todo el mes de junio de 2019, aunque no precisamente por evasiones. La vigilancia policial en el sector fue extrema durante dos meses, a tal punto que hubo ingresos de carabineros a las aulas del Instituto Nacional durante las horas de clases.

Uno de los primeros hitos reconocidos de las protestas sociales de octubre de 2019 es la evasión en las estaciones del metro de Santiago, que comienzan la segunda semana de octubre, luego del anuncio de alzas del pasaje en 30 pesos chilenos. Poco antes de la quincena, la ACES realiza un llamado generalizado a la población a no pagar el pasaje del metro, a través de los *hashtags* #EvasionTodoElDia y #EvasionMasiva, que se difundieron a través de Twitter e Instagram (Imagen 1). El día 18 de octubre de 2019 las protestas se intensificaron, y por la tarde se

cerraron paulatinamente varias estaciones, hasta llegar a inhabilitar completamente la línea 1 del metro. A ello se sumaron diversas barricadas en las principales avenidas de la ciudad de Santiago y así, muchas personas tuvieron que volver caminando a sus casas al salir del trabajo, atravesando varias comunas desde el oriente al poniente. A pesar del evidente caos y la tradición chilena del temor al disenso, los/as ciudadanos/as se mostraron a favor de las movilizaciones. Quienes retornaban de sus trabajos se sumaban a las barricadas que levantaron secundarios/as, y más tarde, a los cacerolazos que buscaban evidenciar la feroz represión de la que habían sido víctimas quienes evadieron el metro y protestaron en las calles.

Imagen 1.



Fuente: #EvasionTodoElDia (ACES [@AcesChile], 18 de octubre de 2019).

El estallido irrumpe con la rutina y la costumbre de ir y volver. Irrumpe por sobre todo en la circulación cotidiana dentro de la ciudad, es por ello que, al menos durante los primeros días de la revuelta, hubo una detención casi total de las actividades que permiten el

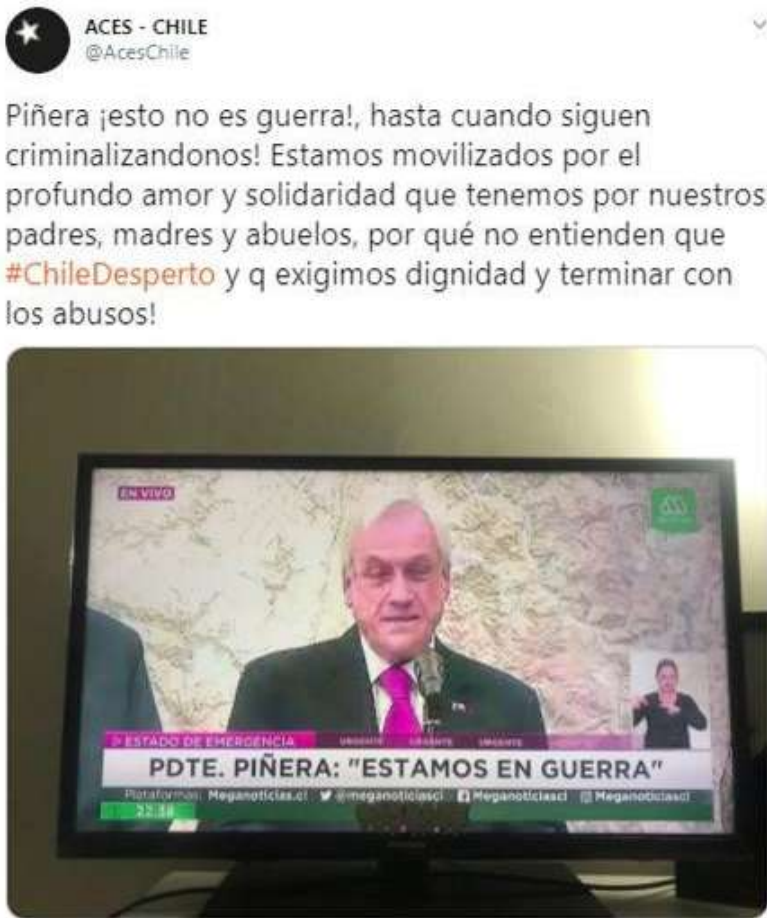
funcionamiento del país. Entonces se hizo evidente que había razones de sobra para protestar, y así como en el 2011 se hacía carne la palabra lucro, a partir del estallido social la palabra abuso le proporcionó una definición al malestar que venía gestándose hacía décadas: *no son 30 pesos, son 30 años*.

Las juventudes secundarias, otrora consideradas como disidentes peligrosos para la estabilidad del país, se transformaron en protagonistas de las protestas. Fueron considerados como catalizadores del estallido social y representantes de todas aquellas personas que no pudieron manifestarse por las alzas del metro, principalmente trabajadores/as. Aunque el presidente declaró que se trataba de enemigos poderosos que iniciaron una guerra contra el gobierno, el apoyo de la ciudadanía chilena se hizo manifiesto. La ACES declaró que no se trataba de una manifestación exclusivamente secundaria, sino una movilización por *el profundo amor y solidaridad que tenemos por nuestros padres, madres y abuelos* (Imagen 2).

Si bien el levantamiento social fue convocado y profundizado por los/as estudiantes secundarios/as, cuando en noviembre del 2019 comenzaron las discusiones sobre un posible cambio de la Constitución chilena, la ACES se desliga de las manifestaciones por considerar que este proceso se estaba realizando a puerta cerrada entre grupos políticos que no la representaba. Así, el día 9 de noviembre de 2019 emiten un comunicado donde manifiestan su abandono de la Mesa de Unidad Social levantada a propósito del estallido de octubre:

No estamos en momento de asumir posiciones tibias ni vacilantes, y creemos que ahora más que nunca es el pueblo quien debe ser el protagonista y constructor de su propia historia. Es imperioso extirpar los oportunismos políticos del medio para que sean las familias de trabajadoras y trabajadores de este país quienes tomen las decisiones, y no aquellos que solo están sacando la calculadora para ver cuántos votos más podrán acumular en un futuro proceso electoral (*Piensa Chile*, 2019).

Imagen 2.



11:32 p. m. · 20 oct. 2019 · Twitter for iPhone

Fuente: “¡No estamos en guerra!” (ACES [[@AcesChile](#)], 20 de octubre de 2019).

Imagen 3.



1:04 a. m. · 7 ene. 2020 · Twitter for iPhone

Fuente: “Nos dijeron que saltar los torniquetes no era la forma” (ACES [@AcesChile], 7 de enero de 2020).

A partir de este momento, la ACES comienza a concentrar sus energías en tensionar el proceso de la PSU, manifestando que el contexto de descontento era el escenario indicado para cuestionar el ingreso desigual a las universidades chilenas, a través de una prueba de selección segregadora, que solo beneficiaba a los/as estudiantes que pertenecían al estrato socioeconómico alto (Imagen 3). La manifestación provocó una seguidilla de postergaciones en las fechas de la evaluación, tomas de establecimientos y hasta la suspensión de la prueba de historia por una filtración (*Cooperativa*, 7 de enero de 2020). El resultado concreto de estas manifestaciones fue la eliminación de la PSU y la creación de una prueba de transición para las próximas dos generaciones de estudiantes secundarios/as egresados/as (Radio UChile, 13 de marzo de 2020).

Análisis³

A pesar del gran apoyo ciudadano generado hacia las manifestaciones vinculadas con el 18-O (CEP, 2020), los medios de prensa escrita tradicionales pertenecientes al duopolio mediático nacional (El Mercurio S.A.P y COPESA) y los noticieros de TV abierta, mostraron una sobre representación de la violencia y una tendencia a reportar

³ Los trabajos mencionados a continuación dan cuenta de una trayectoria de quienes suscriben en relación con las temáticas abordadas en este capítulo. A su vez, esto permite orientar los análisis aquí expuestos. Dichos proyectos son:

Basulto, O. et al. (2019). Percepciones y visiones en torno a las movilizaciones estudiantiles feministas del año 2018, en estudiantes de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Universidad de Concepción y Universidad del Bío-bío. [Encuesta patrocinada]. Concepción: Universidad Católica de la Santísima Concepción/Universidad de Concepción/Proyecto Fondecyt (3170473).

Mendoza, C.; Ganter, R. y Basulto, O. (2018). Juventudes y movimientos sociales desde América Latina. *Boletín Imagenación o Barbarie*, (14), 82-104, monográfico juventudes.

Proyecto de posdoctorado [Fondecyt 3170473] (2017-2019). Imaginarios de la criminalización y la descriminalización del movimiento estudiantil chileno: acciones/reacciones sociales y distorsión mediática en las ciudades de Santiago y Concepción. [Dirigido por el Dr. Oscar Basulto G. y financiado por Fondecyt, Chile].

acciones que terminaron por criminalizar la protesta, vinculándola con hechos delictuales como saqueos y vandalización de la propiedad pública y privada (Pérez, 2016; Cárdenas y Pérez, 2017; Ruíz, 2015; Pérez y Solís, 2014), fieles a su línea editorial de los últimos años (Segovia, Basulto y Zambrano, 2018).

La conformación de opiniones y visiones mediáticas alternativas sobre las movilizaciones y la protesta social, entran en permanente disputa y conflicto con los *regímenes de visibilidad* que ponen en juego las élites políticas, económicas e ideológicas (Aguilera, 2008; Gramsci, 1999; Martín-Barbero, 2002). Aquí, internet y sus ventajas para el desarrollo de una comunicación descentralizada y más democrática, está desestabilizando el escenario monopolizado por el poder mediático unidireccional, donde observamos un rol difusor de miradas alternativas y de la agenda de los movimientos sociales, a través de nuevos regímenes de visibilidad, que privilegian la *contra información* y la *acción conectiva* usando plataformas ciudadanas, redes sociales y los denominados *nanomedios de comunicación* (Downing, 2010; Reguillo, 2017; Rivera, 2014; Rovira Sancho, 2013, 2015; Toret, 2015; Ponce y Miranda, 2016; Ponce, 2017). Este contrapeso fue más relevante que nunca durante el 18-O, pues durante el año 2019 ya se encuentran asentadas las plataformas virtuales como lugares legítimos y validados por la ciudadanía para la convocatoria a manifestaciones –y otras expresiones disidentes– en la vía pública.

Lo anterior, se traduce en la producción de narrativas que se disputan la construcción de significados colectivos sobre un determinado hecho social, noticioso o contencioso en el espacio público, específicamente en torno a las manifestaciones y acciones colectivas de protesta callejera (Rovira-Sancho, 2013; Cárdenas, 2014; Pérez, 2016; Arrué, 2012; Cárdenas y Cárcamo, 2017; Castells, 2012), particularmente las que se expresaron durante el estallido social del 18-O y posterior al mismo, de preferencia hasta marzo del año 2020, poniendo especial énfasis en el rol que han jugado las nuevas generaciones en este escenario, particularmente sus organizaciones, plataformas, redes y subjetividades políticas.

Algunos estudios dirigidos a redes sociales en Chile, conciben espacios comunes de participación entre usuarios como lugares de interacción con implicancias performativas que representan espacios de resistencia signados por la inmediatez y movilidad, en donde se negocian significaciones del movimiento social (Cárdenas, 2014), que, a su vez, tienen la capacidad de recontextualizar los contenidos en torno a las resignificaciones de sus participantes, dando espacio a la reapropiación noticiosa y, a través de la participación y el diálogo, generando enclaves de importantes síntesis cognitivas destinadas a profundizar los procesos enmarcados que son afines a la movilización colectiva, asociados a la subversión de la posición juvenil representada por los medios de comunicación tradicionales (Cárdenas, 2016). Asimismo, indican que los participantes de estos espacios reorientan estratégicamente las prácticas informativas hegemónicas, disputando la resignificación política de la representación del movimiento a través de la articulación de sentidos, acciones y oportunidades políticas en contextos donde la manipulación informativa desafía la legitimidad de sus demandas (Cárdenas y Cárcamo, 2017). Desde allí, la plataforma analizada genera narrativas que construyen y visibilizan imaginarios como la violencia de Estado, el/la joven activista comprometido/a, autodefensa juvenil, legitimación de la acción colectiva juvenil, uso del espacio público, legitimación del movimiento estudiantil y la revuelta de octubre, con miras a fortalecer los discursos esbozados en el espacio público y disputar los significados provenientes de la *verdad* hegemónica.

Entonces, es en este sentido que las prácticas discursivas online desde una perspectiva contrahegemónica contemplan nuevas formas de comunicación y nuevos ejercicios políticos (Pardo, 2012), forjando procesos de significación alternativos al imaginario hegemónico (Gramsci, 1999), gracias a prácticas contra-discursivas que disputan narrativas en el campo de la legitimación social (López y Roig, 2004; Rovira-Sancho, 2013, 2015; Cárdenas, 2016; Pérez, 2016; Betancourt, 2011; Sola-Morales y Rivera, 2015; Toret, 2015; Ponce y Miranda, 2016; Ponce, 2017; Reguillo, 2017; Sandoval, 2020).

Por lo tanto, las nuevas plataformas sociales se constituyen como agentes de disputa de la significación y legitimidad social, a partir de discursos divergentes que cuestionan los relatos hegemónicos mediatizados por los medios de comunicación tradicionales, instalando y modificando los temas que adquieren o no más importancia o valor en la sociedad y en la agenda pública. En este sentido, nos referimos a que las plataformas y redes sociales desempeñan un papel crucial en los procesos comunicacionales de cambio social, restándole valor al discurso de la hegemonía (Gramsci, 1999) y el control sobre las mentes, las interacciones y los comportamientos de la audiencia, es decir, generando nuevos espacios de opinión y discusión social (Van Dijk, 2009; Cárdenas y Pérez, 2017).

Así, el ciberactivismo implicaría un compromiso militante activo (Betancourt, 2011), mediado por la interacción comunicativa en RRSS que deslegitima versiones tradicionales de los fenómenos sociales y sirve de plataforma de difusión de convocatorias y movimientos sociales. Se trata de nuevos repertorios de interacción comunicativa en redes sociales (Rivera, 2014; Sola-Morales y Rivera, 2015; Cárdenas, 2016; Cárdenas y Cárcamo, 2017). Es decir, en el escenario actual de desconfianza hacia la información oficial, que constantemente deslegitima las movilizaciones sociales, las plataformas digitales resultan esenciales para divulgar información sobre protestas y demandas, y acercar a la ciudadanía la agenda de los movimientos sociales (Downing, 2010; Cárdenas, 2016; Cárdenas y Cárcamo, 2017; Pérez, 2016; PNUD, 2015; Rovira Sancho, 2013, 2015; Cárdenas, 2014; López y Roig, 2004; Sola-Morales y Rivera, 2015; Rivera, 2014; Toret, 2015). Así, se observa una utilización de internet y las redes sociales para intervenir en los asuntos de interés público, operando de modo interconectado con el activismo en las calles y buscando la visibilización de imaginarios políticos alternativos (Downing, 2010; Lozano et al., 2007; Reguillo, 2017; López y Roig, 2004; Sola-Morales y Rivera, 2015; Rivera, 2014; Rovira-Sancho, 2015; Toret, 2015).

Finalmente, resulta relevante la noción de (RRSS como) plataforma para los movimientos, porque permite ampliar su alcance y

construir un universo de significados que explicita y legitima sus demandas, como también devela lo que subyace sus acciones colectivas. En particular, los *tuits* visibilizan un argumento de la movilización secundaria en nombre de sus padres/madres y abuelos/as, revelando en ello un reconocimiento o expresión intergeneracional del malestar en la protesta. Allí el miedo percibido por las generaciones adultas se diluye en la fortaleza representativa de los/as estudiantes secundarios/as reivindicando luchas acumuladas en el Chile neoliberal. Desde aquí, y desde los antecedentes presentados, nos parece que las redes sociales sirven también de catalizadores y movilizadores de emociones, que se complementan con las expresiones de la protesta en la calle (Pleyers, 2010, cit. en Ponce, 2017).

Reflexiones finales

Sostenemos, como primera reflexión, que estamos frente a un campo de investigación en proceso de configuración, que requiere permanentes reflexiones y esfuerzos por comprender la protesta social desde aristas no convencionales, a partir de las redes sociales y plataformas ciudadanas. Este campo de investigación podría denominarse como estudios críticos en torno a las dinámicas mediáticas de criminalización de determinados colectivos sociales en América Latina y en Chile, particularmente desde quienes participan de la protesta social, a partir de una perspectiva interdisciplinaria que ponga el acento en el rol que juegan los medios de comunicación frente a estos procesos, y la actual disputa en el campo de la comunicación desde la descentralización de la información en conjunto con el papel de las redes sociales y plataformas ciudadanas (López y Roig, 2004; Betancourt, 2011; Cárdenas, 2014; Cárdenas, y Cárcamo, 2017; Pérez, 2016; Rivera, 2014; Rovira-Sancho, 2013, 2015; Sola-Morales y Rivera, 2015).

Por otra parte, nos resulta importante rescatar la relevancia de este tipo de estudios en un contexto de progresiva *tecnificación* de

la vida (Costa, 2015), hoy acelerado por la pandemia. De lo anterior deriva un contexto actual de cierta predominancia de las derechas autoritarias y censuradoras-criminalizadoras en Latinoamérica, y el caso chileno que pudimos seguir parcialmente desde la perspectiva de las plataformas de estudiantes secundarios antes y durante las revueltas populares. Por lo tanto, es posible que emerjan nuevas *redes/nodos* en las plataformas para desarrollar la discusión político-pública en estos contextos y es relevante prestarles atención desde la perspectiva que hemos venido desarrollando.

Proponemos que actualmente las expresiones políticas ciudadanas se enfrentan a dos formas de control que necesariamente deben ser reconocidas y consideradas en el quehacer investigativo del campo: por un lado, el control como censura y criminalización (acallar voces disidentes con el relato hegemónico, como movimiento sociales) que hemos trabajado durante los últimos años, expresándose principalmente en la deslegitimación de actores movilizadores (principalmente jóvenes y estudiantes) y la asociación de sus prácticas de acción colectiva a la violencia y delincuencia irracional; y, por otro, un control más contextual asociado a la pandemia como limitación de la movilidad en el espacio público por parte de los/as ciudadanos/as a partir de la crisis sanitaria expresada en los *toques de queda*,⁴ cuarentenas, cordones sanitarios y restricciones a eventos masivos como protestas y manifestaciones callejeras.

Queda pendiente el desafío por incluir enfoques sobre los nuevos actores generacionales y las subjetividades políticas contenciosas que se expresaron durante y después del estallido del 18-O, como las juventudes involucradas en la *primera línea*, además de incorporar reflexiones y ampliar las investigaciones sobre las expresiones de estas dinámicas durante el proceso constituyente, en la medida que la crisis sanitaria lo permita, ya que el Plebiscito a realizarse el

⁴ Los toques de queda –la restricción de movilización civil durante las noches– resultaron ser un evento desmovilizador durante el 18-O, y a partir de la pandemia se naturalizan. A más de un año de las protestas el toque de queda perdura.

próximo 25 de octubre representa el cierre del ciclo de protestas iniciado el 18 de octubre de 2019. Pero no solo eso, sino avanzar en una mirada más relacional y bidireccional de estos fenómenos comunicacionales, esto es, que indaguen también en las actuales dinámicas de descriminalización de la protesta y la manifestación ciudadana en el espacio público, con la consecuente producción de imaginarios sociales y narrativas que legitiman sus repertorios de acción colectiva y las agendas de los movimientos ciudadanos (Murillo, 2004; López y Roig, 2004; Cárdenas, 2014; Cárdenas y Pérez, 2017; Lozano, et al., 2007; Korol y Longo, 2009; Pérez, 2016; Betancourt, 2011; Toret, 2015; Rivera, 2014).

Asimismo, es relevante contar con la percepción de actores clave, como estudiantes activistas, jóvenes trabajadores/as y/o marginados/as, como también partícipes de organizaciones territoriales desde una perspectiva relacional y situada que releve sus puntos de vista. Ya que ellos proporcionan otra visión sobre los contenidos mediatizados por los medios analizados en el proyecto y sobre el propio movimiento. En este sentido, sus percepciones van alineadas con las plataformas alternativas en términos de manifestar la necesidad de generar espacios de contrainformación, respecto de informaciones oficiales entregadas por la prensa tradicional. Por ello, resulta urgente incorporar investigaciones en esta línea que provengan de regiones distintas a la Metropolitana, con miras a descentralizar las publicaciones sobre el 18-O, considerando que se trató de movilizaciones que, si bien comenzaron en la capital chilena, también se desarrollaron con fuerza en todas las regiones del país.

Finalmente, los conocimientos adquiridos en el desarrollo de este y otros proyectos nos plantean un impacto investigativo potente. En este sentido, señalamos la posibilidad de contribuir al debate en torno al rol de los medios de comunicación hegemónicos masivos y los medios ciudadanos alternativos y/o contrahegemónicos en temáticas como: a) Las dinámicas de criminalización y descriminalización mediática, que asumen los medios de comunicación en torno a las demandas ciudadanas en el marco de la conflictividad social; b) La

deslegitimación y legitimación de la denuncia ciudadana a nivel mediático según el medio que genere contenido; y, c) El espectáculo y la sobre representación de la violencia en escenarios de protesta social, con la consecuente legitimación y deslegitimación del uso de la fuerza oficial y por parte de la sociedad civil. Todo ello, en el marco de múltiples narrativas mediatizadas que buscarán legitimarse socialmente, en función de los intereses que persigan los medios de comunicación que se disputan el campo de la significación y de la construcción de realidad social.

Bibliografía

ACES [*@AcesChile*] (18 de octubre de 2019). #EvasionTodoElDia. <https://twitter.com/AcesChile/status/1185247640839176192>

ACES [*@AcesChile*] (20 de octubre de 2019). ¡No estamos en guerra! <https://twitter.com/AcesChile/status/1186107904434360321>

ACES [*@AcesChile*] (7 de enero de 2020). Nos dijeron que saltar los torniquetes no era la forma [Twitter].

Aguilera, Oscar (2008). Medios de comunicación en Chile, movimientos juveniles y políticas de la visibilidad. *Comunicação, Mídia e Consumo*, 14(5), 55-68.

Araujo, Kathya (ed.) (2019). *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago de Chile: Colección Idea/ Ediciones USACH.

Arrué, Michèle (2012). El movimiento estudiantil en Chile (2011-2012): Una lucha contra la discriminación. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, (24).

Barriga, Omar y Henríquez, Guillermo (2011). La relación Unidad de Análisis-Unidad de Observación-Unidad de Información: Una ampliación de la noción de la Matriz de Datos propuesta por Samaja. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 1(1), 61-69.

Betancourt, Valeria (2011). Ciberactivismo: ¿Utopía o posibilidad de resistencia y transformación en la era de la sociedad desinformada de la información? *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, (116), 94-97.

CADEM (2020). *Estudio medios de comunicación post crisis*. Santiago de Chile: Comunidad CADEM.

Cárdenas, Camila (2014). Representación de la acción política de los estudiantes chilenos. Movilización de significados en redes sociales. *Última Década*, (40), 57-84.

Cárdenas, Camila (2016). Representación online del movimiento estudiantil chileno: Reapropiación de noticias en Facebook. *Estudios filológicos*, 58(1), 25-49.

Cárdenas, Camila y Cárcamo, Luis (2017). Estudiantes Informados: Gestión contrainformativa de los jóvenes chilenos en Facebook. *Observatorio (OBS*)*, 11(4), 42-60.

Cárdenas, Camila y Pérez, Carolina (2017). Representación mediática de la acción de protesta juvenil: la capucha como metáfora. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(2), 1.067-1.084.

Castells, Manuel (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.

Castiglioni, Rossana y Rovira, Cristóbal (2016). Challenges to political representation in contemporary Chile. *Journal of Politics in Latin America*, 8(3), 3-24.

Centro de Estudios Públicos (2020). *Estudio Nacional de Opinión Pública N° 84*. Santiago de Chile: CEP.

Cooperativa (7 de enero de 2020). DEMRE suspendió la PSU de Historia por filtración de la prueba. <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/>

educacion/psu/demre-suspendio-la-psu-de-historia-porfiltracion-de-la-prueba/2020-01-07/143340.html

Corrales, Osvaldo y Sandoval, Juan (2005). *Concentración de los medios, pluralismo y libertad de expresión*. Centro de Estudios de la Comunicación. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

Costa, Flavia (2015). Tecnificación de la vida: *multitasking* y aplanamiento. En J. Chaneton (comp.), *Modos de vida, resistencias e invención*. Buenos Aires: La Parte Maldita.

Couso, Javier (2012). El mercado como obstáculo a la libertad de expresión: La concentración de la prensa escrita en Chile en la era democrática, pp. 109-142. En B. Sorj (comp.), *Democracia y medios de comunicación. Más allá del Estado y el mercado*. Buenos Aires: Catálogos.

Cuadra, Álvaro (2019). *El príncipe postmoderno. Borrador electrónico*. [http://repositorio.uce.edu.ec/archivos/weenriquez/Libros/EL%20PRINCIPE%20POS MODERNO.pdf](http://repositorio.uce.edu.ec/archivos/weenriquez/Libros/EL%20PRINCIPE%20POS%20MODERNO.pdf)

Dittus, Rubén; Basulto, Oscar y Riffo, Ignacio (2018). Imaginarios y representaciones sociales en Chile: teorías consolidadas y deslizamientos metodológicos, pp. 293-348. En F. Aliaga, M. Maric y C. Uribe (coords.), *Imaginarios y representaciones sociales. Estado de la investigación en Iberoamérica*. Santiago de Chile: Ediciones UST.

Downing, John (15 de marzo de 2010). Nanomedios de comunicación: ¿Medios de comunicación comunitarios? ¿O de red? ¿O de movimientos sociales? [conferencia]. *Conferencia Medios comunitarios, movimientos sociales y redes*. Cátedra Unesco, Universidad de Barcelona y CIDOB.

Gramsci, Antonio (1999). *Cuadernos de la cárcel, Tomo 5*. México: ERA.

Gronemeyer, María Elena y Porath, William (2017). Tendencias de la posición editorial en diarios de referencia en Chile. El arte de dosificar la crítica frente a la actuación de los actores políticos. *Revista de Ciencia Política*, (1), 177-202.

Korol, Claudia y Longo, Roxana (2009). *Argentina, criminalización de la pobreza y de la protesta social*. Buenos Aires: El Colectivo/América Libre.

López, Sara y Roig, Gustavo (2004). *Del tam-tam al doble click. Una historia conceptual de la contrainformación*. https://www.nodo50.org/lecturas/historia_contrainformacion.pdf

Lozano, Miquel et al. (2007). El papel del movimiento asociativo juvenil en la representación de la juventud en los medios ¿una alternativa?, pp. 323-330. En L. Alvarez, J. Evans y O. Crespo (eds.), *Comunicación e xuventude: Actas do Foro Internacional*. Santiago de Compostela: CPXG.

Martín-Barbero, Jesús (2002). Pistas para entre-ver medios y mediaciones. *Signo y pensamiento*, 21(41), 13-20.

Mattelart, Armand (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.

Mayol, Miranda (2019). *Big Bang. Estallido social 2019*. Santiago de Chile: Catalonia.

Mönckeberg, María (2007). *El negocio de las universidades en Chile*. Santiago de Chile: Debate.

Mönckeberg, María (2009). *Los magnates de la prensa*. Santiago de Chile. Random House.

Murillo, Susana (2004). El Nuevo Pacto Social, la criminalización de los movimientos sociales y la “ideología de la seguridad”. *Debates. Criminalización social e “inseguridad”*, 5(14), 261-273.

Orozco, Guillermo (2011). La condición comunicacional contemporánea. Desafíos latinoamericanos de la investigación de las interacciones en la sociedad red. En N. Jacks (ed.), *Análisis de recepción en América Latina*. Quito: CIESPAL.

Pardo, Neyla (2012). *Discurso en la web: pobreza en YouTube*. Bogotá: Centro Editorial FCH, Universidad Nacional de Colombia.

Pérez, Carlos y Solís, Fernanda (2014). Territorio, resistencia y criminalización de la protesta, pp. 153-166. En J. Cuvi (ed.), *La restauración conservadora del correísmo*. Quito: Montecristi Vive.

Pérez, Carolina (2016). La representación visual del movimiento estudiantil chileno en la prensa establecida y alternativa nacional. Un análisis multimodal. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (30), 5-26.

Piensa Chile (2019). La Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) se retira de la Unidad Social. <http://piensachile.com/2019/11/la-asamblea-coordinadora-de-estudiantessecundarios-aces-se-retira-de-la-unidad-social/>

Ponce, Camila (2017). Internet, nuevas formas de acción colectiva y subjetividades políticas: movilizaciones estudiantiles chilenas del 2011. *Persona y Sociedad*, 31(2), 173-196.

Ponce, Camila y Miranda, Natalia (2016). Redes de confianza *online* y *flash mobs*: movilizadores por la educación. *Observatorio (OBS*)*, (10), 161-175.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2015). *Los tiempos de la politización en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.

Radio UChile (13 de marzo de 2020). No más PSU: Mineduc anuncia nueva prueba de acceso a la Educación Superior. <https://radio.uchile.cl/2020/03/13/no-mas-psu-mineduc-anuncia-nueva-prueba-de-acceso-a-laeducacion-superior/>

Reguillo, Rossana (2017). *Paisajes Insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. Madrid: NED ediciones.

Rivera, Raúl (2014). De la red a las calles: #YoSoy132 y la búsqueda de un imaginario político alternativo. *Argumentos*, 75(27). 59-76.

Rovira-Sancho, Guiomar (2013). Activismo mediático y criminalización de la protesta: medios y movimientos sociales en México. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, (61), 35-60.

Rovira-Sancho, Guiomar (2015). De las redes activistas a las multitudes conectadas. Movilización social, protesta global y tecnologías de la comunicación. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, (10), 157-170.

Ruíz, Carlos (2015). *De nuevo la sociedad*. Santiago de Chile: LOM.

Sandoval, J. (2020). El repertorio de acción política en el ciclo de movilizaciones estudiantiles chilenas. *Revista de Estudios Sociales*, (72), 86-98.

Scherman, Andrés et al. (2019). *11ª Encuesta sobre participación de jóvenes y consumo de medios*. Santiago de Chile: Escuela de Periodismo UDP/Feedback Consultores.

Segovia, Pablo; Basulto, Oscar y Zambrano, Pablo (2018). Imaginarios sociales y representaciones: su aplicación a análisis discursivos en tres ámbitos diferentes. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (41), 79-102.

Sola-Morales, Salomé y Rivera, Ricardo (2015). Las redes sociales como catalizador del movimiento estudiantil chileno en 2011. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, (128), 37-52.

Sunkel, Guillermo y Geoffroy, Esteban (2001). *Concentración económica de los medios de comunicación*. Santiago de Chile: LOM.

Toret, Javier (2015). *Tecnopolítica y 15M: La potencia de las multitudes conectadas. Un estudio sobre la gestación y explosión del 15M*. Barcelona: UOC Ediciones.

Valles, Miguel (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Van Dijk, Teun (2009). *Discurso y poder*. Barcelona: Gedisa.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

El textil como soporte de identidad, memoria y resistencia feminista en La Serena

André Álvarez Oliva y Paula Jeria Tapia

En las movilizaciones sociales que han remecido los cimientos de Chile con diverso contenido político-social (desde los feminismos,¹ No+AFP, nueva Constitución, etc.), la noción de recuperación del tejido social ha estado muy presente.

Definimos tejido social como en el encuentro entre las personas y/u organizaciones en un plano comunitario, quienes que se vinculan de forma horizontal, sin jerarquías ni poderes, y juntas/os construyen una red tan fuerte como la que se teje entre la trama y la urdimbre de un telar.

Creemos que la metáfora del *tejido* no es azarosa. El textil ha sido históricamente un medio para traspasar memoria y resistencia. Para las comunidades rurales que han podido frenar el impacto de la Colonialidad² transfiriendo sus saberes, la práctica textil ha for-

¹ Hablamos de la diversidad de corrientes feministas que constituyen este movimiento, siendo de carácter crítico, interseccional, antirracista, antipatriarcal, anticapitalista y descolonizador.

² Colonialidad del poder fue el término dispuesto por Aníbal Quijano para caracterizar un patrón de dominación global propio del sistema-mundo moderno/capitalista originado con el colonialismo europeo a principios del siglo XVI.

mado parte fundamental en su definición de lo común e identidad territorial.

Las mujeres conocemos las prácticas textiles ya que siempre estuvimos vinculadas a ellas por motivos culturales y son algunas de las expresiones más usuales entre aquellas que habitamos zonas urbanas. El uso de estas técnicas entre las feministas organizadas³ es algo que se ha dado de forma paulatina, otorgándole un nuevo significado y sentido político a ello.

Durante el periodo de revuelta popular⁴ en la ciudad de La Serena, las mujeres tuvimos múltiples formas de expresión, dentro de las cuales las capuchas y pañoletas, los lienzos y las banderas, pusieron en relieve al textil como herramienta para construir discursos de denuncia y formas de protesta que nos unifican y amplifican nuestras demandas.

En las siguientes páginas hablaremos principalmente sobre los lienzos textiles⁵ y las capuchas feministas,⁶ utilizados como forma de protesta en el período de revuelta popular, por organizaciones agrupadas en torno a la *Asamblea Feminista de La Serena*.⁷ Si bien, dentro de las manifestaciones sociales de La Serena existieron otras expresiones que utilizaron elementos textiles, nos focalizaremos en aquellos que emergen dentro de la colectividad política feminista

³ Mujeres, feministas y colectivas que están en constante activismo.

⁴ Levantamiento popular referido al periodo de 18-O para capital, y situándonos desde el 19 octubre en la Región de Coquimbo, que se hace alusión a las demandas legítimas de derechos sociales, políticos y culturales, un cuestionamiento total al sistema neoliberal imperante en Chile. Tomamos el concepto de revuelta, puesto que para nosotras más que un estallido explosivo, es un movimiento sin jerarquías, dinámico y diverso.

⁵ Lenzos con contenido político realizados con diversas técnicas textiles, ya sea arpillera, bordado, etc.

⁶ Elemento textil que cubre la cara, utilizada por mujeres organizadas en acciones y marchas. Se identifica por ser de distintos colores y eventualmente intervenida.

⁷ Agrupación de colectividades e individualidades feministas que emerge en el periodo de Revuelta. Compuesta por colectivas como Olla Revuelta, Brigada BRAVA y Colectiva Feminista Patiperras, entre otras.

referida, destacando nuestro carácter de actuancia⁸ en esta propuesta y organización.

Además, incluiremos algunos antecedentes del textil político⁹ en Chile y describiremos dos experiencias de intervención callejera en La Serena, donde tiene primacía la propuesta textil, como fueron *La ropa sucia no se lava en casa* y *En Chile se viola, tortura y mata por luchar*.

La transición de las prácticas textiles desde el espacio privado al público

*Lo personal es político.*¹⁰

Muchas de nuestras madres y abuelas, dentro sus múltiples ocupaciones al interior de los hogares tenían a su cargo la producción, reparación y ornamentación de los textiles de uso familiar. Dichas prácticas, marginadas al espacio privado y productivo, fueron expresión de un repertorio que daba cuenta de la división social y sexual del trabajo, situándose en coordenadas de opresión y reproducción del estado de cosas.

Partimos de la base que, previo al entronque patriarcal¹¹ y colonial, existían prácticas textiles ampliamente arraigadas en las culturas comunitarias de los pueblos indígenas del continente. Asimismo,

⁸ Término acuñado por Margarita Pisano para definir las nuevas formas de organización entre las mujeres, salir de la militancia que es la política tradicional de hombres, partidistas, y verticalista.

⁹ Soporte textil con contenido político. En este caso serán principalmente la capucha feminista y el lienzo textil.

¹⁰ Consigna acuñada por el movimiento feminista desde los años sesenta y setenta. Katte Millet indica que la nueva estrategia de hacer política, en el espacio público es la visibilización del “nosotras” de lo privado.

¹¹ Como describe Julieta Paredes y otras feministas comunitarias, existía patriarcado previo a la penetración colonial, sin embargo y a partir de este último proceso, se produce un entronque que fortaleció las opresiones del sistema patriarcal, corrigiendo y

entendemos que existen diversas referencias respecto a la utilización de textiles en la historia de Chile, sin embargo, nos centraremos en algunos antecedentes de la historia reciente que tienen relación con las expresiones desarrolladas por el movimiento feminista de La Serena en el marco de su movilización.

Dentro de la historia del bordado en Chile es de gran relevancia el trabajo que realizó Violeta Parra, cuyas arpilleras son un trabajo autoral inspirado en las creaciones tradicionales que se daban en las zonas rurales de nuestro país. Para elaborarlas, se reutilizaban los sacos de papas y harina, los cuales eran bordados con lanas de colores. Violeta Parra rescata esta técnica, otorgándole una identidad particular y construyendo imaginarios propios que fueron emblemáticos para el desarrollo de la cultura popular de aquellos años.

Posteriormente, las bordadoras de Isla Negra¹² mantendrán la tradición del bordado en lana sobre la tela arpillera. Leonor Sobrino, en el año 1966, juntaría a estas mujeres para enseñarles *economía doméstica*¹³ y con ellas nace el primero de estos grupos reconocidos de bordadoras que recuperan el oficio textil como una práctica colectiva.

Durante el periodo de dictadura en Chile (1973-1990), miles de personas fueron detenidas/os y desaparecidas/os a través del terrorismo de Estado. Las familias de las víctimas, además de sostener la lucha, resistir los amedrentamientos, soportar el dolor y la impunidad, buscaron nuevas formas de subsistencia. En este marco se desarrollan diversas prácticas de resistencia donde las mujeres tuvieron un rol protagónico, dentro de las cuales podemos destacar la masificación de ollas comunes en sectores populares, movimientos por los derechos humanos y, dentro de ellos, la proliferación de los talleres de arpilleras.

aumentando su poder sobre cuerpos y territorios. Más información en Paredes (2017, pp.1-10).

¹² Comunidad de bordadoras que se sitúan en Isla Negra (región) que hasta el día de hoy continúan creando.

¹³ Término comúnmente utilizado para hablar de la gestión y organización económica del hogar.

Los talleres de arpilleras se realizaron desde 1974 a través de la Vicaría de la Solidaridad.¹⁴ La técnica fue creada por Valentina Bonne¹⁵ quien se inspiró en la *mola de Panamá*¹⁶ y la técnica del *patch-work*.¹⁷ Así nació esta nueva forma de hacer representaciones textiles, que tomó el nombre de la tela a la que se adhieren los diseños. Lo que pretendía ser un trabajo manual que les permitiera generar ingresos en poco tiempo se convertiría en un amplio registro de las situaciones que estaban viviendo aquellas mujeres, sus familias y comunidades.

Las arpilleras comenzaron a venderse en el extranjero. Fue la honestidad de sus relatos y su poder de denuncia frente a las crueldades de la dictadura lo que impactó al mundo. Cuando el bordado sale de la esfera de lo privado a lo público, comienza a tomar gran relevancia para comunicar la memoria de luchas y resistencias de las mujeres en nuestro país, así como sus discursos y perspectivas. A partir de ello, esta herramienta comienza a incorporarse de diversas formas en distintas expresiones de movilización política donde han tenido protagonismo las mujeres.

Antecedentes de la utilización de elementos textiles en las protestas feministas de La Serena

Si bien existen diversos antecedentes de organización feminista en la región de Coquimbo, nos centraremos en el periodo previo a la revuelta popular, donde vivimos un proceso de intensificación y

¹⁴ Organismo de la Iglesia católica que sustituyó al Comité Pro Paz. Su función era prestar asistencia a las víctimas de la dictadura militar chilena.

¹⁵ Artista visual, escultora y pedagoga.

¹⁶ Forma de arte textil indígena tradicional, hecho por la etnia Guna de Panamá y Colombia. Las molas son textiles cosidos en paneles con diseños complejos y múltiples capas usando una técnica de aplicación de tela inverso. En el idioma kuna (*dulegaya*), mola significa "ropa" o "blusa". 68

¹⁷ Tejido hecho por la unión de pequeñas piezas de tejido cosidas por los bordes entre sí; con él se confeccionan colchas, tapices, alfombras, etc.

profundización de la protesta contra el patriarcado. Ello puede ser constatado por el amplio despliegue de fuerza feminista, expresado en una pluralidad de organizaciones y colectivas de mujeres y disidencias, dentro de las cuales aparecen múltiples manifestaciones, siendo los textiles políticos, capuchas feministas y lienzos textiles, en los cuales centraremos nuestro análisis, puesto que otorgaron una visualidad propia e identidad particular a la protesta.

En el año 2016, destacamos la aparición de los primeros lienzos textiles colectivos en el contexto del movimiento *No+AFP*, los cuales tuvieron una amplia adhesión en los sectores populares. La artista textil Jaque Isasmendi¹⁸ es quien propone llevar las demandas en textiles a la calle. En ese entonces, se confeccionaban en conjunto con la agrupación de *Bordadoras de Las Compañías*.¹⁹

El 19 de octubre del mismo año, en Chile lanzamos el primer grito *niunamenos*, haciendo eco de las llamadas internacionalistas de Argentina. En este escenario, confeccionamos el primer *lienzo textil feminista* a partir de la propuesta de Isasmendi. Eran cinco metros de tela negra con letras grandes de colores, que de un lado llevaba la consigna *ni una menos* y del otro decía *vivas nos queremos*, adornado con una útera²⁰ llena de flores.

Esta acción textil de protesta, junto a la conformación de la Coordinadora Ni Una Menos Coquimbo,²¹ marca un precedente significativo en la organización regional de mujeres feministas. Frente a la creación de este lienzo, Isasmendi nos comenta; “Es un lienzo que me gusta mucho. Es la fuerza de lo femenino, que está en constante renovación, floreciendo siempre, y que además tiene la fuerza de sostener y dar vida. Nos pueden quitar todo, hasta la vida, pero ese impulso de nuestra biología es insuperable, único”.

¹⁸ Artista textil, Psicóloga, de la Región de Coquimbo.

¹⁹ Colectivo de mujeres bordadoras de Las Compañías.

²⁰ Resignificación del útero.

²¹ Mujeres, colectivas, organizaciones feministas y populares de La Serena, Coquimbo, Vicuña y otras localidades, 2016-2018.

El 25 de noviembre²² del año 2016, en el marco de una convocatoria de acción directa feminista, por primera vez utilizamos las capuchas, principalmente por su función de anonimato. Reconocemos la importancia de las capuchas en la historia y memoria de las luchas populares, rescatando su uso a partir de nuestras propias demandas.

El 8 de marzo²³ de 2017, marchamos conmovidas e impactadas por lo sucedido en torno al femicidio de Daniela Reyes Espejo²⁴ y la violación de una mujer privada de libertad al interior de la Primera Comisaría de La Serena (*Diario El Día*, 1 de marzo de 2017), debido a esto último, ese año la marcha cambió de ruta y se dirigió a dicha comisaría, desatando una fuerte represión. Hasta el día de hoy la lucha por justicia para Daniela Reyes, es uno de nuestros principales motores de acción. Para visibilizar su caso Jaque Isasmendi también realizó un lienzo textil con su fotografía y nombre.

Para el 8 de marzo de 2018, la consigna fue *con identidad y desde el territorio*. En la protesta las organizaciones convocantes utilizamos capuchas moradas y un lienzo textil con el lema *Somos grito de las que ya no están*. Esta marcha tuvo un gran despliegue organizacional y alta convocatoria, dejando un precedente importante para lo que vendría.

Durante el mes de mayo del año 2018 se desarrollan una serie de tomas universitarias feministas²⁵ contra el acoso sexual y el patriarcado. En la región de Coquimbo, específicamente en la Universidad de La Serena, se realizaron los primeros talleres colectivos de capuchas feministas intervenidas como apoyo a la labor de las estudiantes

²² Día internacional contra la violencia hacia las mujeres y niñas.

²³ Conmemoración del día internacional de la mujer trabajadora.

²⁴ Joven 17 años, estudiante, víctima de violencia reiterada de su pareja y conviviente, en el sector de las compañías. Ver <https://www.eldesconcierto.cl/2019/10/13/marcada-por-la-violencia-machistas-circunstancias-de-la-muerte-de-daniela-reyes-que-complican-su-caso-en-la-justicia/>

²⁵ Un antecedente importante en las tomas fue el de la Universidad Central de La Serena, en ese entonces criminalizaron estudiantes y a una de las Voceras, esta última parte de la *Olla Revuelta*, quienes posteriormente prestaron apoyo de visibilidad y aportes en temáticas de protocolos universitarios durante el mayo feminista (*Olla Revuelta*, 31 de enero de 2017).

organizadas. Francisca Moya,²⁶ participante de esta experiencia, lo describe de la siguiente manera: “[...] Cuando se usa la capucha una se transforma en esa persona oculta que tiene, que es capaz de hacer todo y más, es una metamorfosis interesante interna. Después te la quitas y sigues siendo tú, pero con experiencias distintas. [...] Es como extraer una parte de ti que tienes muy íntima y retratarla en tela [...]. Al hacerlas colectivas se genera una sinergia especial, donde cada una en su espacio extrae una parte de sí misma para mostrarla al mundo sin miedo”.

Hasta ese momento las capuchas en La Serena solo habían sido utilizadas por las organizaciones convocantes a las manifestaciones, y a partir de aquí, por la creación de estos talleres, más el alto impacto de las capuchas en los medios de comunicación, este elemento será utilizado por múltiples mujeres.

Días previos al 11 de septiembre 2018, Jaque Isasmendi realiza una convocatoria para bordar a las mujeres detenidas desaparecidas en dictadura, la cual se llevó a cabo en Casa Roja.²⁷ A partir de ello, se comienza a desarrollar un gran lienzo- memorial textil llamado *Por ellas, por nosotras. Ni perdón, ni olvido*.

El 8 de Marzo de 2019, más de 5 mil mujeres marchamos por las calles de La Serena con el lienzo textil *Ni una menos. Vivas nos queremos*. La propuesta visual buscaba la construcción de una identidad feminista local. Para ello se optó por el color rojo, como sinónimo de fuerza, y se estableció la consigna *¡Endiáblate y marcha!*, a partir de la cual se genera un diseño común basado en el imaginario del norte de Chile, que impregnó la estética de toda la jornada. Por ejemplo, las capuchas feministas, además del color rojo, tenían grandes cuernos de colores y diversas ornamentaciones afines.

En los talleres de agitación participaron más de trescientas mujeres, quienes realizaron colectivamente sus capuchas, realizaron

²⁶ Integrante de la Asamblea de Mujeres Autoconvocada ULS.

²⁷ Espacio cultural y político de La Serena.

propaganda, ensayaron bailes y cantos, y prepararon el vestuario que utilizarían en base al concepto del diseño descrito.

Esta multitudinaria actividad es antecedente, en cuanto a masividad se refiere, de lo que posteriormente desbordaba las calles a partir del mes de octubre.

Imagen 1.



Fuente: Endiáblate y marcha (8 de marzo de 2019).

La revuelta popular, La Serena

El viernes 18 de octubre de 2019, a propósito de los cuarenta y seis años del paso de la *Caravana de la muerte* por nuestro territorio, en Coquimbo se realizó el conversatorio *Mujeres en Resistencia*, donde

María Saavedra²⁸ exhibió sus últimas creaciones textiles, las cuales registran sus historias de militancia y compromiso político. En paralelo, Sandra

Palestro,²⁹ en una conferencia sobre los derechos humanos en la Universidad Católica del Norte, exponía sobre los procesos políticos que habían vivido junto con sobrevivientes del terrorismo de Estado.

Momentos más tarde, se comenzaron a difundir las imágenes de una joven estudiante baleada en el marco de múltiples manifestaciones desarrolladas en Santiago, lo cual repercute fuertemente en el sector popular. A partir de ello, comienzan las primeras convocatorias en la región, para manifestarnos a través de mítines y declaraciones públicas de apoyo.

El sábado 19 de octubre, al mediodía, se realiza una nueva convocatoria donde nos congregamos alrededor de cien personas. Con cacerolas en mano, protestamos contra la injusticia social y luego marchamos por el centro de la Serena.

Horas más tarde éramos miles, copando todas las calles céntricas de la ciudad. Llegamos a la carretera y vimos las primeras señales de la represión que vendría. Varios zorrillos y guanacos³⁰ intentaban contener la ebullición social.

A partir de ese día se vivió lo peor de represión social y violencia política sexual que hemos enfrentado las personas de nuestra generación. Sin embargo, todas esas historias nos eran familiares, las reconocemos en los escritos, fotografías y textiles que habíamos heredado de la dictadura.

²⁸ Mujer histórica activista social y arpillerista de Coquimbo, directora de Casa de la Memoria de Coquimbo y presidenta de la asociación de familiares detenidos desaparecidos de Coquimbo. Entre sus trabajos destacan las exposiciones: “Bordando en la Memoria” sobre memorias de las salitreras y “Nuestra resistencia, mujeres en dictadura” acciones de memoria y mujeres.

²⁹ Socióloga, Integrante Grupo Historia y coordinación nacional de la Red Chilena contra la violencia hacia las Mujeres. Coautora del libro *Una Historia necesaria. Mujeres en Chile 1973-1990 y Nunca Más Mujeres sin Historia* (2018).

³⁰ Se los llama comúnmente así, carros policiales, lanza gases y lanza agua, respectivamente.

El domingo 20 octubre, frente al Mall Plaza de La Serena, asesinaron a Romario Veloz,³¹ quien fue la primera víctima de la revuelta popular en Chile. Horas más tarde, nos enteramos del homicidio de Kevin Gómez³² en la ciudad de Coquimbo con un balazo por la espalda. Ambos crímenes fueron perpetrados por militares.

La Serena ardía, la represión, el dolor y la rabia se incrementaron. Con estos hechos, constatamos que nos teníamos que organizar.

Expresiones textiles durante la revuelta popular en La Serena

El lienzo, en una palabra: "Dignidad".

El día 24 de octubre, fijamos la primera convocatoria abierta a organizar la Asamblea Feminista La Serena. Como propósito, queríamos unirnos entre mujeres y generar estrategias de protección y cuidado, además de construir una articulación que hiciera visibles nuestras luchas.

Coincidimos en que debíamos buscar formas de encontrarnos en las manifestaciones. Queríamos marchar juntas como bloque. Para ello, decidimos usar unos lienzos colectivos, pañoletas y banderas.

El día 26 de octubre fuimos convocadas por Jaque Isasmendi, quien nos invita a confeccionar el lienzo textil que acompañará la lucha. La palabra *DIGNIDAD* va a unificar todas las demandas que se estaban dando en la calle. El lienzo está creado con letras de diversos

³¹ 22 años, ecuatoriano radicado en Chile, padre, estudiante y cantante de *freestyle*, primera víctima de la revuelta popular en Chile. Ver <https://www.theclinic.cl/2019/10/25/romario-veloz-labala-que-lo-mato/>

³² Coquimbano, padre, músico y tambor mayor en la orquesta de guerra. Ver <https://www.theclinic.cl/2019/11/12/kevin-gomez-morgado-el-musico-al-que-le-dispararon-por-la-espalda/>

estampados de telas rojas, junto a manos y cacerolas en sus bordes. De acuerdo con la artista:

El día después del estallido social, venía llegando desde San Juan, Argentina. Había ido a exponer en un encuentro que hablaba de las desigualdades e injusticias en América Latina. No pude viajar a La Serena ese día y me quedé participando de las protestas en Santiago. Allí nace la necesidad de crear un lienzo pensando en el activismo en mi ciudad. Llegué a La Serena y, la noche del 21 de octubre, me la pasé montando la palabra que, a mi juicio, era la que más identificaba ese despertar. Era eso lo que nos habían quitado durante todos estos años, en todos los ámbitos: salud, educación, pensiones, justicia, entre otros.

En cuanto a la técnica de los lienzos textiles realizados por Jaque Isasmendi, podemos describir que, al igual que en las arpilleras de la dictadura, son ilustraciones realizadas de tela que se disponen sobre una gran base, las cuales se unen con un punto de bordado que puede ser bastilla o festón.

Los encuentros para bordar se realizaban antes de las marchas, en la Plaza Tenri. En el quehacer se realizaba una catarsis colectiva, donde compartimos historias de represión y violencia estatal. La memoria de nuestras compañeras que habían vivido la dictadura se hacía presente. Algunas veces, mientras bordábamos, nos acompañaba un furgón policial que intentaba insistentemente provocarnos miedo.

Para llevar el lienzo en la calle generamos estrategias de cuidado, organizando quienes lo sostenían y definiendo a quién, eventualmente, correría con él. El lienzo se transforma en vestimenta, cubre los cuerpos y en sus fibras concentra todas las expresiones de la calle, sobre todo de la represión.

Imagen 2.



Fuente: Lienzo Dignidad (2019, octubre).

Otros lienzos en la revuelta que surgieron desde la asamblea feminista de La Serena

Durante los primeros días de la Revuelta, el llamado era visibilizar a quienes habían sido asesinadas/os y construir un memorial textil. Nos reunimos varias mujeres para realizar un lienzo con sus nombres bordados sobre distintos retazos de tela. Ello se llevó a cabo durante una jornada de *Apañe Popular*.³³

De acuerdo con la experiencia de Louanne, bordadora, participe del memorial: “En el bordado grito, lloro, expreso mi rabia y mi esperanza. En cada puntada va un pedazo de mí, del sufrimiento e impotencia

³³ Encuentro en Plaza Tenri, organizado por la Escuelita Popular Teresa Flores.

que siento por los asesinados en democracia y dictadura. El bordado es una flecha a la injusticia, ya no solo es un paño ornamental”.

El día 31 de octubre, realizamos otro lienzo llamado: *No + SANGRE del pueblo*. Consistía en un bordado realizado sobre arpillera con lanas rojas colgando sobre la palabra sangre. Ambos lienzos se harán visibles el día 2 de noviembre, día de las/os muertas/os, en el marco de una performance de la Brigada BRAVA,³⁴ donde una artista declamaba el poema *2 de noviembre* de Stella Díaz Varín,³⁵ mientras otras mujeres desarrollaban una representación escénica utilizando extensiones de tela roja.

Otro lienzo destacado es el llamado: *El derecho de vivir en paz*. Consiste en un textil lleno de colores y trozos de tela colgando, que replicaba una de las frases que más se escuchaban en las manifestaciones y provenía de la emblemática canción de Víctor Jara. *Para el pueblo, lo que es del pueblo* fue otra de las expresiones textiles que pudimos ver en la calle, realizada por Paola Maluenda Barraza, nay diaguita y bordadora. Consiste en una lanografía realizada sobre arpillera teñida que llevaba la frase extraída de la canción del músico argentino Piero.

Las capuchas feministas en el periodo de la revuelta social en La Serena

Durante la revuelta popular optamos por capuchas color rojo, tomando en cuenta la reutilización de las que ya habíamos confeccionado ese mismo año para el 8 de marzo. También consideramos la potencialidad del color para destacar nuestros sentires en ese momento: sangre, rabia y fuerza se oponían a la falsa paz que nos ofrecía el Estado opresor.

³⁴ Brigada de arte y acción feminista.

³⁵ También conocida como La Colorina, fue una poeta serenense de la Generación del 50.

Algunas personas convocantes somos parte de la organización que ha levantado el movimiento de *capuchas rojas en resistencia*, el cual surge con la revuelta popular y reivindica el arte como forma de lucha feminista.

Los encuentros para confeccionar las capuchas se realizaban en Casa Roja, a los que llegaban mujeres de distintos lugares y generaciones. Las compañeras que tienen más experiencia guiaban el proceso, que se da de forma comunitaria. Al realizar una capucha, además de aunar un discurso, se produce en ejercicio de autorrepresentación que invita a su creadora a pensarse y expresarse en la lucha

En las convocatorias siempre se invitaba a llevar prendas en desuso, elastizadas, para crear la base. Posteriormente se cortan las aberturas de ojos y boca. Luego se decoran con elementos dispuestos para el uso colectivo y otros que cada participante lleva para su capucha. Para ornamentar las capuchas, las mujeres llevaban elementos personales significativos, que eran de sus madres, hijas y abuelas. De alguna forma querían llevar a esas mujeres en sus luchas.

En la calle, la capucha se transforma en el principal vestuario de protesta para quien la porta. El usarlas construye una identidad colectiva en la calle. El discurso se amplifica, nos convertimos visualmente en una masa de mujeres protestando. Entre nosotras, nos miramos a los ojos y nos reconocemos. Para el resto somos una. Esta es una estrategia política y de seguridad.

Acción urbana: en Chile se viola, tortura, mutila y mata por luchar

El 11 de noviembre del mismo año, las cifras por daños y pérdidas oculares iban en alza. Tras conocerse el emblemático caso de Gustavo Gatica,³⁶ la Brigada BRAVA realiza una convocatoria abierta a mujeres para realizar una acción masiva en la calle.

³⁶ Joven que pierde ambos ojos en Plaza Dignidad por el disparo de Claudio Crespo, ex Carabinero de Chile. En Chile, 445 personas sufrieron lesiones oculares entre octubre

Para confeccionar las sesenta capuchas nos organizamos, una compañera compró la tela, otra dibujaba las bases, otras cortaban y otra cosía. Mientras tanto, otras realizaban un lienzo con la consigna: *En Chile se viola, tortura, mutila y mata por luchar*. Estas prácticas de crear la indumentaria juntas fueron tremendamente nutritivas para la colectiva, ya que nos permitieron reflexionar y construir diálogos en momentos en que la acción era incesante.

Realizamos la acción con cincuenta y nueve mujeres con capuchas de color beige que solo tenían un ojo y una que no tenía ninguno, en referencia a Gustavo Gatica. En la palma de una de nuestras manos dibujamos un ojo rojo y, después de cantar juntas la canción *Maldigo del Alto Cielo* de Violeta Parra, esa mano se posicionó sobre nuestras caras. Con esta acción pretendíamos expresar que, aunque nos quitaran los ojos, ya podíamos ver.

Instalación textil: “La ropa sucia NO se lava en casa”

Para desarrollar esta instalación, Invitamos a varias compañeras bordadoras a pensar nuestros cuerpos, que se habían convertido en soportes de la lucha contra la violencia de Estado. Una de nosotras bordó las cifras que daban cuenta de las distintas vulneraciones que estábamos viviendo como pueblo. A través de estas ropas bordadas, queríamos hacer visible para las/os transeúntes el horror que esta realidad representaba.

La ropa interior estaba agujereada, manchada y maltratada. Colgaba en cuerdas que atravesaban toda la avenida, simulando un gran tendedero doméstico, e iba hilada a través de múltiples elementos de la represión como: balines, envases de lacrimógenas, etc.

8 y 9 de marzo 2020. ¡Prende la mecha!

Tras las movilizaciones posteriores al clímax de la revuelta, las acciones a nivel organizativo, durante los meses de enero y febrero, se concentraron en el levantamiento y desarrollo de las asambleas territoriales.

El movimiento social se encontraba profundamente alineado con las demandas feministas. Se esperaba esa conmemoración para desarrollar la reactivación de las luchas en curso.

La consigna con la que se generó la convocatoria fue: *Prende la Mecha*. A partir de ello se buscaba transmitir el sentido de volver a conectar con la fuerza y audacia que había caracterizado los primeros días de la revuelta popular.

La marcha fue histórica, la más masiva de los últimos años. En dicha instancia, además de los lienzos textiles mencionados anteriormente, pudimos ver muchos más, realizados por diversas organizaciones de mujeres en la región de Coquimbo. Un hecho significativo en torno a la utilización de capuchas feministas fue que, en esta ocasión, se distinguieron bloques de mujeres organizadas con sus lienzos distintivos y diversos colores de capuchas.

Por ejemplo, la Asamblea Feminista portaba capuchas rojas, las Universitarias con capuchas rojas y moradas, las Graffitodas³⁷ iban con capuchas rosadas, etc. Además de quienes iban organizadas en bloques, llegaron a la movilización miles de mujeres independientes, utilizando capuchas feministas en toda su variedad de colores y diseños.

Esta experiencia marcó un punto de inflexión, que luego se vio afectado por la llegada de la pandemia vinculada al COVID-19, lo cual cambió el escenario ascendente de movilizaciones y afectó las maneras en que se venía organizado el movimiento feminista. Si bien ello no implicó un cese de acciones, el foco del quehacer se concentró en crear y/o fortalecer las redes de apoyo y solidaridad popular que

³⁷ Organización latinoamericana de mujeres feministas grafiteras.

comenzaron a germinar en los distintos territorios para hacer frente a los efectos de la pandemia.

El textil político no terminó en el periodo de Revuelta. Es más, el alto nivel de exposición de dichas expresiones, así como el escenario generado a partir del confinamiento producto de la pandemia, han exacerbado la cantidad de expresiones textiles que a diario se publican en distintas plataformas, así como la organización en torno a las mismas. Sin ir más lejos, en La Serena se han seguido desarrollando experiencias de coordinación en torno a estas prácticas dentro del movimiento feminista organizado, como es el caso de *Agujas Rebeldes*,³⁸ que tiene dentro de sus intervenciones la confección colectiva del lienzo itinerante en ollas comunes de la zona, titulado: *Cocinar, compartir, y en la calle resistir*.

Ello da cuenta del nivel de versatilidad, potencial de desarrollo y las proyecciones abiertas de estas prácticas, acompañando y fortaleciendo el camino de las organizaciones y la materialización de los discursos feministas.

Algunas reflexiones finales

El arte textil se constituyó en una herramienta aliada al servicio de las reivindicaciones feministas durante el periodo de revuelta popular. La experiencia de las feministas organizadas da cuenta de la gran importancia que tuvo el soporte de lienzos textiles, capuchas feministas e instalaciones textiles, etc. El aporte está en la contribución significativa al desarrollo de una identidad colectiva, fortalecer el discurso estético-político, favorecer la expresión de memoria de actuación a partir de estas herramientas, facilitar la amplificación de los mensajes que se difunden, propiciar un aumento de la convocatoria a las actividades convocadas, diversificar las técnicas utilizadas para difundir el discurso feminista, entre otras.

³⁸ Colectiva de bordadoras feministas, región de Coquimbo.

El coser y bordar son prácticas transgeneracionales. El vínculo que generamos con estas prácticas textiles está ampliamente fundamentado en nuestra memoria y en las resignificaciones que construimos con la historia de nuestras mujeres cercanas.

El textil político tiene antecedentes importantes en la historia de Chile. La experiencia de reparación y denuncia que construyeron colectivamente las arpilleras durante el periodo de dictadura son un precedente de inspiración, esto se puede ver, tanto en el contenido de los relatos como en la técnica textil, en nuestras generaciones.

Si bien, no todas las prácticas textiles con contenido político se desarrollan al interior de movimientos políticos, creemos que cuando ello sucede se genera una convergencia que potencia el sentido y alcance de estas, construyendo un proceso de retroalimentación recíproca y enriquecimiento mutuo al servicio de las causas comunes. Para nosotras, las experiencias desarrolladas al interior del movimiento feminista de La Serena abren horizontes en esa dirección, avanzando mucho más allá de la mera colaboración desde veredas distintas, a la integración profunda en base a convicciones comunes surgidas en el seno de la organización política feminista.

Agradecimientos

No queremos terminar este testimonio sin dejar de agradecer a todas las compañeras que han hilvanado la lucha feminista en nuestro territorio. A las organizaciones a las que pertenecemos: Olla Revuelta³⁹ y Brigada BRAVA, las que por mucho tiempo se aunaron junto a otras compañeras y organizaciones en el concepto de *La Tejida*. A la Asamblea Feminista, a la comparsa Nays de Fuego, a las artistas textiles y no textiles que aportan a cada manifestación con alegría

³⁹ Colectiva Feminista de la cuarta región de Chile. Antipatriarcal, antirracista, antipartidista y decolonial, con más de cinco años de activismo, principalmente enfocada a la articulación, educación no sexista, acción política y construcción del conocimiento feminista.

revolucionaria. A las luchadoras históricas, porque ellas sembraron el camino que transitamos hoy. A las/os compañeras/os que generaron espacios de apoyo y resistencia, entre ellos: Casa Roja, Cascos Rojos y Blancos, RAMA, la primera línea, La Escuelita Popular Teresa Flores y Radio Popular la Revuelta. Este texto no es más que un breve testimonio de la lucha que se ha venido gestando hace años, de la que somos parte junto a muchas otras mujeres y disidencias más.

Bibliografía

Diario El Día (1 de marzo de 2017). Declaración de feministas en la región de Coquimbo. <http://www.diarioeldia.cl/opinion/columnas/declaracion-feministas-region-coquimboformalizacion-carabinero-que-confeso-haber>

Millet, Kate (1969). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.

Olla Revuelta (31 de enero de 2017). Declaración de lxs querelladxs. <https://ollarevuelta.wordpress.com/2017/08/10/declaracion-querelladxs-31-enero-2017/>

Paredes, Julieta (2017, enero-junio). El feminismo comunitario: la creación de un pensamiento propio. *Corpus*, 7(1), 1-10. <https://journals.openedition.org/corpusarchivos/1835>

Sastre, Camila (2011, julio). Reflexiones sobre la politización de las arpilleras chilenas (1973-1990). *Revista Sociedad y Equidad* (Santiago de Chile: U. de Chile), 1(2), 364-377.

Cuerpo V

Poemario



Fotografía:

Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Poemas escritos durante el estallido

Colectivx Piño Choroy

Sobre el Colectivx Piño Choroy

El colectivo artístico Piño Choroy se autodenomina como tal luego del estallido social del 2019, al tratarse de un grupo de poetas que espontáneamente se congregaron a generar instancias de resistencia en las calles del centro de Santiago. Este grupo de amigos traza sus primeros vínculos el año 2018, cuando dan inicio al ciclo *Poesía en el Jardín de las Maravillas*, convocados por Charles Alberti Carrili en las puertas del Museo de Arte Contemporáneo en Bellas Artes. A esta iniciativa se sumó el emprendimiento de Christian Chamorro e Ita Luna, ambos poetas del grupo, con la *Tetería Tientaté*. Ellos convocaban su ciclo semanal de poesía y té durante el 2019, también afuera del museo, frente al caballo de Botero. De estas reuniones callejeras participaban artistas de diferentes comunas de Santiago –y también de regiones, que venían de paso por la capital–, siendo no solo poetas, sino también músicos e ilustradores, quienes aportaban al encuentro con sus creaciones. Estos eran amigos de los poetas o compañeros de talleres literarios, tanto de la fundación Pablo Neruda, como del taller Asfalto al lenguaje en Renca, entre otros.

La costumbre de congregarse preparó el terreno para la conformación de un equipo potente al comenzar la revuelta social el 18 de

octubre del 2019, momento histórico para el país, haciendo que el grupo expandiera sus vínculos al asociarse con otros poetas de la ciudad, creando conjuntamente los conocidos *Cacerolazos Poéticos* frente a la Biblioteca Nacional. Tomaron el nombre de Poetas Autoconvocados para estas instancias, en donde aportaron Ingrid Córdova Bustos, Sol Danor, Dilcia Mendoza, Sissi Fuenzalida, Sara Oportus y poeta Brujer, solo por mencionar algunos nombres, poetizando en vivo la revolución que ocurría en la Alameda, a punta de megáfono, versos y lienzos. Pronto las palabras quedaron cortas, por lo que el grupo tomó un giro performático con intervenciones como *Invasión alienígena: Devuélvanos el verde*, donde se invitó a los asistentes a utilizar disfraces de extraterrestres, convocándolos bajo la consigna: *Un mensaje para quienes se han apropiado de nuestro color, a los pacos que lo hicieron su color institucional, a los poderosos que se lo llevan a manos llenas, acumulándolo en capital, por el verde que nos ha quitado la sequía, debido al mal uso del agua. El verde debe volver a ser nuestro, recuperar la esperanza y nuestra tierra. Abduciremos a quien sea necesario*. También la intervención *Primera línea poética*, que consistió en recitar poesía con megáfono en los alrededores de Plaza Dignidad. También generaron lecturas de micrófono abierto en barrio Yungay, para apropiarse de otros espacios públicos y apoyar la resistencia que allí se generaba.

Así, el grupo gestionaba estas actividades sin ser formalmente un colectivo, por lo que organizaron su primera reunión en la Plaza Santa Ana, conformando un núcleo que se encargaría de seguir generando resistencia poética con Ninfa María, Chamorro Arch, Charles Alberti, Cata Amaire, Diego Amapola, Vilka Anski, Olivia Mortis, Gonzalo Robles, Camila Ramírez, Poeta Alienígena (Felipe Constancio), Artechiza (Catalina Soto), Constanza Fernández, Jesús Infante, Luis López e Ita Luna. Eligieron el nombre *Piño Choroy*, en primer lugar porque no querían ser una asociación tradicional: el grupo había emergido de las calles, por lo que *piño* parecía ser el término preciso, rescatando el lenguaje coloquial; en segundo lugar, por el rescate de la identidad nacional, basada no en un patriotismo generado de manera institucional, sino en una identidad emergida desde

el rescate de lo natural, haciendo mención al loro choroy, autóctono del sur de Chile, también por sus características: volador y parlanchín, se mueve únicamente en bandada, llevando su mensaje a todo lugar por el que pase. Así, el piño comenzó a migrar y a expandirse, contando con embajadores nacionales e internacionales: Chamorro Arch en *Chilwe*, Artechiza en Punta Arenas, Esteban Cheche Gajardo en Madrid (España), Guillermina Sartor en Montevideo (Uruguay) y Cata Amaire en Buenos Aires (Argentina).

Actualmente, el grupo explora formatos virtuales para continuar difundiendo poesía, realizando videopoemas experimentales, que comparten a través de redes sociales. Así también, continúan con sus lecturas semanales, cada jueves a las 21:00 horas a través de la transmisión en vivo del Instagram @colectivxchoroy, manteniendo la modalidad de pantalla abierta, para quienes deseen aportar con sus versos. Para esto, dejan un tema semanal y quienes participen de ella son publicados en *Revista La Cimarra*.

LA BOMBA YA ESTÁ ANDANDO

Ninfa María

Va redondísima y filudísima
CRECE
las calles le quedan cortas
no se estanca en las barreras
las agarra como bolas
y las tira contra el fuego

FUEGO
Colchonibánquico
Capuchomatapáquico

Acapara los gases para ella
para todos sus pulmones
respira tan alto que la tensión ya alcanza
la bandera
esa, la más grande y mugrienta

¿Y QUÉ VA A PASAR?
Todos dicen que
bombazo espacial
que espaciotiempoparanicooseagrieta
que sangre ensartada en balas
que la libertad
que la yuta explota
que barricada eterna
Calor gratuito y de calidad

LA BOMBA PIDE PECADOS
QUE ACABEN CON LOS CIEGOS Qué fuerte este verso (los ojos)
Un elefante rosado no se puede ocultar ¿Psicodelia?
–menos cuando parió una bomba–
de tan inferior se puso a aserruchar
quiere el piso de los que no gritan

LAS HORMIGAS

Gonzalo Robles

*“¿Víctimas? No seas melodramático. ¿Sentirías compasión
por alguno de esos puntitos negros si dejaran de moverse?”
(Diálogo de la película *El Tercer Hombre*, Carol Reed, 1949).*

Cúspide de la rueda de la fortuna
el Tercer Hombre observa los escombros
Viena destruida en la posguerra
hormigas incesantes se mueven por doquier.

Insignificantes puntitos
la visión cenital
desde las altas esferas del poder
barrigas a punto de romperse
por acumulación de caviar, cuscús y centolla
o la pizza de Piraña en el cumpleaños.

*¿Cómo puede haber gente
tan enguatada de paisaje?
obscena glotonería
Lemebel dixit.*

Mucho más abajo
las famélicas hormigas
colisionan en el tumulto
ciegas y torpes
amenazadas por las yemas de los glotones
no seamos melodramáticos.

Las jóvenes hormigas
cansadas del hacinamiento en la Colonia
burlan los torniquetes
la mecha de la revolución enciende
pisadas de gigantes se acercan.

El final de esta película es sencillo
rasguña el Gatopardo
todo cambia
para que nada cambie
decoración roja del andamiaje
parque de diversiones con nueva pintura.

Por dignidad de las hormigas
asesinemos al guionista
hay que subvertir el desenlace
la lucha debe continuar
esto recién comienza.

SENSACIONES DURANTE EL TOQUE DE QUEDA

Cata Amaire

Nos dicen que esto es legal
y no queda más que avalar
si no queremos violencia
si no queremos inmolarnos
¿Cuál es la legalidad
entre armas y fuego?
Se supone que esto es una democracia
que respeta los derechos humanos.

La muerte es ilegal
excepto para quienes
ellos quieren
cuando
ellos quieren.

Escucho
tiros y gritos
en ese orden
primero tiran
sin mirar
detrás de sus cascos.
Silbidos y ladridos.

Cuando la violencia aparece
es desde el desentendimiento.
Quien responde con violencia
es quien no sabe qué decir
es quien no quiere escuchar
es quien prefiere
mantener callada
a la comunidad.

¿qué hace un gobierno
que no enseña cívica

pidiéndole a sus gentes
que sepan cambiar
algo?

Cuando el pueblo no
puede decir
se encuentra acorralado
entre el silencio y la violencia
¿Armas o plumas?
Tópico desde el César.
Bien a estos romanos
les enseñaron
a dividir y conquistar
pero el pueblo ya comprendió
que Atenas no ganó
que unido el pueblo jamás será vencido
que Esparta se luchó hasta
el último esclavo.

La pluma puede más
cuando la ignorancia
en la soberanía no es popular
solo simple meritocracia
capitalista y burocrática
que comprueba
que la razón no se obtiene
por unos cuantos papeles
y que el instinto es
las ganas de poderse
comportar como
humanidad.

¿Cómo se gana una
guerra inventada
solo con violencia?
Como diría Selenia Gómez
Kill'em with kindness
Matémoslo con cariño

Matémoslo con conocimiento
que gritar solo quema
las gargantas
que nadie escucha.

SANTIAGO 22 DE OCTUBRE

Charles Alberti Carili

Espero que no sea el amor lo que te da problemas
De las maravillas en las puertas giratoria de la eternidad
Ennegrecida por las dos muertes en la noticia de la tarde
Fantaseo volver a caminar, libre nuevamente,
No nos traerán los parches fluorescentes con la consigna pertinente,
Sin ni un tatuaje le dirás a tus hijos que fuiste grosero con la autoridad
Amenazo de restituir a todos a quienes roben amor
Que de donde sacas juventud/de ese cajón en el locker del
supermercado
Estoy yo mirándote arrodillado ante el humo cegador depurador
Y dices que me cuide, que está pasando la micro hasta las 8
Yo quiero curarme y volarme, dormir contigo, sacar una foto, pero
estoy cansado
La marcha sigue tal cual, 10 personas se enfrentan a la autoridad,
5.000 chocan sus metales
2 guanacos, diez pacos...
22 de octubre y en Santiago llueven piedras.

MOVAMORGANICÉMONOS

Artechiza

¿Alguna vez han oído hablar
de este simpático lugar
tan lindo y “democrático”
aunque ahora está “un poco” cuático,
donde están saliendo a la calle miles,
este país llamado Chile?

Sí po, “democracia”,
da pena, rabia y hasta gracia
el presidente de este Chile
donde ahora protestan miles.

¿De qué democracia me estái hablando?
¿Hablái en serio, o me estái webiando?
Cuando en la calle el paco jala
y al que protesta le llega bala,

cuando sacái a los milicos en tanques
y los paco’ culiaos hacen montajes.
¡Basta! Ya han muerto bastantes,
¡y no es por el alza de los pasajes!

Es por un pueblo que está cansao
de tanta burla, de tanto abuso,
¡que se acabe Piñera y su gobierno pitiao
que pierdan el poder los malditos obtusos!

Esto es por una tierra que no da para más
por la gente que no tiene pa comer
por las demandas que resuenan de hace cuánto tiempo atrás,
¡hoy gritemos puño en alto que el fascismo va a caer!

Y qué esperabai, si ya nada es de la gente,
está to’o privatizao
y además la prensa miente.

A ti, piraña culiao,
nadie te va a seguir comprando
el discurso de la delincuencia
¡si vo' mismo andai robando!
La gente tomó conciencia
de que no hay por qué creerte nada
¡y vo' seguí generando rechazo
con tu sonrisa ridícula, descarada!

Amigues, creemos lazos,
cuidémonos entre nosotros.
¿Hasta cuándo nuestro destino
va a estar tan limitado por otros?
Por gente con plata y sin tino
que está en pánico por supreciado “orden”,
se les toca el bolsillo y todo para,
las fuerzas se disponen conforme
a lo que ellos digan y lo que ellos hagan
en esta balanza deforme.

¿De qué libertad me estáis hablando?
De la tuya y de tu clase, y hasta ahí llega.
Si a la gente la están matando,
¡y los políticos no hacen su pega!
Y no es solo el gabinete, Iván,
hay que cambiar al presidente,
¡y van a tener que aceptar
que ni así será suficiente!

¡No hay un “recuperar la confianza”
pa mal llamada autoridad
no vamo' a transar, si hay esperanza
de tener más igualdad!

Ladrones son ustedes,
¡Cecilia por la cresta!
Como Soquimich y el caso Penta,
¡roban y evaden a diestra y siniestra!

Por eso: ¡que viva el cacerolazo,
esta es la revolución poética!
¡¡No puede ser que a la gente le den balazos
y a ustedes bastardos unas clases de ética!!

¡¿Y qué esperaba, señor gobernante?!
¡Después de tanto robo, de tanto fraude,
no confiamos, ni ahora ni antes!
¡¡¡Por estos 30 años las barricadas arden!!!

¡Queman con la rabia
de que siga habiendo AFP
y que transnacionales multimillonarias
nos quieran vender el TPP!

No vamos a desproteger ni a la vejez
ni tampoco a la infancia
aunque los medios en su ajedrez
quieran sembrar la ignorancia.

Las piras arden por ti y por mí,
por trabajadores, ¡vivan los profesores y estudiantes!,
para que esto no se quede así,
¡abajo el gobierno asesino y farsante

Brillan por Camilo, por Macarena Valdés,
¡que sus muertes no hayan sido en vano!
Vamo'a seguir día a día, mes a mes,
tal como aquí estamos'

Quien "no respeta a nada ni a nadie" erí vo'
patriarca violento, vo' soi el delincuente,
¿qué te hace pensar que te compraremos'
que vayas a "escuchar humildemente"?
¡Escucha, fraudulento corrupto!,
escucha de una vez a la gente:
QUE NO NOS PARA NI EL MIEDO NI EL SUSTO
¡¡¡HASTA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTEE!!!

BANDERITA DE CHILE

Diego Amapola

Banderita de Chile
que una semana al año estás pasada a carne asada
que te han sacado dos veces a Plaza Italia con orgullo
te cuento
que no sentir rabia últimamente
es un privilegio.

Paco indolente
tu hijo ayer saltó un torniquete conmigo
Yo gritaba que todos los pacos son bastardos
Me dijo “mi papá es paco”
y le dije que es bastardo igual.

Milico soperutano
confundes a la banderita de Chile
Ella no entiende por qué una vez le bombardearon la casa
y por qué matas a su gente
si la llevas pegada al uniforme.
Hazte cargo
y dile que ese parche lo cosiste
con las venas de las personas que tu institución
hizo desaparecer.

Banderita de Chile
la gente te odia, pero no es tu culpa
de todas maneras, ya es 2019
y es tiempo de que nazcas de nuevo.



Fotografía:
Paulo González Mollo (Santiago de Chile, 2019-2020).

Sobre los autores y autoras

Alejandro Tsukame Sociólogo por la Universidad de Chile y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado numerosos artículos en libros y revistas en temáticas como consumo de drogas, delincuencia juvenil, capacitación laboral de jóvenes, políticas públicas y seguridad ciudadana. Es profesor de las escuelas de sociología y derecho en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

André Álvarez Oliva Arquitecta, Universidad de La Serena (ULS). Cursó Coolhunting, análisis de tendencias (MT Plus, Barcelona); Estilismo y Editorial de Moda (MT Plus, Barcelona) y Fotografía análoga y digital (Casa 210, La Serena). Actualmente está cursando Diseño Escénico (Teatro Puerto, La Serena). Es activista feminista, artista textil, fotógrafa, integrante de Brigada BRAVA, de Asamblea Feminista La Serena, de Agujas Rebeldes, cocreadora de Urdimbre Colectivo, gestora cultural, creadora de Genero Consciencia, integrante de Casa Roja espacio cultural y Escuelita Popular Teresa Flores. Integrante de la Red Ambiental Norte (2016-2017).

Augusto Mora Comenzó su carrera como ilustrador e historietista a los 18 años. Publicó tiras en el periódico *Milenio*, y a lo largo de los años ha sido publicado en otros diarios, como *El Universal*, *El*

Occidental de Guadalajara, y *La Fuerza*. En este último nació *Muerte Querida*, su tira más conocida, la cual apareció más tarde en *MAD México* y, eventualmente, encontró hogar en la red. Actualmente realiza ilustraciones para revistas como *Nexos* y *Emeequis*, y en el pasado también lo ha hecho para *El Chamuco* y *Revista Nickelodeon*. Ha sido ilustrador para publicaciones de editoriales como Santillana, Richmond Publishing, Pearson, Editorial Progreso, Esfinge, Naranjo, McGraw Hill y McMillan-Castillo. Fue seleccionado en la decimo-cuarta edición del Catálogo de Ilustradores de la Feria Nacional del Libro.

Carlos Reyes González Guionista de historietas, docente, investigador y comunicador audiovisual con mención en Cine del Instituto ARCOS. Es uno de los fundadores de *ergocomics.cl* y uno de los creadores de la revista internacional de historietas *Suda Mery K!* Ha escrito guiones para *La Ruta de los Arcanos* (1997-2000); la serie de terror *In Absentia Mortis* (Arcano IV, 2012) e *In Nomine Mortis* (Arcano IV, 2013); y para el volumen *Heredia Detective* (LOM, 2011). En 2013 obtuvo la medalla Colibrí por su trabajo en la nueva serie del Dr. Mortis. En 2016 ganó el premio a mejor guionista en el Festival Internacional de Cómic de Santiago por la novela gráfica *Los años de Allende* (Hueders, 2015), que ha sido publicada en italiano, español, catalán, turco y francés. En el año 2020 publica junto a Rodrigo Elgueta la novela gráfica documental *Nosotros los Selk'nam*, donde exploran desde diferentes perspectivas culturales la historia de un pueblo que sobrevivió al genocidio, pero de cuya cultura solo nos quedan unos pocos vestigios.

Catalina Mendoza Riquelme Socióloga. Magíster en Investigación Social y Desarrollo. Doctoranda en Ciencias Sociales. Desde el año 2016 investiga y participa de proyectos relacionados a juventudes, educación, movimientos sociales, activismo virtual y comunicación en redes sociales virtuales. A través de estas temáticas ha presentado investigaciones en distintas ponencias en Chile y ha colaborado

en publicaciones para revistas reconocidas a nivel latinoamericano. Actualmente se encuentra investigando trayectorias juveniles y transiciones a la adultez en juventudes del centro y sur de Chile, en el marco de su tesis doctoral. Asimismo, ejerce como docente en la Universidad de las Américas, sede Concepción, y ha participado en colaboraciones docentes en la Universidad de Concepción y la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Desde el año 2018 pertenece a la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR), donde coordina el Grupo de Trabajo de Juventudes.

Colectivo Piño Choroy Grupo de amigos que traza sus primeros vínculos el año 2018, cuando dan inicio al ciclo Poesía en el Jardín de las Maravillas, convocados por Charles Alberti Carrili en las puertas del Museo de Arte Contemporáneo en Bellas Artes. A esta iniciativa se sumó el emprendimiento de Christian Chamorro e Ita Luna, ambos poetas del grupo, con la Tetería Tientaté. Durante la revuelta del 18-O junto con otros poetas crearon los conocidos Cacerolazos Poéticos frente a la Biblioteca Nacional. Actualmente, el grupo explora formatos virtuales para continuar difundiendo poesía, realizando *videopoemas* experimentales que comparten a través de redes sociales. Así también, continúan con sus lecturas semanales, cada jueves a las 21:00 horas, a través de la transmisión en vivo del perfil @colectivxchoroy de Instagram, manteniendo la modalidad de pantalla abierta, para quienes deseen aportar con sus versos. Para esto, dejan un tema semanal y quienes participen de ella son publicados en *Revista La Cimarra*.

Javiera Briones Bello Socióloga de la Universidad de Concepción. Artista. Artista escénica de performance y acrobacia aérea. Vocal de Género y Sexualidad (VOGESEX) de la Universidad de Concepción (2019). Feminista interseccional y antiespecista. Pansexual, disidente y amorlibrense.

Julio Cortés Morales Abogado, Universidad de Chile (1998). Diplomado en Sistema de justicia y políticas públicas para la infancia y adolescencia, Universidad Diego Portales (1999). Magister en Derecho Penal, Universidad Central (2013). Ha ejercido la docencia en temas como criminología y derecho de la infancia, ha trabajado como defensor público y privado, y actualmente se desempeña como abogado de la Unidad Jurídica y Judicial del Instituto Nacional de Derechos Humanos. Autor de *Estruendo. La asociación ilícita terrorista en la legislación chilena a la luz del caso bombas y otros escritos sobre terrorismo y antiterrorismo* (Santiago de Chile: Tempestades, 2018), y la colección de escritos musicales 1, 2, 3, 4 (Buenos Aires: Tren en movimiento, 2019).

Geoffrey Pleyers Investigador del Fondo Belga de investigación científica, profesor de sociología en la Universidad Católica de Lovaina y vicepresidente de la Asociación Internacional de Sociología. Es doctor en sociología en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París (EHESS, 2006) y autor de los libros *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age* (Cambridge: Polity Press, 2011) y *Movimientos sociales en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO, 2018). Ha publicado más de 120 artículos o capítulos de libros y coordinado 15 libros o números de revistas sobre movimientos sociales, democracia, ecología, activismos de los jóvenes y, últimamente, sobre la sociología global y los movimientos sociales frente a la pandemia. Ha sido profesor invitado en 18 universidades, incluyendo la London School of Economics, la EHESS-París, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Chile y el Instituto de Estudos Sociais e Políticas de Rio de Janeiro (IESP-UERJ). Es miembro del comité científico de 22 revistas, incluyendo la *Revista Mexicana de Sociología*, la *Revista Colombiana de Sociología*, la *Revista de Estudios Sociales* y la *Revista de Estudios Internacionales*.

Karla Henríquez Psicóloga social y doctora en estudios americanos con especialidad en estudios sociales y políticos. Cuenta con diversas publicaciones sobre estudios de juventudes y participación política, socialización política y activismos juveniles. Desde 2014 integra el comité académico del Grupo de Trabajo Intelectualidades Emergentes en Nuestramérica (GT-IIIEE/IDEA/USACH). También forma parte del grupo de investigación interdisciplinario Hábitat y Calidad de Vida (USACH). Desde el año 2020 es miembro de Social Movements in the Global Age (SMAG) del Centro de Estudios Interdisciplinarios Democracias, Instituciones y Subjetividad de la Universidad Católica de Lovaina. Desde el año 2009 es docente de la Escuela de Psicología de la Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: karla.henriquez@usach.cl

Mónica Salinero Investigadora interdisciplinar. Experta en sociología política y sociología del arte y la cultura, y sus cruces con género e interculturalidad. Ha escrito diversos artículos de investigación, y textos curatoriales para exposiciones en Chile (Galería Gabriela Mistral, Galería Bech, Ekho Gallery, Galería Metropolitana, Estación Mapocho, Galería Posada del Corregidor, Casa Plan, etc.) y en otros países. Actualmente, es docente en la U. de Chile, directora de dos investigaciones financiadas por FONDART, una sobre Arte Sonoro en Chile, y otra sobre fotografía y álbum de funeral; dicta cursos de Arte y Política en la Corporación Cultural de la Universidad de Santiago, colabora para diversas editoriales independientes y es parte de la Editorial de fotolibros Metalibro. Es doctora y maestra en Ciencia Política por la Universitat de Barcelona; socióloga por la Universidad de Chile, y diplomada en Género y Políticas Públicas por la U. de Chile. Máster (c) en Investigación y Producción en Artes Visuales por la UNAM, y diplomada en Crítica de Arte Contemporáneo por la misma Universidad.

Óscar Basulto Gallegos Doctor en Sociología y comunicólogo. Académico del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la

Facultad de Comunicación, Historia y Cs. Sociales de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Trabaja en la línea de los imaginarios, representaciones sociales y medios de comunicación hace más de 10 años, y cuenta con más de dos decenas de trabajos académicos, científicos y periodísticos al respecto. También fue investigador responsable del Proyecto Posdoctoral Fondecyt (3170473/2017-2019) titulado: *Imaginario de la criminalización y la descriminalización del movimiento estudiantil chileno: acciones/reacciones sociales y distorsión mediática en las ciudades de Santiago y Concepción*. Además, pertenece al Comité Científico de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR), y es coordinador del Grupo de Trabajo Juventudes de la misma Red. Asimismo, ha realizado diversas asesorías públicas y privadas en el ámbito estratégico de las comunicaciones tanto a nivel nacional como internacional, y es miembro del comité científico de la revista interdisciplinaria sobre imaginarios sociales *Imagonautas*.

Paula Jeria Tapia Estudios de Arquitectura en Universidad de La Serena (ULS). Diplomada en Liderazgo Social (DIBAM). Dirigente estudiantil (2013-2014) en la Federación de estudiantes de la Universidad de La Serena (FEULS). Gabinete Juvenil (2015-2017) INJUV CHILE por la Región de Coquimbo. Elegida una de 100 mujeres jóvenes del país por la Comunidad mujer y PNUD en la *Cumbre Juvenil Mujeres Líderes*, Santiago de Chile (2016). Artivista y creadora digital feminista, autodidacta, actuante en Olla Revuelta; Red Chilena contra la violencia hacia las Mujeres; FEMCHILE; Red internacional gestoras, artistas y trabajadoras de las culturas y de las artes; entre otras. Ha apoyado a movimientos estudiantiles, como también a NiUnaMenos-Chile; No+AFP y Medioambiental.

Paulo González Mollo Fotógrafo (Iquique, 1999). Soy parte de dos familias que sufrieron la represión en dictadura. Nieto de un ex preso político y sobrino nieto de un ejecutado político, las familias a las que pertenezco sufrieron el exilio interior. Nací en Iquique y recién

en 2017 vine a estudiar a Santiago. Primero cine, luego fotografía profesional.

Raúl Zarzuri Sociólogo (UAHC). Magíster en Antropología y Desarrollo (UdeChile). Doctor (c) en Educación (UAHC). Profesor de la Escuela de Sociología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Investigador del Centro de Estudios Socioculturales (CESC). Ha desarrollado investigación en el área de nuevas formas de participación política juveniles, de culturas juveniles relacionadas con la educación, las tecnologías de información y violencias. Ha dirigido diversos proyectos de investigación para organismos internacionales y públicos. Ha sido editor y publicado diversos artículos y libros sobre culturas juveniles urbanas, televisión y medios, participación política juvenil, cultura juvenil y cultura escolar, y violencias juveniles. Ha sido investigador asociado en el Proyecto Anillo/Conicyt *Juventudes; Transformaciones Socioeconómicas, Sociopolíticas y Socioculturales de las y los Jóvenes en el Chile Contemporáneo* (Soc1108 - 20132016) y, actualmente, del proyecto Fondecyt regular (1201750/2020-2021) *Revistas Estudiantiles y Cultura Arquitectónica en Chile. Tensiones, Reformas y Confluencias en la Enseñanza de la Arquitectura, 1930-1990*. Correo electrónico: rzarzuri@gmail.com

Rodrigo Ganter Solis Sociólogo. Doctor en Estudios Urbanos, con estudios de Género en América Latina y Crítica Cultural. Se ha especializado, desde el año 2000, en estudios culturales urbanos, subjetividad política y juventudes; y movimientos sociales urbanos. Posee una trayectoria con diversas investigaciones, conferencias y publicaciones en reconocidas revistas tanto nacionales como internacionales; asesorías a organismos públicos y privados orientados a temas urbanos, educacionales y de conflictividad social. Desde el año 2006 es docente e investigador del Departamento de Sociología de la Universidad de Concepción (Chile), donde trabaja la línea de sociología de las juventudes y sociologías de lo contemporáneo. Actualmente coordina el Grupo de Trabajo Juventudes de la Red Iberoamericana

de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR); y realiza investigación posdoctoral en el Programa Posdoctoral en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales, Fundación Cinde y CLACSO. Correo electrónico: rganter@udec.cl

Sebastián Fuentealba González Sociólogo. Magíster (c) en Investigación Social y Desarrollo de la Universidad de Concepción. Desde el año 2019 investiga temas de activismo y movimientos sociales juveniles. Durante el año 2020 trabajó como asistente de investigación en el proyecto *Sujetos del Levantamiento* financiado por la Fundación Rosa Luxemburgo. Tesista del proyecto *Subjetividad Política Generacional y Repertorios de Acción Colectiva Estudiantil: ciclos de protesta 2018 y 2019, en el Gran Concepción*, financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Concepción. Actualmente desarrolla estudios de movilización social, activismos y acción colectiva juvenil en CLACSO, y se desempeña como docente de la Universidad Católica de la Santísima Concepción.

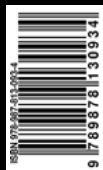
Violeta Montero Barriga Doctora en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Magister en Política y Gobierno, por la Universidad de Concepción. Docente e investigadora adscrita al Centro de Estudios de Convergencia Regionalista de estudios aplicados del Sur (CREASUR) y al Departamento Administración Pública y Ciencia Política de la Universidad de Concepción. Miembro del grupo de estudios en Políticas Públicas Universitarias y directora del Magister en Política y Gobierno de la misma casa de estudios. Entre sus últimas investigaciones destacan *Desacuerdos y Polarización: caracterización de la discusión pública online sobre educación superior en Chile contemporáneo (2017-2018)*; *Subjetividad Política Generacional y Repertorios de Acción Colectiva Estudiantil: ciclos de protesta 2018 y 2019, en las ciudades de Concepción, Chillan y Los Ángeles*; y *Personas comunes en movilizaciones extraordinarias. Escucha Activa 2.0: politización y deliberación entre las y los manifestantes de Santiago y regiones en el*

marco de la crisis sociopolítica y el proceso constituyente (Investigación Mini - COES 2019).

Ximena Goecke Doctora(c) en Literatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Becaria Conicyt (21181701/2018). Magister en Género y Cultura, Universidad de Chile. Diplomada en Pedagogía de la Memoria, Derechos Humanos y Políticas Culturales, Fundación Henry Dunant. Licenciada en Educación (PUC) e Historia (PUC). Profesora de Historia (PUC) e Inglés (UdeC). Bachiller en Humanidades (UNAB). Profesora Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha desarrollado investigaciones en el área de militancias revolucionarias, cultura política, violencia política, derechos humanos, Holocausto, ciudadanía de mujeres y política feminista. SCOPUS author ID 56667580600. ORCID: 0000-0002-1179-7276. WOS Researcher ID U-8714-2017. Correo electrónico: xgoecke@uc.cl



El 18 de octubre de 2019 los chilenos abrieron otro capítulo de una larga lucha que prometieron llevar hasta que la dignidad se haga costumbre. Este volumen colectivo que conjuga palabra escrita, imagen y poesía se inscribe en un intento por tratar de documentar, visibilizar y analizar las dimensiones no solo políticas, sino también expresivas, creativas y profundamente subjetivas de dicho estallido ciudadano, social y democrático. Sus capítulos componen una polifonía de voces que asumen el desafío de escribir sobre la revuelta del 18-O desde diferentes perspectivas y posiciones disciplinares. Abordando múltiples expresiones, que van desde la participación de jóvenes y mujeres, el rol de las redes sociales y las prácticas artistas, hasta la inclusión de una historieta, fotografías y un poemario que emergieron al calor de la revuelta, este libro se configura como un genuino artefacto cultural que interroga el contexto, los efectos políticos y los procesos de transformación subjetiva, a nivel personal y colectivo, producto de la revuelta.



Universidad de Concepción



UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE HUMANISMO CRISTIANO

